NO DEBISTE VOLVER



Thriller policíaco
SERIE IRENE VEGA Nº1

VERÓNICA CABALLERO SÁNCHEZ

NO
DEBISTE
VOLVER

(SERIE POLICÍACA IRENE VEGA Nº1)

Verónica Caballero Sánchez

No debiste volver. (Nº1 Serie Irene Vega)

© Verónica Caballero Sánchez. 2026.
© Ana Orgaz. Corrección.

Todos los Derechos Reservados.

Todos los derechos reservados.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley, y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de la autora. Todos los personajes, situaciones y sucesos que aparecen en el libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es coincidencia.

NO
DEBISTE
VOLVER

(SERIE POLICÍACA IRENE VEGA Nº1)

VERÓNICA CABALLERO SÁNCHEZ

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46

Capítulo 1

No parecía muerta, solo sentada, como si esperara algo o a alguien.

Irene se agachó frente al banco, a pocos centímetros de las piernas cruzadas de la mujer. Una bufanda gruesa le cubría el cuello hasta la mandíbula. Las manos, enguantadas, descansaban sobre el regazo. No había sangre. No había desorden. Solo silencio. El silencio tenso del Retiro a las seis y media de la mañana con el cielo aún por decidir si amanecía.

Hacía pocos minutos que la habían llamado y era de las pocas que ya estaban allí, mirando a la mujer muerta del abrigo rojo. No había podido dormir. Desde que entró en la policía había estado protegida por su gran mentor desde antes de que aprobara. Decidió ser policía por él. Por quien ahora era el comisario: Joaquín Requejo. Siempre le había permitido no tener compañero por su condición especial, pero cuando habló con su psicóloga, esta le dijo que ya era hora de que se adaptara a las circunstancias del trabajo y no al revés. Ese era el motivo por el que estaba nerviosa y, a pesar de que era invierno y las temperaturas eran bajas, estaba sudando. La relación con los compañeros de trabajo no era del todo fluida. A pesar de que Joaquín le había dicho que su nuevo compañero encajaría perfectamente en el puesto y, sobre todo, con su personalidad, no dejaba de darle vueltas. Irene no estaba tan convencida como el comisario de que así fuera.

Sintió cómo la tocaban con la punta de los dedos y se sobresaltó al instante.

El rostro sonriente, de un hombre alrededor de los treinta y algo, igual que ella, le miraba.

—Hola, Irene, soy Marcos, tu nuevo compañero. —Estiró la mano.

Irene se levantó para responderle con el mismo gesto. Sentía cómo se le disparaban las pulsaciones. Aquel experimento sugerido

por la psicóloga de la policía e impuesto por el comisario no le gustaba en absoluto. Quería y necesitaba trabajar sola. Pero ahí estaba Marcos.

—Hola. ¿Marcos Bernal?

—Exacto. —Sonrió—. Ya me ha dicho el comisario que no quieres compañero, así que intentaré ser lo más profesional posible y que nos llevemos bien —dijo en un intento de romper el hielo.

Irene se cruzó de brazos para responderle, pero se contuvo. Se acordó de lo que le dijo Joaquín: «Si no tienes nada agradable que decir, te callas». Y eso fue lo que hizo, callarse.

—Tenemos un caso, Marcos —dijo después de unos segundos de meditación.

El nuevo compañero se puso a su lado y observó.

—Eres inspector, ¿no? —dijo Irene, haciendo de tripas corazón para parecer simpática.

—Sí, acabo de aprobar. No tengo experiencia y me han dicho que eres una de las mejores inspectoras. Así que estoy aquí para aprender todo lo que pueda.

—No creo que sea muy buena profesora, pero intentaré ser lo más agradable posible y enseñarte lo que he aprendido —dijo Irene, mirándole de arriba abajo sin comprender por qué tenía que cargar con un novato.

—Estoy listo. —Marcos sacó una libreta de su abrigo.

Dio un paso más cerca de Irene. No insistió más. No quería empezar con mal pie. Probablemente pensaría que era una faena que le hubieran puesto como compañero a alguien sin experiencia, pero nadie nace sabiendo, y lo normal es que el agente más antiguo enseñe al más novato. No le habían informado del motivo por el que Irene no quería compañero, pero supuso que con el paso de los días se enteraría. Ningún secreto se esconde eternamente.

—¿Quién la ha encontrado? —se interesó Marcos.

—Un hombre que hacía *footing* por el Retiro todas las mañanas a la misma hora. Nunca había visto a nadie sentado tan temprano y por eso le llamó la atención. Hizo el camino de ida y la vio, pero al volver para casa observó que estaba en la misma postura y se acercó —explicó Irene.

Marcos asintió mientras apuntaba en el cuaderno.

—¿Tenemos el nombre de la mujer?

—No tiene nada, solo la tarjeta de una abogada. —Irene sacó del bolsillo la tarjeta, dentro de una bolsa de pruebas transparente.

—¿En qué bolsillo estaba?

—En el izquierdo. No hay nada más. Ni señales de violencia, ni manchas de sangre. Puede que se hubiera quedado encerrada esta noche y, como hizo frío, al quedarse dormida le haya dado una hipotermia.

Marcos la miró con incredulidad sobre la hipótesis, pero no dijo nada.

—Ya sé que es poco probable, pero hasta que no tengamos la autopsia hay que suponer qué es lo que pasó, aunque no sea muy plausible. Nunca se sabe. —Dio un par de pasos para acercarse de nuevo a la mujer.

Anduvo alrededor del banco para asegurarse de que no se le había pasado nada. La bufanda parecía cara, igual que el abrigo rojo con botones dorados. Botas de tacón cuadrado, pelo canoso perfectamente peinado y labios pintados. No era una indigente, y tampoco nadie que saliera a pasear a esas horas.

—Puede que viva por aquí cerca —supuso Marcos.

—Puede, pero creo que había quedado con alguien. Va maquillada y con sus mejores galas.

—¿Quieres decir que va arreglada?

—Sí, eso es, arreglada —repitió Irene.

—A mí no me lo parece, va vestida normal, como cualquiera a quien le guste ir a la moda.

—No, se arregló para la ocasión. Nunca se puede estar seguro de nada, pero me da la sensación de que era una ocasión especial —respondió sin acritud, mirándola. Se acercó de nuevo a la cara de la víctima.

—¿Vamos a esperar a que venga el forense?

—No, tenemos trabajo y no nos necesita. Solo le molestaríamos —respondió sin mirarle.

Se agachó de nuevo y se fijó en las uñas de la mujer. Estaban cuidadas y pintadas con un esmalte de color rojo oscuro. En las arrugas profundas se dejaban ver los años que llevaba en sus espaldas. La comisura del labio inferior apenas había caído. Había algo en su expresión que no encajaba. Irene pensaba que había quedado con alguien y no había terminado como esperaba.

—¿Sospechas que es una agresión? —preguntó Marcos, que se había colocado junto a ella, pero guardando la distancia personal.

—Sospecho de todo.

—Puede que solo haya sido un robo.

Irene se quedó pensando. Había barajado aquella posibilidad desde el principio, pero le surgía la pregunta de si quien le había robado era la persona con quién había quedado.

—No tiene bolso ni móvil. Ha sido un robo, seguro, pero quiero saber el por qué —dijo tajante—. No ha sido casualidad. Sabían que iba a estar aquí.

El viento sopló con más fuerza. La bufanda de Irene se movió, junto a un mechón rebelde que le cruzó la frente. No se lo apartó. Solo miró a la mujer muerta como si esperara que dijera algo.

—Vamos, tenemos que averiguar quién es la mujer —ordenó Irene.

—Perfecto. —Corrió detrás de ella.

—¿Has venido en coche? —preguntó Irene.

—¡Estás loca! Aparcar en esta zona de Madrid es una auténtica hazaña, por no hablar de lo que hubiera tardado en llegar. —Esbozó una sonrisa.

—Genial. Vamos en mi coche. Por cierto, eres mi compañero, pero la que conduce soy yo, siempre —recalcó—, ¿vale?

—Entendido —respondió apretando los labios.

—No es nada personal. Según mi psicóloga es porque necesito tener el control de las situaciones.

«Me ha tocado la inspectora más rara de todo Madrid», pensó Marcos, angustiado, sin dejar de seguirla.

—Necesitamos las imágenes de las entradas, si es que las hay —dijo Irene en alto—. Apúntalo.

—Hecho.

Capítulo 2

Llegaron a la zona de la comisaría sin haber intercambiado ninguna palabra. Marcos no estaba seguro de si era ella quien no quería un compañero, o es que nadie quería serlo. El rostro de Irene era agradable, incluso era guapa, pero aquel carácter era el repelente perfecto para alejarte de ella en cuanto la veías.

El motor se detuvo, pero la voz de una tertulia en la radio seguía sonando con tono exaltado sobre una huelga de transporte. Marcos se desabrochó el cinturón en silencio. No le costaba entender por qué había parado antes de llegar a comisaría, había aparcado delante de un bar.

—¿Café? El de arriba está asqueroso. Aunque a Joaquín, por alguna extraña razón, le encanta, y tiene todo el día uno en la mano. —Se encogió de hombros.

—Claro —respondió siguiéndola hasta el interior del bar.

Bajaron una pequeña rampa hasta un local estrecho con paredes de color crema y mobiliario anticuado. El camarero, un hombre de gesto amable y sin un solo pelo en la cabeza le empezó a preparar el café sin que ella lo pidiera. Marcos se quedó mirando sin decir nada.

—Vaya marrón tienes, amigo —dijo el camarero señalando a Irene con una sonrisa.

—Eso es verdad, pero de cualquier situación se puede sacar algo bueno. Incluso de trabajar conmigo —respondió ella con voz lineal, sin expresión de que aquello fuera una broma.

—Te lo he dicho, un marrón —repitió el camarero en un susurro—. ¿Un café, amigo?

—Creo que sí, y bien cargado. —Marcos suspiró.

—Siento que te haya tocado conmigo, de verdad. No tengo buena fama. Es merecida, pero voy a intentar ser agradable por primera vez en mi vida. Si tengo algún fallo, tendrás que perdonarme —alegó Irene.

—No te preocupes, todos tenemos nuestras cosillas. —Cogió el vaso—. ¿Sabes si me han asignado un lugar de trabajo?

—Claro, a mi lado. No puede ser de otra manera.

—Perfecto.

—El hueco a la derecha está libre desde hace años. Que no se te ocurra poner plantas ni tonterías de colores —ordenó. Cogió el café, lo alzó hacia el camarero a modo de agradecimiento y empezó a andar hacia comisaría.

Marcos copió el gesto y la siguió.

La comisaría estaba completamente despierta. Las luces encendidas en todas las estancias, agentes cruzándose de un lado a otro con carpetas en la mano y teléfonos que no paraban de sonar. En un rincón, una impresora escupía papeles con ansiedad. Era la primera vez que Marcos pisaba aquella planta, todo el mundo lo sabía. Algunos agentes lo miraban con curiosidad disimulada, otros, con compasión. Marcos no tardó en entender por qué. Todos los agentes estaban escépticos de que Irene tuviera un nuevo compañero. A medida que andaban por el pasillo hasta sus puestos de trabajo, los susurros iban a en aumento. Marcos se sintió como un famoso.

Irene llegó hasta su mesa, se quitó el abrigo y lo dejó caer sobre el respaldo de la silla. Luego se acomodó con lentitud, sorbiendo su café como si fuera lo único que la sostenía en pie.

—Este es tu sitio —dijo señalando la silla vacía a su derecha —. Por cierto, no toques mis notas y no abras mis cajones. Y, por último, no me cuentes tu vida. Si me interesa, ya te preguntaré.

—Entendido. Nada de plantas, ni de confidencias ni de conducir. —Soltó una carcajada.

Irene sonrió por un segundo.

—Puede que esto no salga mal del todo. —Levantó las cejas al posar el café en la mesa—. Vas cogiendo el ritmo, no eres tan torpe como parece.

—Mi mujer también me lo dice mucho. —Se echó las manos a la boca—. Vaya, se me escapó una confidencia.

Irene meneó la cabeza.

—Vamos a empezar. No tenemos la identidad de la mujer, así que primero veamos si está fichada por las huellas.

—¿Las tenemos?

—Sí, fue lo primero que les pedí a los compañeros para poder empezar.

Miraron el ordenador hasta que salió el mensaje que no querían leer. «No hay coincidencias».

—¡Joder! —Se echó hacia atrás en la silla.

Joaquín estaba en su despacho cuando escuchó a Irene empezar a despotricar. Entonces recordó que era el primer día del nuevo compañero. Esperaba que aún no se hubiera dado de baja por depresión. Colgó el teléfono y salió para colocarse justo al lado de Marcos. Habían hablado días antes, pero no se habían visto en persona.

—Hola, soy Joaquín Requejo, el comisario —dijo cordial, estrechándole la mano.

—Hola, comisario.

—¿Qué tal con esta?

—Muy bien, venimos de una posible escena de un crimen —dijo Marcos al volverse a sentar.

Joaquín se sentó en el borde de la mesa de Irene.

—¿Y por qué ya estás de mal humor? —preguntó con el ceño fruncido para focalizar la pantalla del ordenador. Se le habían olvidado las gafas en el despacho.

—La supuesta víctima no tenía nada encima y no sabemos quién es —se quejó Irene.

—¿No está fichada? —preguntó Joaquín con tono calmado.

—No.

—¿Has mirado en desaparecidos? —sugirió.

—No, pero ha sido esta noche, así que es imposible que ya esté incluida en el fichero.

Marcos miraba sin decir nada.

—Tendremos que esperar, no queda otra, Irene. No es culpa tuya, es mala suerte, pero es lo que hay. —Sostuvo la mirada a Irene, que estaba despistada—. ¿Qué es lo que pasa?

—Nada.

—¿Qué pasa? —repitió con retintín.

—Hay algo extraño en la postura de la víctima —dijo al fin—. ¿A que sí? —Miró a Marcos para que le diera la razón.

—La verdad es que sí. Parece como si la hubieran colocado antes de matarla o… robarle… —Marcos dudó si había utilizado las palabras correctas.

—De acuerdo. ¿Has hecho fotos antes de venir? —preguntó Joaquín.

—Sí. ¿Vas primero a por las gafas?

Joaquín se levantó de un salto para ir deprisa a por las gafas y volver. Al comisario le encantaba ayudar a sus agentes, y más en los casos de homicidio en los que tenía una amplia experiencia. Siempre fue su departamento favorito.

—Ya estoy preparado —informó el comisario, que volvió con las gafas puestas.

Irene cogió el móvil con las cejas levantadas. Suspiró antes de desbloquearlo y, con la foto en la pantalla, se lo pasó a Joaquín.

Los ojos del comisario se abrieron como platos.

—¿Tienes más?

—Sí, desliza. ¿Qué pasa? —Irene se levantó y se colocó a pocos milímetros de él para observar con atención su reacción.

—Creo que sé quién es. Se llama Nuria Miret —anunció—. Yo fui el inspector que llevó el caso del asesinato de su sobrina, Carla Miret, hace más de veinte años —explicó igual de sorprendido que los agentes.

—¿Podemos conseguir el expediente antiguo? —preguntó Marcos.

—Por supuesto. Si os parece bien que me una al equipo, mañana lo tenemos encima de la mesa y nos ponemos con ello, ¿vale?

—¿Nos vas a ayudar? —preguntó Irene, irónica.

—No creo que nadie os sea más útil ahora mismo que el policía que llevó ese caso, ¿no?

—Psé —respondió Irene con la cabeza ladeada.

—Vale, no es solo por eso, es que no quiero que martirices a Marcos. Me gustaría que no se cogiera la baja en menos de una semana —se justificó mientras andaba de camino a su despacho.

—Ya sé que soy un novato, pero esto no ha sido un robo —intuyó Marcos.

—No podría estar más de acuerdo contigo —dijo Irene.

Capítulo 3

La puerta de la comisaría crujió al abrirse, rompiendo el silencio oscuro de la madrugada. Era de noche cuando cruzó la puerta con un bostezo y una coleta mal hecha. Recordó las que le hacía su madre cuando iba al colegio, que le dejaban el rostro sin expresión de tanto que se la apretaba. No había descansado y cada paso que había dado hasta llegar le había costado más de lo habitual, como si las piernas le pesaran el doble que el día anterior. Se había preparado un café con leche al que había echado azúcar sin control. Muy dulce, como le gustaba. Las luces estaban apagadas, igual que en el resto de su planta. Solo una lámpara permanecía encendida al fondo del pasillo. «Joaquín. Su vida es más triste que la mía». El murmullo apagado de un ordenador en reposo y el bufido del comisario eran los únicos sonidos que la acompañaban.

Irene avanzó sin prisas. Sabía que Joaquín saldría a abordarla con expresión compasiva, como siempre que llegaba de madrugada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con la cara que Irene había imaginado.

—No he podido dormir, así que no empieces a darme la chapa, te lo pido por favor —suplicó al sentarse en su sitio y encender el ordenador.

—Irene, no seas desagradable. Te lo pido, por favor —replicó sus palabras.

—¿Qué quieres que te diga, Joaquín? Pues pensé que estaba mejor, que lo había olvidado. Hacía mucho que no soñaba con nada de lo que me pasó, pero me equivoqué. Esta noche me he levantado empapada en sudor. Era tan real —dijo con la voz temblorosa.

—Es que fue real, y tienes que superarlo. —Se sentó en la silla que había heredado Marcos.

—Ya lo sé, debes de pensar que yo quiero ser una policía traumatizada, pero no es así —alzó el tono de manera inconsciente.

Joaquín no dijo nada, solo la miró. Aquella cara hacía que Irene se viniera abajo como cuando se conocieron.

—Lo siento —se disculpó, frotándose la cara con las manos.

—Irene, tienes que ir a ver a Patricia, seguro que ella te puede ayudar a gestionarlo.

—Llevamos mucho tiempo así, esto no resulta, y Patricia hace lo que puede, pero es imposible que me pueda entender una persona que no ha pasado por lo mismo que yo. Por muy psicóloga que sea —matizó con cariño.

—¿Lo intentamos?

—Solo voy a superarlo cuando sepa quién es, Joaquín —dijo con la voz temblorosa y con un movimiento repetitivo en una de las piernas.

Irene giró la cabeza para coger el bolso que había dejado colgado en la silla y sacar el termo de café. No quería hablar hasta que se le pasara la congoja que sentía en el interior de su estómago. Abrió el termo y bebió. El comisario la conocía demasiado para saber que estaba cogiendo aliento para no llorar delante de él.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó sin estar seguro de si darle espacio era lo mejor.

—No, quiero que te quedes conmigo.

—Puedes cogerte una excedencia. A veces ayuda no estar al pie del cañón.

—No, si me quedo en mi casa mirando al techo puede que acabe peor de lo que estoy.

Joaquín se echó hacia atrás en la silla.

—¿Has recordado algo más?

Irene negó con los ojos acuosos y Joaquín se llenó de impotencia. «Tantos años sin ningún avance».

—Sé que soy un estorbo desde el día que me rescataste de aquella lúgubre casa. Lo siento, de verdad, puede que ni siquiera merezca estar en este puesto. Puede que, si no he sido capaz de resolver mi propio caso, no sea la persona idónea para un puesto de este calibre. —Se quitó la goma de la coleta y se la volvió a hacer igual de mal.

—Eres la persona más capaz que conozco. Además, vamos a resolver el caso que tenemos entre manos. Si hay una policía que encuentre las pistas que nadie ve y conecte crímenes pasados y presentes eres tú. —Le cogió la mano para que no empezara a morderse las uñas.

—Lo dices porque soy un completo desastre. —Se animó con las palabras del comisario.

—Venga, voy a por un café de esos ricos de la máquina. —Sonrió.

Irene hizo el gesto de vomitar mientras el comisario comenzaba a encender las luces.

Marcos entró en ese momento por la puerta del departamento con una caja de pastelitos.

—Pero bueno, ¿y esto? —dijo Joaquín, que conocía la pastelería.

—Fui ayer porque mi mujer tenía antojo, está embarazada y cogí una cajita pequeña para nosotros —explicó Marcos—. Es para caerle bien a Irene —susurró a Joaquín en el oído.

—Eso es misión imposible, ni lo intentes —dijo mientras retomaba el camino para sacar café—. ¿Quieres uno? —Señaló la máquina.

—Claro, si no se me va a hacer bola.

Marcos fue hacia su sitio y dejó la caja al lado de Irene. Se quitó el abrigo y observó su rostro demacrado.

—¿No has dormido bien? —Su tono se tornó comprensivo.

—No, la verdad es que muy poco. Creo que un par de horas. Me desvelé y luego ya fue imposible volver a conciliar el sueño —contestó y actualizó el correo.

—¿Quieres? El azúcar le sube el ánimo a cualquiera —intentó ser amable.

—Bueno, ya ha empezado mal el día, así que solo queda mejorar, ¿no?

—Claro, esa es la actitud. —Se frotó las manos del frío—. ¿Aquí se puede subir la calefacción?

—Es central, así que olvídate de esa idea. Si quieres más calor, te traes más capas.

Joaquín venía con los dos cafés e Irene levantó el termo.

—¿Tienes el expediente? Estoy nervioso. Es mi primer caso —Marcos miraba al comisario.

—Sí, lo tengo en el despacho. —Se comió uno de los pasteles de un solo bocado.

—¡Que no se te olviden las gafas! —exclamó Irene—. Siempre se le olvidan o las pierde. No entiendo por qué no las lleva puestas siempre.

El comisario volvió con el expediente y cogió una de las sillas cercanas.

—Me he tomado las molestias de haceros unas copias cuando he venido, así que quiero que os las leáis antes de seguir. Por cierto, antes de que lo descubráis, ya os confirmo que la tarjeta de la abogada que llevaba es la del asesino de su sobrina —se adelantó.

—¿Qué? —preguntó Marcos con la copia en los muslos.

—La sobrina de la víctima, Carla, fue asesinada hace años. El asesino fue David Ruiz, que ahora está en la cárcel. La tarjeta es de la abogada que lo representó en el juicio —sintetizó Joaquín.

—¿Y por qué iba a llevar su tarjeta? —preguntó Irene.

—No lo sé, pero lo que sí sé es que David Ruiz fue a la cárcel porque Nuria Miret declaró que vio cómo la mataba desde el balcón de la casa. —Resopló.

—Bueno, entonces ya te lo has leído tú. —Se levantó Irene—. Así que nos vamos a ver a la abogada. —Cogió un pastel y metió el termo en el bolso—. Vamos, Marcos.

—Voy, voy. Nos vamos a ver a la abogada —dijo sonriente por ser al primer sitio al que le llevaba Irene.

—No es muy simpática —añadió Joaquín.

—¿Quién? —preguntó Irene, dándose la vuelta para mirarlo.

—Me refiero a Berta Zamora, la abogada.

Irene sonrió mientras andaban por el pasillo para marcharse. Sabía que el comisario se había quedado preocupado por ella.

Capítulo 4

Marcos bajó el parasol por tercera vez desde que habían salido. No es que lo necesitara, pero el silencio en el coche empezaba a resultarle incómodo. Irene conducía con gesto concentrado, los ojos fijos en la carretera y una mano apoyada sobre la palanca de cambios. El termo de café reposaba entre los dos y su aroma llenaba el habitáculo.

—¿De cuánto está tu mujer? —preguntó de pronto, sin apartar la vista de la carretera.

Marcos tardó un par de segundos en reaccionar.

—¿Me estás preguntando por la cuenta extraña en semanas que llevan las embarazadas? Porque eso es un lío. No entiendo por qué no hablan por meses, como todo el mundo. —Se encogió de hombros.

—Sí —sonrió—, tienes toda la razón. Es bastante lioso. Entonces, ¿de cuántos meses?

Él sonrió, algo aliviado de que la conversación y la relación entre ellos fuera por buen camino.

—Creo que ya son seis.

—Me pareció que lo del detalle de los pastelitos era un antojo de los gordos —supuso Irene.

—Ya, y lo peor es que no es la primera vez. Pienso que es una excusa para fastidiarme a altas horas de la madrugada. —Soltó una carcajada por la broma—. Me encantan las personalidades de las mujeres. Soy vuestro fan.

—Eso está bien. Después de todo, estás aquí por una.

—Mi madre es la mejor madre, y no exagero.

—Seguro que no. Y volviendo a los pasteles, estaban bastante buenos. Espero que vuelva a tener otro antojo dentro de poco —dijo Irene. Estaba empezando a pensar que Marcos era un buen tipo, como Joaquín ya le había advertido.

—Seguramente. Está en modo antojo nivel experto. Ayer quería pastelitos de crema, pero no de cualquier sitio, sino de los de la calle Delicias, y allí que fui.

—Creo que te darán una medalla. ¿Es niño o niña?

—Niño, se llamará Bruno. Al principio, no me convencía el nombre, pero ahora me encanta. Lo dices enfadado y queda bien. —Los ojos le brillaban de felicidad. Se notaba en el tono de su voz que estaba contento por lo que estaba ocurriendo en su vida.

Irene aparcó y pulsó el botón del freno de mano.

—Te tengo que confesar que al principio no estaba convencida de que esto fuera a funcionar, ya sabes, lo de tener un compañero. Pero creo que eres un buen hombre, marido, y seguro que padre. —Asintió con la cabeza—. Te estoy dando una oportunidad, y son muy exclusivas. No se las doy a cualquiera.

—Me alegro. Y sí, no te vas a arrepentir. Soy buena gente. —Hizo un silencio antes de volver a hablar—. No soy el más listo, pero sí el más fiel. Lo que puedes tener claro es que no te voy a decepcionar y que puedes confiar en mí.

—Gracias —dijo Irene pensativa. Lo sintió con la misma sinceridad con la que Marcos lo dijo.

—Y a ti, ¿te espera alguien en casa? —Se arrepintió después de preguntar.

—Tranquilo —contestó al ver su cara—, solo tengo una planta moribunda. Por eso no me gustan. Se secan y no hay manera de revivirlas. Se empeñan en morir en cuanto entran en mi casa.

—Al menos no te obligan a ir a por pastelitos. —Marcos miró el edificio—. ¿Es este?

—Sí, aquí está la simpática. —Apretó los labios.

Aparcaron el coche y anduvieron hasta el portal. Irene se quedó mirando los telefonillos para comprobar que el despacho estaba señalizado con un pequeño cartel.

—Aquí es. —Empujó la puerta.

—Es nuestro día de suerte. —Empujó más fuerte que Irene.

El timbre resonó en el interior del piso con un zumbido antiguo, de esos que vibraban más de la cuenta. Irene echó un vistazo al cartel de la puerta: «Berta Zamora, abogada». No había otros nombres. El portal era de los antiguos que había por Madrid capital. Repleto de madera, con un ascensor viejo con puertas que ahora se consideran *vintage* y el suelo original que delataba cada paso.

Sonó el clic de la cerradura, empujaron la puerta y vieron a una señorita muy sonriente detrás de una mesa al estilo abogado que tanto les gustaban para decorar los despachos. Entraron en un recibidor estrecho, donde un perchero de pie sostenía un único abrigo negro y un paraguas con mango de madera. A la izquierda, había un pasillo alargado donde los agentes supusieron que estaría el despacho. Las paredes estaban cubiertas de cuadros enmarcados con documentos jurídicos, diplomas, fotos en blanco y negro de juzgados, manifestaciones feministas de los años noventa, e incluso una imagen borrosa de Berta cuando era joven, flanqueada por dos personas que parecían ser sus padres.

—Es de los abogados que te piden que les dones los órganos antes de mover un papel —le susurró Irene y volvió a mirar a la recepcionista al momento.

—Buenos días, ¿tenían cita? —preguntó con el tono más desagradable que tenía.

—Hola, somos policías. —Imitó el tono y sacó la placa—. Tenemos que hablar con Berta Zamora. Es bastante urgente.

—Un momento, por favor.

La señorita de tono antipático se levantó para desaparecer con pasitos pequeños y rápidos por el pasillo de madera y luces tenues.

—No me gusta enseñar la placa, pero cuando se ponen así, ya sabes, en plan ñoño, es la mejor manera de terminar —argumentó Irene con cierta satisfacción.

La recepcionista volvió con un tono infinitamente más amable.

—Es el despacho del final. —Señaló con la mano.

Anduvieron con el crujir del suelo y Marcos se dio la vuelta para mirar a su compañera, que seguía su estela. En el despacho estaba Berta, sentada con la mirada clavada en el ordenador, aparentando estar muy ocupada y restando la importancia de que dos agentes estuvieran en su despacho. Había una gran ventana tapada por unos visillos gruesos y la lámpara de techo emitía una luz cálida, demasiado dorada para esa hora del día.

—Hola, somos policías de homicidios. Perdone que le molestemos —dijo Irene, profesional.

—No me molestan para nada. Por favor, siéntense —dijo levantándose y haciendo un movimiento con la mano para que tomaran asiento.

Irene notó que la mujer no se había maquillado, pero conservaba un aplomo que imponía. Tenía las uñas cortadas, sin pintar, y el pelo recogido de forma descuidada en un moño alto. En su mirada no había rastro de debilidad.

—Gracias. Somos Irene Vega y Marcos Bernal. Venimos porque han asesinado a Nuria Miret y lo único que llevaba encima era su tarjeta —explicó sin florituras.

—¿Nuria Miret? —preguntó con la ira aflorando en sus ojos.

—¿La conoce? —preguntó Marcos sabiendo la respuesta.

«Buena jugada, compañero», pensó Irene sin distraerse.

—Por supuesto que la conozco. Metió a un inocente en la cárcel por su testimonio falso. —Alzó la voz a la misma que su tono de piel se volvía más rojo.

—¿No ha hablado con ella últimamente? —preguntó Irene, contrariada.

—Por supuesto que no —repitió la coletilla.

—¿Y sabe por qué ha aparecido muerta y lo único que tenía era su tarjeta? —insistió.

Berta pensó unos segundos lo que tenía que responder. Solía colaborar con la policía, pero nunca era su cuello el que estaba en juego.

—¿Soy sospechosa?

—¿Debería? —Parpadeó Irene.

—¡Claro que no!

—¿Dónde estuvo ayer por la noche? —preguntó Marcos para ponerla más nerviosa.

—Aquí hasta las nueve o diez de la noche. Luego bajé a cenar al bar de abajo porque ya era muy tarde. —Cruzó los brazos encima de la mesa—. Pueden preguntarlo.

—Está bien. Supongo que hablaremos pronto. —Irene se levantó.

—Un momento, ¿solo me van a preguntar eso? —quiso saber, a punto de perder los nervios.

—Bueno, solo estaba la tarjeta, y supusimos que tendría algo que decir, pero ya vemos que no. —Se calló con la idea de que comenzara a dar información útil.

Marcos observaba a Irene, interviniendo cuando ella le miraba de soslayo. Quería que participara de manera activa, no solo que estuviera presente.

—La vi el día del juicio hace al menos veinte años. Ella testificó en contra de mi cliente, David Ruiz. Aún está cumpliendo condena porque ella mintió. David ni siquiera estaba allí en ese momento —matizó Berta.

—Hubo una investigación —dijo Irene con el ceño fruncido.

—Lo sé, pero había una testigo, Nuria. Así que, el juez creyó que había suficientes pruebas circunstanciales que apoyaban su testimonio.

—¿Y no era así? —preguntó Marcos, que se reacomodó en la silla.

—Por supuesto que no. David estaba en su casa. Sus padres estaban allí, pero como no podían asegurar a qué hora llegó porque estaban durmiendo… Ya se pueden imaginar lo que pasó. —Levantó las cejas con soberbia.

—Como quieras. Ya hablaremos más adelante —se despidió Irene.

Marcos siguió a su compañera sin decir nada más hasta que salieron del portal.

Capítulo 5

Berta se quedó pensativa. Se levantó y apartó la pesada cortina para asomarse a la calle. La aparición del cuerpo de Nuria Miret removía sentimientos e incertidumbres pasadas. Pero no solo era eso, sino que, si alguien había matado a Nuria, el entorno de David sería el principal sospechoso. La venganza había sido una justificación para el ser humano a lo largo de la historia. Así que la deducción de Berta no era tan descabellada. Se sentó y buscó el expediente. Era antiguo y no lo encontró. Lo buscó entre los archivadores de cartón que tenía detrás de la mesa. Estaba nerviosa, y no era por la cantidad de cafés que se había tomado en lo que iba de mañana. Lo encontró. Se sentó y colocó la carpeta en la mesa. Estuvo varios minutos mirándola sin abrirla. Tenía el nombre de David Ruiz escrito en mayúsculas, con trazo firme en la portada. Recordó la cantidad de horas que había pasado releyendo aquellas hojas que con total seguridad ya tendrían un color amarillento. Desde que los policías habían ido a verla, sentía una presión en el pecho que no conseguía soltar. Al principio, pensó que era desconcierto. Pero ahora sabía con seguridad que los hechos, como ya predijo, no encajaban.

Nuria era la única testigo del asesinato de su sobrina y ahora estaba muerta.

Berta no creía en las coincidencias.

«¿Quién tenía interés en que muriera? ¿Por qué justo ahora? ¿Habría sido alguien cercano a David?».

Abrió la carpeta y buscó el teléfono de los padres de David. Nunca dudaron de la inocencia de su hijo. Sabían que no era el mejor adolescente de la época y sus relaciones sociales no eran las más convenientes, pero no era un asesino.

Cogió el móvil con dudas sobre cómo enfocar la llamada. Se frotó las sienes antes de marcar el número. Necesitaba asegurarse de lo que estaba pasando. No iba a conseguir tener paz interior

hasta que descubriera la verdad. Esperó, escuchando cada tono con más incertidumbre.

Salvador leía el periódico con gesto ausente mientras Dolores recogía los restos del desayuno. Era una mañana cualquiera, tranquila, sin llamadas ni visitas. La cafetera aún goteaba en la encimera cuando el teléfono fijo comenzó a sonar. Ambos se miraron extrañados.

—¿Sí? —respondió Dolores.

—Hola, soy Berta Zamora. ¿Se acuerda de mí?

—Hola, Berta. Claro que me acuerdo. David me dijo que estaba volviendo a hablar contigo, que ibais a recurrir —dijo con tono feliz, esperando recibir buenas noticias.

—Sí, hace unas semanas hablé con él. Teníamos pendiente una reunión en la cárcel la semana que viene.

Berta se sintió culpable. Dentro de unos días tenía que ir a hablar con David, y ni siquiera había comenzado a repasar el expediente para recordar los testigos y las pruebas que tenían contra él.

—Genial. La noto rara, ¿ha pasado algo malo? —preguntó Dolores, intuitiva.

—No estoy del todo segura, por eso la llamaba —dudó cómo decirlo.

—Estoy con mi marido. Voy a poner el altavoz para que él también escuche lo que tenga que decirnos.

—Claro, verán… No sé muy bien cómo decirles esto. —La escucharon coger aire.

Los padres de David se miraron escépticos, sin saber a qué venía tanto secretismo.

—Ha venido la policía a verme. ¿Recuerdan a Nuria Miret?

Dolores soltó una gran carcajada.

—¡¿Cómo olvidar a esa malnacida y mentirosa?! —exclamó Salvador con ira.

—Ya, bueno, ha aparecido muerta en el Retiro —dijo al fin, sin dejar de frotarse la cara.

—¿Muerta o asesinada? —Quiso saber Dolores con el ceño fruncido y sosteniendo la mirada a su marido.

—No lo tengo claro, pero supongo que, si han venido a verme, es que la han asesinado. La policía la ha relacionado con el caso de Carla directamente y, en consecuencia, con su hijo.

—Ya, pero esto nos beneficia, ¿no? Quiero decir que, si la principal testigo que acusó sin pudor a mi David está muerta, es bueno, ¿no? —Dolores estaba ansiosa por conocer la respuesta.

—No estoy segura de la respuesta. Creo que relacionan el asesinato con el entorno de David. No sé si me están entendiendo.

—La hemos entendido perfectamente. Nos está preguntando si la hemos matado nosotros, ¿no es eso?

—Sí, eso es.

—Pues no, creemos que con uno de nosotros en la cárcel por asesinato es más que suficiente, ¿no le parece?

—Ya, claro. Por supuesto. —Comenzó a ponerse más nerviosa —. Quiero prevenirles de que no tardarán en ir a visitarlos. Estén preparados y no digan nada inapropiado —recomendó.

—Berta, nuestro hijo no fue, y lleva años en la cárcel. Si Nuria está muerta, necesitamos que lo saque de ahí. Ya ha perdido casi toda su vida. —La congoja de Dolores se sentía en cada una de sus palabras.

—Es lo que voy a intentar, se lo puedo asegurar. Pero primero necesito saber el motivo de que David tuviera tanta urgencia en reunirse conmigo. —Pensó unos segundos—. Estaba especialmente contento. ¿A ustedes no les dijo nada?

—No —mintieron.

—De acuerdo. En cuanto hable con él y preparemos la nueva estrategia me pondré en contacto con ustedes.

—Gracias, Berta. Por favor, sáquelo de ahí.

—Pueden estar seguros de que lo intentaré con todas mis fuerzas.

Colgaron. La abogada dudaba que los padres no supieran nada. David tenía buena relación con ellos y siempre estaban pendientes de él. Nunca perdieron la esperanza de que saliera de la cárcel. Estaban completamente seguros de que era inocente.

A Berta no le gustaba lo que estaba ocurriendo. De repente, recordó la visita de una persona que no quiso esperar. Salió del despacho y fue con pasos rápidos hasta la recepción. La madera del suelo crujió y sintió ese ruido como cuchillas en la cabeza.

—¿Te acuerdas de la persona que vino hace unos días y no quiso esperar a que terminara la reunión? —preguntó sin preámbulos.

La recepcionista levantó la vista y pensó si aquella pregunta tenía trampa para echarle en cara algún error y luego una bronca monumental de esas que a Berta le encantaban para gritarle y descargar tensión con un motivo.

—Sí, me acuerdo. Intenté que no se fuera, pero no la iba a coger del brazo para volver a sentarla, ¿no? —contestó a la defensiva.

—Por supuesto. Pero ¿te dijo su nombre? —preguntó ansiosa sin disimularlo.

—No me acuerdo, pero lo apunté por aquí.

Comenzó a pasar las hojas de la agenda donde tenía anotadas las reuniones y los clientes que habían llamado.

—¡Aquí está! —exclamó con alegría—. Se llamaba Nuria Miret. ¿Qué pasa?, ¿te suena?

Berta se quedó inmóvil unos segundos.

—Por supuesto que me suena. Ha aparecido muerta —dijo sin mirar a la trabajadora.

Se dio la vuelta sin comprender qué es lo que estaba pasando.

Capítulo 6

Irene y Marcos se fueron del despacho de Berta sin dejar de preguntarse si había dicho la verdad o no. Nunca lo iban a saber. Quizás estaban suponiendo que el caso estaba relacionado con el asesinato de Carla y partían de una hipótesis errónea.

—Creo que deberíamos investigar primero la vida de Nuria. Estoy pensando que puede que estemos equivocados y no esté relacionado, ¿no? —dijo Irene nada más abandonar el portal.

—Solo hay una manera de saberlo. Puede que si hablamos con David salgamos de dudas. —La miró sin dejar de andar.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que no hay nadie mejor para saber si Nuria dijo la verdad que el propio David. Puede que siempre haya dicho la verdad y nunca le hayan querido escuchar —explicó Marcos al montarse en el coche.

Irene le miró, pero no le dijo nada. Arrancó en silencio mientras meditaba.

—No sé. Puede que tengas razón, pero prefiero no dar pistas a nadie de lo que estamos haciendo. —Se desvió para echar gasolina —. Puede que tengas razón, pero si no tenemos nada más que testimonios antiguos de otro crimen es imposible hacer una investigación en condiciones.

—Te entiendo —dijo Marcos—. Primero quieres investigar a la víctima, ¿no es así?

—Exacto. Después de todo, ahora, quien ha sido encontrada muerta es la tía, Nuria. Puede que esté relacionado o puede que no. Incluso puede que haya sido un robo que salió mal —argumentó Irene.

—Los dos sabemos que eso es poco probable.

—Lo sé. —Sonrió—. Pero me estoy tomando muy en serio enseñarte de la manera más adecuada y eso conlleva dar los pasos en orden y los correctos. Nada de suposiciones o de corazonadas.

—Apuntado.

—Entonces, vamos a hablar con la científica y a pedir las últimas llamadas del teléfono de Nuria. Puede que no saquemos mucho de ahí, pero a veces te sorprenderías de a quiénes llaman cuando saben que los van a matar —terminó de decir Irene, apoyada en la puerta del coche—. Ahora vengo.

—Perfecto. Voy a llamar a mi mujer, a ver qué tal se encuentra.

Mientras esperaba a que contestara al teléfono, Marcos tuvo una idea. Pensó que podría echar un ojo a las redes sociales de Nuria. Puede que apareciera con la familia o con amigos en algunas fotos y con un poco de suerte estuvieran etiquetados. Quizás podría hablar con ellos. Le pareció raro que nadie hubiera puesto una denuncia de desaparición. Le dio pena pensar que nadie había echado en falta a Nuria.

«Estoy bien. Aprende todo lo que puedas. Te quiero».

Fue el mensaje que leyó cuando Irene volvió al coche.

—He mandado unos correos mientras esperaba para pagar. Necesitamos las llamadas que hizo e ir a su casa —informó Irene.

—Vale. ¿Y la autopsia? —se interesó Marcos.

—Todavía no sabemos nada. Tendremos que esperar.

—¿Y para ir a su casa no debemos tener una orden?

—Sí, por eso vamos a ir primero a la casa de los padres de Carla. El padre de Carla es el hermano de Nuria. Puede que ellos nos sepan decir algo y ni siquiera sepa que está muerta. —Irene suspiró al recordar sus propios traumas.

—¿Todo bien? —preguntó Marcos al observar el gesto compungido de su nueva compañera.

—Sí, tranquilo. Solo que me da pena que nadie haya puesto una denuncia de desaparición. —Se encogió de hombros.

—Ya, yo también he pensado lo mismo. Es muy triste que haya aparecido una mañana asesinada en extrañas circunstancias y nadie de su familia se haya preocupado —sintetizó Marcos, atusándose el pelo con ojos tristes.

—Ahora que estamos hablando de esto, creo que puede que sí estén relacionados. Si hablamos con los padres y nos dicen que no mantenían el contacto, puede que nos digan por qué no se hablaban. —Irene pensaba en voz alta, aún sin haber salido de la gasolinera.

El coche de atrás empezó a pitar. Irene miró por el retrovisor y observó cómo un conductor con movimientos parecidos a los de un orangután se movía dentro de su vehículo.

—¿Qué haces? Mueve el coche. —Marcos interrumpió sus pensamientos—. ¿Irene? —insistió al ver que no movía el coche.

La zarandeó levemente para que reaccionara.

—Sí, perdona. Es que a veces no puedo controlar mi ira y necesito tomarme unos segundos para no salir hecha una furia —explicó sin mucho detalle.

—Mueve el coche —repitió Marcos, pensativo.

La inspectora arrancó y salió de la gasolinera con la mirada clavada en el retrovisor. Desde hacía unas noches le habían vuelto algunos recuerdos que creía olvidados. Situaciones normales y que a nadie llamarían la atención la dejaban bloqueada.

«Tengo que ir a hablar con Patricia. Puede que Joaquín tenga razón».

Irene condujo manteniendo una conversación banal con Marcos hasta la casa de los padres. Le informó de los procedimientos internos y de algunas preguntas que el nuevo inspector tenía en mente.

No tardaron más de veinte minutos hasta que llegaron a casa de los padres de Carla. Irene había revisado por encima el expediente y sabía que habían declarado que no estaban en casa el día del asesinato de Carla. Puede que ahora aportaran más luz sobre el caso de Nuria.

La casa de Raúl y Ariadna estaba en una calle tranquila a las afueras, con fachadas bajas y jardines delanteros cuidados a medias. El seto de la entrada tenía huecos por los que se colaba la vista, y el portón chirrió al abrirlo. La pintura de la puerta principal estaba desconchada, como si nadie se hubiera preocupado de renovarla en años.

Desde fuera se escuchaba el eco amortiguado de una televisión encendida, sin que se entendieran las palabras, solo el rumor constante. Cuando Ariadna abrió, llevaba un delantal salpicado de harina y el pelo recogido en una coleta. Tras ella, el pasillo estrecho conducía a un salón con cortinas pesadas que filtraban una luz grisácea y muebles que parecían haber sido comprados décadas atrás. Sobre una estantería, varias fotografías enmarcadas mostraban rostros serios, en blanco y negro, junto a otras más recientes de un hombre y una mujer abrazando a un joven con sonrisa forzada.

Ariadna les hizo pasar sin demasiadas palabras, apartándose para dejarles sitio en el pasillo. Marcos, más atento a los detalles, se fijó en el perchero de madera junto a la puerta, donde colgaban un par de chaquetas gastadas y un par de zapatillas viejas de andar por casa. El salón estaba dominado por un sofá tapizado en tonos marrones, con cojines que no combinaban entre sí, y una mesa baja con un mantel de hule decorado con flores descoloridas. Sobre la mesa, un cenicero con varias colillas y una taza de café con restos fríos. Raúl, sentado en un sillón reclinable, se incorporó con

esfuerzo. Llevaba una camisa arrugada y unas gafas de lectura que se quitó lentamente, como si le molestara que lo interrumpieran.

Ariadna indicó a los agentes que tomaran asiento, mientras ella recogía la taza y desaparecía un momento hacia la cocina. Desde allí llegó el sonido metálico de una cucharilla contra la loza, seguido de un murmullo ahogado de voces, quizá la televisión, que seguía encendida en otra habitación.

Irene sacó la libreta de su bolso y la colocó sobre sus muslos, sin abrirla todavía. Marcos, en cambio, se acomodó en el borde del sofá, con las manos entrelazadas, observando cada gesto de Raúl, que no apartaba la vista de él. Había un silencio denso, como si todos esperaran que fuera el otro quien rompiera el hielo.

—¿Saben por qué hemos venido? —preguntó Irene directamente.

—Supongo que David ya habrá puesto algún recurso de esos que dicen los abogados y se habrá abierto la investigación del asesinato de mi hija, ¿no? —supuso Raúl.

—Seguramente. —Asintió su mujer, secándose las manos en el delantal al aparecer de nuevo por la puerta.

—No, ha aparecido alguien de su familia en extrañas circunstancias. —Marcos tragó saliva, pero no había tiempo que perder en la conversación.

El matrimonio se miró con extrañeza y el ceño fruncido sin entender aquellas palabras.

—Lo siento, pero no entiendo a qué se refiere —dijo al fin Raúl.

—¿Hace mucho tiempo que no hablaba con su hermana Nuria? —preguntó Irene después de carraspear.

—¿Ya vienen con la retahíla de que mi hermana se inventó el testimonio? ¿Es eso? —Raúl dejó entrever su enfado.

—No es eso. Por favor, tranquilícese —intercedió Marcos rápidamente.

—¿Entonces? —preguntó con el rostro desencajado.

Raúl acababa de relacionar las palabras de los agentes que estaban sentados en el salón de su casa. «Extrañas circunstancias» retumbó en su cabeza.

—Es mi hermana la que está muerta, ¿verdad? —preguntó con los ojos brillantes.

—Sí, eso es. Ha aparecido muerta en el Retiro. Lo sentimos mucho, pero necesitamos hacerles unas preguntas —apuró Irene con pesar.

Raúl comenzó a frotarse los ojos y Ariadna se colocó a su lado. Comenzó a acariciarle la espalda con suavidad.

—¿La han asesinado? —preguntó la mujer.

—De momento no le podemos confirmar. Están realizando la autopsia. Pero necesitamos saber si habían perdido el contacto —insistió Irene.

—Sí, hace unos años que no nos hablábamos —contestó Raúl intentando mantener la entereza después de recibir la noticia.

—¿Cuándo nos podrán confirmar si ha sido asesinada? —preguntó Ariadna.

—Lo antes posible. En cuanto nos den la información, se lo haremos saber —respondió Marcos, que se había recolocado en el sofá.

—¿Saben si tenía algún enemigo o alguien que le quisiera hacer daño? —preguntó Irene observando cada reacción del matrimonio ante la pregunta.

—Hace años que no hablábamos con ella, así que no se decirles —respondió Raúl entre balbuceos.

—¿Crees que puede estar relacionado con el testimonio que dio en el juicio de Carla? —intervino Marcos.

—No lo sabemos. Ya testificamos en su día. Cuando ocurrió el asesinato de Carla nosotros no estábamos aquí. Nos fuimos de fin de semana, y por eso estaba aquí mi hermana. Estaba cuidando de los niños. Eran mayores, pero así nos quedábamos más tranquilos, porque eran varios días —recordó Ariadna sin despegarse de su marido.

—No les pudimos ayudar antes ni podemos ahora. Lo sentimos mucho, de verdad —puntualizó Raúl.

—De acuerdo. —Irene se levantó—. Si recuerdan algo que les dijera Nuria que pueda ser útil para la investigación, se lo agradecemos.

—Pero ¿ha sido un asesinato? —preguntó Raúl contrariado.

—No se lo podemos confirmar, pero tiene pinta de que alguien le robó y la asesinó, o bien, al contrario. Ha aparecido sin bolso ni móvil. Lo único que llevaba consigo era una tarjeta de la abogada de David Ruiz —explicó Irene con el propósito de que les dieran algún tipo de información.

—¿Del asesino de Carla? —Raúl miró a su mujer.

—¿Berta Zamora no sabe nada? Bueno, qué tontería. Aunque supiera algo, no lo diría —recalcó Ariadna con tono amenazador.

—Nos ha confirmado que nunca habló con ella —confirmó Marcos al levantarse para seguir a su compañera.

—Lo único que les podemos decir ahora es que, con lo que tenemos ahora mismo, parece que alguien la asesinó y el motivo parece estar relacionado con Carla. Puede que no sea así, pero es lo que parece.

Caminaron hacia la puerta y la pareja los acompañó. Raúl ya estaba más relajado. No había asimilado la noticia, pero la

conversación le había hecho pensar en el motivo por el que dejó de hablarse con su hermana durante tantos años.

—Una última pregunta, Raúl, ¿el motivo por el que dejaron de hablarse estaba relacionado con el asesinato de su hija? —quiso saber Marcos, que no iba a quedarse con la duda por muy inapropiada que fuera la pregunta.

—No, no tiene nada que ver. Simplemente cambió su personalidad y comenzó a no tener tiempo para nosotros. Creo que nos fuimos distanciando con la muerte de Carla. Nuria la adoraba, y con aquel suceso le dolía vernos. Le recordábamos lo que pasó y el recuerdo de Carla era insoportable para ella —explicó Raúl con pesar.

—Entiendo —comprendió Marcos—. Si recuerdan algo, llámennos, por favor. Puede que les parezca una tontería, pero puede ser importante para la investigación.

Mientras bajaban por las escaleras, Irene repasaba cada palabra que Raúl y Ariadna habían pronunciado. Habían respondido a todo con una calma que resultaba casi incómoda. Demasiados seguros y correctos. Y, sin embargo, algo en sus miradas se había escapado de su control: un destello de inquietud cuando mencionaron a Nuria. Irene lo archivó en silencio. Sabía que, en casos como aquel, las piezas pequeñas eran las que más tarde encajaban con un golpe seco.

Capítulo 7

Marcos aparcó frente al edificio de su casa. Apagó el motor con una sonrisa. Se quedó unos segundos en el coche, repasando lo que había ocurrido en el interrogatorio. Tenía buena impresión de Irene y percibía cómo se tomaba en serio su trabajo. Podría aprender de ella más de lo que en un principio esperaba. Irene se tomaba la molestia de hacerle partícipe en cada uno de los pasos que daban en la investigación, y eso le gustaba y le hacía crecer la confianza en sí mismo como inspector. El día se le había hecho corto, pero mientras subía las escaleras sentía que las piernas le pesaban debido a la falta de sueño. El embarazo de Nieves también le estaba afectando.

El pasillo del portal olía a la comida que estaría preparando algún vecino. Por lo que le entraron ganas de devorar la cena que le habría preparado Nieves con cariño. Al abrir la puerta, lo recibió el sonido apagado de la televisión y el olor al hogar, pero no a comida. El calor del radiador le golpeó el rostro y sintió cómo se le aflojaba el cuerpo. Su mujer estaba sentada en el sofá, con una manta sobre las piernas y una taza de infusión entre las manos. La barriga, cada vez más redonda, se notaba incluso bajo la tela del jersey ancho. Su cansancio aumentaba con cada día que pasaba.

—Hola —dijo Nieves esbozando una sonrisa cansada.

—Hola, cariño —respondió al dejar las llaves en el cuenco de la entrada y se acercó al sofá donde le esperaba con los brazos abiertos—. ¿Cómo te encuentras?

—Pues como una ballena, y sin dejar de pensar en comida. —Sonrió, señalándose la barriga.

Marcos se recostó a su lado y le acarició el pelo. El calor que irradiaba con el embarazo le daba más sueño, pero se había fijado en que no había cocinado. Así que él se ofrecería a hacer la cena o, si tenía algún antojo en especial, la pediría.

—Pareces agotado, ¿mal día? —Se acomodó en el sofá y le cogió la mano.

—No, para nada. Irene es una buena policía. Creo que voy a aprender mucho con ella. Me hace partícipe en todo lo que hacemos, y eso me gusta. Así lo hago y, si meto la pata, está conmigo para corregirme. No me la esperaba así… No sé. —Torció el morro.

—¿Así cómo? —preguntó Nieves sin dejar de acariciarle la mano.

—Simpática. Tiene tan mala fama de borde que me lo había creído. —Se encogió de hombros—. ¿Qué quieres de comer?

—Prefiero pedir algo, así no manchamos nada. Estoy cansada hasta para ir al baño—se quejó Nieves con una sonrisa.

—Bueno, entonces no hagas nada. —Sonrió—. Ya estiro yo el brazo para coger el móvil —soltó una carcajada.

Nieves le dio un golpe suave en el brazo con una sonrisa.

—¿Algo en concreto? ¿De qué tenemos hoy antojo? —preguntó Marcos antes de meter la pata y pedir algo que no pudiera comer.

—No sé, vamos a mirarlo juntos y decidimos, ¿vale? —Colocó la cabeza en el hombro de su marido para ver las fotos de los restaurantes.

Marcos sonrió, sacó el móvil y buscó en la aplicación de comida a domicilio. Mientras ella miraba concentrada y pulsaba con el dedo sobre las fotos de las comidas que le habían llamado la atención. En aquel instante, el agente pensó fugazmente que esa normalidad era un lujo que no todo el mundo podía permitirse y, quizás, con el caso que tenía entre manos, se acercaba el día en que también ellos tendrían que luchar por mantenerla. Marcos no quería renunciar al puesto que siempre había ansiado tener, pero tampoco iba a renunciar a su familia. Debía aprender a compaginar ambas cosas sin perder ninguna por el camino.

Después de comer, Nieves estaba muy cansada y se fue a dormir temprano. Marcos aún no tenía sueño y se quedó en el sofá después de darle un beso a su mujer en la cama. Sin embargo, no dejaba de pensar en el caso y en lo que se le había ocurrido para investigar a Nuria Miret más allá de los canales formales. Las redes sociales estaban muy desarrolladas en la actualidad y casi todo el mundo tenía un perfil y había subido alguna foto. Aunque fueran una o dos. No perdía nada por intentarlo. Así que se metió en su propio perfil y comenzó una búsqueda exhaustiva para dar con Nuria y su entorno más cercano. Se llenó de esperanzas al verificar que no había más de unas decenas de personas con aquel nombre. Comenzó a descartar por la foto. Hasta que al final dio con la que buscaba. Las fotos eran públicas y varias de ellas tenían etiquetadas a otras personas. Comenzó la investigación. Habían pasado más de dos horas cuando Marcos miró el reloj, pero lo hizo con una grata satisfacción.

—Aquí tenemos a Carmen Navarro, amiga y compañera del trabajo —murmuró para sí.

Miró el reloj y no le pareció lo suficientemente tarde como para llamar a Irene. No perdía nada por intentarlo. Estaba orgulloso de lo que había conseguido y no le gustaba perder el tiempo, al igual que a su compañera.

Esperó varios tonos hasta que descolgó.

—Hola, Marcos, ¿ha pasado algo? —preguntó con preocupación.

—Hola, Irene. No, tranquila, no es nada malo. Solo que, como mi mujer se acuesta pronto por el tema del embarazo, me he puesto a cotillear por las redes sociales a nuestra víctima —dijo con tono de intriga.

—¿Y? —preguntó con una sonrisa—. Sorpréndeme.

—Era trabajadora social.

—Ya… ¿Y? Sigo sin entender qué es lo que pasa —respondió Irene con tono desconcertado.

—He estado mirando la empresa y antiguas fotos que aparecen en la web, de gente que pasó por sus manos, quiero decir, a los que ayudó. También era psicóloga y, a veces, si era necesario, trabajaba como mediadora familiar —murmuró.

—¿Estás en casa?

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Entonces, ¿por qué hablas tan bajo?

Marcos soltó una gran carcajada.

—Es que mi mujer tiene el sueño muy ligero. Tengo miedo a despertarla y que me mande a comprar pasteles o algo raro que sea imposible conseguir a estas horas. Si te digo la verdad, no es por no ir, es que luego es imposible aparcar en mi barrio —explicó entre risas.

—Ah, vale. Bueno, pues si quieres mañana lo hablamos, ¿te parece?

—Por supuesto. Perdona por molestarte —se disculpó.

—No me has molestado. Todo lo contrario, te lo agradezco, ya hemos adelantado mucho. Ahora sabemos que puede que el asesinato no esté relacionado con Carla. Puede que sea derivado de su trabajo. Tendremos que ir. Pásame lo que tengas hasta ahora y vamos mañana, ¿te parece?

—Claro. Muchas gracias, Irene.

—Gracias a ti. Así da gusto tener compañero —dijo Irene de corazón.

—Creo que somos el dúo perfecto. Voy a aprender mucho de ti, estoy seguro.

—De lo que puedes estar seguro es de que te voy a enseñar todo lo que sé —confesó Irene.

El móvil sonó con los mensajes de Marcos con los enlaces de los que habían estado hablando.

—¿Te ha llegado? —preguntó Marcos.

—Sí, espérate, que lo voy a mirar —dijo Irene al despegarse el móvil de la oreja y poner el altavoz para observarlo atentamente.

—Claro, míralo tranquilamente si quieres y mañana lo vemos juntos —recalcó Marcos para no presionarla.

—Vale, así te vas a dormir con tu mujer. —Se calló un segundo—. Marcos, mañana quedamos a primera hora en la puerta de esa ONG. Puede que su amiga, Carmen, ni siquiera sepa lo que ha pasado.

—Puede ser. No me gusta ser portador de malas noticias, pero es parte de nuestro trabajo —dijo Marcos con angustia.

—A nadie le gusta dar malas noticias. Pero nuestros casos siempre comienzan con una persona asesinada, así que somos portadores de malas noticias por excelencia. —Irene apretó los labios a pesar de que sabía que no la veía.

—Tienes razón. —Suspiró—. Mañana nos vemos, compañera —añadió con retintín.

—Por supuesto, compañero. No llegues tarde. Odio a la gente que lo hace.

—Tranquila, no soy de esas personas. Suelo llegar antes por defecto.

—Entonces nos llevaremos bien.

Capítulo 8

La mañana había amanecido gris, con un cielo bajo que parecía aplastar los edificios del centro. El tráfico era lento y monótono, y el limpiaparabrisas del coche de Irene arrastraba las gotas de lluvia como si estuviera cansado. Ella miraba por la ventanilla sin decir nada, repasando mentalmente las preguntas que tenía para la mujer con la que iban a hablar. Marcos había hecho un buen trabajo. No podía saber si la relación a lo largo del tiempo sería buena o no, pero, aunque lo fuera, el inspector tenía fecha de caducidad como compañero. Marcos aprendería con Irene un par de casos y luego se marcharía. Por unos segundos, Irene pensó que podría pedirle que se quedara si la relación era fructífera para ambos y tenía esa conexión que hay entre compañeros. El hecho de que estuviera casado y su mujer embarazada le daba la seguridad de que era un buen hombre.

La ONG ocupaba un edificio de ladrillo visto, con letrero deslucido y un portón metálico de color verde, donde la pintura empezaba a desconcharse. A esa hora, la calle estaba medio vacía, salvo por un repartidor que descargaba cajas de cartón y una mujer que barría la acera frente a una panadería.

Irene aparcó junto a la cera y apagó el motor. Rápido vio a Marcos cerca de la puerta, pero lo suficientemente lejos para no levantar sospechas. La inspectora levantó la mano y Marcos la vio inmediatamente. Corrió hacia su posición.

—Buenos días. ¿Entramos? —preguntó Marcos encogido por el frío.

Irene bajó del coche y se colocó a su lado. Sintió el mismo frío que Marcos y cómo el aire de la mañana se le colaba por el cuello del jersey.

—Buenos días. Sí, creo que es mejor que entremos ya. Puede que al ser primera hora de la mañana tengan menos jaleo que

dentro de un par de horas, que empezará a llegar más gente, ¿no te parece?

—Ni idea. Lo cierto es que no entiendo muy bien qué es lo que hace esta gente. —Marcos miró el letrero.

—Hoy puede ser el día que salgas de dudas. —Señaló la entrada con la barbilla—. Vamos. Yo pregunto en la recepción. ¿Te parece bien interrogarla? Luego, si veo que falta algo o se me ocurre alguna cosilla antes de irnos, lo pregunto al final —sugirió Irene moviendo las piernas con pequeños saltos para entrar en calor.

—¿En serio no te importa? —preguntó, gratamente sorprendido por la proposición de su compañera.

—Quiero que te sueltes, y es lo mejor. Pero con calma, no te voy a dejar solo ni vas a llevar el peso de la investigación. Somos un equipo y lo haremos los dos, ¿te parece? —Le guiñó el ojo.

—Venga. —Movió los brazos para relajarse.

Irene asintió y anduvieron los pocos metros que los separaban de la entrada.

Las paredes, pintadas de un blanco ya apagado, estaban cubiertas de fotografías enmarcadas. Algunas de ellas ya tenían las esquinas amarillentas, como si llevaran años colgadas sin que nadie se atreviera a sustituirlas.

Un pasillo estrecho partía desde el recibidor, con puertas a ambos lados. De una de ellas llegaba el sonido lejano de un teclado, constante y rápido; de otra, el rumor de varias voces mezcladas, como una conversación interrumpida cada pocos segundos por el timbre de un teléfono. Irene se detuvo un instante frente a una de las fotos más grandes. Era Nuria. Marcos se dio cuenta e hizo lo mismo. Vieron a una Nuria más joven, con un chal de vivos colores, con el brazo por encima de los hombros de varios chicos. Parecía una especie de clase. Podía ser un grupo de apoyo o algo por el estilo, ya que no había nada característico en el lugar donde se hizo la foto. El gesto de su boca era amable, pero sus ojos parecían

tristes. Marcos miró a Irene de reojo para comprobar si se había dado cuenta del rostro de Nuria con unos cuantos años menos.

Un hombre con un jersey gris y gafas redondas apareció desde el pasillo. Tenía las mangas arremangadas y una carpeta sujeta contra el pecho. Caminaba con prisa, pero se detuvo al verlos.

—Hola, ¿os han atendido? —preguntó el hombre amablemente.

—Hola. No, queríamos hablar con Carmen Navarro, ¿es posible? —Irene sostuvo la mirada al interlocutor.

—¿Tenían cita con ella? Se lo pregunto porque Carmen no siempre trabaja en la oficina. Es trabajadora social, puede que no venga a la oficina. También visita los centros —explicó con una educación exquisita.

—No, lo siento, no tenemos cita, pero es urgente. ¿Sabe quién es Nuria Miret?

—Claro, es nuestra compañera. También es trabajadora social —puntualizó.

—Y no siempre está aquí, ¿no? —preguntó Marcos y miró a su compañera.

«Ahora ya sabemos por qué nadie de su trabajo la echó en falta. Nunca estaba en el mismo sitio. Podía estar en la oficina o en cualquier centro», concluyó Irene para sí misma.

—Exacto. Pueden sentarse ahí. —Señaló unas sillas de plástico—. Voy a ver si está alguna de las dos y os pueden atender.

—Gracias.

El hombre se alejó con pasos acelerados.

—¿Por qué no le has dicho la verdad? Que Nuria está muerta —Se interesó Marcos al sentarse junto a Irene.

—¿Para qué? Es mejor decírselo a Carmen y ver cuál es su reacción, así podremos evaluar si dice la verdad o no —supuso Irene

en voz baja, acercándose a Marcos para que nadie los escuchara.

El hombre volvió, apurado.

—Seguidme. Carmen sí está. Se tiene que ir en unos minutos, pero os atiende antes de irse —les informó con una sonrisa —. Sed breves, porque no tiene mucho tiempo.

Atravesaron el pasillo, pasando por oficinas pequeñas repletas de archivadores, mesas atestadas de papeles y plantas que parecían sobrevivir a duras penas. Al fondo, una sala acristalada dejaba ver a una mujer con el pelo corto que los esperaba, con las manos cruzadas sobre una carpeta abierta. Su mirada, fija en ellos, parecía pesar más a cada segundo antes de pronunciar palabra.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarles? —preguntó con gran simpatía.

—Buenos días, somos los inspectores Marcos Bernal, y mi compañera, Irene Vega. Necesitábamos hablar con usted sobre un asunto delicado.

—Claro. Siéntense, por favor. —Carmen señaló las sillas que tenía enfrente de su mesa.

—¿Sabe quién es Nuria Miret? —comenzó Marcos.

—Por supuesto, es mi amiga y compañera. —Tragó saliva—. ¿Está bien? Hace un par de días que no consigo hablar con ella —intuyó la mala noticia.

Marcos miró a Irene, que asintió con la cabeza.

—Lo siento. Ha aparecido muerta en el Retiro —dijo Marcos con pena en la voz.

Carmen se echó las manos a la cabeza y se quedó mirando a los agentes con ojos brillantes.

—¿La han asesinado?

—¿Por qué lo pregunta? —respondió Marcos.

—Si hubiera sido una muerte natural no habrían venido a verme, ¿no?

—Todavía no está confirmado, pero en el caso de que sea un asesinato, necesitamos que nos ayude a encontrar a quien lo ha hecho. —Marcos pensó que era más conveniente contar con su apoyo que tratarla como una sospechosa.

—Tienen mi plena y absoluta colaboración en lo que necesiten —recalcó Carmen, apoyando los codos en la mesa—. ¿Creen que ha sido alguien del trabajo?

—Estamos investigando el entorno de Nuria. ¿Sabe si tenía algún enemigo? —preguntó Marcos.

—Compañeros de trabajo, no. Pero nosotros trabajamos con padres y niños conflictivos en situaciones extremas, por lo que cualquiera de ellos puede haber perdido los nervios. —Miró a ambos lados—. Ya entienden lo que quiero decir —susurró.

—Entiendo, pero ¿se le viene alguien a la cabeza? Puede que Nuria le hubiera hablado de alguna persona en concreto. Nos ayudaría mucho si pudiera hacer una lista de gente con la que tuvo algún problema o discusión relevante.

Carmen sostuvo la mirada del agente. Se colocó la mano en la barbilla y empezó a hacer un repaso mental.

—Lo siento, no se me ocurre nadie ahora mismo —resolvió—. Nuria llevaba trabajando aquí varios años. Cuando yo entré, ella ya estaba en la plantilla. Así que no les podría decir. Si me dejan un par de días puedo preguntar al director, puede que sepa decirles algo más que yo.

—Por supuesto. ¿Sabe si Nuria tenía pareja?

Carmen negó con la cabeza.

—Lo único que les puedo decir es que vivía sola y que quedaba con un hombre desde hacía tiempo. Creo que no eran pareja, pero se veían de manera asidua —respondió cambiando de

postura—. Sin embargo, no les podría decir dónde vive ni su teléfono. Solo sé que se llamaba Beltrán.

—De acuerdo —dijo Marcos al recordar que la mujer se tenía que marchar y miró a Irene—. No sé si mi compañera le quiere hacer alguna pregunta más.

—Sí, solo tengo una pregunta, ¿tenía móvil de empresa? Se lo pregunto porque normalmente a las personas que tienen parte de su jornada laboral fuera de la oficina le facilitan uno —preguntó Irene para estar segura de que las llamadas que habían pedido del móvil de Nuria serían las únicas.

—Sí, tenemos uno —respondió, sorprendida por la pregunta.

—Genial. Necesitamos que nos dé el número.

Carmen lo escribió en un papel después de buscarlo en su teléfono.

—Aquí tiene. —Estiró la mano con el papel en ella.

—Gracias. —Se levantó Irene—. Por favor, piense en lo que le ha dicho mi compañero sobre si tuvo algún problema en el trabajo con alguna familia.

—Por supuesto. También preguntaré a mis compañeros acerca del hombre con el que quedaba, por si acaso saben algo.

Marcos e Irene se despidieron de Carmen con un apretón de manos.

—Por cierto, ¿Nuria nunca le habló del asesinato de su sobrina Carla? —añadió Marcos antes de salir por la puerta.

—Sí —respondió de pie mientras se acercaba a la puerta para despedirse de los agentes.

—¿Y qué le comentó? —Marcos se quedó intrigado, sin dejar de mirarla.

—Qué había testificado y que le había arruinado la vida a un chico. Pero nunca me habló con claridad de aquello. Le reconcomía

por dentro. No quería profundizar en el tema, se sentía incómoda y triste a la vez.

—¿Se sentía culpable? —intervino Irene.

—Sí, esa es la palabra.

—Pero ¿culpable de qué?

—No lo sé. —Carmen negó con la cabeza—. Nunca me lo dijo. Alguna vez, cuando salíamos, se ponía un poco contenta y sacaba ese tema, pero en cuanto le preguntabas se secaba las lágrimas y decía que no quería hablar más. —Se cruzó de brazos—. Siento no serle de más ayuda.

—De acuerdo. No se preocupe, nos ha ayudado mucho. Si recuerda algo, llámenos —se despidió Irene antes de salir por la puerta.

Los agentes tenían la sensación de que Carmen era la mejor amiga de Nuria y callaba más de lo que decía. Nuria había dejado de hablarse con su hermano, por lo que tendría que haber buscado en quién apoyarse. Si no era Carmen, puede que el hombre con el que quedaba, Beltrán, fuera más un simple amigo o pareja ocasional.

Capítulo 9

Irene y Marcos salieron de la ONG. El día seguía siendo gris y estaba chispeando.

—¿Algo calentito antes de irnos? —sugirió Marcos subiéndose la cremallera de la cazadora.

Irene miró hacia arriba y observó las nubes negras antes de responder.

—Sí, venga. Así ponemos en común lo que llevamos hasta ahora. Por cierto, me ha gustado el interrogatorio —comentó Irene con un esbozo de sonrisa.

—Vaya, me alegro. Gracias por el final. Nunca se me hubiera ocurrido lo del móvil —señaló.

—Bueno, pero esos pequeños detalles te los dan la experiencia y las equivocaciones. Cuando ya has estado investigando en varios casos se te van ocurriendo cosillas de uno y de otro. No es porque yo sea más lista. En un par de meses, y con varias investigaciones a tus espaldas, a ti también te surgirán ideas de la nada —explicó para hacerle saber que iba por el buen camino.

Anduvieron un par de metros y vieron una cafetería. No querían alejarse, ya que el cielo les advertía de que pronto volvería a llover.

—¿Este mismo? Así estamos cerca del coche —dijo Marcos deteniéndose en la puerta.

—Sí, tienes razón. Para un café rápido cualquier bar nos vale —dijo al entrar la primera.

Irene se había quedado mirando el teléfono por unos segundos. El gesto le había cambiado y su concentración en la pantalla había aumentado.

—¿Algo malo? —Marcos se apoyó en la barra.

—Espera un segundo. Me acaba de llegar la autopsia al correo —informó sin dejar de leer.

Marcos ya sabía cómo le gustaba el café, así que no necesitaba preguntar para pedirlo.

—Vale, lee tranquila.

El murmullo de las conversaciones se mezclaba con el repiqueteo de las tazas y el siseo constante de la cafetera. El pan recién tostado y la bollería caliente eran los desayunos más comunes en las mesas. Tras la barra, un camarero con el delantal manchado iba y venía sin descanso, sirviendo cafés con una mano rápida mientras gritaba los pedidos a la cocina.

Las mesas estaban ocupadas por oficinistas con la mirada aún pegada al móvil, como Irene, obreros con monos azules y manos curtidas, y un par de jubilados que discutían animadamente de política. El tintinear de las cucharillas contra la porcelana creaba una música intermitente de fondo. Cerca de la puerta, una mujer removía distraída su café, mientras su chaqueta colgaba del respaldo de la silla. Un grupo de estudiantes, con mochilas apiladas junto a las patas de la mesa, compartía una bandeja de churros, riendo a carcajadas. Cada vez que se abría la puerta, una corriente de aire frío se colaba en el local, mezclándose con el calor denso que manaba la plancha, donde chisporroteaban huevos y lonchas de beicon.

—La han matado —dijo Irene cuando el camarero terminó de echar la leche en su vaso.

—¿Confirmado con la autopsia? —Marcos sopló el café antes de beber.

—Sí, pero no se veía cuando estuvimos en el Retiro porque la apretaron con la bufanda. El forense lo ha confirmado con los vasos sanguíneos rotos alrededor del cuello, para que nos entendamos —explicó Irene.

—No sé, compañera, a mí me da que tiene relación con el caso de Carla. Parecía una mujer con una vida normal que iba a trabajar y poco más. —Levantó las cejas.

—Para nada. Siempre hay algo más. Ni los buenos son tan buenos, ni los malos tan malos —dijo en voz baja—. Yo no digo que no esté relacionado, pero lo que es obvio es que si mintió cuando testificó fue porque defendió al verdadero asesino, ¿no?

—Sí, es la explicación más lógica y plausible —confirmó Marcos con la mirada perdida en la gente del bar.

—Pero lo que no entiendo es el motivo de que lo haga ahora, ¿por qué después de tantos años?

—Es que es eso, a mí también me chirría que decidiera retractarse ahora —apoyó a Irene.

—No es que me guste buscarle tres pies al gato, pero ¿y si lo de la tarjeta fue una pista falsa para engañarnos y que fuéramos en esa dirección? —Irene dudaba de que el camino fuera en línea recta.

—Puede que te parezca obvio y pienses que hay gato encerrado, pero a lo mejor hay más secretos de los que te piensas —puntualizó en voz baja.

—¿Qué quieres decir? —Irene bebió del café por primera vez.

—Bueno, pues que, aunque Joaquín hiciera la investigación, puede que se le pasara algo por alto, o incluso que tuvieran pruebas que no se pueden reconocer como ahora. No sé, pueden ser muchas cosas —elucubró Marcos, cogiendo una de las banquetas de la barra.

—No creo que se le pasara nada, la verdad, le conozco desde hace muchos años. Por propia experiencia, te digo que lo más seguro es que algún testimonio fuera falso. Es de lo más normal. Pero eso ya lo sabrás, la gente miente por norma general. Después de tantos años, la gente se arrepiente, y sobre todo en los casos en los que has mentido por alguien, en plan… por lealtad, y después te

das cuenta de que esa persona ni siquiera te habla ni valoró nada de lo que hiciste. —Irene argumentó su postura con las palabras que le dolían desde el corazón.

—Bueno, pues, si te parece bien, podemos repasar los testimonios del informe de Joaquín. Así podremos descartar definitivamente la relación del caso de Carla con el de Nuria, o bien, confirmarla. —Sacó la cartera y le dejó el dinero sobre la barra.

—No, de eso nada. No quiero que me invites —se quejó Irene con el brazo a medio camino para devolver las monedas a Marcos.

—Irene, por dios, que no te estoy comprando un chalé con piscina. —Soltó una carcajada.

—Tienes razón. —Sonrió—. Entonces, la próxima vez pago yo.

—¿En la autopsia no hay nada más relevante? —Se acordó Marcos de camino a la puerta.

—Sí, que la atacaron por detrás. Según las marcas, el agresor la estranguló colocándose detrás de ella —especificó Irene.

—¿Eso quiere decir que lo conocía? —Se paró a un paso de la puerta y miró al cielo sin dejar de prestar atención a su compañera.

—No estoy segura, pero creo que fue la persona con la que quedó ese día. Nuria se había arreglado para la ocasión, lo que quiere decir que esa persona era importante para ella de alguna manera. Creo que sí lo conocía y que tiene relación con el caso del asesinato de la sobrina. —Empezó a andar—. Sé que te dije que las cosas se demuestran y que nada de corazonadas, pero a veces, cuando tienes varias piezas sueltas, empiezas a intuir claramente la línea de investigación a seguir.

—Creo que la experiencia es un grado, y eso no se aprende en ninguna academia —resumió sin acritud.

Abrió el coche y entraron rápido para resguardarse del frío.

—Vamos a comisaría a hablar con Joaquín y luego decidimos, ¿te parece? —sugirió Irene.

—Por mí, perfecto.

Capítulo 10

Irene y Marcos llegaron a comisaría y fueron directos al despacho de Joaquín. Irene asomó la cabeza por el umbral de la puerta para ver si estaba ocupado. El comisario estaba concentrado en la pantalla del ordenador.

—Ya estamos aquí —dijo Irene a modo de saludo.

—Hola, chicos, ¿qué tal hoy? —preguntó, dejando de prestar atención a lo que estaba haciendo.

Marcos pasó, saludó levantando la mano y se sentó junto a Irene.

—Bien, ahora ya sabemos que sí la mataron —resumió ella.

—Vaya, vaya… Entonces, lo más seguro es que esté relacionado con el caso de Carla. ¿Vosotros qué opináis? —Frunció el ceño, sosteniendo la mirada a los agentes.

Ambos se miraron antes de contestar.

—No lo sabemos, esa es la verdad. Tendríamos que hablar con más gente. Estamos esperando el listado de llamadas. Quizá podamos sacar información relevante de las últimas personas con las que contactó —sintetizó Marcos, apoyado en el respaldo de la silla.

Irene se acomodó, orgullosa de su respuesta. De momento no le había dado tiempo a enseñarle mucho, pero la actitud de Marcos era inmejorable, lo que hacía que Irene confiara en su criterio y le diera manga ancha para llevar la investigación solo, aunque ella le fuera guiando.

—He repasado el expediente y puede que se me pasara algo por alto. Si no estáis seguros de que el asesinato de Nuria esté relacionado con el de Carla, lo más prudente sería ir a hablar con la persona más perjudicada, ¿no? —añadió Joaquín mirando de soslayo las notificaciones de los correos que estaban entrando.

—¿Algo importante? —preguntó Irene.

—Que tenga que ver con vosotros, no —respondió Joaquín.

—Volviendo al tema de David Ruiz, yo creo que lo más sensato es ir a hablar con él. Incluso podríamos comprobar las visitas. Puede que Nuria fuera a verle, ¿no te parece? —preguntó Marcos mirando a Irene.

—No sé…, ¿y si todo lo ha preparado él desde la cárcel? —insinuó la inspectora.

—Irene, por favor, que no es un capo de la droga. —Sonrió Joaquín—. Marcos tiene razón, id a hablar con él. Puede que os resuelva más de una incógnita. —Joaquín dejó clara su opinión para volver a mirar el correo.

—Puede que tengáis razón, no perdemos nada. —Irene encogió los hombros, dándose por vencida. No estaba segura de que fuera buena idea.

—Me gustaría que fuerais lo más rápido posible en este caso, ya que puede que, por mi investigación, haya un inocente en la cárcel. —Carraspeó el comisario.

—Está bien, iremos ahora mismo. ¿Sabes algo del registro de llamadas? —preguntó Irene.

—No, pero no deberían tardar en llegar. Los informáticos suelen mandar ese tipo de cosas a primera hora de la mañana. Si aún no lo tienes en el correo, puede que no os llegue hasta mañana —explicó, levantándose para que se marcharan—. Venga, chicos, que tengo una llamada importante.

—¿Con quién? —preguntó Irene, sabiendo que le sentaría mal.

Joaquín la miró sin responder y la empujó suavemente hacia la puerta. Marcos observaba atónito la situación.

—Venga, vamos a ver a David. ¿Quieres que conduzca yo? —preguntó a Irene.

—No, eso nunca. —Irene echó a andar hacia la puerta.

—Por cierto, una cosilla. Deberías ir a hablar con el hermano de Carla. Testificó que estaba durmiendo en casa, pero a mí siempre me dio la sensación de que estaba mintiendo —añadió Joaquín.

—¿Y por qué no continuaste con la investigación? —preguntó Marcos.

—Bueno, a veces los comisarios no te dejan seguir con un caso cuando ya se sabe el veredicto del jurado —argumentó con la mano en la puerta—. Además, esa época fue especialmente delictiva y asesinaron a varias personas, lo que hizo que estuviéramos manejando varios casos con el mismo personal y los inspectores desbordados. —Se encogió de hombros y cerró la puerta.

Irene ya estaba en la puerta del departamento e hizo un ademán con la mano para indicarle a Marcos que espabilara. Se rehízo la coleta antes de salir de comisaría. Era un día lluvioso y las ráfagas de viento no daban tregua. El pelo de Irene estaba más despeinado de lo normal. Marcos se volvió a colocar la cazadora y seguía los pasos de su mentora. Notaba la frialdad de Irene cuando se cruzaba con el resto de los compañeros. A él le saludaban, pero a Irene había policías contados que le decían algo. La mayoría la ignoraban, era como si no existiera para ellos. Había algo en ese silencio, en esas miradas fugaces y conversaciones que se interrumpían justo cuando ellos pasaban, que resultaba demasiado evidente. Cuando llegaron al coche, observó a Irene, y era como si ya hubiera olvidado el desfile de gestos secos que acababan de atravesar. Sin embargo, Marcos no podía quitarse de la cabeza que ahí pasaba algo más. Había un motivo que, por el momento, ella no tenía intención de contarle.

—¿Siempre es así? —preguntó Marcos al montar en el coche.

Irene se colocó el cinturón y sonrió.

—Parece que tú también lo has notado. Me alegro de no estar tan loca como ellos insinúan —dijo irónica.

—¿Por eso no quieres compañero? —Se arrepintió al momento de hacer la pregunta—. Lo siento, no debería meterme donde no me llaman.

—Marcos, la verdad es que no te lo iba contar, más que nada porque no quiero influenciarte y que pienses que estoy loca. Pero, como tú mismo has visto con tus propios ojos, hay algunos agentes que no me quieren aquí —explicó sin mirarle para poder terminar de hablar sin llorar.

—No lo entiendo, pero no quiero que me lo cuentes si no estás preparada para hacerlo —añadió Marcos mesándose el pelo, nervioso.

Irene arrancó el coche para hablar con David Ruiz lo antes posible.

—Cuando era pequeña me secuestraron durante más de dos semanas. No recuerdo quién lo hizo ni tampoco claramente lo que ocurrió. Lo único que recuerdo es a Joaquín apareciendo por el bosque espeso y cogiéndome en brazos. —Se secó la lágrima que resbaló por su mejilla sin dejar de mirar la carretera.

Marcos observó el colgante de una piedra de color negro que había colgado en el retrovisor. Irene lo vio.

—Es para que me proteja de las energías negativas.

—¿Y funciona? —preguntó con una sonrisa.

—No lo sé, pero por si acaso.

—Pues, cuando puedas, tráeme una, que creo que también la necesito. —Asintió con la cabeza.

—Eso está hecho. —Giró el volante para coger la desviación que indicaba el GPS del móvil—. Joaquín fue el inspector de mi caso

y, desde entonces, no ha dejado de preocuparse por mí. Me hice policía por él y aquí estoy.

—Pero… ¿y lo de los compañeros qué tiene que ver con eso? Perdona, pero no lo entiendo —dijo pasándose la lengua por los labios secos.

—Cuando yo desaparecí, no fui la única. Hubo varias niñas que también lo hicieron, pero nunca las encontraron. —Cogió aire antes de continuar—. Fui la única superviviente.

—¿Nunca aparecieron? ¿Ninguna?

—Ninguna. Por eso continué con la investigación de Joaquín en cuanto me hice policía. Los datos me llevaron a que la persona que secuestró a las niñas era un agente de esta comisaría… Y ya te puedes imaginar el resto. —Irene alzó las cejas y le miró por primera vez desde que se montaron en el coche.

—Ya, entiendo. Pero ¿no es mejor saber quién es o descartar la pista que quedarse con la intriga?

—Eso pensé yo, pero muchos de esos agentes que ves se me echaron encima y me hicieron la vida imposible. Por esa razón no quiero compañero.

—¿Solo por eso?

—Sí, varios compañeros se sintieron ofendidos por mi osadía, y otros, por solidaridad con ellos, decidieron dejar de hablarme también. Ya da igual —dijo con resignación.

—¿Qué te dijo Joaquín?

—No le quedó otra que obligarme a dejar de investigar. Así que aquellas niñas que desaparecieron y nunca volvieron a casa pasarán a ser un recuerdo —resumió al borde del llanto—. Es personal, yo pude ser una de ellas. Si Joaquín no hubiera seguido investigando… Mis padres nunca hubieran podido pasar página.

—¿No quieres que investiguemos por libre? Joaquín no tiene por qué enterarse. Supongo que tendrás un expediente extenso. —Marcos quería ayudar a Irene. No le gustaban las injusticias y esa era una que no tenía ni pies ni cabeza.

—Me quitó el expediente y me mandó al psicólogo. Por eso me permite no tener compañero. Desde entonces el ambiente en comisaría cambió. No me hablo con muchos de ellos, estoy convencida de que más de uno ni siquiera sabe el motivo por el que no me habla. —Negó con la cabeza.

—No puedes dejarlo así.

—Fue hace años. Me he acostumbrado a trabajar sola.

—¿Y por qué cediste a ser mi compañera? —preguntó Marcos con una gran curiosidad.

—Joaquín me habló de ti. Había estado informándose con tus compañeros y el resto de los agentes de tu otro puesto. —Suspiró—. Yo no quería, para qué engañarte, pero la psicóloga de la policía me ha obligado a hacerlo. Dice que tengo que superar el miedo a los hombres y dejar que alguien me ayude. Parece que me gusta controlar todo, como ya te dije, y no confío en los hombres desde lo que me pasó —confesó Irene, liberada tras terminar de hablar.

—Vaya, qué responsabilidad. —Marcos asentía, incrédulo.

—No me gusta abrirme ni contarle mis problemas a nadie, pero, ahora que vas a ser mi compañero, creo que es buena idea que la confianza sea mutua. En este trabajo nos jugamos la vida algunas veces, y puede que un día me la tengas que salvar, o yo a ti, ¿no crees? —Giró la cabeza hacia él tras aparcar.

—Puedes contar con mi apoyo y con mi amistad. —Asintió con agradecimiento.

—A ver, puede que sea un poco cabezona a veces, e incluso que no atienda a razones, pero soy una persona leal y no pido menos de lo que doy. Es justo, ¿no te parece?

—Creo que sí.

—Una última cosa: no me falles. Si lo haces, no solo te cargarás mi confianza, sino la posibilidad de que vuelva a confiar en nadie más —advirtió.

—Te prometo que eso no pasará. Pero antes de hacer una bola de algo, habla conmigo. Las cosas siempre se pueden solucionar.

—De acuerdo. Ya hemos llegado. —Sonrió Irene.

Capítulo 11

Era una cárcel de máxima seguridad. El edificio estaba en buen estado, con una fachada de ladrillo gris y algunas zonas de color amarillo oscuro. Marcos nunca había estado allí. Se quedó un momento observándolo desde la distancia. Tenía grandes dimensiones y la zona estaba en completo silencio. El lugar parecía abandonado y a simple vista no se detectaba actividad en su interior.

—¿No has estado nunca en una cárcel? —preguntó Irene sin expresión en el rostro.

—No, nunca. Solo las he visto en las películas, para qué engañarnos —contestó sin dejar de observar, con las manos en los bolsillos.

—En la realidad son parecidas, pero peor cuidadas y dan más miedo, para qué engañarnos —repitió la última frase de su compañero—. No creo que sea día de visita, por lo que puede que tengamos que esperar un poco hasta que nos dejen verle.

—No creo que se niegue a hablar con nosotros. Estar aquí dentro tiene que ser muy deprimente. Y más aún, si él no lo hizo —recalcó con voz lastimera.

—Bueno, eso de momento no lo sabemos. A veces todo apunta a que no, pero después aparece la verdad y confirma lo que habíamos descartado. —Encogió los hombros y llamó al interfono de la entrada.

—Supongo que se tendrá que agarrar a cualquier resquicio de duda con la esperanza de poder salir, aunque lo haya hecho. —Hizo un ligero movimiento de balanceo mientras esperaba a que contestaran.

—Ahora hay que tener paciencia hasta que consigamos entrar. Espero que hayas desayunado fuerte en casa. —Sonrió—. Porque vamos a estar un buen rato esperando.

—No pasa nada, es parte de nuestro trabajo —dijo Marcos, mirando el cielo encapotado.

La cárcel era aún más grande de lo que parecía desde fuera. Uno de los trabajadores los acompañó durante todo el trayecto hasta la sala donde, después de una larga espera de más de media hora, entró David. No era día de visita, por lo que cumplir el protocolo era más tedioso que los días que estaban preparados para recibir a los familiares de los presos.

David era un hombre sin ningún rasgo atractivo a simple vista. Era alto, delgado, y un gesto triste invadía cada uno de sus gestos y miradas. Al entrar en la sala donde esperaban Irene y Marcos se quedó entre confundido y asustado. No esperaba ninguna visita. Cuando le dijeron que la policía quería hablar con él, sintió temor de no volver a ver la luz del sol. Desconocía el motivo de la visita ni lo que querrían los policías. Decidió que lo mejor que podía hacer era mantener la calma y ser prudente.

Se pasó la mano por la cabeza rapada varias veces debido al nerviosismo de la reunión. David era una persona que se alteraba con facilidad. La cárcel había cambiado su personalidad de un extremo a otro. Ya no era el chico alegre y dicharachero ni confiado de hacía varias décadas. Su principal rasgo era la desconfianza ante cualquier situación o persona.

—Hola, David, soy la inspectora Irene Vega, y él es mi compañero, el inspector Marcos Bernal. —Se sentó de nuevo en una de las sillas de acero frío.

—Hola —dijo David, y se sentó colocando las manos esposadas sobre la mesa.

—Entiendo que estés desubicado y nervioso —intervino Marcos para calmar los ánimos—, pero hemos venido a ayudarte. ¿Sabes quién es Nuria Miret? —preguntó y esperó a que David asintiera—. Ha aparecido asesinada.

Los agentes observaron con detenimiento la reacción del presidiario.

—¡No puede ser! —exclamó con las manos en la cara y los ojos brillantes—. Eso significa que voy a pasar aquí el resto de mi vida. ¡Es injusto! —gritó con dolor—. Llevo aquí media vida y voy a morir aquí dentro por un crimen que yo no cometí —continuó, alzando la voz.

—Te vamos a ayudar, y si no fuiste tú, te sacaremos de aquí. Pero primero tienes que ayudarnos tú —prosiguió Irene, sosteniendo la mirada a David—. ¿De qué conocías a Nuria?

David negó con la cabeza varias veces y se frotó los ojos antes de que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas demacradas.

—Era la tía de Carla, mi novia. Miren —dijo con la voz rota y la mirada gélida—, alguien mató a mi novia. El día que la asesinaron, yo la dejé en el portal de su casa. Le di un beso y me marché. El asesino estaría observando y cuando me fui la mató. —Se pasó la lengua por los labios antes de continuar—. Nuria testificó que me vio matarla, pero era mentira. Encubría a alguien, ¿a quién? No lo sé —Alzó la voz al contestar—. Lo único que les puedo decir es que Nuria me jodió la vida. Ahora iba a intentar enmendarlo. Vino a verme hace un par de semanas. —Cogió aire para poder seguir hablando—. Vino a pedirme perdón.

—¿Perdón? —preguntó Irene, sorprendida.

—Sí, porque por su testimonio estoy aquí.

Marcos ladeó la cabeza para mirar a Irene. Lo que narraba David era muy extraño.

—¿Y por qué te iba a querer ayudar? —quiso saber Irene.

—Me dijo que se arrepentía. En la celda tenía una tarjeta de mi abogada, se la di para que se pusiera en contacto con ella. Me quería ayudar a salir de aquí. Incluso quería testificar que mintió en el juicio, si era necesario. Si no me creen, pueden preguntar al

guardia que me trajo la tarjeta de Berta Zamora —se justificó antes de que pusieran su palabra en tela de juicio.

—Era lo único que apareció en la escena del crimen de Nuria —confirmó Marcos—. Pero no tiene sentido que te quisiera ayudar después de veinte años. Supongo que la mala conciencia no aguanta tanto tiempo en silencio. —Frunció el ceño.

—Miren, no lo sé. Lo único que les puedo decir es que alguien quiere que esté aquí para siempre por un crimen que no cometí. Y parece que lo está consiguiendo —explicó con dureza, pero aguantando la imagen de tipo duro.

Irene escuchaba a David, procesando cada una de sus palabras.

—¿Quieres decir que la persona que mató a Carla fue la misma persona que ha matado a Nuria? —resumió.

—Exacto. No hay otra persona que pueda querer matar a Nuria ahora que iba a retractarse de lo que dijo, ¿no? Sé que para la gente soy un asesino y no tengo ni corazón ni voz, pero no es así. Estoy en la cárcel por una injusticia llena de prejuicios, como ocurre a lo largo de la vida a cualquier persona. La única diferencia es que a mí me llevó a la cárcel. Yo era un chaval que trapicheaba y no iba a al instituto. Tenía malas compañías y me dejaba influenciar por gente no recomendable, pero eso no me convierte en un asesino. —Se echó hacia atrás y cerró los ojos un par de segundos—. Cuando Nuria vino por primera vez, me dieron ganas de matarla aquí mismo. Fue su testimonio lo que me encerró. El juez creyó antes a una *mujer de bien* que trabajaba ayudando a personas, que a un *quinqui* como yo. Pero cuando la vi… Me pidió perdón y me prometió que me ayudaría.

—¿No te dijo a quién encubrió? —insistió Irene.

—No. Se lo pregunté varias veces, pero no contestó. Me dijo que lo descubriría llegado el momento. —Se encogió de hombros.

—¿Conocías de antes a Nuria? ¿A quién crees que podría encubrir si era el asesino de su propia sobrina? —preguntó Marcos, desconcertado.

—No lo sé, pero debía ser alguien cercano a ella. Nuria quería mucho a Carla. No meter al verdadero asesino entre rejas para salvarlo, solo tiene una explicación: era aún más importante para Nuria que la propia Carla —puntualizó David, con la esperanza en sus ojos de que alguien por primera vez, desde hacía muchos años, le escuchara y le creyera inocente.

Irene cruzó las piernas y se recolocó en la silla sin dejar de mirar a David. Tuvo la sensación de que decía la verdad pero, por desgracia, no tenía información relevante que los llevara a una línea de investigación clara.

—¿Se te ocurre alguien que quisiera matar a Carla? —preguntó Marcos.

David negó con la cabeza.

—Lo siento. Carla era una chica con una gran vida social. Era lo que más me gustaba de ella. —Sonrió por primera vez—. Nunca me imaginé que alguien como Carla se fijara en mí, y menos aún que me quisiera de una manera tan pura como lo hizo ella. —Cogió aire para no llorar—. Cualquier persona podría querer apagar la luz con la que brillaba. La gente es muy envidiosa y mala.

—Entiendo lo que dices, y lo siento. Pero, David, tienes que recordar. Alguien de la vida de Carla estaba relacionado con Nuria, y de manera muy especial, ¿lo entiendes?

—Lo sé, pero si fuera tan fácil, el inspector del asesinato de Carla lo hubiera encontrado, y no lo hizo. Él sabía que yo no lo había hecho, pero aun así me dejó aquí, pudriéndome.

—¿Joaquín Requejo? —Irene quiso confirmar que se trataba de su mentor.

—Sí, ese inspector. Aunque supongo que con las cosas que pasaron luego, su vida tampoco mejoró y caería en errores. Por eso no hizo una buena investigación —dijo intentando justificar lo que ocurrió.

Las miradas contrariadas de los agentes se cruzaron. Irene sintió cómo su corazón comenzaba a bombear más fuerte.

—¿Qué quieres decir?

—El otro policía que investigaba con él se suicidó antes del juicio. ¿No lo sabían?

—No —contestó Marcos, al ver que Irene se había quedado paralizada.

Capítulo 12

Irene se quedó en silencio hasta que llegaron al barrio en el que se encontraba la comisaría.

—¡Es que todavía no me lo creo! —exclamó con un gran enfado.

—Tranquilízate, ya sé que es tu mentor, pero si no te ha dicho nada de lo que ocurrió, será por algo. No creo que te lo haya querido ocultar. Simplemente tendrá un motivo. —Asintió con una amplia sonrisa para dar por zanjado el tema.

—No lo entiendes, Marcos, es más que eso. Cuando decidí que no quería compañero, hubiera sido un momento ideal para contarme lo que le pasó al suyo, ¿no?

—Sí, tienes razón, pero pregunta antes de juzgar. Siempre es lo mejor —le aconsejó Marcos.

—Puede que tengas razón, pero creo que lo voy a dejar pasar hasta que esté un poco más tranquila. —Respiró profundamente.

—Irene, déjalo estar. Si quieres, cuando terminemos con el caso y ya no estés tan nerviosa, le sacas el tema. Pero recuerda que hay que escuchar primero —insistió sin dejar de mirarla.

La inspectora asintió.

—Puede que sea una tontería y ya está. Incluso que no me lo quisiera contar para no perjudicarme.

—Claro, puede —confirmó.

Marcos abrió la puerta para subir a comisaría.

—Vamos, tenemos cosas que hacer, ¿no te parece?

—Sí. Vamos.

Irene salió del coche y fue tras los pasos de Marcos.

David le había soltado la bomba casi sin pestañear, como si hablara de algo secundario, y a ella todavía le martilleaban sus palabras. El compañero de Joaquín se había suicidado durante la investigación de Carla. Y nadie, absolutamente nadie, le había contado nada en veinte años. Joaquín menos que nadie. Irene notaba cómo la sangre le hervía en las sienes.

Sintió un nudo en la garganta, mitad rabia, mitad decepción. Le había dicho a Marcos que se callaría, pero no estaba segura de que fuera capaz de hacerlo cuando le viera. Su mente no dejaba de darle vueltas mientras andaba. El aire le rozaba las mejillas sonrojadas por el frío y las preguntas se le arremolinaban sin respuestas. ¿Cuántas cosas más le habría ocultado? ¿En cuántos silencios había confiado ciegamente mientras se dejaba la piel en cada caso? Por un momento, quiso subir las escaleras de dos en dos, empujar la puerta de su despacho y encararle hasta que le dijera la verdad. Pero no lo hizo.

El aire frío le había ayudado a ordenar las ideas. Marcos la miró con los ojos llenos de preocupación, caminaba atento a sus gestos, como si supiera la tormenta que rugía por dentro. Él había intentado suavizarlo, pero puede que mañana volviera a surgir la necesidad de saber qué había pasado y el motivo por el que no se lo había dicho. En el vestíbulo, el bullicio habitual de teléfonos sonando y pasos apresurados los recibió como un murmullo lejano. Irene subió los escalones con calma, más de la que realmente sentía. Había tomado la decisión y la mantendría.

Adrián salió a su encuentro cuando los vio en el rellano. Apuró el paso por las prisas que le había metido Joaquín antes de irse de comisaría.

—Hola, chicos. Soy Adrián —dijo con alegría al saludar a Marcos, que no le conocía.

—Toma, Irene, me ha dicho el comisario que te lo diera en cuanto entraras por la puerta. Parece que es urgente. —Le dio una carpeta con el logo de la policía.

La inspectora la abrió y leyó por encima cada una de las hojas. Se lo pasó a Marcos para que lo viera.

—Es el registro de las llamadas de Nuria —comprobó Marcos.

—Exacto. Gracias, Adrián. ¿Te ha dicho algo más?

—No, solo eso. Si necesitáis algo, me decís —dijo antes de irse.

—Encantado —Alzó la voz Marcos, a lo que Adrián levantó la mano.

Anduvieron hasta sus puestos de trabajo y se sentaron. Marcos encendió el ordenador. Esperó a que se encendiera mientras miraba a Irene.

—Parece un tío majo, ¿no? —dijo Marcos para entablar una conversación con su compañera.

—Lo es. Siempre está dispuesto a ayudar. Además, es una persona de fiar y que pasa desapercibido.

—Te lo he dicho porque hay compañeros que te hablan. No todo es malo.

—Sí, Adrián se incorporó después de lo que pasó y, como no le gustan los rollos, se mantuvo al margen desde el principio. No le comieron la cabeza, aunque lo intentaron. Y mucho.

—Bueno, intenta no darle muchas vueltas al tema. Si estás feliz con los compañeros que hablan contigo, pues listo. Los malos rollos hay que dejarlos a un lado. —Le guiñó un ojo—. Vamos a darle una vuelta a lo que hemos hablado con David, ¿no?

Irene cogió la carpeta de las llamadas y revisó las que hizo el día del asesinato.

—¿Te parece si nos repartimos las llamadas? —preguntó Irene.

—Lo que tú veas, pero no creo que hiciera tantas llamadas el mismo día, ¿no? —añadió confuso, apoyado en los reposabrazos de

la silla.

—No, hombre, vamos a revisar las llamadas y mensajes de meses anteriores. No creo que conociera al asesino esa noche. Lo que quiere decir que cabe la posibilidad de que hablara con alguien de lo que ocurrió. —Se rascó la cabeza, pensando en lo que había dicho David en la cárcel.

—¿Qué pasa, compañera? —Marcos estaba mirando la primera hoja de las que le había pasado Irene.

Asintió para sí misma.

—¿Irene?

—Sí, perdona, es solo que después de hablar con David, me parece que tiene razón. —Echó la silla hacia adelante y se pegó a Marcos.

—¿A qué te refieres? —preguntó, aún con las hojas en la mano y el brazo en alto.

—Pues que la persona a quien cubría tenía que ser más importante que su propia sobrina… —Levantó las cejas y asintió a la misma vez—. ¿No se te ocurre nadie?

Marcos la miró fijamente con los ojos muy abiertos.

—¿Estás pensando en el hermano de Nuria? —El inspector tragó saliva.

—¿Se te ocurre alguien más? —Irene estiró el cuello. Le parecía que no podría haber nadie más importante en la vida de Nuria que su propio hermano—. Además, si lo pensamos y analizamos con cabeza, llegamos a la conclusión de que antes eran uña y carne, pero después del asesinato de Carla dejaron de hablarse. Iba a confesar que mintió. No creo que sea casualidad. ¿Crees que no tiene lógica?

—Sí, la tiene, pero es que Raúl y Ariadna nos dijeron que estaban de viaje ese fin de semana, y por eso Nuria estaba cuidando

de sus sobrinos —recordó, tocándose el pelo.

—¿Y si era una coartada?

—Pero entonces Joaquín lo habría descubierto en su investigación —insistió en desestimar la hipótesis de Irene.

—Puede ser, pero también es plausible que, si su compañero se suicidó, estuviera despistado —susurró al colocarse de nuevo en la silla con mal gesto.

Marcos miró a su alrededor para comprobar que nadie estaba escuchando. Resopló antes de hablar.

—Vale, escúchame una cosa. Si no vas a olvidar que te haya ocultado información, si te hace sentir mejor, podemos repasar la investigación del asesinato de Carla… —Hizo una pausa para volver a resoplar antes de terminar lo que había pensado. Aunque ya se había arrepentido con solo pensarlo—. Podemos investigar qué es lo que pasó con el compañero. En el informe viene el nombre de otro agente.

Irene se frotó las manos con una sonrisa de oreja a oreja.

—Me parece muy buena idea, aunque puede que tu mujer no esté muy de acuerdo. No te quiero robar tiempo, Marcos. Te agradezco la idea, y lo cierto es que me ayudaría a distraerme.

—Pues ya está, dicho y hecho.

Marcos sacó la carpeta del informe que les dio Joaquín. Y señaló un nombre junto al del comisario en la primera hoja.

—Aquí tienes al compañero. Puede que lo que descubramos no sea agradable y ese sea el motivo por el que ha guardado silencio tantos años —dijo Marcos como último intento para que cambiara de opinión.

—Ya.

—¿Entonces?

—Tengo que saber el motivo por el que no me lo ha dicho. Supongo que habrá sido doloroso, pero quiero saberlo. Me ayudaría a entender por qué no ha confiado en mí —se le atragantaron las palabras.

—Que no te lo haya dicho no quiere decir que no confíe en ti o cualquier otra historia que te hayas montado en la cabeza.

Irene cruzó los brazos.

—Te recuerdo que la idea ha sido tuya. —Levantó las cejas.

—Ya, ya, no me lo recuerdes. Creo que el camino escogido no nos va a llevar a un buen final. —Sonrió.

—De eso puedes estar seguro, compañero. —Asintió con una leve sonrisa.

Capítulo 13

Las calles ya estaban oscuras cuando Irene aparcó cerca del portal de sus padres. El frío de la noche arrastraba el cansancio del día y, sin embargo, no se sentía agotada. Al contrario, había en su interior una calma extraña, como si poco a poco el nudo de rabia que la había amenazado horas antes se hubiera deshecho en silencio.

El día había sido largo, lleno de conversaciones incómodas y revelaciones inesperadas, pero también había tenido un matiz distinto. Había notado que podía confiar en él cada vez más y la relación de compañeros iba en aumento. Tenía ganas de conocer a su mujer, ya que estaba segura de que sería una gran persona, como lo era él. Al principio lo había mirado con distancia, como a todos, convencida de que terminaría siendo otro compañero con el que cruzar pocas palabras y demasiadas rutinas. Sin embargo, la complicidad aumentaba a medida que investigaban, debido a los gestos y detalles que conlleva el propio trabajo de policía. La unión tendría que ser máxima para conseguir que sin hablar se entendieran y tuvieran ventaja en una situación de peligro. El hecho de tener una conexión con alguien la había sorprendido gratamente. Era una relación de amistad y profesionalidad que había empezado con buen pie.

Pensó en lo que le podía haber pasado a Joaquín con su compañero para no querer nombrarlo. Irene nunca había oído hablar de él. Ni una sola vez. Le dolió al principio, pero quizás se había confundido al pensar que el mutismo era por otro motivo que no fuera dolor. Incluso puede que Joaquín nunca la obligara a tener un compañero porque entendía mejor que nadie lo que la propia palabra «compañero» significaba. Esa idea había desarmado la furia inicial y, en cierto modo, la había sustituido por una especie de empatía silenciosa. Quizá entender por qué se quitó la vida aquel hombre era la pieza que faltaba para que Joaquín pudiera cerrar de una vez su propio pasado. Y si ella podía ayudarle a encontrar esa respuesta, aunque fuera sin decírselo directamente, tal vez no solo

avanzaría en la investigación, sino que también le devolvería algo de lo mucho que le había dado.

Cruzó la acera y miró hacia el edificio familiar. Desde la ventana del salón se filtraba una luz cálida y se le dibujó una sonrisa leve, casi involuntaria. El día terminaba con más preguntas que certezas, pero también con la sensación de que, por primera vez en mucho tiempo, no estaba sola.

Entró en la casa de sus padres con las llaves. Su madre, Sara, fue la primera en ir a recibirla. Al verla le dio un gran abrazo con una sonrisa.

—¿Qué tal, hija? ¿Estás liada esta semana? Papá está poniendo la mesa con tu hermana y Juan, que han venido a cenar con nosotros.

Elia era su hermana mayor. Se había casado con Juan hacía un par de años. Se habían unido en la idea permanente de buscar un novio a Irene y no cesaban en la búsqueda. Juan llegaba todas las semanas con un nuevo candidato de su trabajo. Era informático y trabajaba en el departamento de sistemas. Se podía tirar horas contando anécdotas de la gente que pedía archivos y de cómo encontraban archivos personales en la nube. Siempre insistía en que no había que guardar nada en los ordenadores del trabajo.

—Hola, papá —saludó Irene, dándole un beso a su padre.

—Hola, hija. Elia y Juan están en la cocina, que tu hermana se ha empeñado en hacer un asado y quería experimentar con la ayuda de tu madre —explicó con un gesto de que no entendía mucho de que iba todo aquello.

Juan llegó por el pasillo y entró en el salón, donde estaba Irene con Paco. Le dio una palmada a su suegro y un beso en la mejilla a Irene.

—Ya pensábamos que no venías. ¿Mucho trabajo? Si necesitas ayuda para recuperar algún archivo, aquí me tienes. —Le guiñó el ojo.

—Gracias, pero de momento no quiero que vayas a la cárcel. —Sonrió—. Mi hermana me mataría. No creo que nadie la aguantara —susurró sin dejar de sonreír.

—Eso es verdad —añadió el padre, colocando los cubiertos en la mesa.

Juan colocó la ensalada que llevaba en las manos.

—¡Quítate el abrigo! —gritó su madre.

Irene se lo quitó con una sonrisa.

—¡Venga, a sentarse todo el mundo! —Elia llegó sujetando el asado con los guantes del horno puestos.

Paco hizo sitio para colocar la fuente caliente. Elia miró a su marido con felicidad. Los presentes sabían que debían decir que estaba buenísimo, aunque estuviera asqueroso. Sara comenzó a repartir el asado mientras el resto no dejaba de adular a Elia por lo bien que olía.

—¿Qué tal vas de novios, hija? —preguntó Paco, que estaba preocupado por morir sin verla con pareja.

—Ay, papá, no empecemos con eso. Sabéis que no tengo tiempo para nada. Además, no quiero ni casarme ni tener hijos… de momento —zanjó para que la dejaran en paz.

—Bueno, pero un novio, para que no estés sola… —dijo con pena—. Hija, yo solo quiero que tengas a alguien que te cuide cuando tu madre y yo no estemos aquí.

—Vale, pero de momento no os vais a morir, ¿no? —Paco asintió—. Entonces aún tengo tiempo.

Juan comenzó a reír.

—Yo tengo un compañero muy majo al que le pareces muy guapa.

—¿Y cómo le parezco muy guapa si no me ha visto? —preguntó, temiéndose la respuesta.

—Tengo móvil y fotos tuyas. Une pistas —dijo con sarcasmo.

Irene puso los ojos en blanco. No le gustaban las citas a ciegas, y menos conocer a un amigo de su cuñado, pero lo cierto es que estaba cansada de estar sola. Llegar a casa y que nadie la estuviera esperando se le hacía cada día más pesado. Se sentía como un cachorro sin madre. Sabía que su familia siempre iba a estar ahí, pero necesitaba una pareja en la que apoyarse diariamente, sentirse querida. Sin embargo, sus traumas la hacían recapacitar. Tenía sentimientos de soledad, pero a la vez miedo a que le ocurriera algo malo. Aquella experiencia tan traumática en su vida había calado tan hondo en su personalidad que no dejaba entrar a nadie. Las pesadillas estaban volviendo. Solo lo sabía Joaquín. No veía necesario preocupar a sus padres con el suceso que no dejaba de irrumpir en sus sueños.

—Venga, enséñame una foto. Lo mismo os cumplo el deseo —dijo Irene con guasa.

Juan sacó el móvil del bolsillo para buscar rápido una foto de su compañero.

—Mira que guapete es, ¿verdad? —Se rascó la barbilla con la mano libre—. Tu hermana ha dicho que no es tan guapo como yo, obviamente, pero que te podría gustar.

Juan buscó la mirada de Elia para confirmar que el plan estaba funcionando.

—Hija, queda con ellos. Si el chico es majo. Todos hemos visto la foto —añadió Sara, con el tenedor a medio camino entre el plato y su boca.

—Si te parece bien, para que no quede violento, podemos hacer una cena en nuestra casa y le invitamos. Así no es tan raro, y si luego no te gusta, te vas y ya está. ¿Qué te parece? —Elia estaba emocionada ante la reacción de Irene. Por norma general, su respuesta era negativa desde el principio.

—Venga, pero me dejáis en paz durante un par de meses con fotos de más chicos, ¿vale?

—Claro, claro. —Paco se llevó la mano al pecho.

El resto de la familia asintió, convencidos de que era la única oportunidad que tendrían de que saliera un poco de casa para algo que no fuera ir a trabajar. Debido al secuestro, Irene no salía de casa por la noche a no ser que fuera imprescindible.

—Hagamos la prueba, pero ya os digo que, si no me gusta, no pienso volver a quedar con él por mucho que me insistáis —quiso dejar claro.

—Por supuesto. Nunca se sabe, hermanita. Este puede ser el principio de un gran amor. —Elia miró a Juan, contenta—. Y, si os hacéis novios, podemos salir los cuatro —dijo con grandes esperanzas puestas en la futura cena.

—No empecemos, Elia —Irene puso los ojos en blanco.

Se había divertido en la cena. Le gustaba estar con la familia y acumular recuerdos felices. Formar parte de la vida de personas a las que quería tanto le hacía sentirse afortunada. Aquella cena que preparaban una vez a la semana le daba fuerzas para continuar hasta la semana siguiente. Disfrutaba con su compañía y a la vez le recordaba que no se encontraba sola. Tenía a gente que la quería.

La calle estaba vacía y silenciosa cuando se despidió de Elia y Juan en el portal. Habían aparcado en direcciones contrarias. Comenzó a caminar deprisa cuando cruzó la esquina. Apretó el abrigo contra su cuerpo y las llaves del bolsillo. No había nadie y, sin embargo, la sensación de vulnerabilidad le recorría la espalda como un escalofrío. Era absurdo, lo sabía, pero no podía evitar recordar. Había pasado media vida enfrentándose a hombres capaces de cosas mucho peores que acechar a una mujer en la oscuridad. Pero allí estaba, con el pulso acelerado, contando mentalmente los metros que le faltaban hasta el coche. Se obligó a mirar al frente, pero los reflejos de los escaparates apagados le devolvían la sombra

de una mujer más cansada de lo que quería admitir. Esa imagen, apenas un destello en el cristal, le hizo pensar en lo frágil que podía llegar a ser pese a todo su empeño en mostrarse firme. Quizá era eso lo que más le enfadaba, que todavía existiera un hueco en ella para el miedo, para las dudas.

El sonido metálico de un cubo al caer le hizo dar un respingo. No había nadie, solo un gato que se escabullía, pero el sobresalto bastó para apretar aún más las llaves en la mano. Irene apuró el paso, con la respiración entrecortada hasta que por fin alcanzó el coche. Cerró la puerta de golpe, apoyó la frente en el volante y dejó escapar un suspiro largo, como si soltara algo que llevaba demasiado tiempo dentro. No era miedo a la oscuridad ni a lo que pudiera encontrar, sino un miedo a sí misma, a no poder controlar esas heridas que se volvían abrir cuando bajaba la guardia. Encendió el motor y las luces iluminaron la calle vacía. No había nadie, nunca lo había habido, y aun así no podía librarse de la idea de que algo la seguía acompañando siempre: su propia inseguridad.

Apretó el volante y comenzó a llorar con la cabeza agachada. No podía ser que todo estuviera volviendo de nuevo. Esta vez no estaba segura de poder superarlo.

Llamó a Joaquín.

—Hola, Irene.

No contestó, solo escuchaba su llanto.

—¿Dónde estás? Voy ahora mismo.

Capítulo 14

Después del ataque de ansiedad que sufrió la noche anterior, Irene se tranquilizó cuando Joaquín fue a buscarla. Estuvieron hablando largo y tendido mientras la inspectora se relajaba. Los recuerdos volvían y era obvio que necesitaba ayuda para comenzar a superarlo, así que decidieron que era importante que fuera hablar con Patricia. No iba a ser tan rápido como quisiera, pero era necesario y, además, urgente.

A primera hora de la mañana, Irene estaba en la puerta de la consulta de Patricia, la psicóloga de la policía. Llevaba años en terapia. En las últimas sesiones parecía que estaba mejor, por lo que Patricia decidió ir espaciando las veces que se veían al mes. Pero con lo ocurrido, parecía que ese descenso de horas no había sido la decisión adecuada para los recuerdos de Irene. Habían vuelto, y con mayor fuerza.

Llamó a la puerta y esperó. Se escucharon pasos al otro lado, y en unos segundos, Patricia apareció con un gesto sentido y formal. No eran amigas, su relación era profesional, pero tantas horas habían forjado una relación con tintes personales. Patricia era una persona con un gran corazón y muchas ganas de ayudar. Los traumas de los policías eran diferentes a los del resto de la población, y a veces era recomendable hablarlo con la psicóloga para que no se sintieran solos y pudiera derivar en un trauma mayor. Joaquín sugería a los agentes a su cargo que al menos fueran a verla una vez al año. Aunque solo fuera para desahogarse.

—Pasa, Irene, te estaba esperando. —Se apartó de la puerta para que entrara a la consulta.

Irene no saludó. Se frotó las manos con nerviosismo y se sentó. Patricia solía dejarle su espacio. La presión no era buena compañera, y si la presionaba podía perderla para siempre. La relación construida estaba basada en la confianza ganada a base de

esfuerzo y paciencia, pero con un mal paso por parte de Patricia podía mandar al traste todo lo construido.

—¿Me quieres contar qué pasó ayer? —preguntó con los dedos cruzados en la silla situada enfrente de la que estaba Irene.

—No sé si me voy a poder explicar con claridad sin que parezca que estoy loca —dijo al fin, después de tragar saliva.

El despacho de Patricia era un remanso de paz, que era lo que quería trasmitir. Los colores neutros, la escasa decoración y los grandes ventanales hacían que la luz que traspasaba por las rendijas de los paneles japoneses te hiciera sentir bien. Era como estar un día al aire libre.

—Ya te he dicho muchas veces que nadie está loco. Simplemente cada uno ve las cosas de una manera y afrontamos las situaciones de formas diferentes —explicó con calma.

Patricia tenía un aspecto cuidado. No era especialmente guapa, pero sabía sacarse partido. Nunca vestía de forma llamativa, y los colores con los que solía vestir eran igual de neutros que los de su despacho. En las sesiones apuntaba en un cuaderno, el cual provocaba verdadero rechazo a Irene, sentía que ahí era donde quedaban reflejadas sus paranoias infantiles.

—No lo he superado, ni lo voy a hacer, porque quien lo hizo sigue suelto por ahí —dijo con ira, escondiendo las manos entre los muslos. Sentía que se protegía de alguna manera.

—Esa no es razón para lo que pasó ayer. Irene, Joaquín me contó cómo te encontró, y tenemos que trabajar en ello, poco a poco, pero tienes que poner de tu parte —prosiguió cambiándose el pelo de lado—. Ahora, con tu nuevo compañero, lo estás intentando y vamos por el buen camino, ¿vale?

—Vale.

—Pero no es suficiente. ¿Te han venido recuerdos de tu secuestro?

—No —mintió.

—Bueno, entonces intenta decirme el motivo por el que ayer te dio un ataque de ansiedad, ¿puedes intentarlo? —dijo con voz tranquila y pausada.

—No solo fue ayer…, me pasa siempre, pero nunca te lo había dicho porque no quiero estar viniendo aquí y viendo cómo me miras con cara de *«pobrecita, que loca está»*. Ya me entiendes. —Se echó hacia atrás en la silla.

—Eso no es cierto, hemos hablado de esto muchas veces y te he dicho que estoy para ayudarte. ¿De verdad crees que me hice psicóloga para reírme de la gente que necesita mi ayuda?

—Claro que no.

—Entonces, vamos a centrarnos en solucionar el problema. Por favor, Irene. Tienes que empezar a buscar tu lugar seguro en esas situaciones. Lo puedes conseguir, pero primero vamos a encontrar el motivo por el que han vuelto a aparecer tus temores, o más bien, por qué ahora son más fuertes. ¿Te parece bien?

Irene tragó saliva y asintió.

—Quiero que estés a gusto y me cuentes lo que quieras. Así que dime que pasó ayer para que te comenzaras a sentir así. —Patricia escribió en el cuaderno.

Irene no podía ver desde su posición lo que había escrito, pero por dentro se moría de ganas de leerlo. Iba a hacer un esfuerzo por superar sus miedos. Por primera vez, le haría caso, no perdía nada. La escena del día anterior la asustó. Volvió a revivir las sensaciones que sintió en aquella casa.

—Estar sola de noche en la calle… Comencé a pensar que me estaban vigilando. —Hizo un silencio antes de continuar—. Lo cierto es que siempre me pasa, por eso no me gusta salir por la noche. Creo que la persona que me secuestró está esperando a volver a hacerlo. Que tarde o temprano volverá a ocurrir.

—Irene, ¿sigues pensando que quien te secuestró era un policía?

La inspectora bajó la mirada. Patricia esperó a que contestara, pero no lo hizo. Tras unos segundos de espera, comprendió que la respuesta era afirmativa.

—Lo primero que tienes que hacer es dejar de pensar que es un policía, y menos aún que está en tu comisaría —dijo Patricia con voz serena.

Volvió a escribir en el cuaderno.

—Eso no lo voy a poder hacer. Hice una investigación y sé que es uno de ellos. Las pruebas apuntan a que es un policía. Puede que ahora ya no esté en mi comisaría, pero lo estuvo —afirmó convencida de lo que decía.

—¿Y puede ser que veas pistas donde no las hay? ¿Conoces el término de «apofenia»?

Irene sonrió y soltó una carcajada. Se cruzó de brazos con ironía, sin dejar de mirarla.

—Soy inspectora del departamento de homicidios, ¿de verdad te piensas que no sé hacer mi trabajo? —matizó de manera hiriente.

—Por supuesto que lo sabes hacer. Lo has demostrado en infinidad de casos. Pero este es tu caso y es diferente. Quieres encontrar a un culpable y lo buscas. No vas a parar hasta que lo encuentres, y por eso mismo ves conexiones o patrones donde no existen. Apofenia. Solo lo ves tú. —Patricia se echó hacia delante en la silla—. ¿Crees que Joaquín no es buen comisario?

—Por supuesto que lo es. De hecho, es el mejor comisario que conozco —afirmó, convencida de que así era. Además, era la mejor persona que conocía. De hecho, estaba ahí por él.

—Y entonces, ¿por qué crees que te hizo parar? ¿No sabe lo que hace? Si tus pruebas eran tan convincentes, ¿por qué te hizo dejarlo? —Patricia tenía el cuaderno entre sus muslos, con las manos

encima, y sujetaba el bolígrafo con fuerza entre sus dedos finos y delgados.

Irene clavó la mirada en el suelo.

—Lo hizo porque no ibas por buen camino. Joaquín fue quien te encontró y fue la persona que te salvó. Fue el inspector que siguió el caso durante años. Fuiste la única niña a la que pudo salvar de las cinco que desaparecieron, y por eso mismo no piensa dejar que vivas en el pasado. —Respiró hondo. Irene debía entender que era ella misma quien no se permitía avanzar. Olvidar—. Irene, tienes que salir de ese zulo en el que estabas. Saliste en la vida real, pero en tu cabeza sigues allí. Sé que es duro, pero tienes que olvidarlo.

Asintió con lágrimas en los ojos. Tenía razón. Debía continuar. No encontraron al secuestrador ni se supo nunca si aquellas niñas fueron asesinadas y enterradas o aún seguían perdidas, pero ella consiguió salir gracias a Joaquín y la mejor manera de agradecérselo era aprovechar su vida. La estaba echando a perder y ni siquiera era consciente.

—Ya no estás ahí. Tienes que darte cuenta de que saliste y estás a salvo —insistió.

Patricia se levantó y se colocó al lado de Irene.

—Nos vamos a centrar en avanzar poco a poco. Tienes que perder el miedo a salir sola por la noche. El secuestrador ya no está. Nadie te vigila. —Patricia sabía que aquel día Irene había dado el primer paso para olvidar, pero continuar avanzando solo dependía de ella misma.

—Ya he avanzado mucho en la relación con mi compañero. —Tragó saliva mientras pensaba—. Es el objetivo que nos propusimos la última vez que nos vimos. Es raro que me sienta bien en su presencia, incluso podría decir segura, nunca me había pasado. —Volvió a mirar a Patricia—. Creo que es una gran persona y su forma de ser me ha hecho confiar sin tener miedo a hacerlo —declaró convencida.

—No todos los hombres te van a hacer daño, Irene. La persona que te secuestró era mala, pero eso no quiere decir que el resto de los hombres lo vayan a ser. Tienes que construir relaciones sanas con la gente de tu alrededor.

—Entonces creo que vamos por el buen camino. Esta semana también voy a quedar con un chico… —Sonrió secándose las lágrimas.

—Eso está muy bien. —Le acarició la espalda con cariño—. Estoy segura de que lo vamos a conseguir. Puedes hacerlo. —La miró—. Te lo mereces.

—Gracias —dijo emocionada.

—Pero tienes que dejar de pensar que tu secuestrador es un policía con el que te cruzas todos los días en la comisaría, ¿lo harás?

—No te lo puedo prometer sin mentirte —sonrió con tristeza.

—Prométeme al menos que lo intentarás —dijo Patricia con resignación.

—Vale, lo intentaré.

Capítulo 15

La sesión de Patricia había quedado atrás, pero no sería la última. La había llenado de positividad. Había abierto una puerta que podría franquear sin problemas y con ella de la mano. Le gustaba hablar con Patricia, no siempre había sido así, pero después de todo no tenía a mucha más gente con la que poder abrirse y que tuvieran la obligación de guardar silencio sobre lo que le había contado. Se sentía segura exponiendo sus miedos. Aunque tampoco es que los mencionara abiertamente, pero Patricia sabía a lo que se refería con pocas palabras. Al principio, pensaba que no la podía entender, y en el fondo lo seguía pensando. Pero quizá sí pudiera ayudarla. Tenía razón en que necesitaba un compañero, si había acertado en esa sugerencia puede que el resto de los pasos a seguir tuvieran un impacto positivo en su trauma y al final solo se quedara en una triste etapa de su vida.

El tráfico hasta comisaría había sido más denso de lo habitual, lo que la había obligado a avanzar despacio, casi a trompicones, y tuvo más tiempo para pensar. El volante entre las manos, la radio apagada y el sol resplandeciente le añadió alegría a los pensamientos de que aquel iba a ser un buen día. Había encajado con Marcos a la perfección, y a pesar de lo que descubrieron el día anterior sobre Joaquín y su compañero, siempre podía contar con él. No tardó más de lo necesario en llegar a su ayuda cuando le llamó llorando. Siempre estaba ahí. A cualquier hora. Con cada frenazo repasó los consejos que le había dado Patricia. Tenía razón cuando insistía en que el miedo no podía ser el motor de su vida, pero reconocerlo no lo iba a hacer más sencillo.

Cuando aparcó frente a comisaría, se miró en el espejo durante unos segundos. Las grandes ojeras que adornaban sus ojos marrones daban pistas claras de que no había dormido bien aquella noche. Joaquín se quedó con ella en casa hasta que se quedó dormida. No dejó que avisara a sus padres y Joaquín lo dejó pasar. A pesar de que no le gustaba que los mantuviera en la ignorancia.

Después de todo, ya era mayorcita para tomar sus decisiones y no la podía obligar a hacer nada. Solo se mantenía a su lado en los peores momentos.

Al atravesar la puerta principal, recibió la multitud de ruidos habituales y a los que tanto estaba acostumbrada y que la hacían sentirse como en casa. Las miradas indiscretas de compañeros ingratos no se hicieron esperar, como cada mañana. Irene pasó como si no fuera consciente de ellas. Cada paso hacia su puesto de trabajo la alejaba más de la vulnerabilidad que había mostrado en la consulta y la acercaba a lo inevitable. No quería hablar con Joaquín de lo ocurrido la noche anterior, y menos de la sesión con Patricia, pero era consciente de que estaría comiéndose la cabeza en su despacho hasta que la viera aparecer. No sabía qué decirle, pero intentaría mantener la compostura para no preocuparle más de la cuenta. Eso ya lo hizo el día anterior.

Al llegar al pasillo principal, vio la puerta de Joaquín abierta. «Estará esperando». Respiró profundamente, se recolocó el abrigo y, con la mejor cara que tenía en su repertorio, entró.

—¿Estás mejor? —preguntó cuando Irene cerró la puerta.

—Sí, creo que ha sido un episodio puntual. No creo que vuelva a ocurrir —respondió, sentándose.

Joaquín soltó el ratón del ordenador y se incorporó colocando los brazos sobre la mesa. Pensó detenidamente las palabras antes de volver a hablar.

—Tienes que olvidarte de la investigación del secuestro y del resto de las niñas. —Meneó la cabeza y se pasó la mano por la cara —. Sé que es duro para ti, pero fue hace años y no se encontró ningún rastro más que el tuyo, por eso te encontré. Tienes que pasar página de una vez, Irene. Sé que es fácil decirlo y difícil hacerlo, pero se te va a enquistar la vida y luego no podrás salir del remolino de emociones traumáticas. —Le cogió la mano por encima del escritorio—. Lo he visto más veces en víctimas de secuestro o violaciones. No quiero que tú engroses esas listas.

—¿Piensas que me voy a suicidar? —preguntó entrecerrando los ojos.

—No lo sé… No sé lo que se te pasa por la cabeza —admitió —. Pero lo que vi ayer es difícil de explicar. Necesito a Irene Vega. A la inspectora de homicidios, no a la niña asustada que rescaté.

Los ojos del comisario brillaban bajo la luz de los fluorescentes del despacho. Sus palabras eran auténticas y cargadas de sentimientos.

—No te preocupes. —Asintió—. Voy a superarlo de una vez. Puede que todos tengáis razón y no haya que escarbar más. — Irene se levantó—. La idea del compañero ha sido un acierto. Marcos es un tipo excepcional y puedo contar con él en las investigaciones… bueno, mientras siga aquí, claro. —Agarró el picaporte—. Voy a seguir con el caso de Nuria Miret.

—De acuerdo. Si necesitáis algo sobre el caso de Carla, me dices —dijo con un largo suspiro de alivio al ver que Irene estaba mejor que la noche anterior.

Irene recordó al compañero de Joaquín. No entendía por qué nunca dijo nada y, ahora, con aquel ofrecimiento, tenía la oportunidad de preguntar. Se lo pensó durante unos segundos. Puede que no fuera buena idea, pero tenía que intentarlo. A lo mejor, después de su crisis, se lo confesaba.

Giró el cuello para hacer la pregunta sin soltar el picaporte.

—¿Qué te pasó con tu compañero de la investigación del asesinato de Carla Miret? Hemos intentado buscarle para preguntarle por la investigación y no le encontramos —dijo como quien no quiere la cosa.

A Joaquín le cambió la cara. Palideció y, después de unos segundos, contestó a la pregunta que tanto reconcomía por dentro a Irene.

—Nunca he hablado de esto con nadie, Irene. Fue la peor época de mi vida. Lo habrás visto en el informe, se llamaba Samuel Hernández. —Carraspeó tapándose la boca—. Se suicidó durante la investigación del asesinato.

—¿Por qué nunca me lo has dicho?

—No quería que te afectara después de tus problemas con los compañeros. —Se levantó y se puso a su lado—. Después de su suicidio no volví a tener compañero. No podía. Sentía como si le sustituyera. Me hacía sentir mal conmigo mismo. La culpabilidad de no haberme dado cuenta a tiempo. No le pude salvar, ¿sabes?

—No fue tu culpa. Tendría sus propios motivos para hacerlo.

Joaquín apretó los labios.

—Si quieres otro día lo hablamos, cuando estemos más tranquilos los dos.

—Claro —dijo comprensiva.

—Podéis repasar el informe de la investigación y, si algo no está bien reconstruido o hay errores, ya sabéis por qué ha sido —dijo a modo de disculpa.

—No te preocupes. Vamos a intentar conseguir la máxima información del caso de Carla para encontrar al asesino. Cada vez estoy más segura de que no fue David Ruiz.

Irene estaba ansiosa por continuar con la investigación. Se secó las manos en los pantalones. Joaquín tenía su propio calefactor y con la puerta cerrada estaba comenzando a sudar.

Se abanicó con su propia mano.

—Me voy. Me estoy muriendo de calor aquí dentro. Deberías mirarte el termostato. —Abrió la puerta del despacho.

—¿Seguro que estás bien? —Quiso asegurarse el comisario.

—Creo que sí, ¿y tú?

—El suicidio de un amigo nunca se supera. Por eso nunca te lo dije. No quería que ese suceso en mi vida marcara la tuya, ¿lo entiendes? —susurró.

—Por supuesto que sí.

Capítulo 16

La conversación con Joaquín estaba presente en su cabeza. Las palabras que le había confesado, cargadas de un dolor que apenas se había atrevido a mostrar, habían dejado en Irene una huella inesperada. Pero a la vez había dejado patente la complicidad que seguía viva entre ellos. Nunca lo había visto tan vulnerable como aquel día. Jamás lo había escuchado hablar de algo con tanto dolor y honestidad. Y de pronto, después de hablarlo había vuelto a su ser. Todo encajaba de nuevo y la relación se había fortalecido. La confianza, que por un momento se tambaleó, había salido reforzada. Ambos tenían en su interior una herida difícil de ocultar.

Salió del despacho con el cuerpo ligero, como si se hubiera liberado de la rabia acumulada durante días por el secreto revelado de Samuel Hernández. La idea de que no la había traicionado, sino que la había intentado proteger, le provocó un extraño alivio. A su manera, él seguía siendo su mentor, esa ancla que siempre había tenido en la comisaría cuando todo se tambaleaba. Mientras recorría los pocos metros de pasillo hasta su mesa, pensó en lo complicado que debía haber sido para Joaquín abrirse y hablarle del suicidio de su compañero. Quizás la idea de descubrir el motivo por el que lo hizo le diera la paz que Joaquín necesitaba. En cuanto llegara a su sitio se lo contaría a Marcos. No debían cesar en su idea de descubrir la verdad. Por primera vez en días, no sentía que todo fuera una batalla constante. Había algo de paz en reconocer que no siempre tendría todas las respuestas de golpe, que algunas verdades llegarían a su debido tiempo. Con esa idea, vio a Marcos y le levantó las cejas como indirecta. Él entendió el gesto a la perfección.

«Buenas noticias».

Se sentó sin dejar de mover las cejas. Le dijo que Joaquín le había contado lo del suicidio de Samuel, pero ellos tenían la obligación de encontrar el motivo que le llevó a hacerlo para darle la paz que se merecía. Marcos aceptó de inmediato. Ahora no solo

tendrían la investigación del asesinato de Nuria Miret, sino que también deberían encontrar el nexo con el caso de Carla y el motivo del suicidio de Samuel.

La inspectora estaba encantada con tanto trabajo, porque eso significaba que no tendría tiempo para pensar en otra cosa, y menos aún en sus traumas infantiles.

—Bueno, pues después de ponernos al día —Marcos colocó los brazos tras su nuca—, he localizado una de las llamadas inusuales de Nuria en los últimos días.

—A ver, sorpréndeme.

—Recibió una llamada hace unos días del Hospital Gregorio Marañón. La doctora se llama Esmeralda Adañez. —Sonrió—. Me ha costado un poco localizarla, pero mientras estabas con la psicóloga he sacado provecho a la espera.

—Eso está muy bien. No necesitas que te enseñe mucho, vas a ser muy buen inspector —dijo orgullosa.

—¡Vaya! Gracias, pero eso no es todo. He quedado con ella en… —Miró el reloj— dos horas.

Marcos se levantó rápido y cogió el abrigo que había colocado en la parte de atrás de la silla. Irene aún tenía el bolso entre las piernas cuando Marcos empezó a andar por el pasillo.

—¡No te pienso dejar conducir, aunque llegues el primero! —exclamó Irene, siguiendo los pasos de su compañero mientras se ponía el abrigo por el pasillo.

Marcos llegó primero a la calle y esperó a Irene en la puerta. No sabía dónde estaba el coche de su compañera y no tenía ninguna intención de conducir. Estaba convencido de que sería la típica persona que te va poniendo pegas mientras conduces, y eso le sacaba de quicio.

—Vamos. Como he llegado tarde, he tenido que aparcar un poquito lejos —comentó, sin dejar de andar.

Marcos se colocó la bufanda que le acababa de hacer su mujer. Había tenido algunos problemas durante el embarazo y le habían dado la baja laboral. Nieves se aburría en casa y le había comenzado a tejer una bufanda de color negro. Marcos se la puso, orgulloso. Quería a su mujer por encima de todo.

—Mira, Irene, ¿te gusta? —dijo moviendo la bufanda alrededor del cuello una y otra vez—. Me la ha hecho Nieves.

Irene aminoró el paso y se puso a la altura de Marcos para tocarla y ver la prenda más de cerca. Asintió con una sonrisa.

—¿Y la mía? —preguntó con gracia.

—En cuanto te conozca, seguro que te hace una. Nieves es muy detallista y, como sepa que te gusta, lo mismo te hace dos o tres de distintos colores para que te combinen con la ropa. —Marcos miraba parte de la bufanda que colgaba del cuello.

—Entonces tendréis que invitarme, ¿no te parece?

Irene no se creía lo que acababa de decir. La terapia con el compañero estaba funcionando. Las pautas de Patricia para formar un equipo estaban dando sus frutos. Solo tenía que abrirse y dejar que Marcos entrara en su vida y viceversa.

—Cuando gustes. ¿Te apetece hoy? Tienes que avisarme con tiempo para que Nieves te prepare una cena de anfitriona. —Marcos estaba contento por la conexión con Irene, y que quisiera conocer a Nieves le había descolocado después del comentario que tuvo el primer día acerca de sus vidas privadas.

—¡Hecho! Cenamos juntos y así la conozco. —Irene apretó el botón del llavero del coche dentro del bolsillo del abrigo.

El ruido de apertura sonó.

Marcos llamó con una sonrisa a su mujer desde el coche. Irene aprovechó para saludarla y darle las gracias por la invitación. Entre risas y frases prudentes llegaron a la conclusión de que era mejor que compraran algo de cenar cuando fueran para casa. No

querían que Nieves hiciera la cena con una baja durante el embarazo. Nieves insistió en que se encontraba bien, pero Irene prefirió que comenzara con su bufanda.

Llegaron al hospital. Aparcaron en uno de los garajes cercanos donde te cobraban más de lo que valía, pero debido a la escasez de sitio en los alrededores decidieron no perder el tiempo. Los agentes estaban nerviosos por la cena con Nieves esa misma noche, pero cada uno por distintos motivos. Al salir del aparcamiento sintieron la cantidad de ruidos de ambulancias y bullicio de personal alrededor de los grandes edificios que componían el hospital.

—¿Por dónde entramos? —preguntó Irene.

—Por la puerta principal. Eso es lo que me ha dicho la doctora cuando he hablado con ella —respondió Marcos al mirar el reloj—. Vamos bien de tiempo.

—Espero que no nos hagan esperar. —Apretó los labios agarrando la bandolera con las dos manos.

—Supongo que me habrá dicho esta hora porque puede hacernos un hueco. Le comenté que era importante y que era por el caso de asesinato de una paciente suya —le adelantó Marcos.

Anduvieron hasta el interior del hospital y la temperatura aumentó de golpe. Una oleada de calor les rozó la cara cuando las puertas automáticas se abrieron al detectar su presencia. Marcos se aflojó la bufanda e Irene comenzó a desabrochar los botones de su abrigo.

—Por ahí —señaló Marcos con el dedo al comprobar el número de consulta que le había dicho la doctora con los carteles de una de las paredes.

El olor tan típico de los hospitales comenzó a llegar a los agentes a medida que se iban adentrando en las habitaciones. Los quejidos de dolor y los susurros, así como los pitidos de las máquinas conectadas, hacían que el ruido aumentara por segundos. El barullo era considerablemente alto para ser una zona donde hay

gente enferma. Incluso se encontraron a varios agentes custodiando a un preso en uno de los pasillos.

Marcos leyó el nombre de la doctora en un letrero junto al número de la puerta.

—Toca para que sepa que estamos aquí. Falta poco para la hora que nos ha dicho —aconsejó Irene.

La inspectora se quitó el abrigo para colgárselo en el brazo y sentarse en una de las sillas de plástico azul.

Marcos dio varios golpes sutiles en la puerta. Escuchó un «adelante» al otro lado y abrió. Iban vestidos de calle, así que se palpó la placa para asegurarse de que la llevaba, por si tenía que enseñársela.

—Hola, soy el inspector Marcos Bernal. Hablamos por teléfono —se presentó, agarrando la puerta por el picaporte.

—Hola, inspector, puede pasar —dijo sonriente.

Marcos avisó a Irene con un gesto de la mano.

—Ella es mi compañera, Irene Vega, es la inspectora encargada del caso que nos ha traído hasta usted.

Esmeralda se levantó rápidamente y estrechó la mano a los dos.

—Por favor, siéntense. —Se notaba en su voz que Esmeralda estaba nerviosa. No solía recibir ese tipo de visitas y quería ayudar en todo lo posible.

Los agentes se sentaron y la doctora hizo lo mismo cuando los vio acomodados.

—¿En qué puedo ayudarles, agentes? —Carraspeó.

—Primero, agradecerle que nos haya atendido tan rápido. Su teléfono es uno de los pocos «no habituales» de los que recibió una llamada la víctima y nos gustaría saber el motivo por el que hablaron

—comenzó a hablar Marcos después del pestañeo de Irene para que lo hiciera.

—¿De quién se trata? Necesito que me den el nombre. Soy oncóloga, puede ser que recibiera una mala noticia. No suelo dar buenas, para qué engañarnos. —Suspiró con los dedos preparados en el teclado.

—Nuria Miret.

Esmeralda se subió las gafas y tecleó el nombre con los dedos índices.

Fueron unos segundos, pero a los agentes se les hizo eterna la espera.

—¡Aquí está! —exclamó la doctora, mirándolos por encima de las gafas.

—¿La recuerda? —preguntó Marcos con incertidumbre por la respuesta.

—No, lo siento. No les voy a poder ayudar en eso. Tengo muchos pacientes y es imposible acordarme de todos los que han estado aquí. Lo único que les puedo decir es su estado de salud y los datos que registré en la consulta. —Se encogió de hombros—. Lo siento, de verdad, pero ni siquiera recuerdo a las personas que estuvieron a primera hora de la mañana.

Irene sintió una gran impotencia ante la sinceridad de Esmeralda. Por una parte, la entendía, pero por otra, sentía una gran congoja al ver cómo ni siquiera prestaba atención a sus pacientes. Rezó porque no todos los médicos sintieran esa indiferencia hacia sus pacientes.

—Entiendo. Supongo que será normal que no recuerde a todo el mundo. Nos puede decir su estado de salud. Se lo haremos llegar al forense por si es concluyente para el estado en el que se la encontró o si los medicamentos influyeron —explicó con detalle. Necesitaba ese informe lo antes posible. Podrían estar a unos

centímetros de conocer el motivo por el que Nuria cambió de opinión sobre su primera declaración.

—Les puedo imprimir el informe para que lo lean ustedes mismos. Tenía cáncer. Ya lo sabía en las primeras pruebas que le hicimos. Avanzaba muy rápido. —Leía en la pantalla después de pulsar la tecla de imprimir.

—¿Hacía cuánto que lo sabía? —Se interesó Irene, sin dejar de mover la pierna en un baile constante.

—Meses. —Esmeralda se arrastró en la silla con ruedas para coger el informe de la impresora. Se lo entregó a Marcos.

—Pero la llamaron desde aquí hace unos días. Lo hemos revisado en las llamadas de Nuria Miret —dijo para contrastar la información de las llamadas.

—Puede ser. Según el registro de las consultas, Nuria se hizo varias pruebas y tuvimos varias citas. Hace días la llamé para informarle de las opciones que tenía para empezar con la quimioterapia. —Esmeralda leía la pantalla del ordenador—. Pero lo rechazó, sabía que no había solución. —Bajó la mirada con impotencia.

—Ya sabemos el detonante —susurró Irene al oído de Marcos mientras Esmeralda seguía enfrascada en el ordenador.

Marcos tenía entre las manos el informe, y su mirada se posó en los datos de contacto.

«Beltrán Romero».

Señaló el nombre con el dedo índice.

—¡Joder! —Irene bajó la voz, pero no ocultó su sorpresa.

—¿Qué ocurre?, ¿les puedo ayudar en algo más? —Se ofreció Esmeralda.

Irene sacó el móvil y buscó la foto del asesinato de Nuria. Era la única que tenía. Esmeralda era médica, por lo que no le pareció

tan mala idea enseñarle la foto, por si la reconocía. Necesitaba saber quién era ese Beltrán y si fue con ella a la consulta.

—¿No le suena? —Le enseñó la pantalla.

La cara de Esmeralda cambió.

—Sí, ahora sí sé quién es. Siento mucho no haberla reconocido antes, pero como aquí no hay fotos ni nada…

—¿Venía con alguien? Es importante —dijo Marcos con tono de súplica.

—Sí, venía con su pareja. Supongo que será el contacto, al menos, es lo más frecuente —añadió Esmeralda para no parecer una chismosa.

Miró el reloj para asegurarse de que no se estaba pasando del tiempo que tenía antes de la siguiente consulta.

—¿Cómo sabe que era su pareja? —Irene se quería cerciorar de la impresión de la doctora.

—Bueno, venían de la mano, y cuando recibió el diagnóstico de la metástasis le dio varios besos en la boca. Creo que los hermanos no hacen eso. Aunque vayan ustedes a saber ahora, con las modernidades. —Tragó saliva y miró el reloj de nuevo con descaro para que se dieran por aludidos.

—Perdone por quitarle tanto tiempo. —Marcos se levantó—. Nos ha ayudado mucho.

Irene estiró la mano para despedirse.

—Sí, muchísimas gracias. Sobre todo, por la rapidez con la que nos ha atendido. —Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta.

Marcos abrió la puerta con el informe médico de Nuria Miret en la otra mano.

—Gracias a ustedes. Si les puedo ayudar en algo más, ya saben dónde estoy —se despidió sin levantarse de la silla.

Capítulo 17

Después de salir de la consulta de Esmeralda, estuvieron seguros de cuál era el motivo por el que Nuria cambió de opinión sobre su primer testimonio en el juicio del asesinato de Carla. Sin embargo, no les ayudaba a encauzar la investigación para descubrir al asesino. Durante la tarde estuvieron en comisaría, buscando pistas y repasando lo que ya tenían. A media tarde, Irene decidió que era hora de conocer a Nieves. Había llamado a Marcos varias veces y el inspector cada vez se estaba poniendo más nervioso por los mensajes acerca de su ubicación.

Pararon en un restaurante chino. Nieves había insistido en que tenía antojo, y sugirió la posibilidad de que la cena podría ser de ese restaurante en concreto. Irene sonrió al ver cómo Marcos iba poniéndose colorado con la petición de su mujer, pero que a la vez no sonara como una imposición. Después de las risas fueron y pidieron para llevar los platos que Nieves sugirió. Se presentaron en casa con varias bolsas repletas de táperes de plástico de comida china. Nieves los abrió con una gran sonrisa de satisfacción. Le dio un gran beso a su marido. A Irene la abrazó.

—¿Qué tal la investigación? —preguntó Nieves mientras sacaba la comida y la colocaba en varios platos.

—Bueno, no te queremos aburrir con nuestro trabajo, no es muy divertido —respondió Marcos de camino a la cocina para coger los cubiertos y las servilletas que se le habían olvidado en el primer viaje.

—Siéntate —le dijo Nieves a Irene dando golpecitos con la mano en la silla que estaba a su lado.

—Nuestra víctima tenía metástasis. Sabía que se iba a morir, por eso quería arreglar lo que hizo. —Irene se acomodó en la silla. Se sentía como si los conociera desde hacía años.

—¿En serio? Vaya faena, ahora que iba a hacer lo correcto, la asesinan. —Nieves cogió los cubiertos que Marcos le dio para acercárselos a Irene.

—Bueno, en realidad lo iba a hacer porque se iba a morir. Es la única explicación para que cambiara de opinión después de tantos años —sentenció Irene.

—Ya me ha contado Marcos un poco por encima. Así que más o menos estoy enterada de cómo vais en la investigación. Lo único que no entiendo es cómo después de tantos años vais a dar con el auténtico asesino. —Nieves se sirvió y comenzó a comer. Últimamente le hacía una ilusión exagerada sentarse a la mesa a comer. Luego, con la tripa llena, dormía de un tirón.

—Solo nos queda una manera. —Irene removía el arroz tres delicias, pensativa.

Marcos se sentó enfrente de Irene y la miró intentando escudriñar qué era lo que pensaba.

—Tenemos que investigar a Carla, no a Nuria. Es la única opción. Centrarnos en la primera víctima —resolvió Irene, mirando a su compañero.

—Eso es muy complicado, Irene. Después de tantos años, las pruebas más fiables son las que tenemos en el informe del comisario —respondió convencido. Se echó la comida y comenzó a comer sin dejar de mirarla.

Le sorprendía la personalidad de Irene, siempre saltaba de una idea a otra sin desarrollar ninguna. Era la primera vez que la veía centrarse en una.

—La primera víctima, Carla. Es la única manera de encontrarlo —repitió Nieves—. Normalmente los amigos saben más que los padres de sus propios hijos. Además, yo he visto en los documentales de asesinos en serie que siempre cometen fallos.

—Ya, por eso habrá que volver a interrogar a los amigos de Carla. Puede que ahora vean todo de otra manera o aporten información que hace años no dieron por miedo —añadió Marcos, tapándose la boca llena de comida.

—Es complicado, pero no imposible. Sabemos que en el informe de Joaquín faltan personas del entorno cercano a Carla. Él tampoco pasaba por un buen momento, y puede que se le pasaran detalles —excusó a Joaquín.

—También puede que saquemos información con recursos que ahora tenemos y antes eran impensables —adelantó Marcos.

—¿Los padres de la chica no son sospechosos? —Irene y Marcos la miraron—. A ver, lo digo porque Nuria tendría que mentir por alguien más importante que su propia familia, ¿no? ¿Os parece una locura? —Nieves sonreía con angustia. No estaba segura de no haber dicho una tontería.

Marcos e Irene se rieron a la vez.

—¡Eso es justo lo que habíamos pensado nosotros! —exclamó Marcos, sorprendido.

—Nieves, te vas a tener que venir con nosotros a investigar mañana. —Irene no quería que sintiera que había una conexión entre ellos más allá de lo profesional o una amistad. Quería dejar claro en todo momento que era inexistente.

Nieves se tocó la tripa antes de soltar una risotada.

—No puedo, tengo que hacerte la bufanda. —Se levantó de la mesa y fue hacia una cesta de mimbre que tenía al lado del sofá —. Mira, ya te he hecho la mitad. Así no me aburro y se me pasa el tiempo más rápido.

Irene cogió la bufanda y la miró con agradecimiento.

—Me encanta, de verdad. Muchas gracias. Me la voy a poner todo el invierno. —Le dio un abrazo.

—Gracias a ti por enseñar a mi marido. Por cierto, cuídamelo bien, que no quiero que el niño se quede huérfano. —Los ojos de Nieves se volvieron acuosos al instante.

Irene le cogió la mano.

—De eso puedes estar segura. No dejaría que le pasara nada. El pequeño Bruno puede estar tranquilo. Su padre está en buenas manos. —La voz de Irene estaba cargada de convicción.

La cena fue divertida e intensa a partes iguales. Irene no se imaginaba que iba a conocer a la pareja perfecta. Marcos y Nieves llevaban juntos desde el instituto. Desde el día en que se conocieron, se enamoraron, o así al menos lo contaba Marcos. Nieves era una persona agradable y empática que entendía a la perfección el trabajo de su marido. Siempre quiso ser inspector de policía y al fin, y tras años intentándolo, lo había conseguido. En las palabras de su mujer se percibía el orgullo que sentía hacia él. Irene sintió envidia de la buena al ver cómo se querían y hablaban uno del otro. Sin embargo, la pena tampoco le dio tregua esa noche. Estaba convencida de que ella no iba a conseguir tener jamás una relación así. A través de anteriores relaciones había aprendido que sus traumas eran un gran obstáculo para mantenerlas a lo largo de los años. Las pesadillas o los miedos que iban y venían en ciertas situaciones habían conseguido paralizarla. Aquello no era algo con lo que cualquiera quisiera lidiar a lo largo de su vida. Era más cómodo cambiar de novia que ayudar a la que ya tenían.

Después de recoger la mesa y fregar los platos, se sentaron en el sofá. Nieves se recostó en el hombro de Marcos mientras continuaban hablando del trabajo. No tardó en quedarse traspuesta con la boca abierta.

—Me voy a casa, Marcos. Así ya descansáis los dos.

Irene se levantó para coger el abrigo que había dejado en el perchero de la entrada. Observó que ya era de noche. Comprobó la hora en el reloj. «No es muy tarde». Después de lo que le había pasado la última noche, no quería llegar tarde a casa. Pero con la

cena y la conversación interminable el sol se había ido y la oscuridad de la noche ya se notaba en la calle. No había pasado la media noche, pero en invierno la gente suele marcharse antes a su casa por el frío que se instala en las calles cuando la luz solar desaparece.

—¿Qué pasa? —preguntó Marcos. La notaba rara, pero desconocía el motivo.

Se levantó del sofá con preocupación. Colocó a Nieves con cuidado para que no se despertara cuando se movió.

Irene miró de nuevo la oscuridad de la noche. No quería que el trauma dirigiera su vida y, a la vez, no quería que Marcos supiera que el terror a la noche había vuelto. No era porque le diera vergüenza, sino porque no quería cargarle con esa responsabilidad casi sin conocerse. Se llevaban bien y tenía una buena relación, pero no se podían considerar amigos. Además, tenía a su mujer embarazada dormida en el sofá. No iba a pedirle que la acompañara hasta el coche. Ya era mayorcita, y encima era policía.

—¿Qué te pasa, Irene? —repitió Marcos con el ceño fruncido.

—Nada, no te preocupes —dijo con una sonrisa forzada.

Aquella sonrisa hizo que Marcos sospechara que pasaba algo más grave de lo que decía.

Irene abrió la puerta y Marcos la cerró.

—¿Estás segura de que no te pasa nada? Pensé que éramos compañeros, Irene. Tienes que confiar en mí. ¿Es porque es de noche? ¿Tiene que ver con lo de tu secuestro? He leído mucho acerca de los traumas que sufren las víctimas que han pasado por ese tipo de situaciones. —Marcos se calló con los ojos clavados en su compañera.

—Tienes razón en lo de la confianza, Marcos, pero no te quiero cargar con nada que no te corresponda, no sé si me entiendes. Además, es una tontería, de verdad. Seguro que se me pasa. Lo tengo que superar, ¿sabes?

—Un compañero es alguien que arriesga la vida contigo. Yo pongo mi vida en tus manos y viceversa. Tengo el derecho de conocer los traumas de mi compañera. —Sonrió y estiró la mano para coger el abrigo.

Irene le paró la mano para que dejara el abrigo. Marcos la miró con ojos tristes, como si le partiera el corazón que no confiara en él.

—De acuerdo, pero avisa a Nieves. —Bajó la mirada—. Gracias.

—Sé que no nos conocemos de hace mucho tiempo, pero quiero que te quede claro que una amistad no se mide por el tiempo, sino por la conexión o por la entrega de sus miembros a la causa. —Marcos ladeó la cadera para dejar el peso en la pierna contraria—. Mi madre siempre me decía que era un redicho, y puede que tuviera razón. —Sonrió—. Pero me gusta dejar las cosas claras desde el principio. Tus traumas son mis traumas, ya que me afectan directamente. Puede que no seamos compañeros para siempre, pero ahora mismo sí lo somos. ¿Y sabes una cosa? Ese trauma de tu secuestro lo vamos a superar juntos. Todo es cuestión de tiempo, y en este caso no va a ser menos.

Dio la vuelta para avisar a Nieves, que asintió y le dijo adiós a Irene con la mano en alto.

Marcos volvió y ahuecó el brazo para que Irene lo cogiera con una sonrisa.

—Muchísimas gracias. Por primera vez, estoy convencida de que lo voy a superar.

—Irene, no solo lo vas a superar… Vamos a encontrar al desgraciado que te hizo esto. Cuando esté entre rejas, no irás nunca más con miedo por la noche. Te lo prometo.

Capítulo 18

Los agentes estaban discutiendo sobre el siguiente paso en la investigación cuando Joaquín se acercó sin dejar de menear un papel en el aire con una sonrisa en la cara.

—Tengo una sorpresa agradable para vosotros. Aquí tenéis la orden para registrar la casa de Nuria. Os veo bastante perdidos y quería revisar con vosotros el expediente de Carla. La otra vez os fuisteis corriendo y ni siquiera lo hablamos. —Joaquín se apoyó en el borde de la mesa.

—Creo que es mejor que vayamos a la casa de Nuria. Puede que encontremos una pista que nos ponga en el camino correcto —sugirió Irene, cogiendo el papel y asegurándose de que ya tenían luz verde para entrar.

—Sí, bueno, pero es un momento. Irene, muchas veces te pierdes por ansiosa y por no terminar lo que empiezas —le recordó el comisario, a lo que Marcos asintió varias veces.

—De acuerdo. —Se sentó de mala gana y se cruzó de brazos.

Joaquín se levantó. Movió la mano para que le siguieran a su despacho. No quería recordar el caso que más dolor le había provocado delante de todo el mundo. Marcos andaba detrás de Irene sin dejar de pensar que el suicidio de Samuel tuvo algo que ver con el caso. Insistía en darle un repaso por algún motivo.

«¿Por qué querría recordar un momento doloroso si no es por una buena causa?».

Por el momento, decidió guardarse aquella conjetura para sí hasta que estuviera solo con Irene para decírselo. Puede que ella pensara igual o que tuviera otra forma de verlo que le quitara esa idea de la cabeza.

Entraron en el despacho de Joaquín y Marcos cerró la puerta. Irene se remangó los pantalones antes de sentarse. Acto seguido se

cruzó de piernas con la mirada puesta en el comisario.

—Ya nos puedes decir a qué viene tanto secretismo —sugirió Irene.

—No es secretismo, son conclusiones que saqué y no se tuvieron en cuenta. No estaba en mi mejor momento y la investigación del caso de Carla puede que fuera un poco…

—¿Chapucera? —Irene le ayudó a terminar la frase.

Marcos se había sentado al lado y abrió los ojos para indicarle que se había pasado con el comisario a sabiendas que su compañero se suicidó en esa época.

—Sí, por desgracia, sí. Cuando metieron a David en la cárcel estaba convencido de que era el asesino, pero obviamente, es lo que quise ver. —Tragó saliva antes de continuar—. Bueno, el caso es que me gustaría ayudaros, ahora que puedo hacerlo.

—¿Qué es lo que te callas, jefe? —preguntó Irene, expectante.

—Bueno, creo que la mejor amiga de Carla mintió —confesó el comisario sujetándose la cabeza con la mano sobre la mesa.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó Irene.

—No aparece en el informe porque no la llegamos a interrogar al tener indicios razonables y porque Samuel apareció muerto a los pocos días. —Carraspeó, nervioso—. Pero el novio de Andrea era uno de los mejores amigos de David Ruiz. Acompañó a Andrea al interrogatorio y a la salida confirmó lo que dijo su novia. Puede que ahora ya no estén juntos y sus versiones difieran de lo que dijeron entonces.

—Perdona, Joaquín, pero no entiendo a qué te refieres exactamente —alegó Marcos, moviendo los dedos sobre el reposabrazos de la silla.

—Es solo una intuición. No tengo ninguna prueba que demuestre lo contrario, pero sé que si hubiera estado en otro momento no lo habría dejado pasar. —Meneó la cabeza—. Mintieron los dos. No sé el motivo ni si encubrían a alguien, pero me pareció altamente sospechoso que siendo los dos amigos de David declararan que le vieron esa noche en la discoteca con Carla sin aclarar nada más.

—Puede que fuera la verdad y no tuvieran más que decir. Los testigos no pueden mentir —le recordó Irene con retintín.

Joaquín la fulminó con la mirada.

—Lo sé, gracias por el apunte. Mirad, me siento culpable porque la investigación que hice fue nefasta, pero como Nuria testificó que vio a David con sus propios ojos, cualquier prueba basada en testimonios la habría echado atrás a ojos del juez…, ya me entendéis. —Irene y Marcos asintieron sin hablar. Ambos esperaban a que adelantara su versión sobre lo ocurrido. Al menos, lo que él pensaba y no quería decir en voz alta—. No es tanto lo que dijeron como lo que se callaron.

—¿Estamos hablando de una corazonada? —preguntó Marcos.

—No exactamente. Nosotros trabajamos con pruebas, pero es cierto que lo que nos lleva a ellas es la intuición. Aunque yo lo llamaría experiencia. Cuando tratas con tanta gente que te quiere engañar, desarrollas un sentido que detecta las mentiras. Puede que en ese momento no lo tuviera afinado por las circunstancias y por el tiempo que llevaba en el cuerpo de policía. Sin embargo, ahora mismo estoy convencido de que no contaron todo lo que sabían. Puede que lo que ocultaron ni siquiera ocurriera esa noche, ¿me seguís?

—Yo creo que sí. Crees que había una historia detrás del asesinato de Carla. El motivo del asesinato venía de tiempo atrás. No fue fortuito —argumentó Marcos.

—Sí, eso es. Puede que si lo repasamos lo descubramos.

—Pero, Joaquín, eso no puede ser. La autopsia reveló que se dio con el bolardo de la entrada. Incluso puede que fuera un accidente. —Irene no estaba convencida de la conclusión del comisario. Pensaba que estaba tan concentrado en solventar lo que hizo mal, que buscaba complicaciones donde no las había.

El comisario miró a Irene con ternura. En aquella mirada se rogaba una oportunidad para arreglar su error.

—Irene, tiene razón, no perdemos nada por intentarlo. Volver a reconstruir el caso desde el principio. —Marcos echó una mano a la desesperación del comisario.

—Además, podemos hablar con Adrián para que nos ayude. Así seremos más en la investigación —añadió el comisario.

Se levantó de la silla y se colocó en el borde de la mesa con los brazos cruzados. Miró primero a Marcos y luego a Irene.

—Hay que encontrar la relación. Y solo la vamos a encontrar si pulimos la investigación del primer caso. —Guardó silencio unos segundos.

—Como queráis, pero creo que nos equivocamos volviendo hacia atrás. Creo que revisar la casa de Nuria y encontrar a Beltrán Romero puede darnos más información que el pasado —concluyó Irene levantándose.

—Puede que tengas razón, Irene. Pero necesitamos encontrar la conexión entre el pasado y el presente. Tenemos claro que el asesino es el mismo, pero si no sabemos qué pasó entonces, no podemos descubrir qué ha pasado ahora.

—Habría que pedir la información de los mensajes. Seguro que el asesino habló con él en algún momento —recordó Irene.

—Eso ya no es como antes. Ahora todo el mundo utiliza *WhatsApp* y no te dan la información tan rápido. Ten en cuenta que, mientras tanto, David sigue en la cárcel. Hay que sacarlo de ahí, y

para ello necesitamos una duda razonable para relacionar al asesino en los dos crímenes —sintetizó Marcos.

—Si es necesario podemos hacer un equipo que investigue el caso de Carla y otro el de Nuria —sugirió Joaquín, centrado en buscar soluciones y no problemas, como hacía Irene.

—Puede que sea buena idea. Si hacemos dos grupos terminaremos antes. —Marcos estaba de acuerdo con la sugerencia del comisario.

—No, no, de eso nada. Más gente cotilleando y haciendo mi trabajo, no. —Se levantó de la silla—. Joaquín, somos perfectamente capaces de hacerlo solos. Si metemos a más agentes la información se diluye. No vamos a fastidiar un caso para arreglar otro, que, sin lugar a duda, también destrozaremos, ¿no te parece?

—Vale. —Levantó los brazos—. Como quieras, pero hay que hacerlo. Lo siento, Irene. Pero no pienso dejarlo pasar, aunque te moleste y sea un error mío —justificó Joaquín con la culpabilidad sobre sus hombros.

Marcos no sabía cómo actuar. Se habían levantado los dos y no le había quedado muy claro cuál era el siguiente paso, así que se quedó esperando en silencio a que alguno dijera qué hacer o a dónde ir.

El despacho de Joaquín estaba repleto de cajas de archivo definitivo de color marrón. Tenían los números de expediente y Marcos detuvo su mirada en varios de ellos. Joaquín se dio cuenta y suspiró sin decir nada. La inspectora se percató de aquellas miradas.

—¿Qué pasa?

—Nada. Cuando tenga algo que deciros, lo sabréis —dijo sin dar pie a más conversación.

—Como quieras —Irene se encogió de hombros y abrió la puerta del despacho—. Vamos, Marcos.

—¿A dónde? —preguntó al levantarse y estar seguro de que no iba a volver a entrar.

—A casa de Nuria. Necesito saber qué es lo que estoy buscando. —Irene caminó varios metros para coger el abrigo y el bolso que colgaban en la parte de atrás de la silla.

Joaquín se acercó a ella para que el resto de los agentes no se enterara de nada que tuviera que ver con el caso.

—No, Irene, quiero que vayáis a buscar a Andrea —ordenó con firmeza para no entrar en una discusión con ella—. No es una sugerencia.

—Pero…

—Irene, vamos —La interrumpió Marcos. No quería ninguna discusión.

El inspector era nuevo en la comisaría, pese a ello, había entendido que Joaquín era el comisario y que Irene en ocasiones traspasaba la fina línea que separaba las sugerencias como amigo y mentor de las órdenes como comisario.

Irene suspiró de mala gana y se abrochó el abrigo con la mandíbula apretada.

—Vamos a buscar a Andrea, la amiga de Carla Miret. Envíame la dirección de la chica. —Se dio la vuelta para mirar a Joaquín—. Por favor, míranos la dirección en el padrón de Beltrán Romero. Creo que es una persona importante en la vida de Nuria —añadió Irene.

—¿Algo más? —preguntó Joaquín con desdén.

—Sí, el móvil del trabajo de Nuria. Tampoco lo hemos encontrado. Puede que nos dé alguna información útil.

Irene se dio la vuelta y empezó a andar mientras se volvía a hacer la coleta.

—Adrián os ayudará. Ahora le digo lo que necesitáis —alzó la voz.

Irene se paró en seco, pero no se dio la vuelta. Joaquín sabía que se había enfadado porque notó cómo sus hombros subían un par de centímetros y apretaba los puños.

El comisario necesitaba que Irene se integrara con los compañeros de una vez. Trabajar en solitario no le estaba viniendo bien, aunque ella creyera que sí. Ahora estaba Marcos y podía ser la pieza fundamental para que entendiera que el trabajo en equipo es más fructífero si se hace, obviamente, en equipo. Aunque Irene creía que en esos casos la información se diluía, y esa era la excusa perfecta para no trabajar con nadie.

Capítulo 19

Irene se montó en el coche enfadada. Dio un portazo al entrar y encendió el motor mientras Marcos continuaba en la calle. El inspector se quedó pensando si era buena idea intentar tranquilizarla. Después de haberla acompañado al coche la noche anterior entendió que era comprensible que Joaquín tuviera miedo a desestabilizarla, pero debía entender que era el comisario y su deber era tratar los casos con objetividad e intentar que la investigación fuera lo más completa posible. Él mismo sabía que el asesinato de Carla había sido mal investigado y quería poner remedio a esa situación. Pero Irene, en lugar de comprenderlo, lo cuestionaba. Marcos no quería pecar de tomarse demasiadas confianzas y creyó oportuno esperar a que Irene se relajara para hablarlo tranquilamente.

El ruido de notificación de los mensajes sonó a la misma vez a los dos. Marcos comprobó la dirección. Irene la introdujo en el móvil y lo colocó en el accesorio que tenía en el salpicadero para que le facilitara seguir las indicaciones.

—Está bastante lejos. Por el antojo del comisario vamos a perder todo el día en ir y volver —se quejó.

—Irene, si sabemos que las cosas están mal hechas desde el principio, habrá que volver a empezar. Respira y piensa —dijo Marcos poniéndose el cinturón.

No le contestó, simplemente resopló y se incorporó a la carretera. Marcos decidió que era el momento de callarse y hablar con su mujer hasta que llegaran. Así le daba tiempo para calmarse y recapacitar.

Llegaron a una urbanización residencial a las afueras de Madrid. Estaba apartada del pueblo y la única forma de llegar era en coche. Irene se fijó en las aceras y no había ninguna marquesina que les indicara que los residentes podrían llegar en autobús.

Parecía como si se hubiera querido resguardar del mundo y hubiera terminado en aquel lugar. Aparcaron cerca de la entrada. Irene volvió a mirar la dirección para comprobar el piso. A la inspectora no le gustaba dar mucha explicación por el telefonillo. Era la mejor manera de que no se preparasen las respuestas. Le gustaba que fueran reales. Aunque, en ese caso, llevaba varias décadas preparándose las respuestas e incluso el momento que estaba a punto de pasar.

Tocaron el timbre y no tardaron en abrir la puerta. El informe del asesinato tenía la transcripción de los interrogatorios, pero no tenían fotos excepto de la escena del crimen. Por eso, cuando una mujer algo más mayor que Irene abrió la puerta, no sabían si era Andrea o no.

—Hola, somos policías. —Enseñó la placa—. Estamos buscando a Andrea Herrera.

—Soy yo —dijo sin soltar la puerta.

—Somos los inspectores Irene Vega y Marcos Bernal. Necesitamos hablar con usted. Es importante.

—Claro. ¿En qué les puedo ayudar? —preguntó Andrea en la puerta, indecisa. No tenía intención de moverse de allí.

—¿Podemos pasar? Somos del departamento de homicidios. Es por un asesinato —aclaró Irene para que les dejara pasar y no estar en el rellano. Si no lo hacía tendrían que ir hasta comisaría.

—Ah, perdón. Pueden pasar, por supuesto.

Andrea les indicó con la mano el salón que se encontraba al final del pasillo. Los agentes se sentaron en el sofá y Andrea en el sillón que estaba al lado. Guardó las manos entre los muslos, que no dejaban de moverse con el baile que los nervios le provocaban.

—¿Le suena el nombre de Nuria Miret? —Marcos rompió el hielo lo antes posible.

—Sí, por supuesto. Era la tía de mi mejor amiga cuando era joven —dijo extrañada. Frunció tanto el ceño que sus cejas formaron una única línea.

—Hace unos días apareció asesinada en el parque El Retiro de Madrid —informó Marcos con el tono de voz medido por la noticia.

Andrea se quedó paralizada durante unos segundos.

—Lo siento, pero no entiendo qué tiene que ver conmigo. Sé quién era Nuria porque iba con frecuencia a casa de Carla, pero desde que la asesinaron no he vuelto a verla ni tener relación con la familia —especificó, nerviosa.

—Gracias por aclararlo. Pero venimos porque el caso está relacionado con el asesinato de Carla. Creemos que la persona que mató a Carla fue quien asesinó a Nuria —dijo Marcos—. Necesitamos que, si recuerda algún detalle de la noche en que mataron a Carla, nos lo diga, nos ayudaría mucho.

—¿Relacionado?, ¿por qué iba a tener que estar relacionado? Ha pasado demasiado tiempo para que haya relación entre ellos. Además, si los rumores que me han llegado son ciertos, ni siquiera hay relación entre la familia. Discutieron y no se volvieron a hablar. —Ladeó la cabeza sin comprender qué tenía que ver ella en todo ese asunto.

—Nuria iba a confesar que había mentido. David no es el asesino de Carla —Irene la incitó con aquella información para que comenzara a hablar.

—Es imposible que David la asesinara. La quería. Se iban a escapar juntos. Nunca comprendí por qué Nuria mintió y dijo que lo vio.

—Puede que lo viera de lejos y se confundiera, ¿no? —Irene había decidido hacerse la tonta para sacar más información y Marcos lo entendió al instante.

—No, eso es imposible. Yo estuve en el juicio. Nuria afirmó que lo vio y que estaba segura cien por cien. Supongo que pueden ver la grabación del vídeo. No vaciló en ningún momento. Sabía que con su declaración mandaba a un inocente a la cárcel, pero le dio igual, lo hizo. —Sonrió con impotencia.

—¿Y por qué iba a hacer algo así? —preguntó Irene inmediatamente.

Marcos se adelantó en el sofá para ver mejor a Andrea.

—Me temo que eso nunca lo sabremos.

—Ya. —Movió la cabeza—. Después de tantos años ¿quién piensa que fue? Usted era la mejor amiga de Carla, seguro que sabía quiénes eran sus enemigos o quien querría hacerle daño —Irene sugirió varios frentes para hacerla hablar.

Negó con la cabeza.

—No lo sé. Que yo sepa, nadie querría matar a Carla… Lo único que sí me llamó la atención es que Nuria incriminara a David. Se llevaban bien, incluso fueron varias veces a visitarla cuando no vivía en Madrid, y se quedaron en su casa.

Marcos apuntó aquel detalle en el bloc de notas del móvil. Le pareció un dato relevante como para pasarlo por alto.

—¿Nuria no vivía aquí?

—No, vivía en Cuenca. Venía con frecuencia porque está cerca de Madrid. El padre de Carla y Nuria eran uña y carne. Ya hubiera querido mi madre que me llevara así con mi hermano. —Sonrió al recordar lo mal que se llevaban. Al ver la cara de Irene volvió a la realidad—. Nuria quería con locura a Carla. Siempre que venía se la llevaba de compras y no escatimaba en colmarla de regalos. Sin embargo, a su hermano no le tenía tanto aprecio.

—¿Su hermano? ¿El de Carla?

—Sí, cuando la asesinaron estaba durmiendo en casa con su mejor amigo. El hermano de Carla se llama Armando.

Irene se giró hacia Marcos.

—¿Está en el informe de Carla?

La respuesta fue un silencio acompañado de un levantamiento de hombros.

—¿Nos lo puede refrescar? Es un caso antiguo que no llevamos nosotros y puede que se haya traspapelado alguna transcripción —alegó Irene para justificar aquel vacío de información.

—Puede que no le interrogaran porque estaba durmiendo. Nuria confirmó la coartada. Solo se levantó cuando escuchó gritar a su tía. Nunca tuve mucha relación con él, no les puedo confirmar nada más que de oídas. La gente es muy dada al cotilleo, ya me entiende —dijo Andrea con tono de incomodidad ante ese hecho.

—¿Dónde estaba esa noche? —Irene volvió a la carga con las preguntas.

Andrea había comenzado a relajarse. Los agentes iban a mantener el interrogatorio en modo distendido para que Andrea continuara hablando.

—En la discoteca. Vi llegar a David y Carla. Estuvimos juntos esa noche. Luego ellos se fueron. En unos días se iban a ir juntos y estaban aprovechando para despedirse de nosotros. —Se frotó la cara para no llorar. Habían pasado años, pero aún le dolía recordar a su amiga.

—¿Alguien más sabía que se iban a ir?

—Mi novio de entonces, Diego Molina. No sé si alguien más, lo siento.

—Perdone que le quitemos tanto tiempo, Andrea —dijo Marcos con amabilidad—, pero ¿sabe por qué se iban a escapar?

Andrea tragó saliva disimuladamente antes de contestar a la pregunta.

—David era un pieza de mucho cuidado en esa época. Los padres de Carla no querían que estuviera con él bajo ningún concepto. Para poder estar juntos tenían que marcharse y vivir sus vidas —dijo Andrea convencida de que iban a hacer lo correcto.

—¿Crees que Nuria incriminó a David para quitárselo de en medio?

—¿Para qué? Carla ya no estaba. David ya no era nada para ellos. No entiendo qué sentido tendría que hiciera algo así.

—Bueno, podría estar motivada por la venganza —sugirió Marcos.

—No sé…

Marcos se animó a preguntar. Irene estaba uniendo piezas y le dio margen para que interfiriera.

—¿Recuerda qué hicieron en la discoteca donde estuvieron juntos? ¿Hablaron con alguien allí? Es importante. Puede que el asesino ya la estuviera vigilando desde entonces.

—¿Creen que fue alguien cercano a la familia? —preguntó Andrea estirando el cuello—. Eso es imposible. No tenían más familia. Sus padres ni siquiera estaban aquí… ¿Armando?

—No le podemos decir nada de la investigación, lo siento —dijo Marcos, apurado.

—Eso es imposible. Armando era el hermano pequeño de Carla y se llevaba bien con David. A veces hasta se quedaba con él cuando Carla se iba a trabajar —recordó moviendo los ojos de izquierda a derecha—. Había dejado de estudiar. Trabajaba en un gimnasio por las tardes, en la recepción —especificó—. Creo que sigue abierto. No voy al barrio con frecuencia.

—¿Recuerda el nombre? —Marcos volvió a abrir el bloc de notas del móvil.

—Atlanta.

—Una última pregunta, ¿sabe dónde podemos localizar a Diego Molina?

—No, lo siento. Mi familia se mudó hace tiempo. Perdí el contacto de la mayoría de mis amigos de entonces —dijo con nostalgia.

—¿Con David tampoco habla?

—No —Bajó la mirada—. Pensé muchas veces en ir a hablar con él. Incluso me sentí culpable por decir que Carla se fue con él de la discoteca, pero era la verdad, se fueron juntos.

—Él asegura que la dejó en el portal —dijo Irene.

—Y ahora sabemos que fue verdad. Nuria quería retractarse. Si no la hubieran asesinado, él no estaría aún en la cárcel —añadió Marcos—. ¿No se le ocurre nadie que quisiera perjudicar a David y por eso matara a Carla?

—No lo sé. Yo no tenía tanta relación con David. Carla era mi amiga, él solo era su novio. Me llevaba bien con él, pero ya está. Deberían hablar con Diego. Él sí era su amigo. Quizá les pueda ayudar más que yo —concluyó Andrea.

Con la declaración de Andrea, la vida de Carla estaba comenzando a tomar forma. Debían continuar investigando la vida social y familiar más cercana a la víctima. Los inspectores cada vez estaban más convencidos de que el asesino de ambas víctimas estaba más cercano a ellas de lo que parecía en un principio.

Capítulo 20

Salieron de casa de Andrea dándole vueltas a la conversación. Les había dado información útil, pero faltaba saber si era certera y, en caso de que lo fuera, cómo encajaba en la vida de Carla. Primero tendrían que interrogar a Diego. En el expediente de Joaquín ponía que no habían hablado directamente con él. Habían pasado muchos años, pero podría aportar información nueva, ya que cuando ocurrió no hablaron con él.

—¿Quieres que vayamos a buscar a Diego? —preguntó Irene de camino al coche.

—No sé, lo que tú veas. Nos pilla de camino, así que creo que deberíamos aprovechar para avanzar. —Caminaba al lado de Irene con las manos en los bolsillos del abrigo—. Si te encuentras bien.

—Me encuentro bien. Gracias. ¿Puedes llegar tarde a casa? No quiero que Nieves me coja manía. —Esbozó una sonrisa.

—Tranquila, le caes muy bien, por eso no hay problema. La llamo para avisarla y ya está. —Asintió y se montó en el asiento de copiloto.

—Vale. —Encendió el motor—. Creo que deberíamos hablar lo antes posible con Armando Miret. Era el único que estaba en casa la noche del asesinato de Carla y conocía a las dos víctimas. Puede que aporte más información que sus padres.

—Vamos por orden, Irene, que te aturullas y luego se nos quedan cosas pendientes. Primero iremos a hablar con Diego Molina.

—Tienes razón. Además, puede incluso que su declaración dé un vuelco a la investigación —dijo positiva mientras se ponía el cinturón—. Si quieres llama a Nieves.

—Voy a mandarle un mensaje a Adrián para que nos dé la dirección de Diego Molina y luego hablaré con ella.

—Vale. —Encendió la radio.

El coche avanzaba por una carretera secundaria con un traqueteo constante. El tráfico era prácticamente nulo en aquella zona.

Irene pensó que era normal que Andrea hubiera decidido irse allí y apartarse del mundanal ruido. Irene mantenía la vista fija en la carretera, pero su mente estaba lejos, atrapada en una noche de hacía veinte años que no había vivido pero que parecía perseguirla como si hubiera estado allí. Andrea había repetido lo mismo que dijo la primera vez, pero en esta ocasión había ampliado información. La mejor amiga de Carla parecía una mujer comprensiva y noble. Podía haberse equivocado con la primera impresión, pero le dio la sensación de que el interrogatorio de Joaquín no había rozado los límites del aprobado. Faltaban demasiada información e interrogatorios, pero sí había preguntas inocuas que no eran útiles. Se le pasó por la cabeza que había ocultado información por algún motivo, pero rápido cambió de opinión. Era una locura. Puede que al repetir los interrogatorios un simple detalle que Joaquín pasó por alto fuera la diferencia. Un recuerdo difuso, demasiado vulnerable con el paso del tiempo, o demasiado cómodo para encajar en la versión oficial, podía ser el detonante para otra pista. Irene creía que la clave de cualquier investigación eran las preguntas en los interrogatorios. A veces, una pregunta puede desembocar en información relevante para encontrar al asesino.

El murmullo del motor servía como telón de fondo junto a las canciones de la radio para los pensamientos de la inspectora. Si Andrea decía la verdad y se habían ido juntos, ¿qué ocurrió desde que David la dejó en el portal? No había ni una cámara, ni un vecino, ni un testigo que le viera marchase de allí, pero sí una testigo visual que iba a retractarse de su declaración. Irene sabía que todavía era pronto para dar nada por sentado.

Adrián les había mandado la dirección de la casa de Diego e Irene, como era costumbre, la introdujo en la aplicación de GPS del móvil. Marcos miraba la carretera, respetando el momento de

ensimismamiento de su compañera. El retrovisor le devolvió la sombra de sus propios ojos cansados, y supo que hasta que no hablaran con Diego no descansarían por la multitud de nombres que tenían sobre la mesa. Hasta ese momento, ninguno había sido descartado, pero tampoco eran sospechosos.

Diego Molina vivía en el mismo barrio en el que se había criado. Había cambiado de edificio y de calle, pero había querido quedarse cerca de sus padres y amigos.

Una mujer les abrió la puerta. Los agentes supusieron que sería la mujer de Diego.

—Hola, ¿les puedo ayudar?

—Hola, somos policías. Necesitamos hablar con Diego Molina, ¿está en casa? —dijo Irene con voz cordial.

—No está, lo siento —respondió la mujer, nerviosa.

—¿Sabe dónde le podemos encontrar o si vendrá pronto a casa? —insistió Irene, que no estaba dispuesta a irse sin hablar con él.

—No creo que tarde mucho. —Miró la hora—. Creo que en una hora más o menos estará aquí. Pero si les puedo ayudar en algo…, soy su mujer, me llamo Rita.

—Es por un asesinato que ocurrió hace veinte años, Carla Miret —intervino Marcos, que seguía de pie al lado de Irene.

—Sé de quién me hablan. Yo también soy del barrio e iba por aquel entonces al gimnasio donde trabajaba Carla —dijo con voz temblorosa y se abrazó a sí misma—. ¿Quieren pasar y le esperan dentro? —invitó apartándose de la puerta.

—¿Seguro? —quiso asegurarse Irene, antes de traspasar el umbral.

—Claro. Carla era un encanto de chica, y si les puedo ayudar estaré encantada. —Asintió dibujando una fugaz sonrisa.

—De acuerdo —respondió Irene mirando a Marcos.

Enfilaron el pasillo, como les indicó Rita, hasta la cocina. Era un piso grande, de alrededor de cien metros cuadrados. En la cocina había un banco de madera con una mesa a juego.

—Siéntense, por favor —Estiró la mano en dirección al banco para que se sentaran—. ¿Un café?

—Gracias. Los dos con leche y mucha azúcar —respondió Marcos.

Rita avanzó hacia la encimera que tenía a pocos metros y comenzó a preparar una cafetera.

—Pueden preguntarme lo que quieran mientras viene Diego —se ofreció Rita a un interrogatorio *in situ*.

—¿Recuerda algo de esa noche? —Irene había decidido hacer preguntas más genéricas y pasar a las concretas cuando llegara Diego. No iba a desaprovechar la oportunidad.

—Yo por aquel entonces no estaba con Diego, ni siquiera le conocía. Bueno, solo de vista. Lo que sí recuerdo es ver en la discoteca a Carla y David. Estaban muy enamorados. Carla era preciosa y tenía muchos pretendientes, pero ella solo tenía ojos para David. Cuando le declararon culpable… —Rita se quedó parada de espaldas a ellos—. Me pareció imposible. ¿Por qué iba a querer matarla? —Se giró.

—Parece que fue involuntario —quiso aclarar Marcos.

—No lo creo. Ustedes no vieron cómo la trataba. Para ser realista, Carla estaba muy por encima de las posibilidades de David. Ni siquiera él se creía que pudiera estar con ella. Jamás la trataría mal ni le daría un empujón. —Negó con la cabeza—. Es mi opinión, por supuesto, pero me es imposible de creer.

—¿Conocía a David Ruiz?

—Sí, cuando íbamos al colegio, nuestros padres nos llevaban al centro cultural del barrio para que nos ayudaran a hacer los deberes —relató, poniendo la cafetera italiana en la vitrocerámica—. Pero a medida que fuimos creciendo la relación se fue perdiendo. Este no es el mejor barrio y muchas de las personas que viven aquí no tienen muchos recursos, como por ejemplo mis padres o los padres de David.

—¿Qué quiere decir con eso? —indagó Irene.

—Los padres siempre quieren lo mejor para sus hijos, pero a veces las cosas no salen como se planean. David dejó de estudiar y comenzó a vender drogas. Nada del otro mundo, ¿saben? Pero los padres de Carla no querían que estuvieran con una persona así. Quería que saliera de este ambiente. —Suspiró—. Pero ellos se enamoraron y no tenían nada que hacer.

—¿Discutió con sus padres? —Marcos se imaginó que se refería a que se iban a escapar juntos, pero prefirió que les diera más información que no supieran.

—No lo sé, pero se rumoreaba que intentaban separarlos. Se veían a escondidas, para que los padres no lo supieran.

—Pero la acompañaba hasta el portal, ¿no? Eso es lo que declaró David Ruiz.

—Sí, pero lo hacía cuando sus padres no estaban.

—Sin embargo, dejaban en casa a su tía, Nuria Miret, para que los vigilara, ¿no es así?

—Sí, pero creo que se traía algún pacto con ella. Nuria no se lo contaba a los padres —respondió Rita, colocando en la mesa los vasos, el azúcar y la leche—. Por eso a veces iban a verla juntos y se quedaban en su casa.

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos? —Marcos quería hacerse una idea de la relación de David y Carla para encontrar el motivo de por qué Nuria mentiría.

Se escuchó cómo introducían las llaves en la puerta.

—Es Diego —supuso Rita con una sonrisa.

Salió de la cocina para recibir a su marido. Se escuchó cómo le informaba de las personas que estaban en la cocina. Rita quería evitar que pensaran mal si escuchaban cuchicheos, así que habló en voz alta para que los agentes no tuvieran ninguna duda de lo que habían hablado en la entrada de la casa.

Diego entró con gesto serio, pero sin sentirse incómodo. Estiró la mano y se presentó. Los inspectores se levantaron para estrecharla. La cafetera comenzó a sonar y Rita colocó un vaso más en la mesa. Luego, les sirvió el café. Los cuatro se sentaron alrededor del banco de madera. Se veían las caras sin tener que estar acomodándose según quien hablaba.

—Pueden preguntarme lo que quieran, pero no creo que aporte mucha información en un caso de hace tantos años. En realidad, yo era amigo de David. A Carla la conocía, pero solo porque era su novia —explicó Diego con los brazos sobre la mesa.

—Hemos repasado el interrogatorio con Andrea y nos ha dicho que se iban a escapar juntos en unos días antes de que la asesinaran, ¿es cierto?

—Sí, es cierto. Andrea lo pasó muy mal con el asesinato de Carla. A los pocos meses lo dejamos. Quería escapar de aquí. —Se encogió de hombros.

—¿Tenía miedo? —preguntó Irene, rodeando el vaso de café con las manos.

—No lo sé, nunca me dijo el motivo, pero yo creo que sí. Hubo un miedo generalizado en el barrio. Las chicas comenzaron a tener miedo a ir solas por la calle, así como sus padres. Supongo que era normal.

—¿Cuánto tiempo llevaban juntos David y Carla? —Marcos recordó la pregunta que se había quedado sin responder.

—Uf, no sé decirles. Carla no cayó rendida a sus pies desde el principio. —Sonrió al recordarlo—. Primero se apuntó al gimnasio para verla todos los días. Éramos jóvenes y pensábamos que nos íbamos a comer el mundo. El asesinato de Carla dejó tocado al barrio para siempre. —El dolor se sentía en la voz de Diego.

Irene comenzó a perderse en lo que sentirían las chicas cuando ocurrió el asesinato y tenían que volver solas a casa. Puede que Andrea tuviera la misma sensación que tenía ella hoy en día. El miedo es muy difícil de superar, pero lo iba a conseguir. No iba a dejar que controlara su vida.

—Diego, ¿tiene relación con David? —preguntó Marcos, cada vez más cómodo en la cocina de la pareja.

—No. Era mi amigo, pero después de que le declararan culpable tuve que elegir —dijo con pena.

—Todo el mundo le consideró culpable porque lo había dicho un juez. —Tragó saliva—. Pero yo creo que no lo hizo él. Sin embargo, por la presión de mis padres y de cómo la gente los trataba porque yo me hablaba con David, tuve que dejar de ir a verle.

—¿Cuántas veces fue?

—Antes del juicio, muchas. Íbamos varios amigos del barrio. Incluso aquellos a los que la gente tachaba como malas compañías. Pero supongo que con el paso del tiempo las relaciones se van perdiendo. —Aclaró Diego. Bebió un sorbo del café—. Al principio, cuando ya fue condenado, me llamó alguna vez por teléfono, pero se dio cuenta de que no quería mantener el contacto. Siempre estaba ocupado.

—¿Qué es lo que no nos cuenta? —Intuyó Irene con suspicacia.

Diego miró a Rita, confuso. No estaba seguro de querer remover el pasado, pero su conciencia nunca terminaba de callarse.

—Deberían hablar con Armando, el hermano de Carla. Él quería mucho a David y lo pasó muy mal cuando le culparon de asesinarla y entró en prisión. Lo defendió a capa y espada. Incluso cuando íbamos a verle, él también se venía a escondidas de sus padres. —Diego posó la mirada en el café que no dejaba de remover con la cucharilla—. Cuando David entró en prisión y Armando fue mayor de edad, se marchó del barrio. Nunca más volvimos a saber de él.

—¿Nadie del barrio?

—Eso es, nadie —confirmó Diego con su mujer dándole la mano por debajo de la mesa.

Capítulo 21

Después de la reunión improvisada con Diego y Rita, los agentes se fueron a comisaría. El día había sido fructífero. Habían recopilado datos relevantes que no estaban en los informes de Joaquín. Irene se dio cuenta de que tendrían que hacer la investigación desde el principio. Joaquín no estaba pasando por un buen momento y la investigación fue la principal perjudicada. Puede que, si se hubiera centrado en los interrogatorios al círculo social de Carla hubieran obtenido resultados diferentes. O incluso que Nuria estuviera viva.

Irene subió a comisaría, pero Marcos se marchó a casa. Nieves le había llamado un par de veces para comprobar si le faltaba mucho para llegar. No era normal que estuviera tan insistente. Le preguntó un par de veces si se encontraba bien y confirmó que sí. Sin embargo, Marcos sabía que no era verdad. Algo estaba pasando. Puede que fuera una tontería, pero quería llegar a casa lo antes posible.

Abrió la puerta y solo cuando vio la cara de su mujer se quedó más tranquilo. Se acercó a ella y la abrazó mientras le olía el pelo.

—¿Qué te pasa? ¿Seguro que estás bien? —insistió de nuevo.

Nieves se puso a llorar sin dejar de apretarle cada vez más fuerte. Marcos le cogió la cara para mirarla fijamente e intentar escudriñar qué era lo que no decía.

—Estoy sangrando un poco y estoy asustada —dijo al fin, con las lágrimas resbalando por las mejillas.

—¡Vamos! —exclamó el inspector cogiendo el abrigo de Nieves del perchero de la entrada.

Cogió a Nieves por encima de los hombros. La abrazaba y la consolaba con palabras de cariño y afecto. No tardaron mucho en llegar al hospital. Vivían cerca del Gregorio Marañón, al que Marcos

había ido con Irene hacía unos días. Entraron por urgencias. Nieves no dejaba de llorar. No tuvieron que esperar mucho para que salieran a atenderla. Marcos no se separó de ella ni un solo momento. Aguantó las lágrimas para que su mujer no se derrumbara aún más. Se sentaron en la consulta con las manos unidas.

Llevaron a Nieves a una sala aparte para que le hicieran una ecografía y comprobar que el niño estaba bien.

—Está perfectamente. No se preocupen, ha sido solo un pequeño susto —dijo después de unos escabrosos segundos.

Marcos no había soltado a Nieves ni un solo momento. Incluso cuando estaba tumbada en la camilla, el inspector no soltó su temblorosa mano.

—¿Está segura de que el niño está bien? —insistió Marcos.

—Segurísima —confirmó la doctora con una sonrisa.

Marcos abrazó a su mujer.

—Sabía que todo estaba bien. Bruno es un niño fuerte.

La relación entre Marcos y Nieves era fuerte. Habían vivido situaciones trágicas a lo largo de los años. El miedo de la pareja no era infundado. Nieves ya había sufrido dos abortos y el temor de que este fuera el tercero inundaba sus pensamientos día y noche. Cuando vio una pequeña mancha roja, los miedos se desataron como una ráfaga de viento. La cabeza comenzó a darle vueltas y el sudor empapaba su frente y las palmas de sus manos. No se lo quiso decir a Marcos por miedo a que volviera a suceder. Tomó la decisión de esperar a que llegara y dar tiempo a comprobar si el sangrado continuaba. Por suerte, había sido solo un susto. Sin embargo, ya estaba en embarazo de riesgo y, pese a lo que dijeran los médicos, la pareja estaba muerta de miedo.

La doctora les aseguró que todo estaba bien, que aquellos pequeños sangrados podían ocurrir sin ser el presagio de nada malo.

Nieves asintió con una sonrisa tensa y Marcos la besó en la frente, intentando contagiarle una calma que ni siquiera él sentía.

De camino al coche, ella se aferró a su brazo.

—No me dejes sola, ¿vale? —le suplicó, apretando más fuerte.

Marcos asintió, tragándose las palabras que le ardían en la garganta. No podía decirle que, mientras la sujetaba, su cabeza seguía atascada en las fotos del caso, en los cadáveres y en las preguntas que aún no tenían respuesta.

—¿Seguro que estás bien y no quieres volver al hospital? —Le apartó un mechón de pelo de la frente para mirarla a la cara.

—No, estoy bien, de verdad. —Su voz sonaba cansada, pero firme—. Lo siento, me asusté mucho. Pensé que… bueno, que había vuelto a ocurrir, y no quería venir sola para que me dieran la noticia… —Comenzó a llorar de nuevo—. Para que me lo dijeran a mí sola, como la última vez. No podría soportarlo de nuevo. Por favor, Marcos, no me dejes sola.

Marcos sintió un pinchazo en el corazón. Tenía razón. La dejó sola y no se lo perdonaría nunca. Pero ahora no podía borrar los errores que ya había cometido, solo intentar no volver a cometerlos.

—No te voy a dejar sola, te lo prometo. —Le cogió la cara con ambas manos y le dio un beso—. No va a volver a pasar. No estás sola en esto. Voy a estar contigo para lo que necesites. No te preocupes más, ya nos han confirmado que está todo bien. Bruno está bien —recalcó para que Nieves dejara de llorar.

Marcos le limpió las lágrimas de las mejillas.

En el coche, Nieves le sujetó la mano antes de que arrancara.

—Marcos, no quiero que mañana vayas a trabajar. Por favor —susurró sin dejar de moquear.

—Tranquila, es lo que voy a hacer. Cuando lleguemos a casa voy a llamar a Irene para decírselo. No te preocupes, ella me cubre, somos compañeros —dijo con una sonrisa y una templanza que calmó los nervios de Nieves al instante.

El inspector la abrazó en el aparcamiento con una mezcla de alivio y miedo que martilleaba su interior. Lo había prometido y lo iba a cumplir. Lo que más le importaba en la vida eran Nieves y Bruno. Sentía dejar tirada a Irene en mitad del caso, pero bajo ningún concepto dejaría a su mujer sola en ese momento de sus vidas. La apretó contra su pecho. Marcos estaba dividido entre dos mundos que no podían mezclarse, pero estaba seguro de que encontraría una manera de conciliar ambas situaciones y no fallar en ninguna.

Capítulo 22

Irene llegó temprano a comisaría. Sorprendentemente había dormido bien la noche anterior. Sentía que la investigación iba por buen camino y repetir los interrogatorios al círculo social de Carla estaba aportando información nueva y útil. Aún quedaban cabos sueltos, pero la inspectora estaba convencida de que si tiraban de los hilos adecuados descubrirían la verdad y, lo más importante, la identidad del asesino.

El sonido del móvil la sacó de los interrogatorios antiguos del expediente de Joaquín. Todavía tenía el móvil en el bolso. Cuando llegó solo se preocupó de tener el termo con el café encima de la mesa.

«¿Marcos? Qué raro».

—Hola, Marcos, ¿todo bien? —Su preocupación se palpaba a través del teléfono.

—Hola, Irene. Sí, bueno…, en realidad no. Ayer Nieves sangró un poco y fuimos al hospital —susurró con una voz que dejaba patente las pocas horas que había dormido—. Está todo bien, pero ya ha tenido dos abortos y está bastante nerviosa.

—Tranquilo. Quédate en casa con ella —le interrumpió—. Lo que tienes ahí es más importante que todo lo demás —dijo comprensiva—. Yo me apaño sola mientras Nieves se recupera. Además, recuerda que eres mi primer compañero, así que trabajar sola no es ningún problema para mí —dijo para quitar hierro al asunto.

—Lo siento, Irene, de verdad, pero es que no puedo dejarla sola. La última vez casi cae en depresión —dijo a punto de romperse —. Intento mantenerme entero para que ella no caiga, pero para mí también ha sido muy duro. Desde que nos conocimos quisimos formar una familia y, después de dos abortos… Lo hemos superado,

pero si vuelve a ocurrir y está sola no me lo perdonaría en la vida —balbuceó.

—¿No estabas con ella cuando ocurrió?

—No, Irene, la dejé sola. Estuve tan concentrado en ser inspector que no supe cuidar lo que tenía en casa. Casi echo a perder todo por mi carrera, y ahora me he dado cuenta de que Nieves es mi punto de apoyo. Es la persona que me mantiene cuerdo y que me levanta cuando me caigo. Así que, si tengo que renunciar a mi trabajo para que ella esté bien, lo haré. —Marcos lloraba.

—Compañero, no tienes que renunciar a nada. Ya te he dicho que te cubro. Puedes quedarte en casa los días que necesites. Cuando venga Joaquín hablaré con él. Pero estaos tranquilos, ¿vale? Yo me quedo al pie del cañón.

Irene tranquilizó al inspector. Le dijo las palabras que necesitaba oír para pensar exclusivamente en su familia. La investigación seguiría adelante, estuviera él o no. La salud de Nieves y el bebé eran más importantes.

—Gracias, Irene. Te lo agradezco muchísimo —dijo secándose las lágrimas y hablando en susurros para que Nieves no le escuchara —. Necesito estar con ella.

—Lo sé. Deja de llorar y abrázala. Seguiré con el caso sola, no debes preocuparte por eso. Tómate unos días, Marcos. Creo que es lo mejor. Si estás aquí, pero con la mente en casa, tampoco harías bien el trabajo. Por eso mismo quiero que me prometas que solo vendrás cuando el riesgo haya pasado, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo. Gracias.

—Venga, anda, vete con Nieves a darle cariño. Por la noche os preguntaré qué tal vais, ¿vale?

—Claro. —Suspiró—. Eres una buena compañera, ¿lo sabías?

—Lo sé, por eso no quería un compañero. Soy como un perro: leal hasta la muerte.

Irene colgó el teléfono con una sonrisa de felicidad. Comprobar cómo Marcos quería tanto a su mujer la llenó de alegría. Para ella, la debilidad de Marcos era precisamente su gran fortaleza. Y a la vez, una señal de que sin duda entraba en la categoría de buena persona.

Cogió los papeles del expediente y observó que Joaquín había interrogado al mejor amigo de Armando Miret. «Puede que sea buena idea hablar con él antes que con el propio Armando». Creía que le podría dar la información con más libertad y franqueza que el propio Armando. Se llamaba Javier Castaño. Se sacudió de los hombros la carga personal y centró la mirada en el expediente abierto frente a ella.

Se levantó de la silla con decisión para buscar a Adrián. En ese momento, recordó a Joaquín cuando le dijo que hablara con él si necesitaba ayuda. La sugerencia había sido todo un acierto, ya que, con la baja repentina de Marcos, una mano le iba a venir muy bien. Buscó con la mirada a Adrián hasta que dio con él. Se encontraba en la fotocopiadora con varias carpetas en la mano.

El comisario todavía no había llegado. «Tendrá alguna reunión importante». Enfiló el pasillo que los separaba.

—Hola, Adrián. Necesito tu ayuda. Marcos hoy no puede venir y tengo que buscar a una persona —resumió.

—Hola, Irene, te ayudo en lo que quieras. Ya me dijo Joaquín que a lo mejor me lo pedías. —Sonrió—. También me dijo que no te agobiara si no me decías nada —dijo en voz baja.

—Bueno, ya sabes lo exagerado que es.

—Tengo aquí la dirección de Beltrán Romero que me pediste, y las llamadas del móvil de trabajo de Nuria todavía no han llegado. —Adrián cogió la carpeta y sacó una hoja con la dirección.

—Qué eficacia. Muchas gracias.

—¿Quieres que vaya contigo a algún lado? Tengo que llevar este informe a Juan Luis. —Miró hacia su sitio por si le estaba esperando.

—Sí, vamos a buscar primero la dirección de Javier Castaño. Creo que nos puede dar información acerca del hermano de Carla —explicó con los ojos entrecerrados, sin dejar de darle vueltas—. Ve si quieres, te espero en mi sitio mientras busco la dirección, ¿vale?

—Claro. Así cojo el abrigo —dijo conteniendo la alegría de ir con Irene—. Es la primera vez que voy a algo tan importante —bajó la voz— y encima contigo. —Estiró los labios en una sonrisa.

Irene negó con la cabeza llevándose una mano a la cara.

—No sabes lo que dices —dijo sarcástica—. Mañana todo el mundo te odiará tanto como a mí. Yo creo que no es ningún privilegio.

—Yo creo que sí. ¿Sabes por qué? Mi madre siempre dice que quien no la ha hecho, no la teme —susurró en el oído de la inspectora—. Si ellos la temen, solo hay una explicación posible.

Las palabras de Adrián le hicieron sentirse bien. Una persona más en quien confiar era algo fundamental para Irene. En ese momento, comprendió por qué Joaquín insistió en que Adrián les ayudara. Era buen compañero y lo había podido verificar con sus propios ojos. Era complaciente y no le gustaban los conflictos, pero tampoco dudaba en decir lo que pensaba si se daba la circunstancia.

Adrián llevaba varios años en la comisaría, y desde el inicio congenió con Irene, pero la reticencia de la inspectora a hablar con los compañeros le hacían recular ante cualquier conversación, a no ser que ella la comenzara. Adrián Montoya era meticuloso, de esos que revisan hasta tres veces un informe antes de entregarlo, aunque esté impecable. No levantaba nunca la voz, pero aquello no era sinónimo de debilidad, sino de educación. Tenía una manera de observar a la gente que incomodaba, como si pudiera ver más allá

que el resto del mundo. Prefería escuchar antes que hablar, pero cuando lo hacía era directo y sin florituras. No era impulsivo, sino constante, y alguien a quien podrías confiar el más íntimo secreto. Era el secuaz perfecto para los inspectores. Podía sostener el peso de una investigación tan complicada como la que se traían entre manos y que, a pesar de los infortunios, no se derrumbaba. Por eso, la personalidad de Irene le recordaba a la suya propia. Solo hay una manera de afrontar las desavenencias de la vida y es levantarse una y otra vez hasta vencerlas.

El agente volvió e Irene agitó el papel donde tenía la dirección de Javier Castaño.

—Vamos. —Irene comenzó a andar mientras se ponía el abrigo y sujetaba la correa del bolso con los dientes.

—Dicen que no dejas conducir a nadie, ¿es verdad?

Irene sonrió sin dejar de andar.

—Claro que es verdad, así que ni lo sueñes —respondió con la correa aún en la boca.

Capítulo 23

Irene había conducido hasta la dirección que aparecía en el padrón de Javier Castaño. Llevaba más de veinte años ahí, así que la inspectora imaginó que debía ser la casa de sus padres y que no se había molestado en cambiarla cuando se independizó. Además, era el mismo barrio en el que ocurrió el asesinato.

—Es aquí —dijo Irene mirando el GPS.

—Pues vamos a ello. Estoy un poco nervioso, la verdad.

—Te podías haber cambiado antes de venir. Se me ha olvidado decírtelo. Me he dado cuenta ahora. —Se dio un pequeño golpe en la frente.

—Bueno, ya no hay solución. —Se encogió de hombros.

—Sí, tienes razón. Venga, vamos. Solo espero que no tenga problemas con la ley ni reticencia a los Cuerpos de Seguridad del Estado —deseó antes de abrir la puerta.

Anduvieron hasta la puerta del edificio. Irene sentía que llevaba en ese barrio toda la vida. Desde que tenía el caso entre manos había ido tantas veces que creyó que había visto a las mismas personas yendo a la compra y bajando a los perros.

El edificio rojizo en el que vivía Javier Castaño tenía una imagen más caótica que donde vivían Rita y Diego. Había personas ociosas en los bancos que rodeaban las casas y las miradas furtivas al verlas hicieron que se pusieran alerta.

—Esto no me gusta mucho. Acuérdate de no venir de uniforme mañana. Vamos a evitar que nos identifiquen por la calle en primera instancia. —Miró a Adrián y a las personas cercanas de soslayo—. Me gusta ir segura por la calle. En este barrio no le caemos bien a la gente.

—Se nota. Para una vez que me sacas de comisaría y nos van a curtir el lomo —dijo en voz baja y con frustración.

—Bueno, vayamos a lo que hemos venido y nos largamos. —Irene apretó el paso.

Se pararon en el portal. Irene comprobó de nuevo el número en el papel en que lo había apuntado antes de salir a comisaría y pulsó.

—¿Sí?

—Hola, soy la inspectora Irene Vega. Venía a hablar con Javier Castaño por el asesinato de Carla Miret, hace veinte años —especificó. No quería recibir una negativa porque pensaran que estaban ahí por otro motivo.

—¿Cómo que por el asesinato de Carla? Eso fue hace muchos años.

—Sí, lo sabemos. Han encontrado asesinada a su tía Nuria Miret y creemos que el asesino es el mismo, si pudiéramos hablar con el señor Castaño… —Irene miraba al telefonillo suplicante.

—¿Solo es para eso?

—Sí, señor Castaño, es solo para eso. Somos de homicidios, todo lo demás no es asunto nuestro. Es importante. Si nos puede ayudar se lo agradeceríamos mucho. —Miró a Adrián.

Sin más palabras, sonó el ruido desagradable que indicaba la aceptación del interrogatorio. Irene empujó y Adrián la siguió con media sonrisa en el rostro.

—¿Tengo que hablar o decir algo? —preguntó asustado.

—No, tranquilo. Por casualidad, no te habrás traído una libreta para apuntar, ¿no?

Adrián sonrió y sacó una pequeña libreta del bolsillo interior de la chaqueta de policía.

—¡Genial! Si te parece bien, para luego acordarnos de lo que hemos hablado con él, apunta los datos más importantes. Luego lo rehacemos en comisaría para meterlo en el informe y que lo pueda leer Marcos cuando vuelva, ¿vale?

—Claro.

El edificio no tenía ascensor y Javier vivía en el tercero. Tanto Irene como Adrián estaban en forma, así que subieron a paso ligero. Cuando llegaron al rellano, Javier estaba en la puerta entreabierta, con cierta desconfianza sobre lo que le habían dicho antes de subir. Aún tenía puesto el pijama y no tenía intención de quitárselo a lo largo del día.

—¿Me enseñan las placas? —quiso confirmar Javier.

Ambos agentes las enseñaron al llegar a la entrada de su casa.

—De acuerdo, pueden pasar. Pero ya les digo que no quiero líos. Seguro que es por lo del asesinato, ¿verdad?

—Segurísimo. —Asintió Irene, guardándose la placa en el bolsillo de atrás del pantalón.

La puerta se cerró con un leve crujido. El interior estaba sumido en un caos cotidiano. Junto a la entrada, un par de zapatos desparejados por el suelo y un abrigo arrugado y con mal olor colgado a medias en una silla de mimbre. Javier encabezaba la marcha hasta el salón.

—Sentaos, por favor —dijo en un intento de ser amable, señalando el sofá de un color irreconocible y con cojines hundidos.

«Esto es una pocilga». Irene sintió repulsión al sentarse, pero tenía que guardar el tipo si quería conseguir información.

—Siento el desorden, hoy no era día de limpieza y tampoco esperaba visita. —Se sentó con las piernas abiertas en el sillón que estaba frente a la televisión—. Ustedes dirán a qué venía tanta urgencia. ¿No seré sospechoso? —Ladeó la cabeza al preguntar.

—No, tranquilo, usted no es sospechoso. Como le he dicho hace unos minutos, ha aparecido asesinada Nuria Miret. ¿Recuerda el caso de Carla? —Irene prefirió acortar la explicación si Javier recordaba el pasado y el asesinato de Carla.

—Perfectamente. David no fue el asesino. —Se echó hacia adelante y colocó los codos sobre las rodillas.

—Lo sabemos, por eso estamos aquí. Nuria mintió en su declaración, se iba a retractar de ella. Creemos que por ese motivo la asesinaron —resumió Irene.

Adrián sacó la libreta y el bolígrafo para apuntar. Lo único que tenía que hacer era escribir las ideas importantes. La idea de no tener que intervenir y solo ser oyente le pareció de lo más enriquecedora para ser la primera vez que salía de comisaría en un caso de asesinato. Patrullar no era tan gratificante como estar interrogando a sospechosos.

—Entiendo que el único perjudicado si Nuria hablaba era el asesino, ¿no?

—Exacto.

—Vale, ¿y qué quieren de mí? —preguntó con el tono que había utilizado desde el principio, lleno de desconfianza.

Se removió en el asiento. El aspecto de Javier era sucio y desaliñado. Adrián pensó en cómo podría haber terminado en aquella situación tan extrema, carente de higiene y seguramente con un oficio no del todo legal para poder mal vivir.

—He visto su declaración, pero es confusa. Como si no estuviera terminada —señaló Irene sosteniendo la mirada a Javier.

—Hablé con el inspector Samuel… No me acuerdo del apellido. Me acuerdo del nombre porque se llamaba como mi primo. Creo que se suicidó, o eso decían por el barrio.

«¿Por qué se suicidaría Samuel?». Aquella pregunta se repetía sin cesar en la mente de Irene una y otra vez desde que

empezó con el caso.

—¿Y nos podría ayudar a reconstruir esa noche? —Javier asintió—. ¿Vio a Carla el día del asesinato?

—No, lo siento, no la vi. Armando y yo éramos muy amigos. A veces me quedaba a dormir en su casa. Jugábamos a la consola y, si se nos hacía tarde, pues me quedaba. —A Javier le parecía muy normal actuar de aquella manera cuando eres joven y quieres jugar con tus amigos—. A veces también venía otro chico del barrio con el que Nuria nos obligaba a jugar. Los padres se iban de viaje a veces y nosotros aprovechábamos para jugar hasta tarde porque Nuria nos dejaba. No nos regañaba, como lo hacían sus padres.

—¿Estaba en casa de Carla?

—Sí, pero cuando nos enteramos de lo que había pasado ya estaba allí la policía. Así que no les puedo ayudar mucho porque es como si no hubiera estado. Lo siento.

—¿Sabe de alguien que quisiera hacer daño a Carla?

—No, pero tampoco éramos amigos. Mi amigo era su hermano Armando. Era muy buen tío, la verdad. No superó nunca la muerte de Carla y que metieran a David en la cárcel —dijo con pena.

—¿Sabe por qué Armando se fue después de eso?

—No podía seguir viviendo aquí. Se le rompía el corazón cuando veía a los padres de David. Él sabía que no era ningún asesino, y por culpa de su tía iba a cumplir una ristra de años en la cárcel. —Se calló—. Lo pasó muy mal —repitió.

—¿Tiene contacto con él?

—No, se marchó y no volvió a mirar atrás. Me hubiera gustado irme con él. A veces pienso que, si me hubiera ido, no estaría en toda esta mierda. —Abrió los brazos para que miraran su casa—. A veces no se puede escapar del barrio. En fin.

—Por lo que me dice, conocía a Nuria de quedarse a dormir en casa de los padres de Armando, ¿no?

—Digamos que sabía quién era. Una malnacida, para abreviar. —Sonrió con suficiencia—. A Carla la adoraba, pero con Armando era una auténtica bruja. Le trataba fatal, le insultaba y le excluía de todos los planes que hacía con Carla.

—¿Y los padres lo sabían? —preguntó Irene, extrañada.

—Supongo que sí. Carla era la niña de sus ojos. Sin embargo, lo que hiciera Armando le daba igual. Luego iba de simpática con la gente del barrio porque iba a ayudar al centro cultural. Pero yo sabía que era una desgraciada. Solo era de cara a la galería.

—No lo entiendo, ¿los hermanos se llevaban bien?

—Mucho. Carla adoraba a Armando y viceversa.

—¿Y Armando no hablaba con sus padres? —Irene cada vez estaba más confundida por lo que se vivía en esa casa.

—No lo sé. A mí Armando me dijo que Nuria les daba dinero a sus padres y, como les dejaba la casa de Cuenca para ir algunos fines de semana, pues no les interesaba llevarse mal con ella. Era la gallina de los huevos de oro.

—El dinero mueve montañas —comentó la inspectora de manera inconsciente.

Adrián la miró moviendo ligeramente la cabeza al asentir.

—¿Quién cree que mató a Carla?

—No lo sé. Pero seguro que David no fue. —Se calló de repente.

—¿Qué pasa? Cualquier detalle puede ser importante.

—Cuando ocurrió, no se hablaba de otra cosa en el barrio. Había gente que decía que había sido David, porque si no Nuria nunca le hubiera incriminado. Se llevaba muy bien con él e iba con Carla a verla a Cuenca. —Apretó los labios—. Pero David no fue. Así

que a quien encubriera tendría que ser alguien muy cercano —prosiguió—, y si era tan cercano, ¿qué motivo tendría para matar a Carla?

—En el expediente está clasificado como accidental —dijo Irene con la duda como idea principal.

—Puede, pero quien lo hizo sabía que se daría en la cabeza. —Dudó unos segundos—. Armando y yo nos levantamos cuando llegó la policía. Yo siempre estuve convencido de que le dieron con el bolardo con intención. Carla vivía en ese portal, es imposible que no supiera que estaba ahí. Además, la postura era… fue como si estuviera sentada. No sé… ¿No tienen fotos del asesinato?

Irene y Adrián negaron.

—Está claro que yo no soy un experto, pero les digo que esa postura no era de alguien que tropieza y se cae. Hicieron el paripé y la colocaron un poco para que pareciera eso, pero no es lo que pasó. Quien la mató sabía que se daría en la cabeza y moriría.

—De acuerdo. Si tenemos más preguntas, le llamaremos. —Irene se levantó y Adrián siguió sus pasos.

—Claro.

Los acompañó hasta la puerta. El rostro de Javier había cambiado. Se notaba que hablar de Armando le había afectado.

—Gracias de nuevo, Javier. —Irene le dio la mano.

—¿Les puedo pedir un favor? —rogó Javier, sujetando la puerta de la entrada.

—Claro.

—Si ven a Armando, ¿les pueden decir que sigo siendo su amigo? —dijo con pena.

—Cuenta con ello, Javier —contestó Irene con una sonrisa—. Espero que lo encontremos y le podamos dar tu mensaje.

Capítulo 24

Después de hablar con Javier Castaño habían planeado el día para ir a buscar a Beltrán Romero. Tenían la dirección y lo más productivo para avanzar era no postergar los interrogatorios. Le daba pena que Marcos no estuviera y poder enseñarle más para que fuera el mejor inspector en cualquier investigación. Pero la familia es más importante. Cuando se montó en el coche, y antes de comenzar el viaje a casa de Beltrán, le mandó un mensaje para saber cómo estaba Nieves. Se había quedado intranquila con lo que le había contado esa misma mañana. Adrián esperó en el asiento del copiloto a que arrancara.

—¿Todo en orden?

—Sí, tranquilo, estaba hablando con Marcos.

Arrancó el coche y comenzó el camino a casa del siguiente de la lista del círculo social más cercano de Nuria. Irene comenzó a pensar en silencio, pero Adrián tenía ganas de hablar después de su primer interrogatorio y no tardó en romper el hielo.

—¿Qué te ha parecido lo que ha contado Javier Castaño? ¿Útil?

—Muchas de las cosas que ha dicho, ya las sabíamos. Pero hay algo que ha pasado sin detalle que me ha llamado la atención. —Irene estaba dándole vueltas desde que lo dijo.

—¿El qué? —Adrián repasaba sus notas. Pero no había estado en los anteriores interrogatorios y ni siquiera había visto el expediente antiguo, por lo que estaba un poco perdido.

—Lo del centro cultural. Ha dicho que Nuria le traía un chico para que jugara con ellos.

—Bueno, eso lo hacen muchas madres. La mía me obligaba a jugar con un vecino que me caía fatal. Lo hacen cuando se llevan bien con la madre, pero el niño no tiene amigos. Así que tú pagas el

precio de que tu madre sea simpática. —Dibujó una sonrisa y apuntó en la libreta que había colocado en sus muslos al sentarse en el coche.

—Ya, pero Nuria no pintaba mucho porque no era la madre de nadie, ¿no te parece raro?

—No, la verdad.

—No sé. —Giró el volante y cambió de dirección.

—¿Qué pasa?

El GPS anunció el cambio de rumbo y empezó a recalcular la ruta de nuevo mientras la pantalla con las carreteras y las indicaciones se intentaba centrar en la nueva dirección.

—Tengo que ir a comisaría. En el informe anterior faltan muchos datos e investigaciones que Samuel dejó sin terminar. Pero le gustaba mucho poner papelitos con cosas apuntadas, y creo que esos dichosos papelitos son pistas que seguía y no terminó de ordenar —lamentó Irene al pensar en Joaquín y lo mucho que debió sufrir.

—¿Samuel Hernández?, ¿el ex compañero del comisario? —Carraspeó.

—Sí, ese. ¿Qué pasa? Si tú no le conociste —preguntó, mirándolo de reojo.

—Ya, pero se dicen muchas cosas de su suicidio… —Adrián no era ningún chismoso y no le gustaba hablar de Joaquín con Irene, ya que todo el mundo sabía que tenían una relación de amistad.

—¿Qué cosas, Adrián?

—Da igual, déjalo. Es mejor que no lo sepas. Eres muy impulsiva y me puedo meter en problemas por un cotilleo que a mí ni me va ni me viene —zanjó Adrián. Se arrepentía de haber abierto la boca.

—Te prometo que no voy a decir nada, pero necesito que me lo digas. Joaquín nunca me mencionó a su compañero. Ha sido por este caso que descubrí que existía —dijo con gran intriga.

—Deberías hablar con él. Es lo mejor. Él te contará lo del compañero mejor que nadie, ¿no te parece?

—Vale, se lo preguntaré, pero dime qué es lo que se dice, por favor.

Irene no iba a dejar escapar la oportunidad de que le dijeran qué había pasado o al menos lo que se rumoreaba en la comisaría. Ella no era bien recibida en la mayoría de los corrillos que hacían los agentes para comer y era improbable que se enterara de que hablaban del comisario a sus espaldas. La relación de Joaquín e Irene no era ningún secreto, por eso nadie le hablaba mal de él.

—Está bien. —Suspiró Adrián—. Pero no me metas en movidas. Y que sepas que negaré ante cualquiera haber tenido esta conversación contigo. —Movió la cabeza con resignación.

—Te prometo que jamás pronunciaré tu nombre en presencia de ningún policía. —Se puso la mano en el corazón mientras seguía sujetando el volante con la otra.

—Se dice que Samuel no se suicidó, pero que Joaquín encubrió todo —dijo con voz baja y mucha culpabilidad.

—¿Que no se suicidó? Pero habría una investigación o algo por el estilo, ¿no?

Adrián se encogió de hombros.

—No lo sé. Yo por ese entonces ni siquiera era policía. Fue hace muchos años, en la época de este caso. Hace veinte años. —Puso los ojos en blanco—. Supongo que solo lo sabrán los agentes más veteranos. Puedes hablar con ellos, pero como se entere Joaquín… Se va a cabrear —advirtió Adrián, enseñándole la palma de la mano, para que tuviera claro que estaba sola en esa andadura kamikaze.

—Puedo llegar a ser muy sutil y pasar inadvertida.

—De eso nada, bonita, es un tema muy recurrente en las comidas. Lo que pasa es que, como tú eres la protegida, no te enteras de nada, pero le ponen de vuelta y media, ya me entiendes.

—No sé por qué, es un buen comisario —añadió Irene sin dejar de mirar la carretera.

—No lo sé, Irene, nosotros no estábamos por aquel entonces, pero parece que los veteranos no tienen muy buenos recuerdos de cuando Joaquín era inspector. Que su compañero se suicidara dio mucho que hablar entonces y ahora —continuó hablando en voz baja.

—Bueno, vamos a dejarlo estar. No es de nuestra incumbencia —mintió como una bellaca.

«No te preocupes, que ya me enteraré por mi cuenta», pensó Irene al llegar a comisaría.

Capítulo 25

Cuando llegaron a comisaría, Irene enseñó a Adrián cómo tendría que hacer el informe para añadirlo al expediente. Le dejó ocupado mientras ella iba a revisar el antiguo. Cuando estaban hablando con Javier Castaño no dejaba de visualizar un papel manuscrito con «Centro cultural El Sol». Quería estar segura de que aquella imagen era de ese caso y su mente no le había jugado una mala pasada mezclando casos. Se sentó en su sitio, encendió el ordenador para revisar el correo y después abrió la carpeta del expediente.

«¡Sabía que te había visto!».

Le hizo una foto por miedo a perderla y la volvió a guardar en la carpeta. En aquella nota no solo aparecía el nombre del centro cultural, sino que, en el reverso, había otro nombre: Mariano Castro.

En ese momento, multitud de preguntas se arremolinaron en su mente. El nombre no estaba en ningún otro sitio y la letra era de Samuel. No es que la conociera, pero conocía perfectamente la de Joaquín, y no era suya. Por descarte, supuso que Samuel Hernández siguió la pista del centro cultural y daría con esa persona. Pero lo raro era que nadie lo había nombrado. A Irene le pareció extraño. Ni siquiera estaba segura de que tuviera que ver con el caso, pero debía hacer un último intento antes de descartarlo, o al menos, apartarlo hasta que fuera al centro cultural. Supuso que aquel sitio era una zona de reunión para las personas del barrio.

Javier Castaño se había mostrado colaborador y continuaba viviendo en el barrio, por lo que podría saber quién era esa persona y el motivo por el que Samuel lo escribiría en el mismo papel que la anotación del centro cultural.

Lo llamó. Lo cogió a los pocos segundos.

—Hola, Javier, perdona que te moleste, pero necesito tu ayuda —dijo Irene sin rodeos.

—Hola, inspectora, claro —respondió sorprendido de que lo llamara a unas horas de estar en su casa.

—¿Sabes quién es Mariano Castro?

Rio antes de contestar.

—Por supuesto. Era el chico que Nuria traía a casa para jugar con nosotros.

—¿Y de qué le conocía? Ella vivía en Cuenca. No entiendo la relación entre ella y el centro cultural. ¿Se llama El Sol?

—Sí, es el centro del barrio. Se dan clases de refuerzo para el colegio y el instituto. Además, antes daban clases de futbol, baloncesto y ajedrez. Distraían a los chicos para que no se dieran a la mala vida —explicó con brevedad.

—¿Y Nuria qué tiene que ver con eso?

—Era voluntaria en el centro. Cuando venía, solía acercarse para echar una mano a chicos con problemas en el colegio.

—¿Qué quiere decir «con problemas»?

—No sé explicarle bien, pero eran chicos con problemas de agresividad o que no aprobaban y necesitaban como una especie de refuerzo. No sé si me entiende —Javier intentó aclararlo con la información que tenía.

—¿Tú no ibas?

—¡Qué va! Yo ya era un caso perdido desde que nací. David sí iba, y más chicos. Mariano era el preferido de Nuria, le ayudó con los deberes durante muchos años —recordó—. Lo traía mucho a casa de Armando para que tuviera amigos. O eso decía ella. —Carraspeó.

—¿Qué pasa?

—No estoy seguro de contárselo, es complicado.

—Puede que sea importante para sacar a David de la cárcel y descubrir quién fue la persona que asesinó a Carla —suplicó Irene, tamborileando con los dedos encima de la mesa.

—Bueno, verá, se decía que tenían una relación muy especial, ¿me entiende?

—No, la verdad —dijo con sinceridad.

—Que estaban liados.

Irene soltó una carcajada.

—Eso solo serían chismes. Ella ya era una adulta de unos cuarenta años y él un crío menor de edad. ¿Cómo se iba a liar con él? —preguntó retóricamente.

—Como quiera, pero yo le digo que era verdad.

—¿Por qué piensas que lo era?

Javier se recolocó en el sillón de su casa y se cambió el teléfono de oreja.

—Mire, cuando Nuria lo traía para «jugar» con nosotros era los fines de semana —recalcó con sinceridad—. Mariano se pensaba que éramos tontos. Armando y yo nos lo hacíamos porque nadie nos habría creído, pero lo cierto es que siempre supimos que era verdad. Mariano se levantaba por las noches para irse a la cama con Nuria. Lo hacía sigiloso y en silencio. Luego, antes de que nos despertáramos, volvía a la cama de la habitación de Armando, donde dormíamos los tres. Si no le daba tiempo iba rápido al salón y decía que estaba desayunando o cualquier otra excusa.

—¿Carla lo sabía?

—No lo sé, pero creo que lo mejor que pueden hacer para encontrar al asesino es hablar con Armando. Adoraba a su hermana y no pudo con lo que pasó.

—¿Qué es lo que no dices? —indagó Irene, echándose hacia atrás en la silla. Estaba segura de que no le decía todo lo que sabía.

—Lo siento. Busquen a Armando.

Cuando colgó el teléfono, Irene aún estaba en shock. La idea de que Nuria Miret estuviera con un crío a escondidas de los padres hizo que se le erizaran los pelos del cuerpo. Era una trabajadora social que ayudaba a los niños. Desde que empezó la investigación se había dado cuenta de que Nuria no era la buena persona que aparentaba. Tenía un lado oscuro que había estado ocultando durante años, pero que al final había terminado venciéndola.

Joaquín entró en la sala con gesto cansado. Miró el reloj y se dio la vuelta para coger un café de la máquina. Irene escuchó de fondo al resto de compañeros saludándole y se levantó para buscarlo con la mirada. Lo localizó en la máquina, hablando con un agente, así que cogió la carpeta del caso de Carla y entró en el despacho para esperar a que se acercara. Se sentó tranquilamente y se cruzó de piernas. Tenía el cuello girado hacia la puerta cuando Joaquín la vio al llegar.

—¿Qué haces aquí? Espero que esté todo bien.

—Bueno, más o menos.

Irene le explicó la llamada de Marcos para que conociera el motivo por el que no había ido a trabajar y por qué se había ido con Adrián a un interrogatorio.

—Vale. Espero que Nieves se mejore. Luego le llamaré para preguntarle. Tampoco quiero molestarlos.

Joaquín se quitó la chaqueta y la puso en el perchero que había junto a su escritorio. Bebió un sorbo de café antes de sentarse.

—Bueno, ¿y? Supongo que has venido a decirme algo más.

—He encontrado esto en el expediente de Carla. —Sacó la nota manuscrita—. ¿Es la letra de Samuel?

Joaquín la cogió y asintió.

—Era un genio. Mariano Castro era un chaval que tenía una relación con Nuria Miret —prosiguió Irene con el caso.

—¿Con un chaval? —preguntó extrañado.

—No hay nada de eso en el informe —afirmó el comisario con el ceño fruncido, sin entender a dónde quería llegar Irene.

—No, exacto, no lo hay. Solo esta nota manuscrita de Samuel. Pero al hablar con algunos amigos del círculo de Carla han ido saliendo relatos de este centro cultural, donde Nuria colaboraba cuando venía.

—Irene, no creo que ese chico matara a Carla, si es ahí a donde quieres llegar. —Joaquín apoyó los codos en la mesa y suspiró.

—No creo que él la matara porque no tenía ningún motivo para hacerlo, pero tampoco lo tenía David y está en la cárcel.

—Te conozco y sé que no has venido por eso, ¿me lo cuentas ya?

Irene se levantó y cerró la puerta del despacho. Se frotó la cara antes de volver a hablar. Necesitaba coger fuerzas para soltarle la bomba a Joaquín.

—Creo que a Samuel le mataron porque descubrió quién era el asesino. No se suicidó.

—¿Qué tonterías estás diciendo, Irene? —Se levantó de golpe de la silla—. Yo estuve en su casa cuando se suicidó. Lo vi con mis propios ojos. —Comenzó a andar por el despacho, frotándose la frente—. No te lo conté antes porque me imaginaba que iba a pasar algo parecido. Irene, la vida es así. A veces, la gente se suicida, y más los policías. Vemos mucha mierda todos los días. Es complicado superar lo que hay ahí fuera, ¿sabes? Samuel, con el caso de Carla, no pudo más. Cuando llegamos y vimos a esa chica ahí tirada en la cera con toda la sangre por el suelo, llegó al límite. Y punto.

—Pero…

—No, Irene, ya está. Se acabó. Cuando abrí el expediente y vi las notas de Samuel estuve tentado de quitarlas, pero pensé que a lo mejor perjudicaba el caso, por eso las dejé. Pero que digas que no se suicidó es el colmo. Sabía que ibas a investigarlo, pero no que llegarías a la conclusión de que le habían asesinado. —Negó con la cabeza—. Cierra el caso y saca a David de la cárcel. Está ahí por mi culpa, porque no supe hacer mi trabajo y me dejé llevar por las emociones. La muerte de Samuel me afectó mucho, ¿sabes?

Se volvió a sentar, más calmado después de respirar varias veces.

—No te quito el caso porque eres la mejor inspectora, pero quiero que dejes estar el suicidio de Samuel. ¿Me lo prometes?

—De acuerdo. Lo siento. Pensé que si investigaba un poco más descubriría el motivo por el que se suicidó y empezarías a estar mejor —se disculpó, avergonzada.

—Te lo agradezco, pero hay cosas que es mejor dejarlas como están, ¿vale?

—Vale.

Irene salió del despacho sintiéndose culpable. La reacción de Joaquín la sorprendió. Nunca le había visto tan enfadado. Ella solo quería ayudarle, pero después de verle así le comenzó a llamar más la atención el motivo por el que la gente cuchicheaba a sus espaldas sobre el tema del suicidio de Samuel. Había ocurrido algo, no sabía el qué, ni siquiera se hacía una ligera idea, pero lo iba a descubrir. Tenía que hacerlo. Pero debía ser cuidadosa para que el comisario no sospechara que le había ignorado y seguía con la investigación.

Irene estaba convencida de que Samuel fue asesinado por culpa de la investigación del asesinato de Carla Miret.

Capítulo 26

Seguía pensando en la conversación con Joaquín cuando se fue al comedor de comisaría. Con el trabajo que tenía, lo normal es que le pillara fuera de comisaría a la hora de comer. Por eso, no se llevaba nunca comida de casa. Ese día tampoco era una excepción. Se compró un sándwich de la máquina y anduvo en modo automático hasta el comedor. Estaba ensimismada y no miró quién estaba allí. Adrián la abordó.

—Vente a comer —invitó—. Qué raro que estés aquí —le dijo con su tono normal de amabilidad.

—Ya, tienes razón. Lo normal es que no me dé ni tiempo a comer. Siempre de un lado a otro. ¿Qué tal? —Se paró en la entrada del comedor.

Adrián llevaba un táper en la mano.

—Bien. Estoy a dieta. Así que me traigo verduras y fruta todos los días —alzó el táper.

—¿A dieta? Si estás fenomenal —dijo con sorpresa.

—Gracias. —Hizo una reverencia con la cabeza—. Pero es para que se me noten los abdominales. —Sonrió.

—Ah, vale. —Comenzó a reírse—. Ya me parecía raro.

Adrián la cogió del brazo y tiró de ella.

—¿Comes con nosotros? —Señaló el banco en el que solía comer con varios agentes.

—Eh…, no sé —dudó con cierta incomodidad ante la propuesta—. Ya sabes que no caigo bien a la mayoría de los compañeros, y no quiero estropear la comida a nadie —explicó, mirando a su alrededor—. No te preocupes, si solo es un sándwich. Me lo comeré en mi sitio y todos tranquilos. —Se dio la vuelta.

—No, no, nada de eso. —La agarró de nuevo—. A los compañeros con los que yo como les caes bien —dijo con una sonrisa—. Sorprendentemente. —Soltó una ligera risilla.

—¿Qué le caigo bien a Salcedo y a Cebrián? —preguntó con los ojos bien abiertos.

—Sí, exacto. A Iván Salcedo y a Rubén Cebrián les caes bien. De hecho, dicen que eres la que tiene más cojones en toda la comisaría —susurró al oído de Irene.

La inspectora ladeó la cabeza con una amplia sonrisa de satisfacción.

—Me has convencido.

Convencida, fue a la mesa y Adrián apretó el paso, más feliz que ella. Cuando la veía por la comisaría sentía mucha pena de que muchos de los agentes cuchichearan a sus espaldas o soltaran miles de improperios injustos hacia Irene sin conocerla de nada. Cuando Adrián entró a trabajar, lo primero que hizo fue conocer a todo el mundo y después sacar conclusiones. Nunca se había dejado influenciar por nadie, por eso admiraba a Irene, le recordaba a él y su forma de ser. Y a la vez era consciente de que era doloroso no tener a nadie al lado.

—Salcedo, Cebrián, ¿os importa que coma con vosotros? —preguntó educadamente mientras Adrián aguardaba detrás de ella.

—Por supuesto. Faltaría más —dijo Iván Salcedo.

Fue trasladado de otra comisaría hacía más de veinte años. Parecía que siempre estaba enfadado, pero pronto Irene descubriría que solo era su expresión habitual.

—Irene, ponte aquí. —Rubén Cebrián apartó el abrigo que tenía en la silla de al lado—. Puedes sentarte con nosotros cuando quieras. A nosotros también nos caen mal los otros estúpidos —dijo directo.

—Lo siento. A veces parezco borde, pero no lo soy. Simplemente pienso que le caigo mal a todo el mundo y ni siquiera intento llevarme bien con nadie —se justificó la inspectora.

Irene se sentó y sacó el sándwich.

—¿Qué tal el caso de Carla? —preguntó Iván.

—Bueno, estamos en ello. Esta mañana se vino Adrián conmigo. Ha sido diferente, pero vamos por el buen camino —explicó sin mucho detalle mientras partía el sándwich en pequeños trozos para comérselos.

—Me acuerdo de ese caso, yo ya estaba aquí cuando ocurrió —dijo Salcedo con voz baja.

—¿Te acuerdas de algo? El informe está regular —matizó Adrián apretando los labios.

—Samuel se suicidó durante ese caso. Yo también estaba aquí —intervino Cebrián—. Fue duro para todos. Samuel era buena persona. Sus dos hijas eran pequeñas y Joaquín lo pasó fatal.

—¿Dos hijas?

—Sí, eso es. Joaquín estuvo de baja varios meses —añadió Salcedo.

—Bueno, no vamos a hablar de eso, que Irene ya lo sabrá por la boca del comisario —dijo Cebrián echando una rápida mirada hacia la puerta.

—No, solo sé que se suicidó y que lo pasó mal. Era su compañero. —Irene se moría de ganas de que le contaran más y de preguntar sin parecer una cotilla, pero se tuvo que contener.

—Yo me acuerdo hasta de ti. Del día que llegaste muerta de miedo. Joaquín te trajo envuelta en una manta. Te trataba como si te fueras a romper en cualquier momento —recordó Salcedo.

—Y hasta hoy —terminó de decir Cebrián.

—No me acuerdo de vosotros… Bueno, no me acuerdo de nada, ni de ese día ni de los anteriores —dijo con pena.

—Es normal. Hablemos de otra cosa. —Adrián acarició la espalda a Irene.

—No, tranquilos, estoy bien. Pero si pudiera recordar a quien me secuestró… —Irene siguió comiendo, con la mirada perdida.

—Cuando superes el trauma de ese día, lo recordarás. Lo he visto en varios testigos con traumas similares —Adrián estaba convencido de lo que decía.

—¿No te acuerdas de nada? —indagó Cebrián.

Irene negó con la cabeza.

—¿Y sigues pensando que fue alguien de aquí? —preguntó Salcedo.

—No es que lo crea, es que lo sé. Lo investigué.

—No somos muchos los que estábamos en esa época —dijo Cebrián serio.

—En realidad, nunca dije que fuera policía en esa época —recalcó Irene.

—Uf, entonces los sospechosos aumentan —dijo Adrián pensativo, mirando su alrededor—. Irene, si crees que está aquí aún, no deberías dejarlo pasar, aunque el comisario te lo prohíba.

—Bueno, no sé, si te dijo que lo dejaras sería por algo, ¿no? Puede que te afecte más, hija. —El gesto de Salcedo se volvió paternal—. Digo yo. Lo mejor siempre es dejar estar las cosas como están. Pero si empiezas a ponerte mal y a darle vueltas… A veces lo difícil es saber parar.

—Tiene razón, Irene. Puede que remover el pasado te traiga más desgracia que felicidad —Cebrián apoyó la opinión de su compañero.

Irene dio el último bocado al sándwich.

—Gracias por comer conmigo. La verdad es que me ha gustado estar con vosotros. Cuando paréis para tomar un café me avisáis, ¿vale?

Salcedo se tocó el bigote repleto de canas y sonrió.

—Claro, hija. Y si te podemos ayudar con cualquier caso antiguo, solo tienes que decirlo —dijo Cebrián con las manos en la barriga.

—Por cierto, Adrián, mañana no te pongas el uniforme.

Irene miró el móvil. Marcos no le había contestado.

«¿Estarán bien?».

Capítulo 27

Irene decidió pasarse por casa de Marcos. Pensó que era una tontería avisarle, ya que no le había contestado al primer mensaje, lo mejor era comprobar que todo estuviera bien y quedarse tranquila.

Aparcó justo enfrente del edificio con un movimiento brusco del volante. Apagó el motor y se quedó unos segundos pensando si había hecho bien. A lo mejor molestaba y no era oportuno presentarse en su casa sin previo aviso, pero no podía esperar. Se había imaginado lo peor. No sabía muy bien qué decirle a Marcos ni qué iba a encontrarse dentro. Sin embargo, era mejor ir que no hacerlo y que hubieran necesitado su ayuda y no se la hubieran pedido por vergüenza. Irene era la primera en pedir dedicación absoluta al trabajo, pero entendía que esto era diferente. La desidia de Marcos había traspasado el teléfono cuando hablaron por la mañana.

Cogió aire, salió del coche con decisión y cruzó la acera. Al llegar al portal, un vecino entraba y le sostuvo la puerta sin mirarla. Subió por las escaleras y llegó al piso de Marcos y Nieves. Antes de llamar, se alisó el pelo con la mano, un gesto automático que solía hacer cuando estaba nerviosa.

Marcos abrió enseguida. Llevaba una camiseta gris arrugada y tenía el cansancio acumulado en los ojos hinchados. Irene pensó que podría ser de no dormir o de haber estado llorando por la tensión acumulada.

—Hola, Marcos, perdona que te moleste. Como te he mandado un mensaje y no me has contestado, estaba preocupada. Solo quería saber cómo estabais.

Nieves la escuchó, se quitó la manta que tenía sobre las piernas y se asomó a la puerta.

—Hola, Irene. Qué sorpresa más agradable. Pasa, no molestas en absoluto. No estábamos haciendo nada. Pasa —insistió con una de las manos en la barriga.

—¿Seguro? No quiero molestar. Solo quería saber si estaba todo bien.

Marcos se apartó de la puerta y Nieves la cogió de la mano para tirar de ella hacia el interior.

—No estábamos haciendo nada importante. Viendo una película para distraernos, pero no estaba surtiendo mucho efecto. Así que, si nos cuentas algo que nos distraiga, nos harías hasta un favor. —Nieves se sentó en el mismo sitio en que estaba cuando llegó Irene y se colocó la manta de nuevo.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó Marcos, aún de pie.

—Un vaso de agua, por favor.

—¿Qué tal sola en comisaría? Siento mucho que Marcos no haya ido, pero lo pasé muy mal y no quería estar sola. Te puede parecer una tontería, pero con solo recordarlo se me pone la piel de gallina. —Los ojos de Nieves se volvieron brillantes.

—No es ninguna tontería, de verdad. Ya se lo dije al comisario. Puede estar un par de días contigo, hasta que estés mejor. —Dibujó una sonrisa en su cara.

—No te imaginas las ganas que tenemos de que nazca el niño. Hemos pasado ya dos pérdidas y ahora esto. La doctora dice que está todo bien, pero con cualquier malestar te pones en lo peor.

Marcos se sentó al lado de su mujer y apoyó la mano en su muslo, para después apretarlo con cariño.

—Irene, siento mucho haberte fallado. Sé que esperabas más de mí y te he dejado tirada…

—Eh, de eso nada —le interrumpió rápidamente—, aquí nadie ha fallado a nadie. No soy la más indicada para dar consejos, pero lo

estáis haciendo muy bien. Lo más importante está aquí dentro, en estas cuatro paredes. Lo demás da lo mismo. Así que no quiero que pienses en otra cosa, ¿vale?

—Claro, pero ¿de verdad lo piensas?, ¿que no te he fallado?

—Por supuesto. Prefiero que te tomes un par de días y estés con Nieves antes de que estés en comisaría o investigando el caso y estés pensando en lo que pasa en casa —dijo convencida—. No suelo decir cosas que no pienso —replicó con una leve sonrisa—, y si, cuando vuelvas, tienes que salir corriendo para estar con ella, lo entenderé. Este trabajo puede esperar. Tu mujer, no.

El inspector soltó una carcajada nerviosa, mitad de alivio y mitad de incredulidad.

—Irene, nunca pensé que ibas a estar en mi casa diciendo algo así.

—Yo tampoco —admitió, encogiéndose de hombros—. Supongo que tener a un gran compañero nuevo me está ablandando. —Bebió el vaso de agua de un trago.

El ambiente se tornó en comprensión y tranquilidad. Marcos se reclinó sobre su mujer y suspiró levemente. Irene lo miró fijamente. Había algo en él que le recordaba a sí misma años atrás. La lucha interna por demostrar fortaleza cuando por dentro estás destrozado y lleno de dudas. Ella tuvo a Joaquín, y ahora, Marcos la tendría a ella. Por primera vez en mucho tiempo, sintió ganas de proteger a alguien más allá del deber profesional.

Se levantó, cogió su chaqueta y se dirigió hacia la puerta.

—Cuídala y cuídate tú —dijo.

Nieves miró a Marcos y movió los ojos en dirección a Irene.

—¿Por qué no te quedas a cenar? El otro día nos lo pasamos bien. Luego te acompaño al coche. —Le guiñó el ojo.

Irene se rio.

—De acuerdo. Tampoco me espera nadie en casa.

—¡Genial! Yo me encargo de la comida. Últimamente no pienso en otra cosa —dijo Nieves feliz al coger el móvil y entrar en una aplicación de comida a domicilio.

Irene quería hablar con Marcos sobre la conclusión a la que había llegado con Samuel y cómo se había puesto Joaquín cuando se lo dijo. Le estaba dando vueltas y necesitaba contárselo a alguien en confianza.

—Voy al baño, que con esto del embarazo no paro de ir. —Sonrió Nieves al salir del salón.

La inspectora aprovechó el momento.

—Marcos, tengo que contarte una cosa. No es importante, pero quiero que lo sepas. —Resopló.

—¿Qué pasa, Irene? —Se interesó con preocupación al ver su expresión.

—Bueno, es que creo que a Samuel le asesinaron porque descubrió algo del caso de Carla. Se lo he dicho a Joaquín y no veas cómo se ha puesto. Me ha ordenado que deje de darle vueltas. Que se suicidó y punto. —Encogió los hombros—. ¿Crees que fue un suicidio?

—Irene, déjalo. En serio, creo que a Joaquín le afecta mucho el tema. Era su compañero y está seguro de que se suicidó. Si metes más el dedo en la llaga después de la advertencia explícita que te ha dado el comisario, vas a pagar las consecuencias —le aconsejó Marcos.

—Ya, pero hasta hace unos días ni siquiera lo sabía, y ahora se pone así de raro. Creo que no se suicidó. —Irene cada vez estaba más convencida.

—Te estás metiendo en terreno pantanoso. Hazme caso, déjalo estar. Si a lo largo del caso vemos alguna conexión, lo

hablamos. Pero, al menos por el momento, déjalo —insistió moviendo la cabeza—. Espérate hasta que yo vuelva, ¿vale?

Nieves entró de nuevo al salón, moviendo el móvil.

—Ya he pedido. ¿Y esas caras? —preguntó extrañada.

—Cosas del trabajo —contestó Marcos para no involucrar a su mujer.

—Hablando de eso, hoy estoy mejor y no he sangrado nada. Si quieres vete mañana a trabajar, y si me encuentro mal o vuelvo a sangrar, te aviso. No quiero que empieces faltando con lo que te ha costado llegar a ser inspector. —Le dio un beso a su marido en la mejilla a la vez que le agarraba del brazo.

—¿Estás segura? —indagó Marcos, para asegurarse de que no lo decía por cumplir.

—Sí, estoy segurísima. Además, Irene ha dicho que puedes salir corriendo si te necesito. Aunque no habrá ningún problema. —Sonrió mientras se acariciaba la barriga haciendo círculos—. Estaremos bien —aseguró.

—De acuerdo. Entonces cenemos, y mañana hablamos de trabajo en comisaría. —Marcos miró a Irene para guiñarle un ojo cuando su mujer no le veía.

Aquella era la señal para que supiera que continuarían la conversación sobre el extraño suicidio de Samuel Hernández.

Capítulo 28

Irene empujó la puerta del bar. Aún era temprano para subir a comisaría y necesitaba un café del bueno. Había olvidado el termo en casa, así que la mejor opción era tomarlo en el bar de abajo. Así se tomaría el descanso en solitario que necesitaba para pensar qué hacer.

El bar ya estaba repleto de gente. La cafetera no dejaba de trabajar y el vapor del agua hirviendo sonaba sin cesar. Las cucharillas tintineando y las conversaciones cruzadas retumbaban en el local. La inspectora eligió una mesa junto a la ventana, de espaldas al resto del mundo. Quería y necesitaba sentirse apartada.

Sacó un cuaderno de notas que comenzó la noche anterior, hasta que se quedó dormida con la cara aplastada sobre él. Empezó a escribir lo que quedaba por hacer en la investigación. El camarero la miró y paró un segundo para levantar la mano y que le sirviera el café. Iba con frecuencia, así que no tenía que decirle nada más.

Sentía que estaba fallando en la investigación de Carla, de Nuria y, sobre todo, en la de Samuel. No se iba a dar por vencida. Además, ahora tenía el apoyo de Adrián. Nunca había sido de delegar ni de tener compañeros, pero la presencia de Marcos y el propio caso la estaban cambiando. No se reconocía. «Compañeros… Nunca me lo hubiera imaginado, y encima en plural». Sonrió con aquella afirmación.

Esperó a que el camarero le sirviera el café dando golpecitos en el cuaderno con el bolígrafo. Joaquín había cerrado la puerta de Samuel con llave y ella no podía quedarse mirando. La iba a volver a abrir y darle la paz que necesitaba. Se sentía culpable, pero estaba segura de que le habían asesinado y de que Joaquín no había fallado como amigo. Simplemente no lo vio venir, ni siquiera lo sospechó.

Marcos volvía aquel día. Estaba feliz de tenerle de vuelta, pero no quería apartar a Adrián, sabía que era un efectivo

importante y alguien en quien se podía confiar. Además, el inspector podría salir en cualquier momento por la salud de su mujer y su hijo. La investigación no podía detenerse, había que seguir hasta el final, estuviera Marcos o no.

La mayor duda de Irene era darle un trabajo a Adrián que le quedara grande o que le asustara. Bebió un sorbo de café con la mirada perdida y la mente puesta en las tareas pendientes. Apoyó la espalda en la silla y miró por la ventana cómo un autobús paraba en la marquesina y multitud de pasajeros bajaban con prisa hacia su rutina diaria. Irene terminó el café y cerró el cuaderno para guardarlo en el bolso. Tenía que seguir trabajando. David aún estaba en la cárcel, ya había pagado con demasiados años de su vida por un crimen que no cometió.

«¿David no sabrá algo más de lo que nos dijo? Las preguntas no fueron las adecuadas. Hay que solucionarlo».

Dejó el dinero en la barra cuando el camarero la miró unos segundos.

Cruzó la calle y subió a comisaría con el paso firme y decidido de quien no podía estar más tiempo dando vueltas a lo que estaba bien o mal. Lo más sensato era pasar a la acción.

Marcos ya estaba en su sitio cuando entró. Tenía el móvil en la mesa, pero no lo miraba, solo jugueteaba con un bolígrafo, dándole vueltas entre los dedos. Levantó la vista en cuanto la vio.

—¡Vamos! Tenemos que decidir qué hacemos con Adrián. Quiero que nos siga ayudando. Así avanzaremos más rápido —explicó Irene de camino a la sala de reuniones.

—Vale. Te sigo. —Marcos cogió un cuaderno que se había comprado para ir apuntando lo importante en los interrogatorios y no hacerlo en el bloc de notas del móvil.

—¿Todo bien? —Quiso saber Irene sin dejar de andar.

—Sí, todo bien. Pero ese susto me va a hacer pensar el resto de las noches hasta que le vea la carita.

—Ya me imagino. Lo mejor para que no le des vueltas al tema es trabajar e investigar con todos los sentidos. ¿Qué te parece la proposición? —Irene intentaba que estuviera entretenido. Estaba en una situación complicada y distraerse era lo mejor que podía hacer.

—Está muy bien. Un buen plan de choque. —Sonrió—. Mira, me he comprado un cuaderno. —El inspector lo levantó para que lo viera.

—¡Igual que yo! —Hizo lo mismo—. Esto sí que es sincronización.

Irene abrió la puerta de la sala de reuniones y comprobó que estaba vacía. Meneó la cabeza para que Marcos entrara y encendió la luz.

—Voy a por Adrián, ahora mismo vengo.

A los pocos minutos, volvió con el agente. Su cara reflejaba lo sorprendido que estaba ante la reunión improvisada de Irene.

Se sentaron y cerraron la puerta.

—Adrián, quiero que estemos los cuatro en este caso, pero quiero que nos ayudes a una investigación paralela que es *muy confidencial* y de la que no se puede enterar nadie. —Alzó las cejas —. Nadie. Incluido Joaquín —dijo en un murmullo.

—¿No será ilegal? —preguntó al recolocarse en el asiento. Se sentía raro sin el uniforme puesto en el trabajo.

—A ver, ilegal no es, pero tampoco lo ha ordenado Joaquín. —Arrugó los labios—. No sé cómo calificarlo. Mira, Samuel fue asesinado. Aunque todo el mundo me diga que no, yo te digo que sí. Joaquín se mosqueó ayer, pero yo sé que está relacionado con el caso de Carla. Entonces, necesito que me busques toda la información que tengamos de la familia Miret y su entorno. Después,

si no encontramos nada, rebuscaremos en la vida de Samuel. Si no es de una manera, es de otra, pero no pienso dejarlo estar. Samuel fue asesinado, y si no es así y me he equivocado, encontraremos el motivo del suicidio investigando a fondo su vida o sus casos.

—No sé, Irene, no me parece buena idea. Joaquín te habrá dicho que lo dejes por algo, ¿no? —Adrián tenía serias dudas de la decisión de la inspectora.

—Irene, tiene razón, ya te lo dije. Déjalo. Si durante la investigación aparece algo extraño que esté relacionado, lo investigaremos, te lo prometo. Pero puede que no tengas que seguir por ahí. Más que nada por la reacción que cuentas de Joaquín. —Marcos intentaba hacerle entrar en razón.

—Está bien, como queráis. Lo dejaremos de momento, pero no estoy de acuerdo con vosotros. —Se cruzó de brazos—. Hay que ir al centro cultural y a ver a David de nuevo. Quiero que nos corrobore lo que me confirmó ayer Javier Castaño sobre Nuria.

Les resumió lo que el día anterior confesó Javier Castaño por teléfono.

—Necesito la confirmación de esa teoría sobre Nuria por el centro cultural El Sol y por el propio David, ¿vale? —Ambos asintieron—. ¿Cómo nos separamos y a dónde vamos cada uno?

—No sé, pero Adrián no puede ir solo. Así que si quieres voy yo a hablar con David, que ya fui —Se ofreció Marcos—. Yo creo que es lo mejor, porque ya me conoce y sabe que estamos intentando sacarle de la cárcel. No va a poner pegas de ningún tipo, y si sabe algo me lo va a decir —supuso.

—Ya, es lo que yo pensaba. Pero, si lo sabía, ¿por qué no dijo nada en su momento?, ¿no os parece raro? —añadió Irene.

—A lo mejor sí lo dijo, pero no está en el informe. Faltan muchas cosas, puede que una de ellas sea esa. —Marcos nunca daba nada por sentado, y si aquella confesión iba en su beneficio no entendía qué motivo había para ocultarlo. Lo más lógico era que lo

hubiera contado pero no le hubieran hecho caso o se extraviara esa información.

Irene se quedó pensativa y se le encendió una pequeña bombilla.

—¡Puede ser! David dijo que el único que le creía fue Samuel. ¡Qué casualidad! Samuel se ha suicidado y la transcripción de su declaración tampoco está. —Movió la cabeza con ironía—. ¿Seguís sin creerme? Aquí hay gato encerrado y no lo estáis viendo, pero vale. Correremos un tupido velo, por ahora.

—Voy a la cárcel. Menos mal que me he traído el coche. —Se levantó—. Vamos a salir de dudas hoy. Le preguntaré a David sobre Samuel, a ver cuál es su opinión. Nunca está de más escuchar diferentes versiones sobre un mismo suceso.

—Exacto. Vamos, Adrián. —Se levantaron también—. En cuanto salgas, me llamas y me cuentas.

—Claro. Estamos en contacto —confirmó Marcos.

El inspector salió de la reunión y comprobó el móvil. Había dejado a Nieves durmiendo. La llamaría de camino a la cárcel. Esperaba que todo avanzara sin ningún susto más.

Capítulo 29

Marcos pasó el control de seguridad de la prisión sin apenas mirar a los lados. Estaba tan concentrado en revisar el caso mentalmente para no fallar, que no prestaba atención a nada más. Los arcos metálicos, el sonido seco de las puertas blindadas al cerrarse tras él, todo contribuía a tensarle los hombros. Había comenzado a sudar. La presión autoimpuesta de hacerlo perfecto le estaba pasando factura en ese momento. Irene era comprensiva y se podía hablar con ella, lo había comprobado con su propia situación personal. Que hubiera confiado en mandarlo solo, decía mucho de ella como persona. Por lo que la idea de que se le olvidara algo le estaba atormentando incesantemente desde que salió de comisaría. Era la primera vez que llevaba el peso total del interrogatorio sin que Irene amortiguara los errores si los cometía.

Esperó a que el funcionario lo guiara a la sala de entrevistas y repasó mentalmente lo que quería preguntarle a David. Cada detalle, cada gesto, era importante en la investigación. Irene había hecho hincapié en que lo fundamental para obtener información útil era hacer las preguntas adecuadas. Por eso, no dejaba de pensarlas. Estuvo en el primer interrogatorio de David, y en el fondo eso le daba cierta tranquilidad. Sabía que estaban intentando sacarlo de allí y colaboraría en lo que pudiera para conseguir dicho fin.

—Inspector, por aquí —le indicó el funcionario.

Marcos asintió, siguiendo el sonido firme de las llaves que sonaban en el cinturón del hombre. El pasillo, las paredes y las luces eran las mismas que recordaba a pesar de los nervios.

Llegaron a la sala. Una mesa anclada al suelo y dos sillas eran todo el mobiliario. Era una sala distinta a donde estuvo con Irene. El funcionario asintió antes de salir y cerrar la puerta. Marcos respiró hondo para centrarse. David entró con una sonrisa esperanzada y barba de varios días.

—Hola, inspector. Me alegro de verle. —Su tono era firme, pero cansado.

Se dejó caer en la silla, cruzando los brazos.

—¿Han avanzado? —preguntó apoyando los codos en la mesa y echando el cuerpo hacia delante.

—Sí, por eso he venido. Estamos haciendo todo lo que podemos y lo más rápido posible. Hemos hablado con Javier Castaño, ¿sabes quién es?

—Sí, claro. Era el mejor amigo de Armando —recordó con melancolía.

—Nos ha comentado que Nuria mantenía una relación con un chaval del centro cultural del barrio, ¿sabías algo de eso? —Marcos sentía una gran curiosidad por conocer la respuesta.

—Sí, se lo dije a Samuel, pero me dijo que eso era imposible de probar. —Se encogió de hombros con decepción.

—Es difícil de probar, pero si varias personas lo corroboran se crea una duda razonable. Javier lo ha confirmado y supongo que si vosotros lo sabíais existirá más gente, ¿no?

—No lo sé. Supongo que en el centro lo sabrían. —Se calló de repente.

—¿Qué pasa? Estamos intentando ayudarte, si no nos das toda la información, no podemos hacerlo. No tienes que encubrir a nadie, David. Y, sobre todo, no le debes nada a nadie. Estás aquí porque te dejaron solo. Nadie apostó por ti —recordó con dureza el inspector.

David suspiró después de agachar la cabeza.

—Armando lo sabía, pero nunca dijo nada. Él pensó que tampoco era importante y que, si empezaban a investigar y salía a la luz, la reputación de su familia se iría al garete. No podía hacerle eso a sus padres después del asesinato de Carla.

—¿Carla sabía lo de Nuria con Mariano? —continuó indagando.

—Sí, se lo contó unas semanas antes.

—¿Armando?

—Sí, le dijo que Nuria se lo traía a dormir, pero que por las noches se iba a su habitación. Bueno, a la de sus padres, que era donde dormía Nuria cuando venía a Madrid —explicó con más detalle.

—¿Te lo contó Carla?

—Sí, eso es. Me lo contó un día que fui a buscarla al gimnasio y Nuria estaba allí. Estaban las dos gritando en la puerta. Casi se pegan y todo, menos mal que llegamos yo y Aitor, que era el hijo del dueño del gimnasio —dijo David, rascándose la barba con un gesto tranquilizador—. Cuando las separamos, Carla me lo dijo. Se lo había contado Armando, pero al principio no se lo creyó. A los pocos días de saberlo, Nuria trajo a casa a Mariano a jugar con los chicos, así que Carla hizo guardia para ver si lo que decía Armando era cierto.

—¿Y lo era?

—Exacto, lo era. Se iba por la noche cuando creía que los demás estaban dormidos. Luego se levantaba antes que los chicos y se volvía a meter en la cama. Era asqueroso. Yo me quedé de piedra cuando me enteré. —David apretó los puños, que tenía sobre la mesa con las esposas puestas.

—¿No hablasteis con el chico ni con sus padres? —preguntó Marcos, sorprendido.

—Era la idea, pero no dio tiempo. Todo pasó muy rápido. Carla primero quería hablar con Nuria, que terminara con esa situación asquerosa. Pero ella lo negó. Entonces comenzó a portarse aún peor con Armando. —Los ojos de David se volvieron brillantes—.

Me dolió tanto verlo en aquella situación, y luego, míreme… El pato lo pagué yo y él se fue huyendo sin mirar atrás. Se escondió.

—¿Crees que fue Armando quien mató a Carla?

—¿Armando? Imposible —dijo rápido—. Bueno, en realidad, ya no lo sé.

Marcos comenzó a repasar el cuaderno de notas. No quería pasar nada por alto.

—¿No hablasteis con Mariano?

—Carla sí lo hizo, pero el chaval negaba todo. Decía que Armando y Javier le tenían manía, que por eso lo hacían. Lo escenificó con mucha maestría, según me contó Carla, con llanto incluido —Carraspeó—. Siempre pensé que fue él, pero como Samuel me dijo que era un menor escuálido y débil, era imposible, lo terminé descartando hasta que vinieron ustedes. No sé decirle, pero me pareció raro que lo descartara tan rápido, sin investigar ni nada. O al menos a mí no me dijo nada.

—Puede que sí lo investigara. ¿A ti te parece que fuera un inspector a punto de suicidarse? —preguntó directo.

—No —respondió con los ojos bien abiertos—. Me está diciendo… ¿Le mató el asesino de Carla? Me dijeron que fue un suicidio —dijo con un hilo de voz.

—No lo sabemos, pero este caso tiene demasiadas sombras y muertes…

—¿Han hablado con Armando? —preguntó con desesperación David.

—No, estamos en ello.

—Encuentren a Armando —apremió David.

—¿Y Mariano? Acaba de decir que siempre pensó que fue él —el tono de voz de Marcos expresaba desconcierto.

David tragó saliva antes de hablar.

—La última vez que Armando vino a verme me dijo que lo iba a matar. Pensaba que fue él quien mató a Carla —confirmó David tras mucho pensárselo.

—¿Qué? —Alzó la voz—. ¿Por qué no nos lo dijo antes?

—¿Hubiera servido de algo? Samuel no me creyó y el otro inspector tampoco.

—¿Qué otro inspector?, ¿Joaquín Requejo? —Marcos sintió que le daba vueltas la cabeza.

—Sí, exacto. Hablé con ellos varias veces. Siempre venían juntos —confirmó, confundido por su reacción.

—Está bien, David. Tengo que irme. —Miró el reloj para disimular, pero lo único urgente era llamar a Irene para decírselo—. Tenemos que encontrar a Armando.

—¿Me pueden mantener informado? Lo único que hago aquí es pensar en ello todo el tiempo, desde que me levanto hasta que me acuesto —balbuceó a punto del llanto desesperado.

Marcos dio varios golpes en la puerta para salir.

—David, puedes estar seguro de que te voy a sacar de aquí. Me cueste lo que me cueste —aseguró, mirándolo fijamente y con la mandíbula apretada.

Marcos salió de la cárcel lo más rápido posible. En su mente solo se repetía una única frase: «Tengo que llamar a Irene».

Capítulo 30

Esperaba haber acertado con la decisión de dejar en la investigación del caso a Adrián. Se merecía una oportunidad. Había ido vestido de civil, como le había dicho el día anterior. Aquello le produjo ternura y a la vez le demostró que estaba motivado para investigar. De lo único de lo que no estaba del todo segura era de si la fidelidad hacia ella era mayor que hacia el comisario. La historia que rodeaba a la muerte de Samuel tenía demasiados recovecos y a Irene la tenía en tensión. No podía dejar de pensar en otra cosa que no fuera Samuel y el motivo de que apareciera muerto durante esa investigación. Necesitaba conocer el motivo y las circunstancias que habían terminado con la muerte del inspector.

Irene condujo hasta el centro cultural, como no podía ser de otra manera. Adrián, a lo largo del viaje, agradeció que le dejara ir con ella. Cuando se montó en el coche sacó la libreta del bolsillo en una demostración clara de que estaba entregado a la causa.

Las puertas del centro cultural cedieron con un ruido sutil que indicaba que necesitaban un pequeño engrase. El edificio era de fachada sencilla y con aspecto ajado por el tiempo, como el resto de los edificios del barrio. Sin embargo, escondía un interior sorprendentemente vivo, con entradas y salidas constantes de personas. El murmullo de las clases con las voces de profesores y alumnos se escuchaban desde la puerta. Irene echó un vistazo rápido al vestíbulo. Paneles de corcho con carteles descoloridos, horarios de actividades y un tablón de fotos que la inspectora supuso de antiguos alumnos con voluntarios y profesores del centro. Miró con atención por si en alguna salía Nuria. «Nada, ni rastro de ella. Qué raro».

Adrián avanzó un paso por delante y se apoyó en el mostrador improvisado al fondo, tras el cual había una mujer que revisaba papeles. Llevaba el pelo corto y unas gafas de montura fina que le daban un aire más serio del que probablemente tenía. Vestía

un jersey de tonos neutros y pantalones oscuros, funcional y discreta. Cuando los agentes se acercaron, la observaron a distancia corta y comprobaron que era menos agraciada de lo que parecía a los pocos metros que la separaban de la puerta principal.

Al verlos, la mujer levantó la vista de nuevo y dejó a un lado los documentos.

—Buenos días, ¿puedo ayudarles? —preguntó con la mejor de sus sonrisas.

Irene mostró su placa para no perder tiempo en protocolos o discusiones innecesarias que solo la sacaban de quicio.

—Queremos hablar con la persona responsable del centro. Es por un asesinato. Urgente —dijo con el tono más bajo de su repertorio, pero a la vez firme y seguro.

La mujer asintió con rapidez, sin sorpresa aparente, aunque sus manos se entrelazaron sobre el mostrador con un gesto que denotaba cierta tensión.

—Soy yo. Mi nombre es Silvia Casas. —Se levantó y guardó los documentos en el primer cajón—. Podemos ir a mi despacho, si lo prefieren.

Salió del mostrador para guiarlos.

—Sí, es lo mejor. —Irene se dio la vuelta y siguió a Silvia con la mirada—. Por favor, usted primero. La seguimos.

—Gracias —añadió Adrián, que estaba más nervioso de lo que parecía.

Silvia comenzó a caminar por un pasillo a la derecha. Irene fue observando los detalles del centro. Nunca se sabía qué podría ser útil para resolver el caso. Las puertas entreabiertas de las aulas dejaban entrever el interior, lleno de mesas, sillas y estanterías repletas de material escolar. Había murales de colores con nombres de los chicos y frases motivacionales para que no abandonaran los estudios.

Silvia caminaba con paso ágil, pero sin volverse a mirarlos, como si quisiera terminar cuanto antes con aquel trámite. Al llegar al final del pasillo, abrió una puerta y les cedió el paso.

—Por favor, pasen. Aquí estaremos más tranquilos y sin interrupciones —dijo con cordialidad.

La estancia era pequeña, con un escritorio repleto de carpetas, un ordenador portátil antiguo y dos sillas frente a él. Cerró la puerta con un clic suave y, por primera vez, los miró directamente sin apartar los ojos a los pocos segundos.

—Bien, ustedes dirán —dijo, cruzando los brazos—. ¿Qué quieren saber exactamente?

—Venimos por el asesinato de Carla Miret, ¿le suena?

—Por supuesto. Ocurrió en el barrio, hace bastante tiempo. Yo por aquel entonces era voluntaria. Carla tendría ahora más o menos mi edad —añadió con pena.

—Perfecto. Queremos profundizar sobre uno de los chavales que acudía al centro. Se llamaba Mariano Castro —dijo y observó la reacción—. Por descontado, decirle que todo lo que se hable aquí es confidencial. —Irene se acercó a la mesa con gesto serio.

—Por supuesto. Faltaría más. —Tragó saliva.

Adrián, sentado junto a Irene, inclinó levemente la cabeza, anotando el nombre en su cuaderno con letra clara, precisa. Luego levantó la vista hacia Irene, esperando la siguiente pregunta.

—Cuéntenos todo lo que recuerde de él. Por favor, no escatime en detalles —pidió la inspectora, con un tono neutro.

Silvia entrelazó los dedos sobre la mesa.

—Era un chico complicado, pero totalmente comprensible por la familia de la que venía. Su madre era una *yonki* de manual que no se ocupaba de él —recordó y suspiró—. Tenía dieciséis años cuando empezó a venir aquí. Problemas en casa, peleas en la calle…, lo

típico. Pero aun así tenía claro que quería salir de aquí a cualquier precio. Al principio pensé que se integraría con deporte, con talleres…, pero no. Apuntaba mucho más alto. Venía por Nuria y lo tenía claro.

Irene arqueó una ceja.

—¿Por Nuria? —preguntó desconcertada.

—Sí —afirmó Silvia—. Al principio, ella se ofreció a tutelarlo, a darle apoyo extra, era lo normal. Cuando un chico llega se le asigna un tutor para hacerle el seguimiento dentro del centro. Es aleatorio, depende del tutor que tenga más chicos. Nuria, en ese momento, tenía menos chicos porque no vivía aquí, aunque solía venir con frecuencia a ver a su familia.

—Vivía en Cuenca.

—Sí, eso es. Al principio venía menos, pero luego empezó a venir más.

—¿Por qué?, ¿más trabajo? —preguntó Irene con sarcasmo.

Silvia sonrió en el mismo tono.

—Más dedicación a sus alumnos. Al principio a nadie le pareció raro. Pensamos que estaba entregada al objetivo del centro. Darles a los chavales del barrio los recursos para que mejoraran sus vidas.

—¿Entonces?

—Fue cuando comenzaron las cosas raras, por decirlo de alguna manera.

Silvia titubeó, mirando un instante el bolígrafo entre sus manos.

—Mariano comenzó a ser posesivo con ella. Se quedaba hasta tarde para acompañarla hasta casa y que no le pasara nada. Siempre encontraba una excusa para quedarse a solas con ella. Mariano estaba todo el día en el centro, ayudando a otros chicos. Mi

opinión es que lo hacía para estar cerca de ella mientras no levantaba sospechas. —Hizo una gran pausa—. Nuria nunca se lo confirmó a nadie, pero le seguía el juego del tonteo. Le gustaba que un chico malo estuviera pendiente de ella.

Adrián anotó algo rápido. Sus ojos se cruzaron con los de Irene un instante. Ambos sintieron un destello de incomodidad con la conversación. Intuyeron que la historia iría en aumento.

—Luego comenzaron las situaciones raras. Yo misma lo vi con mis propios ojos. No sabían que estaba aquí y me los encontré besándose en una de las aulas.

—¿Está segura?

—Estoy segurísima. Incluso ya estaban medio desnudos —añadió incómoda.

—¿Había una relación personal entre ellos? —Irene quería escucharlo de su boca.

—Sí. Nuria no le puso límites —respondió Silvia, más tajante —. Eso era gasolina para alguien como Mariano.

Irene inclinó la cabeza, evaluando las palabras.

—Ya, entiendo. ¿Vieron algo raro en su comportamiento después del asesinato de Carla?

—Desapareció. Fue como si se lo hubiera tragado la Tierra. Un día dejó de venir y nadie volvió a verle.

—¿Y Nuria? —preguntó Adrián por primera vez, con voz baja pero firme. Era su única intervención, pero bastó para que Silvia le mirara directamente.

—Nuria tampoco volvió. Se desvanecieron a la misma vez. Juntos o no, no tengo ni la más remota idea. Pero desde que se fueron, el centro y el resto de los chicos empezaron a ir mejor.

—¿Tiene el informe que hizo Nuria de Mariano Castro cuando estaba en el centro? —Quiso saber Irene si la suerte los

acompañaba.

—Supongo que estará en los expedientes. ¿Lo quieren?

—Si es posible, nos ayudaría —dijo Irene con voz amable.

Silvia se levantó y se dirigió hacia un archivador, abrió uno de los cajones en cuya letra estaba la del primer apellido de Mariano.

Solo tardó unos minutos mientras los agentes se miraban con dudas sobre qué era lo que había pasado en ese mismo centro cultural hacía tantos años.

—Aquí lo tienen —Silvia se lo tendió a Irene.

La inspectora abrió la carpeta. Pasó las páginas hasta encontrar un informe de seguimiento. Había notas breves, pero con un patrón que le hizo fruncir el ceño. Se exculpaba en cada una de las notas. «Mariano es persistente en acompañarme. Creo que deberían cambiarle de tutor». Era la última que aparecía en el informe que Nuria escribió. Estaba fechada un año antes del asesinato. Irene señaló la nota con el dedo. Adrián se inclinó para leerla y asintió. Ambos demostraron que estaban de acuerdo sin hablar ni mirarse.

—¿Alguien más sabía de esta relación? —Cerró la carpeta con un golpe seco.

—Claro. Algunos chicos del centro lo insinuaban, pero no había pruebas —admitió Silvia—. Le tenían como una especie de ligón, pero cuando Carla murió, los rumores cesaron. Era, como se suele decir, un secreto a voces.

—¿De repente?, ¿por qué? —indagó Irene.

—Por miedo, agentes. El barrio entero tenía miedo a Mariano, y no era para menos. Había tenido varios enfrentamientos violentos y robos con arma blanca.

—Pero ¿tenía amigos?

—No lo sé, Mariano era impredecible, y Nuria tenía el poder de controlarlo. —Silvia los miró, encogiendo los hombros—. Siento no poder ayudarles más. Nosotros solo tenemos seguimiento de los chicos cuando asisten al centro. Si dejan de venir, no podemos hacer nada por ellos.

Irene se recostó en la silla, reflexionando. Una frase de Silvia se le marcó a fuego en la cabeza: «Nuria tenía el poder de controlarlo».

Mariano era un adolescente problemático, con una relación inapropiada con Nuria y un asesinato en su entorno. Todo encajaba si le añadíamos que Nuria quería confesar. Mariano era el autor del asesinato de Carla, y cuando Nuria le dijo que quería confesar la verdad, la mató.

Adrián rompió el silencio.

—¿Creen que fue Mariano? —preguntó.

—No lo sé, eso solo lo sabe él. Si me pregunta si era capaz de matar a alguien, le diría que sí sin dudar. Pero ante la pregunta de si él mató a Carla, no lo sé. Tendría sentido que quisiera acabar con los rumores.

—Nadie lo decía, pero todo el mundo sabía que Nuria estaba con un menor de edad, ¿no?

—Exacto. Es un poco embarazoso.

—Entiendo. ¿Y los padres de Mariano?

—Sé que la madre estaba muy enganchada a las drogas, en cuanto a lo demás, no lo sé. Ya le digo que no podemos hacer informes de su vida privada sin el consentimiento de los padres. En este caso, él venía porque quería, pero su madre no dio consentimiento. Así que el informe que les he dado ni siquiera debería existir —matizó Silvia.

—Gracias, Silvia.

Los agentes se levantaron.

—¿Nos podemos quedar con esto? —Irene levantó la carpeta.

—Claro —Silvia asintió, aliviada de terminar la reunión—. Espero que encuentren al responsable.

—Nosotros también lo esperamos.

Le dieron la mano para despedirse y salieron del despacho. Adrián rompió el silencio mientras recorrían el pasillo que los llevaba a la salida del centro.

—Esto no me gusta, Irene.

—A mí tampoco, Adrián.

Mientras Silvia miraba por la ventana de su despacho y los agentes salían del centro, la vida del barrio continuaba. Las madres con los niños, los adolescentes en bicicleta y los vecinos charlando en los parques y en los portales guardarían silencio. Habían decidido guardar un secreto que todos los integrantes del barrio conocían, pero que nadie iba a decir por un miedo atroz hacia el recuerdo de un Mariano violento y sin conciencia.

Irene no lograba comprender qué había llevado a Nuria a cruzar la línea de la cordura y tener una relación con un menor. No hablaba solo de lo legal, sino de lo más profundo. De la traición a su propia vocación y a los valores que defendía en su trabajo. ¿Qué la empujó a mirar a un menor de aquella manera? ¿Soledad?, ¿desesperación?

La inspectora apretó la mandíbula. Daba igual el motivo, eso ya no era importante, ahora lo importante era descubrir lo que desencadenó la decisión de Nuria. Demasiadas vidas rotas por un amor que no tenía explicación ni lógica.

—Vamos, Adrián, tenemos mucho que hacer. Quiero repasar este informe de arriba a abajo.

«Esto no ha terminado», se prometió, sintiendo cómo el miedo y la determinación se mezclaban en su pecho. Quien mató a Nuria y a Carla sigue por ahí.

«No hay crimen perfecto», se repitió la misma frase que le hacía continuar cuando no encontraba la luz.

Capítulo 31

El comedor de la comisaría estaba medio lleno, a esa hora extraña en la que se cruzan los que entran de la tarde con los que salen de la mañana. La televisión, de fondo, emitía noticias sin sonido. Alguien había dejado los subtítulos activados y en una barra roja desfilaban los titulares, a los que nadie miraba. En las mesas, el ruido de bandejas y cubiertos era la banda sonora habitual.

Irene y Adrián ocuparon una mesa pegada a la pared, la misma en la que se sentaron el día anterior. Marcos dejó la bandeja con un gesto torpe y cansado. Se sentó después de resoplar. Tenía el móvil boca arriba, una manía nueva desde lo de Nieves. Se frotó la nuca antes de hablar, como si hasta eso se le hiciera un mundo.

—He repasado el informe del caso de Carla y no hay nada. Las veces que fueron a hablar con David no están en ningún lado, y tampoco los interrogatorios. Puede que fuera un despiste, no digo yo que no, pero hay que reconocer que es raro, ¿no?

Irene no apartó la vista de él, pero agarró la tapa del bolígrafo y lo enganchó en el cuaderno, cerrándolo con naturalidad. Adrián entendió el gesto y, sin ruido, deslizó la carpeta con los apuntes hasta esconderla con el antebrazo. El resto de los compañeros estaban comiendo, pero ellos continuaban con el caso de manera incansable, a pesar de que la batería se les estaba acabando. No era fácil seguir el ritmo sin dormir suficientes horas.

—¿David te dijo las fechas? —quiso saber Irene para intentar adivinar qué es lo que pasó.

—No, dijo «varias veces», pero ya está. No quería que pareciera que no tenía ni idea de lo que estaba hablando, así que no quise preguntar más y quedar como un inepto. —Marcos lanzó una mirada breve a su alrededor, pero sin ver nada—. No sé, es todo muy raro.

Adrián arqueó una ceja, más sorprendido que indignado.

—¿Por qué querría hablar con él sin dejar huella? —pensó Irene en voz alta.

—Eso es lo que yo quiero saber —Apartó el vaso del refresco de Irene con hielo ya casi derretido—. Hasta que lo sepamos, es mejor no decir nada a nadie.

—Exacto. Hasta que lo sepamos, esta información no sale de aquí —recalcó Irene, mirando a los dos.

Marcos asintió y volvió a mirar el móvil.

—Irene, me tengo que ir a casa —dijo disculpándose—. Nieves ha pasado la mañana bien, o eso dice…, pero prefiero estar con ella un rato. Si queréis, esta tarde puedo trabajar desde casa.

—¿Te importa buscar a Armando por las redes sociales? Me gustaría saber si se hablaba con sus padres y con Nuria después del asesinato de su hermana. Por si acaso —dijo Irene. Se echó hacia atrás y se frotó la cara con brusquedad—. Estoy cansada y no pienso con claridad.

—No te preocupes, luego me pongo a ver si encuentro algo que nos ayude en la investigación —respondió Marcos.

—Vale, gracias. Vete ya, y dale recuerdos —dijo la inspectora.

—Sí, dale un beso de mi parte también. No la conozco, pero eso es lo de menos. Espero que todo esté bien —dijo con sinceridad Adrián.

—Gracias, chicos.

Marcos se marchó con la prisa de quien quiere salir antes de que haya un cambio de planes. Apenas dio dos pasos cuando dos siluetas ya iban hacia ellos. Iván Salcedo y Rubén Cebrián entraban con los tápers de la comida. Marcos no los conocía, así que se limitó a saludar como a cualquier compañero.

—Hombre, ¿qué tal, chicos? —saludó Rubén con su toque serio—. ¿Os molestamos? —Levantó el táper.

—Claro que no. Sentaos —respondió Irene cogiendo la carpeta del caso.

Iván Salcedo se dejó caer sin pedir permiso, ladeando la silla para tener espacio. Comenzaron a sacar la comida y los cubiertos de casa para empezar a comer mientras hablaban con Adrián e Irene.

—¿Cómo va lo vuestro? Sin ánimo de cotillear —añadió Salcedo.

—Avanzando, más o menos —respondió Adrián.

—Eso no suena muy bien. Se te nota en la cara, inspectora. El trabajo es duro —bromeó Rubén y se llevó el tenedor a la boca.

—Nos hemos cruzado con el nuevo, con Marcos. Adrián nos ha dicho que su mujer tiene un embarazo complicado, ¿está bien? —preguntó Salcedo, serio.

—Sí, ¿y vosotros?, ¿qué tal el turno?

Rubén resopló.

—Turno partido, mi favorito —dijo con sarcasmo—. Me encanta venir y tirarme aquí todo el día. En fin. ¿Algo interesante por aquí o seguimos con hurtos y broncas de comunidad? Están brotando como las setas últimamente.

—Nosotros, lo de siempre. Investigando. Intentando encajar las piezas que tenemos, como se suele decir —dijo Irene.

Iván miró la comida y comenzó a seleccionar lo que no le gustaba.

—¿Y qué tal con Adrián? Estoy seguro de que lo está haciendo fenomenal —preguntó Iván.

—Aprendiendo —contestó el aludido.

—Con Irene seguro que aprendes, otra cosa es sobrevivir en el intento —añadió Rubén ladeando la cabeza.

Irene sonrió. Sabía que lo había dicho por la mala fama que tenía. Pero tanto Iván como Rubén sabían que era inmerecida.

Durante unos minutos mantuvieron conversaciones sobre banalidades. A la inspectora le estaba viniendo bien tener compañeros en el trabajo. Se distraía un poco antes de volver al trabajo. El cerebro se oxigenaba y reiniciaba para empezar con más energía. A veces cinco minutos hacían que volvieras con más fuerza que al principio.

La puerta del comedor se abrió y un silencio milimétrico se insertó, no porque entrara alguien importante, sino porque lo hicieron con autoridad. Tomás Aguilar y Héctor Lozano cruzaron el umbral con esa cadencia que divide la sala entre los que miran y los que fingen no hacerlo. Aguilar era odiado por casi todos y Lozano era su secuaz. A veces parecía que solo le seguía para reírse cuando tocaba y darle la razón como a los tontos.

—Vaya, vaya —soltó Lozano sin disimular—. Menuda reunión de lujo —dijo con una falsa sonrisa.

—Cebrián, Salcedo, ¿qué hacéis con esta? —dijo Aguilar, refiriéndose a Irene.

Parecía una pregunta, pero no lo era. El odio del que tanto hablaba Irene había llegado. Por eso la inspectora no solía ir al comedor, no le gustaba ver la cara a algunos de los especímenes.

—Nada, matando diez minutos antes de volver a la carga —respondió Salcedo sin querer entrar en ninguna discusión.

—Ya, claro. —Aguilar revisó a Irene con desdén.

—¡Cuidado, Aguilar, que a mí los idiotas no me dan ningún miedo, y menos un idiota como tú! —exclamó Irene con una desafiante sonrisa.

Adrián se levantó.

—Venga, haya paz. Vámonos, Irene.

—Te voy a dar un consejo gratis, Adrián. Te lo digo por tu bien. No te hables con esta. —Miró a Irene—. En cuanto te des la vuelta empezará a decir que la secuestraste o cosas por el estilo. Es mejor tenerla lejos. —Aguilar apretó los puños.

—Si tanto lo temes, será por algo, ¿no? —respondió Salcedo.

—A mí me puede investigar lo que quiera y cuando quiera —dijo Cebrián con gesto pusilánime.

Irene les sonrió y agachó la cabeza en señal de agradecimiento porque hubieran salido en su defensa.

—Como vosotros queráis. Os estaba ahorrando acusaciones futuras por su parte, pero bueno, es vuestra decisión —elucubró Aguilar.

—Vámonos, Aguilar. El aire está enturbiado por este lado del comedor —añadió Lozano.

—No deberíamos cargar a la gente con mochilas ajenas —insistió mirando a Irene—. Sí, vámonos, Lozano.

Irene le sostuvo la mirada sin apartarla ni parpadear. Cebrián apretó los labios a punto de decir algo, pero Salcedo le tiró de la manga por debajo de la mesa. Cuando le miró, negó con la cabeza.

Adrián, aún de pie, miró a Irene. Ella no necesitaba ayuda, solo testigos.

—Voy a repetirlo. —Aguilar se dio la vuelta, no podía perder la batalla—. Hay expedientes que apestan y hay gente que hace que te salpiquen. Si buscáis problemas, adelante. Si no, dejad de buscarlos donde no os llaman.

—¿Ya habéis terminado? —preguntó Irene con calma clínica.

Aguilar sostuvo la mirada un segundo más de lo imprescindible. Movió la cabeza hacia su amigo Lozano y se marcharon, sincronizados en cada paso. El comedor recuperó el

ruido de fondo y el aliento contenido se esfumó con los agentes Aguilar y Lozano.

—Menudo ambientazo, ¿eh? —Rio Salcedo.

—Ya ves. Vamos, Irene, tenemos cosas que hacer para perder el tiempo con esos payasos. —Adrián recogió sus pertenencias de la mesa.

—Sí, tienes razón. Por cierto, chicos, muchas gracias por defenderme. —Los miró con agradecimiento.

—De nada, mujer, somos compañeros. Sé que siempre has pensado que estabas sola, pero nunca ha sido así. Lo que pasa es que no preguntaste, preferiste aislarte para que no te hicieran daño, y eso, a veces, no está tan bien como nos pensamos —Salcedo jugaba con su bigote.

—Ahora, con más razón, gracias —repitió Irene.

A veces solo escuchas ruido, pero si prestas atención, verás que siempre hay algo más. Las amenazas disfrazadas y el desprecio envuelto en sonrisas eran habituales en las frases de Aguilar y Lozano. A Irene no le importaba, ya sabía que en la vida hay gente que intenta amargarte la existencia a toda costa para encontrar ellos la felicidad. Pero esta vez había sido distinto. Irene se había dado cuenta de que no se necesitaba un ejército, sino un par de personas firmes y que no se dejaran aplacar por voces repletas de ruido y sin valor. Basta con aguantar la tormenta. El sol saldrá igual cada mañana.

Capítulo 32

Marcos abrió la puerta con cuidado, procurando no hacer ruido. El silencio del piso lo recibió como una bofetada. Cerró con la misma suavidad con la que abrió, para no despertar a Nieves. Dejó las llaves sobre el mueble del recibidor, dentro de un bol de cerámica que su mujer había comprado en un mercadillo medieval.

—¿Cariño? —preguntó en voz baja.

Nieves se asomó desde el salón con expresión cansada pero feliz de que ya estuviera en casa. Llevaba el pijama, el moño deshecho y la tez pálida.

—Hola. —La voz era casi inaudible—. No te preocupes, que estoy bien.

Marcos dejó la chaqueta en el respaldo de una silla del salón y se acercó de inmediato.

—¿Qué ha pasado? —Sabía que algo iba mal—. ¿Has vuelto a sangrar? —Tragó saliva.

Ella asintió y bajó la mirada. El inspector le cogió la cara con ambas manos y la obligó a que lo mirara.

—¿Has ido al hospital sola? —Se le cayó una lágrima. Sintió que le había vuelto a fallar.

—No, he llamado a urgencias y me han dicho que, si no era mucho, era mejor que no me moviera. Tengo que hacer reposo absoluto —balbuceó con los ojos repletos de lágrimas.

—¿Seguro? Me estás asustando.

—Tranquilo, estoy bien. Solo tengo que descansar. —Le agarró la mano y apretó con fuerza—. No va a volver a pasar, ¿vale?

—Vale. —Marcos la apartó suavemente y le acarició la mejilla —. Venga, túmbate. Yo me ocupo de todo. Solo tienes que

descansar y no hacer nada.

La cogió de la mano y tiró con delicadeza de ella para llevarla a la cama. Ella se recostó despacio, suspirando al acomodarse entre las almohadas. Marcos le cubrió las piernas con la manta y le volvió a dar un beso en la frente.

—Descansa. Voy a darme una ducha y preparo algo ligero para cenar, ¿te parece bien?

—Claro, pero no quiero que te molestes. Seguro que estás cansado. Soy un estorbo. Lo sé. —Comenzó a llorar tapándose la cara con las manos.

Marcos se acercó y se las apartó.

—Eso no es verdad. Por favor, Nieves, solo piensa en ti y en el bebé. Lo demás no es importante —dijo convencido.

—Vale —murmuró cerrando los ojos.

Marcos salió del cuarto despacio, procurando no hacer ruido. Cada vez estaba menos entero, cada día era menos Marcos y más un alma en pena. Se sentía impotente, no podía hacer nada por solucionar el problema. Todo lo que podía hacer era esperar y observar. La mezcla de rabia y miedo le arañaba la piel. Se fue al baño, cerró la puerta con suavidad y encendió el grifo de la ducha. Dejó que el agua corriera con fuerza para que no le escuchara. Se apoyó sobre el mármol del lavabo con ambas manos y bajó la cabeza. Su pecho comenzó a subir y bajar con cada llanto desgarrador que contenía en la garganta para que Nieves no lo escuchara. Apretó los dientes intentando sofocar un sollozo, pero al final cedió. Un gemido roto escapó de su garganta y tuvo que cubrirse la boca con la mano para que ella no lo oyera. Se había derrumbado.

El agua seguía cayendo, enmascarando el sonido de su llanto.

Pensó en lo que había vivido su mujer en los últimos años con los abortos. Pensó en el brillo apagado de sus ojos cada vez que veía un carrito, ropa o la carita de un bebé. El inspector se sentía inútil como nunca. Ella siempre había estado ahí para apoyarle en todo y ahora que ella lo necesitaba, había fallado… otra vez. Era incapaz de protegerla. Podía perseguir criminales, enfrentarse a un sospechoso sin temblar, pero no podía hacer nada por su mujer ni por su hijo nonato.

—No puedo más —susurró entre dientes.

Golpeó el lavabo con el puño, no con mucha fuerza, pero con la suficiente para descargar un poco de la frustración que le carcomía. Se dejó caer de espaldas contra la pared y se deslizó hasta sentarse en el suelo con las rodillas dobladas y los brazos apoyados en ellas. Lloró durante un buen rato, hasta que el llanto se fue apagando y dejando vacío el pecho.

Cerró los ojos. Por un instante, deseó no tener que volver al trabajo al día siguiente. Solo le importaba quedarse en casa con Nieves. Si renunciaba, si pedía una excedencia, perderían la estabilidad económica. Pero ¿qué sentido tenía el dinero si los dos se hundían en lo más profundo de una depresión insalvable?

Se enjuagó la cara con las manos, inspiró hondo y cerró el grifo. Se obligó a ponerse en pie, mirarse al espejo y recomponerse. Sus ojos estaban enrojecidos, pero debía salir como si nada. No podía fallarle ahora, era lo único que podía hacer. Debía ser la persona en la que podía apoyarse. Abrió la puerta y volvió al dormitorio. Nieves seguía durmiendo. La contempló unos segundos.

—Aguanta, por favor —murmuró—. No sé qué haría sin ti.

Se acercó para apartarle el pelo y besarla en la frente. Después fue a la cocina, abrió la nevera para preparar algo de comer. Sin embargo, no podía pensar en otra cosa que en su mujer.

«Voy a llamar a Irene. No puedo ir a trabajar».

Capítulo 33

Irene salió tarde de comisaría. Se había quedado investigando más horas de las que había pensado en busca de alguna pista clave que hubiera pasado por alto. Debido al último ataque de ansiedad que le ocurrió tras la cena con sus padres, no quería salir de noche a no ser que fuera imprescindible. Miró por la ventana y vio que estaba oscuro. Comprobó la hora en el ordenador y levantó la cabeza para ver el movimiento de comisaría. Estaba prácticamente sola. Pensó que Joaquín volvería a su despacho a lo largo del día, pero no había sido así.

Decidió que era hora de irse a casa. Cogió el bolso, se puso el abrigo y apagó el ordenador. Tenía que superar aquel trauma. En el fondo, Tomás tenía razón, era una loca traumatizada y paranoica que había acusado a todo el mundo sin pudor. Había gente que se lo había tomado de manera indiferente, pero a otros, como Tomás, les dolió en lo más profundo y aprovechaban cualquier situación para echárselo en cara.

«Vamos, Irene, no eres ninguna cobarde. Ya no eres esa niña. Eres una adulta segura de sí misma y solo tú diriges tu vida».

Las frases de motivación le ayudaban a creer en sí misma. Andaba por el pasillo como si el suelo estuviera cubierto de brasas. Necesitaba llegar rápido al coche y más rápido del coche a casa. Se había marcado micro objetivos, como le había indicado Patricia, para que fueran fáciles de cumplir y así tuviera la sensación de que poco a poco conseguiría el gran objetivo final. Empujó la puerta principal del edificio. El aire nocturno le rozó la cara, y con él, el miedo de estar sola y a la merced de la noche. Se subió el cuello del abrigo, que le daba una falsa sensación de protección, y comenzó a andar más deprisa, pero no lo suficiente como para que pareciera que estaba paranoica. La calle estaba casi desierta, más por el frío que por la hora. Sin embargo, los recuerdos del secuestro vinieron a su cabeza de golpe y amontonados. Aquella imagen de un hombre con

un saco en la cabeza, cortándole el pelo y pintándole las uñas, la atemorizó tanto que las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos. No podía pensar, solo andar y llorar. Sintió un cosquilleo incómodo en la nuca. Las semanas con aquel secuestrador le habían dejado una marca que ningún tratamiento ni ninguna terapia habían conseguido borrar. Las manos apretaron con tanta fuerza la correa del bolso que las uñas se le clavaron en la palma de la mano y comenzó a sangrar levemente. Se tiñeron de un rojo vivo. Algunas pequeñas gotas se quedaron impregnadas en la correa y otras cayeron al suelo.

Estaba a pocos metros del coche. Una sonrisa de impaciencia floreció en su rostro. Estaba segura de que lo iba a conseguir. El primer objetivo estaba a punto de ser alcanzado y, además, no le había pasado nada.

Oyó un chasquido, una risa y unos pasos detrás de ella. Se giró bruscamente con el corazón en un puño y un nudo en el estómago. Una silueta apoyada contra una pared se iba acercando a su posición.

—¿Vas con prisa, inspectora? —La voz sonaba relajada.

Irene escuchó una sonrisa liviana. No podía hablar. El miedo se había apoderado de ella. Se había quedado paralizada, como aquel día. Sabía que estaba en peligro y cualquier otra persona hubiera echado a correr, pero ella no, ella se quedó allí paralizada. Inmóvil.

La silueta de Tomás Aguilar emergió de la sombra.

A Irene se le heló la sangre, pero reaccionó haciendo un esfuerzo para no parecer una niña asustada.

—Joder, qué susto me has dado —intentó recomponerse.

Tragó saliva. Comprobó dónde estaba el coche y comenzó a andar de nuevo.

Tomás soltó una carcajada seca.

—¿Un susto? ¿No se puede caminar solo por la noche? A lo mejor mañana me denuncias por haberte secuestrado. —Volvió a soltar una gran carcajada.

La frase cayó como un mazazo. Irene trató de disimular, tenía que hacerlo. Se metió las manos en los bolsillos y se dio cuenta de que estaban llenas de sangre.

—Tengo un poco de prisa —dijo sin pararse.

Tomás la seguía a pocos pasos por detrás. Irene entrecerró los ojos. Ya había llegado al coche.

«¡Menos mal!».

Tomás se apoyó en su coche sin parar de sonreír. Irene le miró y abrió la puerta. Tenía la pistola en la parte de atrás del pantalón y no iba a dudar en utilizarla si era necesario.

—Me ha sorprendido verte por aquí. Tenía entendido que no salías por las noches, que te quedabas encerrada porque seguías traumatizada con lo de tu secuestro —lo dijo con una naturalidad hiriente.

—No, eso era antes. Por favor, apártate del coche, tengo prisa —intentó sonar lo más segura y convincente que pudo.

—Vivo aquí cerca. Me mudé hace unos años. Te he visto salir tan rápido, que he decidido acercarme para acompañarte al coche. Soy majo, ¿eh? —Se acercó más.

Irene le empujó bruscamente y se metió rápido en el coche. Tomás comenzó a golpear el cristal con un gran cabreo por haberle apartado de malas maneras.

—¡Estás loca! No sé cómo Joaquín no te quitó esa placa. Las paranoicas como tú deberían estar encerradas, no haciendo como que son inspectoras. —Apretó la cara contra el cristal y su expresión de odio la fulminó.

—¡Vete a la mierda! —Encendió el motor.

—Solo repito lo que todo el mundo comenta. Deberías arreglarte la cabeza. Lárgate de aquí. Nadie te quiere en la comisaría, ni siquiera Joaquín. ¡No te lo dice porque le das pena! —gritó con odio.

Irene no contestó. Su instinto le gritaba que no se mostrara frágil, que no le diera el placer de ver que sus palabras le hacían daño. Irene sostuvo la mirada sin pestañear. Sabía que, si se iba rápido, Tomás se quedaría con la sensación de que había ganado, de que le tenía miedo, y no era así. Él no era nadie para ella.

Tomás rodeó el coche con una sonrisa y movimiento firme. Intentaba que cediera y que sufriera. Aquel miedo no iba a volver. Era una adulta, una policía que podría manejar esa situación.

Aguilar se reía entre dientes. Notó cómo disfrutaba por haberla incomodado. Aquel simple gesto le hizo tomar la decisión irrevocable de que no iba a parar hasta saber quién fue la persona que la secuestró y jugó con ella durante semanas.

Comenzó el camino hacia su casa. La mirada acuosa observó por el retrovisor del interior a Tomás. Se reía y movía la cabeza disfrutando del miedo que le había hecho pasar. Irene mantuvo la calma con la respiración entrecortada y sin dejar de apretar el volante con las manos. Las giró y vio la sangre seca. Comenzó a llorar con gran dolor, pero con la decisión tomada.

«Fue él. Si no, ¿por qué iba a conocer mis miedos y mis traumas? Fue él. Fue él».

Capítulo 34

La mañana había llegado demasiado pronto, aunque Irene apenas había pegado ojo. No necesitaba mirarse al espejo para saber que su rostro delataba una noche en vela. Le bastaba con la sensación de cansancio que le pesaba sobre los hombros. El agua de la ducha había corrido unos minutos, como si pudiera arrastrar lo ocurrido con Tomás la noche anterior. Seguía sintiendo la misma presión en el pecho.

Fue a la cocina y se sirvió un café del día anterior. Lo hizo de manera automática, sin hambre ni ganas. Con el primer sorbo se movió hasta una de las sillas de la cocina. Se frotó la cara y se quedó observando el líquido marrón en la taza. Dudó. No sabía qué hacer, pero sí sabía que no podía dejar que se repitiera lo ocurrido la noche anterior. La reacción cobarde y cómo se paralizó hizo que Tomás se creciera más con su actitud. El rostro de Aguilar riéndose cuando miró por el retrovisor se le vino a la mente como un aguijonazo de realidad dolorosa. No estaba preparada para afrontar lo que ocurrió. Sin embargo, y sin explicación aparente, estaba convencida de que Aguilar fue quien la secuestró. Cuando estuvo investigando fue uno de los sospechosos, y ahora, después de escuchar su risa y comprobar su manera de actuar, decidió que no lo iba a dejar pasar. No solo serviría para pasar página, sino para descubrir qué ocurrió con el resto de las niñas. Debían estar en algún sitio, quizá enterradas. La posibilidad de que estuvieran vivas era irrisoria.

«Ojalá hubiera podido salvarlas».

Sabía que el psicópata que las secuestró no las habría dejado vivas durante tantos años. Era muy peligroso. Se jugaría demasiado. Nunca se verificó que las otras niñas que desaparecieron en la misma época que ella hubieran sufrido el secuestro a manos de la misma persona. Tenía que volver a rescatar el caso. Cuando tuvo el enfrentamiento con el comisario, le quitó los informes y las

investigaciones de sus propias manos. Pero sabía dónde podía encontrarlas y quién la iba a ayudar.

El sonido del móvil la sacó de su ensimismamiento.

«¿Marcos?».

El inspector le contó de nuevo su situación personal. Después de tranquilizarle, le ordenó que no volviera al trabajo hasta que Nieves se encontrara totalmente recuperada y el bebé estuviera fuera de peligro.

Cuando colgó, la sonrisa burlona de Tomás volvió a su mente. Soltó la taza para colocar cada una de sus manos a los lados de la cabeza y su mirada en el suelo. Lo que más le dolía no era el comentario en sí, sino la certeza de que, en comisaría, esas palabras ya estarían multiplicadas, deformadas, pasando de boca en boca como un rumor inevitable. Le revolvía las entrañas pensar que, después de tantos años de esfuerzo, de cicatrices y de noches de miedo, todavía hubiera quien redujera su vida a un chiste. Una parte de ella sentía la tentación de no ir a comisaría, y con la llamada de Marcos lo confirmó. Era una manera de no exponerse a las miradas de los compañeros y a los comentarios fuera de lugar. Ya se había acostumbrado a ellos, pero sabía que volverían como el primer día. Aguilar no perdería tiempo para burlarse de ella en cuanto cruzara la puerta. Pero la otra parte, la que le había llevado a ser policía, no podía conformarse con el silencio. Debía apoyarse en alguien para conseguir superar esos miedos. No quería molestar a Joaquín, pero era la persona que la ayudó la primera vez, y ahora lo volvería a hacer.

Se levantó, decidida, y fue a la habitación para vestirse. Cuando estuvo lista, llamó a Adrián.

—Quedamos en el gimnasio Atlanta directamente. Así damos menos paseos. Coge un taxi, luego volveremos los dos a comisaría.

—Perfecto. En media hora nos vemos en la puerta —confirmó Adrián con gran disposición, la cual formaba parte de su

personalidad risueña y agradable.

—¿Te pasa algo? —preguntó Irene, despistada.

—No —dijo dudando.

—¿Seguro? —insistió con las llaves de casa en la mano y un pie en el rellano.

—Sí, sí. Luego hablamos, que si no perdemos la mañana. A ver si me das tiempo a llegar a la misma vez que tú —sonrió con la voz.

—Está bien, pero sé que te pasa algo. No te vayas a pensar que no me he dado cuenta.

—Bueno, venga. Ahora te veo —contestó para colgar el teléfono.

«¡Maldito Tomás! ¡No ha perdido el tiempo! ¡Estaba deseando llegar para reírse de mí!».

Cerró la puerta y decidió bajar por las escaleras hasta el garaje de su casa. Le iba dando vueltas a la voz dubitativa de Adrián. Era de esas personas a las que no le gusta el conflicto ni las habladurías, así que había decidido callarse, al menos por el momento, para que Irene no se sintiera mal, y dar por zanjado lo antes posible el conflicto. Pero esta vez no iba a ser tan rápido. Irene no lo iba a dejar pasar. Iba a terminar con él hasta desvelar quién era realmente ante todo el mundo.

Encendió la radio y el móvil comenzó a sonar. Miró la identidad de la llamada. Parecía que estaban sincronizados. Joaquín Requejo, su amigo, su mentor, y el policía a quien más admiraba, estaba llamándola. Sin lugar a duda, Tomás habría montado un espectáculo en el comedor, y el rumor comenzaría a circular hasta los oídos del comisario.

—Hola, Joaquín —dijo a través del altavoz.

—¿Dónde estás, Irene?

—En el coche. Estamos con el asesinato de Carla.

—Vale, ¿dónde iréis hoy?

—Vamos al gimnasio donde trabajaba. Por cierto, la mujer de Marcos no se ha recuperado del todo y le he dicho que se quede con ella —recordó Irene.

—Vale, no te preocupes. Mejor así, para que esté trabajando y no se concentre es mejor que se quede con ella —dijo Joaquín siguiendo la conversación.

Irene le conocía demasiado como para saber que la había llamado con un único objetivo. El comisario nunca llamaba en vano. Su trabajo requería de concentración y eficacia. Para que te dedicara unos minutos tenías que haber hecho algo, o muy bueno, o muy malo. La posibilidad de que llamara a un agente para preguntarle que estaba haciendo era nula. Sus minutos estaban muy cotizados.

—¿Qué ha pasado?, ¿me lo vas a decir ya? —preguntó Irene sin rodeos.

—Tomás ha estado diciendo estupideces en el comedor. Sabes de lo que te hablo, ¿verdad? —Investigó el comisario antes de seguir hablando.

—Sí, de ayer por la noche —reconoció al instante.

—Se habrá inventado los detalles, pero los dos sabemos que ese trauma existe. ¿Qué te ocurre, Irene? Esto no puede seguir así.

—Lo sé. ¿Qué quieres que haga? Si no me dejas saber quién fue, no lo voy a superar nunca —dijo para intentar que le permitiera volver a investigar. Lo iba a hacer de igual manera, pero si la dejaba no tendría que esconderse ni hacerlo a sus espaldas.

—Irene, eso es una estupidez. El trauma no tiene nada que ver con eso, tienes que pasar página de una vez. Si estuviera muerto, ¿crees que irías paseando por las calles de noche?, ¿es eso lo que me quieres decir?

—No sé lo que haría, pero no estaría en esta situación. Cuando estaba investigando estaba mucho mejor. Me obligaste a dejarlo y han vuelto los recuerdos, las pesadillas y los pasos por la calle. Si me dejaras seguir investigando…

—Será una broma, ¿no? Lo que me estás pidiendo es que te deje hacer lo que te dé la gana con mis agentes, y eso no puede ser. No vas a poner a los sospechosos que te dé la gana en una sala de interrogatorios. ¡Son agentes de la ley! ¡Por dios, Irene! Piensa con la cabeza —alzó el tono de voz.

La inspectora llegó al barrio de Carla. Toqueteó el móvil para que volviera a la aplicación del GPS.

—Vale —respondió, sin añadir nada más.

—¡Genial! Ahora, encima, te has enfadado conmigo. —El comisario se cruzó de brazos en su despacho.

—No es que me haya enfadado, pero lo que te estoy pidiendo no es para tanto. Es resolver un caso del cual no se sabe que es lo que pasó. Ni siquiera sabemos si fue un secuestro ni si las niñas están vivas o muertas. —Irene no recordaba cuántas veces había dicho aquellas mismas palabras, pero Joaquín no había entrado en razón.

—Siempre con lo mismo —se quejó, harto de escuchar a Irene con las mismas excusas de siempre.

Se hizo un silencio de varios minutos. Irene no aguantaba la presión de que su pasado no le dejara vivir su presente.

—Irene, lo siento —interrumpió el silencio—. Pero sabes que no puedo… —Joaquín era sincero, no podía permitir que sus propios agentes fueran interrogados como vulgares ladrones.

—Sé que no puedes, pero si no me dejas, no lo voy a superar nunca. Esas pesadillas no han dejado de regresar. Aun sueño con aquel maldito saco en la cabeza. —Moqueó sin dejar de llorar—. Daba escalofríos, y aun siendo una adulta sueño con ese maldito

psicópata. Joaquín, me cortó el pelo, me pintó las uñas y los labios como si fuera una prostituta de diez años. —Lloró cada vez más fuerte—. Me dices que lo supere. ¿Cómo se supera eso? ¡¿Cómo?! —gritó sin dejar de llorar.

—Te entiendo, Irene, de verdad. Pero no puedo. —Tragó saliva antes de continuar—. Cuando investigaste la primera vez, lo pasé a la jefatura superior y me lo negaron. No quieren dar que hablar a los medios de comunicación. Si esto saliera en prensa sería la ruina de la reputación policial. Tienes que entenderlo, Irene. No puedes pedirme que me salte mi cargo y renuncie a mis valores. Soy policía porque creo en las leyes y en la justicia. El día que no lo haga tiraré mi placa a la basura, pero hoy no es ese día. Tengo y quiero respetar las leyes y la jerarquía de la policía. No puedo hacer lo que me da la gana, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo. —Respiró profundo en tandas de cuatro segundos antes de continuar—. Voy a seguir con el caso. Supongo que luego te veré. Llamaré a Patricia. Puede que me dé algunas pautas para no parecer una loca cuando cae el sol —dijo con resignación.

—Te espero aquí. Ven cuando salgáis del gimnasio. Es importante que hablemos. Tenemos que solucionar esto de una vez por todas —añadió con pena.

—Vale. No te preocupes por mí, creo que ya he dado con la única solución que se me ocurre.

—¿Cuál? —preguntó sorprendido.

—Luego hablamos. Ya estoy viendo a Adrián. —Le saludó con la mano mientras buscaba sitio para aparcar.

—Vale.

«Puede que renunciar a ser policía sea la única solución», pensó Irene con un nudo en la garganta.

Capítulo 35

Adrián le quería contar lo que Joaquín no había sido capaz de decir en alto, pero decidió que era mejor callárselo hasta que salieran de hablar con la persona encargada del gimnasio. El agente no quería distraer a Irene con habladurías, y menos aún con las de Tomás. Después del espectáculo del día anterior en el comedor y de los comentarios desagradables, ni siquiera a él le apetecía hablar de Aguilar. Pero se lo quería contar para que cuando estuvieran en comisaría supiera lo que había ocurrido y estuviese preparada para responder.

Le recibió con una sonrisa. Irene ya se imaginaba por qué estaba nervioso, pero ella también prefería esperar a que salieran.

El gimnasio estaba a medio gas a esas horas de la mañana, como ocurre en cualquier otro. No era el tipo de centro deportivo reluciente y moderno que se encontraba en los barrios de moda, sino uno de esos locales viejos y desfasados que tuvieron su momento de gloria décadas atrás. El suelo era de goma y mostraba huellas de miles de zapatillas y las paredes estaban pintadas en un tono con el que el paso del tiempo no se notara demasiado. La historia del barrio estaba impregnada en aquellas cuatro paredes.

Irene empujó la puerta de cristal y varias personas se giraron para ver quiénes eran. Entrenaban en silencio y cada uno estaba a lo suyo. Solo se escuchaba la música que habían escogido con especial cuidado para que fuera del gusto de la mayoría de quienes eran clientes asiduos al local. Adrián echó un vistazo rápido, anotando mentalmente cada detalle, pero sin decir nada.

El mostrador estaba en la entrada, una mesa robusta con papeles amontonados en una esquina y un portátil abierto. Un hombre de mediana edad levantó la vista. Su rostro tenía aspecto de haberse curtido en esas instalaciones. A la mandíbula cuadrada y a los músculos desproporcionados no les sorprendió la presencia de

los agentes. El gesto le delató. Estaban esperando a que fueran. Era cuestión de tiempo, ya que Carla trabajó allí.

—Buenos días, somos los agentes que llevan el caso del asesinato de Carla Miret —dijo Irene con cordialidad y simpatía.

—Buenos días. Aitor Mota. Suponía que no tardarían mucho en aparecer por aquí —resumió.

—¿Podemos hablar con el dueño?

—Soy yo —respondió dudando si era bueno que lo vieran con ellos o no.

—Siento incomodarle, pero ya se habrá enterado de que han asesinado a Nuria Miret y creemos que ambos casos están relacionados. Necesitamos hablar con usted. Es importante —resumió convincente cuando se apoyó en el mostrador para que no le escuchara nadie más que el interesado.

Aitor se rascó la nuca y asintió con la cabeza hacia una pequeña oficina lateral. La puerta estaba entreabierta y dejaba ver un despacho improvisado con una mesa cubierta de carpetas, varias botellas de agua, algún trofeo polvoriento y un par de sillas plegables.

—Siéntese —dijo, apartando un par de revistas del asiento más cercano.

Aitor echó una mirada rápida hacia el gimnasio como queriendo comprobar quién estaba pendiente de la escena. Nadie parecía reparar en ellos, pero sabía que ese simple gesto revelaba precisamente lo contrario.

Irene se sentó frente a él. Adrián, en silencio, abrió su cuaderno y colocó el bolígrafo encima, preparado para registrar lo que hiciera falta. No tenía que intervenir, solo estar atento, como le había indicado Irene el primer día. Aitor se dejó caer en la silla con un suspiro breve, apoyando los codos sobre la mesa. Fingía

serenidad, pero había una tensión en su postura que no pasaba inadvertida.

—Por aquel entonces el dueño era mi padre, pero yo ya trabajaba aquí. Pueden preguntarme lo que quieran. Ya hablé con los inspectores que llevaban el caso cuando ocurrió. No creo que les pueda aportar más que entonces —advirtió con vehemencia.

Irene le sostuvo la mirada. Prefería que él hablara un poco más, darle la cuerda necesaria para ver hacia dónde quería llevar la conversación. Aitor se removió en la silla. Durante unos segundos, pareció no tener claro si debía hablar o no. Irene se inclinó hacia delante, dándole el tiempo que necesitaba para decidirse.

—Miren, agentes, aquí todo el mundo está pendiente de las preguntas que están haciendo. Nadie quiere líos, y menos de asesinatos. El barrio es pequeño y la gente habla —dijo en voz baja.

—Queremos respuestas de los dos asesinatos, no rumores —respondió Irene con calma.

—Ya, pero Nuria ni siquiera era de aquí —resolvió con tono chulesco.

—Carla trabajaba aquí, era trabajadora de su padre y, por lo poco que sé de usted, estoy convencida de que estaba enamorado de ella, como el resto del barrio. No me creo ni lo más mínimo que no supiera nada de la vida de Carla. ¿Sabe por qué? Se lo voy a decir: Llevo años interrogando a gente y hay una cosa que sé de los tipos como usted, y es que cuando se enamoran, van de colegas. Por eso estoy segura de que conocía las confidencias de Carla y que más de una vez lloró en su hombro —argumentó sin gesto en el rostro.

Adrián casi ni respiró.

—¿Quién le ha dicho que estaba enamorado de ella? —se interesó Aitor.

—¿Quién? Me lo ha dicho usted mismo con el altar que le tiene en una esquina del mostrador. No se habrá pensado que no lo iba a ver. Investigamos asesinatos, somos bastante observadores. —Sonrió con insuficiencia—. ¿Me cuenta lo que le dijo Carla o prefiere seguir haciéndose el tonto?

—De acuerdo. No sé quién fue el asesino, si es esa la pregunta. En el barrio casi todos los chicos estaban enamorados de Carla. Yo me sentía un privilegiado porque trabajaba en el gimnasio de mi padre. —Sonrió—. David no se creía la suerte que había tenido. Yo todavía me pregunto cómo lo consiguió. ¿Le han visto? No es nada del otro mundo… —Se distrajo unos segundos al mirarse—. El caso es que venía a buscarla casi todos los días. Carla tenía horario de tarde. Venía después de comer y se quedaba hasta el cierre, o incluso más, si David tardaba en venir. Era muy simpática, y buena persona. Me acuerdo de ella casi todos los días. Al entrar y mirar a la recepción… —concluyó con sinceridad.

—Entiendo. ¿Recuerda si el día del asesinato pasó algo especial?

—Aquel día no pasó nada especial. David vino y se fue con él. Creo que era fin de semana. Luego los vi otra vez en la discoteca.

—¿Qué opina de David?, ¿se portaba bien con ella?

—Muy bien. Se querían. Carla no soportaba estar en casa y se querían escapar para estar juntos —recordó de repente—. Ahora que estoy hablando con ustedes, acabo de acordarme de que Armando se enfadó mucho con su hermana cuando se enteró de que se iba con David.

—¿Los vio discutir?

—Sí, y a Nuria y Carla también. —Asintió y se frotó las manos.

Adrián lo miraba y apuntaba en el cuaderno.

—Primero vamos a centrarnos en Armando. ¿Nos puede contar lo que ocurrió? —requirió Irene ocultando su alegría ante aquel testimonio. Esperaba que lo que decía Aitor fuera verdad.

—Fue unos días antes del asesinato. Armando estaba con los ojos llorosos en la puerta. Fue entonces cuando vino David y se comenzaron a dar puñetazos como locos. Carla salió para intervenir y se llevó alguno de refilón. Tuvo suerte, porque ese no llevaba mucha fuerza. Al final consiguió separarlos. —Se crujió los dedos al apretarlos con la otra mano—. Armando estaba enfadadísimo.

—¿Le dijo algo Carla de forma confidencial? —Se interesó Irene para saber si ella le explicó qué había pasado.

—Sí, claro. Cuando los vi pegarse, salí a ayudar a Carla para separarlos y, cuando lo conseguimos, escuché la conversación entre los tres.

—¿Había más gente viendo la pelea? —preguntó Irene y miró de reojo al cuaderno de Adrián.

—Sí, había varios testigos. Les puedo dar los nombres, apellidos y números de teléfono —añadió con satisfacción.

—Genial. Luego nos los da. Ahora, dígame, cuando se quedaron los cuatro, ¿por qué discutieron?

—Armando se había enterado de que se iba a ir con David —dijo Aitor, que seguía haciendo el movimiento de crujirse los dedos.

—¿Y se enfadó por eso?

—No, se enfadó porque se lo había ocultado. Armando solo hablaba de que no confiaban en él. Por eso, cuando intentó sacar a David de la cárcel y no lo consiguió, desapareció. Estaba convencido de que no había sido él —concluyó Aitor.

—¿Y por qué discutió con Nuria? —Aitor bajó la mirada—. ¿Aitor? —preguntó Irene, escéptica por su reacción.

—Por Mariano —murmuró lo más bajo que pudo—. Estaba con un menor del centro cultural.

Adrián le miró, concentrado.

—Pero no entiendo —soltó, volviendo a mirar los apuntes—. Nuria vino aquí, así que supongo que sería Nuria quien vino a decirle algo. Además, por lo que ha dicho, no era lo normal que viniera Nuria. Siempre venía a buscarla David —dedujo Adrián.

—Tiene razón en todo lo que ha dicho —Irene sonrió a su compañero—. ¿A qué vino Nuria?

Aitor se echó hacia delante y volvió a cruzar los brazos encima de la mesa. Se notaba que echaba de menos a Carla y hablar de ella le dolía.

—Nuria vino enfadada. Entró y empezó a gritar. —El tono de dolor de Aitor conmovió a Irene—. No la dejó ni hablar. Nuria entró y la cogió por el cuello. También había testigos ese día. El primero, mi padre. Aunque ya está mayor y su memoria no es lo que era. Puede que ni siquiera se acuerde de ese día…

—Gracias, Aitor. Pero es importante que nos cuente qué escuchó —le apremió la inspectora.

Adrián se había enganchado a la historia como si estuviera viendo una telenovela.

—Carla iba a denunciar a Nuria porque Armando le contó lo que estaba pasando por las noches cuando sus padres se iban.

—¿Cuántos años tenía Mariano? —preguntó Adrián.

—En ese momento ya era más mayor, pero cuando empezó la relación, por lo que decía la gente —matizó—, unos doce o trece años. Aunque tampoco se lo podría confirmar, pero puede ser. Estuvieron años juntos. Creo que Nuria estuvo con el chaval unos cuatro o cinco años.

—Estarían enamorados —dijo con ironía.

—Lo ha dicho en plan burla, pero creo que estuvieron juntos mucho tiempo. Es rumorología, pero cuando se escucha el mismo cotilleo varias veces es porque puede que sea verdad. —Aitor levantó las cejas.

—¿Y por qué Armando no denunció a su tía antes de decírselo a Carla? —preguntó Irene mirando a Adrián.

—Armando no hacía nada sin el consentimiento de Carla y, además, era menor de edad. Por eso, se lo dijo a ella, para que detuviera aquella situación —declaró Aitor.

—¿Cómo sabes tantos detalles? —preguntó Adrián con el ceño fruncido.

—Por desgracia para mí, era su confidente, no su novio. Sabía todo de Carla, desde su color favorito hasta la hora, día y destino de cuándo se iban a escapar. —Suspiró al recordar a Carla.

—¿Habló con los inspectores del caso y les dio tanta información?

—Por supuesto. Respondí pregunta por pregunta. Creo que el policía que tenía los ojos azules suponía quién era el asesino. —Se colocó la mano en la boca para taparse y susurrar a continuación—. Era más listo que el otro.

—¿Samuel Hernández?

—Ese, el de los ojos azules. Era muy listo.

—¿Tú quién crees que mató a Carla? —preguntó sin rodeos Irene.

—Mariano Castro. Desapareció. El día siguiente cogió sus bártulos y nunca más se supo nada de él.

—Pero tenía familia, ¿no preguntaron por él? —dudaba de la percepción de Aitor.

—La madre era una drogadicta. Por eso iba tanto al centro cultural donde conoció a Nuria. Su padre se había ido cuando

Mariano era muy pequeño, no creo ni que se acordara de él. Además, cada poco tenía un chulo-padrastro nuevo. —Se encogió de hombros.

—Una última pregunta, Aitor. —Irene se levantó y se subió el pantalón sutilmente por la cintura—. ¿Tiene relación con Mariano o con Armando?

Aitor negó con la cabeza.

—Lo siento.

Capítulo 36

La puerta del gimnasio se cerró tras ellos con un golpe seco. Irene aún repasaba mentalmente las palabras de Aitor Mota, aquel testimonio que se enredaba entre lo que había visto, lo que había oído y lo que quizás había querido callar. La inspectora levantó la vista y tropezó con la mirada de compasión que no quería encontrarse. Joaquín se había tomado la molestia de abandonar el trabajo para ir a hablar con Irene. Adrián sabía el motivo igual que ellos. Sin embargo, el agente sintió cierto alivio. Ahora no tendría que ser él quien portara las malas noticias.

El comisario estaba de pie, apoyado sobre su coche, como si llevara rato esperándolos. No llevaba prisa, tampoco el gesto serio de cuando quería regañarlos. Sonreía con esa calma que podría ser cercana o amenazante según el momento. Aunque en esa situación era de una gran preocupación. Irene se tensó al instante. El eco de la conversación mantenida a primera hora de la mañana le revolvió el estómago como una ráfaga de viento lo hacía con su pelo.

—Hola, chicos, ¿qué tal el interrogatorio? —dijo sin un atisbo que dejara entrever si iba con segundas.

—Bien, vamos avanzando. Parece que todo el mundo da la misma versión… Pero no estoy segura si eso es bueno, malo o solo un rumor —resumió Irene sin ganas de hablar. Conocía el motivo de que Joaquín estuviera allí y las fuerzas le flaqueaban al recordar lo que había pasado con Tomás.

El comisario asintió con los labios apretados.

—Tengo que hablar contigo, Irene. Es importante, por eso he venido hasta aquí —la voz le temblaba. No sabía cómo abordar el tema.

—Creo que es mejor que espere en el coche —intervino Adrián, que comenzaba a encontrarse incómodo.

Irene le miró con ojos suplicantes.

—Somos compañeros. Puedes quedarte —dijo convencida.

—Es un tema personal, Irene. ¿Estás segura? —insistió Joaquín.

—Sí, es uno de los pocos amigos que tengo. —Se encogió de hombros con oscuridad en el ánimo.

—Vale. Creo que es mejor que hablemos dentro del coche. No quiero que nadie escuche esta conversación. Es confidencial y privada —incidió Joaquín mirando a Adrián, que confirmó al instante para que supieran que lo había comprendido.

Se montaron en el vehículo del comisario. Irene se sentó en el asiento del copiloto y Adrián atrás.

Joaquín cogió aire de manera sutil antes de comenzar a hablar de nuevo. Se giró en el asiento con la mano apoyada en el volante para mirar directamente a la cara a Irene.

—Supongo que sabes que Tomás no ha tardado más de cinco minutos en contar que ayer por la noche coincidió contigo en la calle, ¿verdad?

—Me lo supongo —confirmó Irene.

—Vale. Ha contado que parecías una niña pequeña asustada y que te faltó ponerte a llorar. Quiero saber la verdad, ¿fue así?

—Sí, más o menos. Creo que fue él —dijo sin preámbulos y con los ojos brillantes.

Adrián se mantenía en silencio y sin intención de intervenir en la conversación, a no ser que pidieran su opinión expresamente.

—Irene, vamos a dejar el tema de quién fue o no. Quiero saber si estás bien. —Se calló unos segundos—. Bueno, mejor dicho, quiero saber cuánto de mal estás. Sé que no estás bien. He pasado por alto demasiadas cosas y la relación de cariño que nos une no me ha dejado ver la realidad de lo que está ocurriendo. Si no eres capaz

de superar el trauma, no puedes continuar en la policía hasta que te recuperes —tartamudeó en un par de ocasiones.

—Me parece bien —dijo convencida.

Los ojos de Adrián se abrieron de par en par a la misma vez que lo hizo su boca. Joaquín se cruzó de brazos.

—No es un pulso, quiero que lo tengas claro. He hablado con Patricia y me ha dicho que es normal, pero que deberías ir a hablar con ella. Puede que ir a ver a un psiquiatra colega suyo te venga mejor. —Se acomodó en el asiento y se pasó la mano por la cara—. Patricia no puede hacer más por ti. No quería que llegara este momento, Irene. Pero no superar esto es un inconveniente. No eres apta para ser policía.

—He dicho que vale —respondió con dureza—. Puede que sea lo mejor. Tienes razón.

—¿Vas a ir a ver al psiquiatra?

Irene sonrió ante la atenta mirada de Adrián.

—Por supuesto que no. Lo que quiere es mandarme unas pastillas que me dejen medio drogada para volverme más loca aún. Si crees que necesito…, bueno, mejor dicho, si creéis que necesito ir, es vuestra opinión. Yo solo necesito saber que el culpable está preso, o muerto, que sería mejor.

Joaquín negaba, sobrepasado por la respuesta de Irene.

—¿Me quieres chantajear? —preguntó Joaquín.

Adrián pensó en intervenir y decidió en varias ocasiones que era mejor no hacerlo, pero no podía aguantar más callado.

—Comisario, creo que Irene debería dar su versión de lo ocurrido antes de continuar por el camino de desesperanza que han escogido los dos —dijo con prudencia y amabilidad.

—¿Para qué? Ellos ya han tomado la decisión por mí —dijo con desdén—. Ha llegado un estúpido a comisaría contando lo que le

da la gana y ya está. Lo paso mal por la noche porque me siento indefensa. Tomás me acorraló contra el coche por la fuerza. No me dejaba irme y su mirada junto a su risa burlona más los insultos me hicieron recordar y querer escapar. Ni tú ni Patricia habéis sido secuestrados durante semanas cuando erais niños, así que, por mucho que lo leáis en los libros, no lo habéis vivido. Y punto.

—¿Eres apta para trabajar en la policía? —preguntó insistente Joaquín.

—Por supuesto. Necesito un tiempo para hacerlo por la noche. Siempre has estado conmigo, apoyándome, no entiendo por qué ya no. —Irene aguantó las ganas de llorar.

—No es que no te apoye, Irene, la cuestión es que no avanzamos. Pensábamos que sí, pero no ha sido así.

—Yo no lo creo. Ahora he avanzado socialmente y tengo hasta amigos en la comisaría. —Miró a Adrián y le sonrió.

—¡Cierto! Somos amigos y yo la ayudaré. Me presento voluntario para las guardias nocturnas con la inspectora —dijo orgulloso.

—Hablaré con Patricia, pero tienes que ir a las sesiones y decirle la verdad. Ella piensa que puedes no ser apta para seguir trabajando. Sé que solo te pasa por la noche, pero si no lo solucionamos te acabará pasando factura en otras situaciones cotidianas —explicó Joaquín.

—¿Por qué no me dejas continuar con mi caso? Nadie va a enterarse. Necesito saber quién fue y dónde están las demás niñas. Nadie se ha preocupado por ellas. Lo haré en mis horas libres. Joaquín, por favor —suplicó Irene.

—Comisario, si ha sido un policía, tiene que pagarlo —añadió Adrián, motivado por el discurso de su compañera.

Joaquín desvió la mirada por la ventana de Irene. Se rascó la barbilla con un gesto de preocupación y culpabilidad.

—Con una condición. —Movía la cabeza sin descanso.

—La que quieras. —Irene no pudo contener la sonrisa.

—Antes de cualquier movimiento, tienes que consultármelo. —Irene iba a hablar y Joaquín la paró, enseñándole el interior de la palma de la mano—. Por descontado que nadie puede saberlo y que es extraoficial. ¿Lo entendéis los dos? —El comisario miró primero a Irene y, cuando asintió, verificó la respuesta afirmativa de Adrián—. Quiero que habléis conmigo todos los días. No hagáis nada sin que yo lo sepa, ¿vale?

—Por supuesto.

—Pero, antes de nada, quiero que cerréis este caso. Si el caso de Nuria sigue abierto, el tuyo sigue confiscado —insistió con dureza.

—Vale —dijo Irene con alegría contenida.

Joaquín levantó una ceja. Sabía que se iba a arrepentir de la decisión, pero creía que era la única opción de poder ayudarla antes de dar todo por perdido.

—Ahora, vamos a comer, y luego iremos los tres juntos a comisaría. Quiero ver cómo reacciona Tomás delante de mí.

—Irene, cállate. Es lo mejor —se adelantó Adrián antes de que contestara y dijera algo de lo que se iba a arrepentir después.

—De acuerdo, pero solo quiero que sepas que me estaba esperando para acecharme en la oscuridad. Además, estoy convencida de que cualquier persona se sentiría insegura en una situación similar a la que me ocurrió —añadió Irene con el máximo tacto que tenía—. Sabía cosas que solo sabría quien me secuestró.

—O quizá haya leído el expediente —matizó Joaquín—. Escúchame, si ha sido un policía de comisaría, lo sabremos. Te lo puedo asegurar —confirmó lleno de confianza.

—¿Comemos? —preguntó Adrián para cambiar de tema y que Irene no metiera la pata después de haber conseguido que Joaquín aceptara abrir el caso de manera extraoficial.

—Sí, vamos, así me ponéis al día sobre el caso Miret. A lo mejor esta vez puedo hacer algo bien —dijo con nostalgia.

Irene se quedó mirando por la ventanilla mientras el coche avanzaba, aunque apenas veía el paisaje. No sabía si había ganado una batalla o si acababa de firmar su condena. Joaquín había cedido, sí, pero las condiciones eran una cadena invisible para que no se excediera y solo pudiera investigar lo que él quería. Aun así, estaba contenta porque había comprobado que no estaba sola. Adrián estaba con ella y se lo había demostrado. Marcos, en ese momento, no había podido estar presente, pero intuía que la apoyaría a lo largo de la investigación, aunque fuera trabajando desde casa, como en ese momento. Al acordarse, miró el móvil por si le había escrito. Como se tenía que quedar en casa con Nieves repasaría las visitas que había tenido David a lo largo de los años. El caso del suicidio de Samuel no estaba cerrado e Irene no estaba dispuesta a dejarlo estar.

Capítulo 37

Marcos pasó el cerrojo con cuidado, como si el ruido pudiera empeorar el cansancio que flotaba en el salón. Nieves estaba acurrucada en el sofá con una manta hasta el pecho y la tele a un volumen bajísimo. Tenía el gesto desdibujado por el sueño y la preocupación, pero al verle sonrió del modo que a él siempre le había bastado para respirar mejor. Marcos había bajado a comprar para que Nieves solo se preocupara de descansar. No quería que se moviera nada más que para ir al baño. Reposo absoluto, era lo que había dicho el médico, y lo que iba a procurar que cumpliera.

Dejó la bolsa con la compra en la mesa del salón y se sentó en un pequeño hueco que Nieves había procurado dejar cuando entró por la puerta. Sabía que iría a darle un beso.

—¿Cómo vas? —preguntó, asegurando que estaba estable en el borde del sofá.

—Tranquila —respondió con un esbozo de sonrisa forzada pero sincera—. No ha sido nada, ya casi se me ha olvidado qué es lo que ha pasado. Solo hay que descansar, y eso es fácil.

Marcos se levantó y le acomodó la manta por un reflejo instintivo. Se quedó de pie, mirándola el tiempo justo para que ella le cogiera de la mano.

—No te preocupes. No pienso moverme. Si quieres, ponte un rato en la mesa con el ordenador. Yo voy a dormirme un rato aquí mientras escucho el susurro de la tele —le animó para que no pensara tanto en la situación trágica que estaban viviendo y se distrajera con el trabajo. En el fondo se sentía culpable de que tuviera que estar en casa como un prisionero.

—¿Seguro? —Nieves asintió—. Vale, pues entonces me pondré con el ordenador un rato. ¿Quieres algo antes de que me siente?

—No, cariño. Haz eso que tengas que hacer y lo que tantas ganas tienes de descubrir —dijo Nieves con gracia.

Le conocía lo suficiente para saber que estaba deseando abrir el archivo y estudiar de arriba abajo lo que tantos pensamientos le había robado. Desde que lo recibió por correo electrónico estaba distraído. Nieves sabía que tenía una pista y quería dar con ella. No quería entretenerlo más. Se había levantado temprano para hacerle un desayuno especial y después había ido a comprar. Quería dejarle todo preparado para que ella solo pensara en descansar y él ponerse a trabajar.

El portátil estaba sobre la mesa, abierto en un archivo que había recibido del centro penitenciario. Después de la visita en la cárcel decidió que quería comprobar la identidad de las personas que habían ido a ver a David Ruiz. Había dejado a medio consultar los registros la noche anterior, cuando el sueño y dolor de ojos por el llanto le había vencido el pulso a la inquietud. Ahora, con Nieves adormilada, volvió a sentarse, metió la contraseña y dejó que la pantalla llenara el silencio con filas, fechas y nombres. El plan era sencillo. Tenía que confirmar si las versiones de los interrogados acerca de las visitas eran verídicas o no. Y comprobar, a su vez, si Joaquín y Samuel habían ido varias veces, como David aseguraba y el comisario había omitido.

«Andrea…».

Marcos tensó la espalda. Se acercó a la pantalla para comprobar que veía bien. Había un par de visitas al comienzo del internamiento y una antes de la fecha del asesinato de Nuria.

«Ha mentido. ¿Por qué?».

Volvió a comprobarlo, por si había un error y la emoción y el despiste le jugaban una mala pasada. El DNI coincidía con el que constaba en la declaración de Andrea. Era ella, no había duda. Había ido a ver a David y les había confirmado que no lo había hecho ni antes ni ahora. La garganta se le cerró. Tuvo que carraspear varias veces para recuperar el habla.

Repitió la operación con los nombres del comisario y su compañero Samuel. Ahí estaban. Habían realizado varias visitas, más de diez. Marcos se estaba poniendo nervioso. Sintió cómo empezaba a latirle el corazón más rápido y las manos le sudaban. El inspector apretó los labios para coger la carpeta antigua del expediente de Carla Miret. Necesitaba repasar de manera concienzuda que no había ninguna anotación de las visitas. Joaquín no había incluido nada en los informes. Había omitido por completo las declaraciones de David. Puede que fuera un despiste aislado, pero ya eran demasiados. Parecía más un patrón por parte del comisario en el caso de Carla.

«Es lógico que nos animara a volver a realizar los interrogatorios y la investigación al completo. Está demasiado incompleto», pensaba Marcos mientras repasaba rápido las hojas que tenía el expediente.

No cuadraba que Samuel, tan obsesivo, hubiese dejado ese hueco. Joaquín tuvo que recopilar los informes y no lo hizo. Puede que fuera por dejadez o por un motivo oculto. No quería pensar mal, no lo conocía. Pero las dudas de Irene y su gran insistencia le habían calado y ahora hasta él se preguntaba qué era lo que habría pasado en realidad.

—¿Encuentras algo importante? —murmuró Nieves desde el sofá, sin abrir del todo los ojos.

—Estoy en ello. Tú duérmete. Luego te cuento —susurró con una ternura que le impedía sentir la inquietud en su interior.

Se levantó para darle un beso y coger el móvil que había dejado en el abrigo. Le dedicó un guiño a su mujer antes de volver a las pantallas. Revisó una vez más las visitas y después volvió al móvil para marcar el número de Irene.

Sonó varias veces antes de que unas voces masculinas en segundo plano le indicaran que estaba con Joaquín y Adrián.

—Irene, ya he repasado las visitas —dijo sin saludar.

—Hola, Marcos, ¿qué tal Nieves? —Quiso saber, antes que nada. Estaba preocupada.

—Ayer avanzó un poco en tu bufanda, pero ahora está medio dormida en el sofá —informó al quitar hierro al asunto del embarazo que tanto le preocupaba y le dolía al recordarlo.

—Me alegro mucho por las dos cosas. ¿Te ha dado tiempo a repasar las visitas? —dijo en alto.

Marcos supuso que lo hizo con la intención de que Joaquín lo escuchara. Le tenía que contar lo que había pasado con Tomás y que había conseguido que el comisario accediera a abrir el caso de su secuestro, pero lo haría en otro momento.

—Sí, ya lo he revisado. Joaquín y Samuel fueron bastante —dijo Marcos sin añadir ninguna emoción extra—. Y la mejor amiga de Carla, Andrea, nos mintió. Sí fue haberle al principio de entrar a prisión y la semana después de que Nuria fuera a verle.

—¿Andrea?

—Sí.

—Vamos a salir del bar. Ahora te vuelvo a llamar. Le voy a preguntar a Joaquín porque fue tantas veces y no está reflejado en el expediente antiguo, ¿vale?

—Vale. Espero tu llamada.

Irene alzó la vista. Joaquín ya se estaba incorporando. Adrián recogió el cuaderno sin hacer preguntas. Los tres cruzaron el bar después de avisar al camarero de que volvían después de la conversación que iban a tener. Les enseñó la placa de policía para que supieran que no les estaban estafando. Salieron a la acera donde el ruido se deshacía en tráfico y pasos. Irene puso el altavoz y acercó el teléfono al centro del pequeño círculo que formaban.

Llamó de nuevo.

—Hemos salido del bar. Le pregunto ahora a Joaquín para que escuchemos los tres lo mismo.

Joaquín escudriñó con la mirada a la inspectora.

—Marcos tiene las visitas y fuiste con Samuel varias veces, pero no hay registro. ¿Qué es lo que hablasteis? —empezó Irene.

El comisario se rio.

—¿Estáis pensando que lo hice con mala intención? —preguntó sin dejar de sonreír—. Si os he dejado hasta las notas de Samuel. —Puso los ojos en blanco—. En fin, ya os dije que no estaba bien porque se suicidó mi compañero. Cuando ocurrió me volví loco. —Tragó saliva—. No quería entrar en detalles, pero veo que os pensáis cosas extrañas de ese caso y del suicidio de Samuel así que lo voy a dejar claro de una vez por todas —les reprochó, enfadado pero comprensivo.

Adrián no sabía dónde meterse. Prefería no tomar parte en aquella conversación y decidió que lo mejor era no mirar a Joaquín a los ojos.

—Pensaba igual que vosotros. Estaba convencido de que habían asesinado a Samuel por culpa de este caso. Así que mal cerré este caso para investigar la vida de mi compañero. No incluí prácticamente nada. Samuel siempre pensó que David era inocente, por eso lo dejé sin investigar. Estaba convencido de que lo habían asesinado al descubrir una pista clave de que era él. Habíamos tocado en hueso y no quise correr la misma suerte que él. —Carraspeó varias veces para ordenar las ideas—. Abrí una investigación del caso de Samuel por mi cuenta. No sé si os lo ha dicho algún veterano de la comisaría, pero estuve de baja bastante tiempo, y cada una de las horas fueron dedicadas a descubrir la verdad. Lo tengo en mi despacho y, si pensáis que fue asesinado o que escondo algo, os puedo dar acceso cuando queráis.

—¿Por qué no incluiste nada en el expediente de Carla Miret? —preguntó Irene, sosteniéndole la mirada.

Joaquín bajó la suya antes de contestar.

—Suena fatal lo que voy a decir, pero es la verdad. —Hizo una pausa—. No me importaba nada en absoluto lo que le había ocurrido a Carla Miret. Solo me importaba qué le había ocurrido a mi compañero y amigo Samuel. No podía comprender que se hubiera suicidado y yo no me hubiera dado cuenta de nada. Por eso mismo dejé las notas de la investigación que hicimos los dos. Pero no me molesté en hacer nada más. Si David era culpable o no, me importaba entre poco y nada.

Irene le miraba con ojos acuosos. Cuando terminó de hablar le abrazó tan fuerte que notó cómo el corazón del comisario latía con fuerza.

—Lo siento. No volveremos a hablar de Samuel —dijo Irene sin dejar de abrazarle.

—Lo siento, comisario.

—Tranquilos, chicos. Si queréis ver el expediente de Samuel, no hay ningún problema. —Irene se separó y le agarró por el brazo —. Me gustaría decir que le asesinaron, pero se suicidó. Y yo ni siquiera me enteré de lo mal que lo estaba pasando mi propio compañero. Supongo que tomó esa determinación porque estaría desbordado en su vida. Llevo años culpándome de lo que ocurrió, de lo solo que se tuvo que sentir para querer suicidarse.

Marcos aún seguía escuchando a través del altavoz.

—Lo siento mucho, comisario. Si necesita hablarlo con alguien, aquí estamos —se ofreció Marcos desde el otro lado.

—Lo que me ayudaría es que cerráramos este caso como dios manda. Si David ha perdido su vida en la cárcel, es culpa mía. La investigación fue mediocre —se culpó.

—Tranquilo, vamos a solucionarlo —añadió Adrián.

—Vale, pues creo que lo mejor es que repartamos lo que tenemos encima de la mesa —dijo Irene centrada en aclarar el caso

—. Mañana iré a hablar con Andrea, porque la primera vez fui yo con Marcos. Adrián irá a ver a Beltrán, para ver si tenemos suerte y nos aclara algo más.

—¿Solo? —preguntó Adrián angustiado.

—No, yo iré contigo —se ofreció Joaquín.

—No hace falta. Yo iré con Adrián —dijo Marcos al otro lado del teléfono.

—No, de ninguna manera —dijo Joaquín con autoridad—. Mañana te quedas en casa con tu mujer. Necesitamos que revises las llamadas de Nuria. Hay que comprobar si mantenía contacto con Andrea. Quizá haya algo en el registro de visitas de David. Puede que Nuria le dijera quién había sido el verdadero asesino o cualquier otra información.

—De acuerdo, me parece buena idea —confirmó Marcos, feliz de poder quedarse en casa con Nieves.

—Vale, pues entonces, ahora todos a comer, que es la hora. —Irene señaló la puerta del bar—. Te llamaremos con la información que saquemos mañana, ¿vale, Marcos? —Se acercó el teléfono y desactivó el altavoz.

—De acuerdo.

—Muchas gracias. A pesar de las adversidades que nos estamos encontrando, lo estás haciendo fenomenal —le agradeció la inspectora, de corazón.

—Gracias, Irene, que me hayas dado la oportunidad de quedarme en casa es un detalle muy importante para mí. Solo quiero que lo sepas —dijo con un nudo en la garganta.

—Venga, que nos ponemos sentimentales. Mañana te llamo. Dale un beso a Nieves.

—Claro.

Irene colgó y al darse la vuelta vio que Adrián y Joaquín ya habían entrado al bar para terminar de comer.

—Anda que me esperan —murmuró entre dientes.

Capítulo 38

Irene se había tomado el café de la mañana sin dejar de mirar la imagen en la que aparecían los registros de Andrea en la cárcel. Marcos había estado trabajando a lo largo de la noche. Se sentía culpable por no poder salir de casa para estar con Nieves y decidió que haría más horas en la investigación para que sus compañeros tuvieran los datos que necesitaban para avanzar al día siguiente. Lo había conseguido. La inspectora se había levantado con un correo con las fotografías que hizo Marcos para que viera las llamadas de David a Andrea desde la cárcel. La había llamado varias veces después de la visita Nuria. Marcos había cotejado las fechas de las visitas y las llamadas. Lo único que no eran capaces de descifrar era por qué David no lo había contado. Tras unas breves divagaciones mientras subía el café, la inspectora intercambió unos WhatsApp con Marcos y llegaron a la conclusión de que Andrea era la única que le había apoyado en la distancia y no querría meterla en problemas. Pese a lo ocurrido, Andrea fue una de las pocas personas que siguió creyendo en la inocencia de David.

Dejó la taza sin lavar y cogió el abrigo. Ya había ido a casa de Andrea, así que no necesitaba poner el GPS para llegar. Irene se orientaba de maravilla, le bastaba ir una única vez a un sitio para recordarlo para siempre.

Tuvo que serenarse al llegar al barrio de Andrea. La inspectora se había levantado enfadada. Andrea había mentido o, mejor dicho, había ocultado información útil para la investigación. Ahora no tenía otra opción que decir lo que sabía y el motivo que la había llevado a callarse. Joaquín tenía razón desde el principio. La mejor amiga de Carla no había dicho toda la verdad, ni hacía veinte años ni ahora. Pero eso iba a cambiar. Irene no saldría de su casa hasta que le hubiera dicho lo que sabía. Después de que Joaquín le hubiera dado su beneplácito para abrir el caso de su secuestro, estaba más motivada que nunca. Necesitaba pasar página y que el miedo nocturno desapareciera para siempre.

Andrea abrió sin quitar la cadena de la puerta. Asomó un ojo por la rendija que había dejado para comprobar la identidad de quien llamaba. No se fiaba de que no hubiera nadie más oculto al observar por la mirilla. Aquello hizo que Irene desconfiara. La inseguridad que sentía era, sin lugar a duda, por los asesinatos, y el único motivo para ello era que supiera más de lo que decía.

—Buenos días, inspectora. —Abrió la puerta y se apartó sin decir nada más.

—Buenos días, Andrea. Supongo que ya sabes por qué estoy aquí otra vez —dijo cuando se cerró la puerta.

—Claro. Pase al salón. —Andrea tragó saliva.

Se sentaron en los mismos asientos que la primera vez. Irene se colocó el bolso sobre los muslos y sacó la libreta con rapidez.

—Tenemos los registros de las visitas a la cárcel. Sabemos que fuiste a ver a David y que has hablado con él por teléfono varias veces —explicó con brevedad.

—Me imaginaba que lo mirarían, pero preferí hacer tiempo. Creí que esta vez encontrarían al culpable —dijo Andrea cabizbaja.

—Fuiste a ver a David antes de la condena y antes del asesinato de Nuria, ¿por qué? —La voz de Irene dejaba patente que no era una reprimenda. Solo quería saber la verdad.

—Porque él no fue. Carla y él se iban a ir porque estaban hartos de los rumores y de que por culpa de la familia de Carla no dejaban de estar en boca de todo el mundo… Encima le ordenaron que dejara a David porque no era un buen chico, según el criterio de sus padres. —Se frotó las manos con suavidad—. Sé que Carla hubiera querido que le ayudara.

—¿Qué es lo que te dijo David? —quiso saber Irene, sin divagaciones.

—Las dos veces me llamó por el mismo motivo, para demostrar su inocencia. De vez en cuando me llamaba, aunque solo

haya ido dos veces a verle —volvió a divagar.

—Andrea, es importante —apremió con dureza en la mirada.

—Me dijo que Nuria había ido a verle y que iba a confesar quién fue. Sin embargo, no estaba seguro de que no se echara atrás y me pidió el favor de que hablara con ella para convencerla. David estaba muy agobiado, por primera vez veía la posibilidad de salir de la cárcel. Lleva allí veinte años por un crimen que no cometió —aclaró con voz rota.

—¿Y hablaste con Nuria?

—No, la llamé varias veces, pero no me contestó. —Se encogió de hombros—. Se lo dije a David y me dijo que insistiera, que era su única oportunidad. Así que le mandé varios mensajes, llamadas…, y la última vez que la llamé no dio señal. Fue después de que… —No terminó la frase, y no hacía falta que lo hiciera.

—¿Y por qué estás tan segura de que David es inocente? —insistió Irene.

Andrea apretó los labios. Irene dejó un silencio justo el tiempo preciso para que se asentara lo dicho.

—Cuando nos vimos la primera vez, dijiste que no sabías nada y que nunca habías hablado con David. Ahora sabemos que las dos partes son mentira. ¿Vas a decir la verdad?

—No quiero meterme en problemas ni creárselos a nadie —respondió con un hilo de voz.

—Andrea, por favor, ¿qué es lo que no me cuentas? —Irene estaba perdiendo la paciencia, pero debía contenerse.

—Me encontré a Aitor en la discoteca y me contó la pelea entre Carla y Nuria. Así que decidí preguntarle. Éramos muy buenas amigas y teníamos una gran confianza. Me pareció raro y pensé que a lo mejor era por lo de que se iba a ir con David, que Nuria se había enterado y se había enfadado. —Se rascó el brazo de manera inconsciente mientras recordaba lo que ocurrió—. Fue entonces

cuando me dijo una frase que no deja de rondarme la cabeza. —Miró al suelo.

—¿Qué es lo que te dijo? ¿Te refieres a la relación de Nuria y Mariano? —Irene quería llevar a Andrea por el camino de la investigación y comprobar si lo que habían descubierto era verdad.

—Se lo pregunté. Le dije que si era por el rumor de que Nuria estaba con Mariano y lo sabía todo el mundo. Era la comidilla del barrio. Carla lo tuvo que pasar fatal. —Resopló—. Pero ¿sabes qué me respondió? Que *la realidad era mucho peor* que eso —dijo al fin con los ojos bien abiertos y negando con la cabeza.

—¿Eso qué quiere decir? —Irene sintió un aguijonazo de dolor con esa frase.

—*La realidad es mucho peor* —repitió Andrea—. ¿Qué quería decir con eso? No lo sé. Es lo que dijo.

—Hay testigos que confirman que los vieron juntos —añadió Irene, contrariada al cerrar el cuaderno de notas. Estaba segura de que ese interrogatorio no se le iba a olvidar.

—¿Silvia Casas? —Levantó las cejas—. Era una envidiosa y odiaba a Nuria desde el principio. Los chavales adoraban a Nuria y le ofrecieron quedarse en el centro como trabajadora social, y a ella no. Le hacía la vida imposible. A veces pienso que fue ella quien extendió el rumor para que Nuria tuviera que desaparecer.

—Entonces, ¿qué significa la frase de Carla?

—No lo sé, me dijo que al día siguiente me lo contaría bien. Ya se iba de la discoteca con David y no quería llegar tarde a casa. Por desgracia, esa noche fue cuando la asesinaron. —Los ojos de Andrea se volvieron brillantes, como la luna en una noche oscura.

—¿Me estás queriendo decir que lo de Nuria y Mariano era mentira? —Irene respiró profundamente, con la mirada clavada en los ojos de Andrea.

—No lo sé. A David le dijo la misma frase, pero tampoco sabe a qué se refería. El rumor de que estaban liados se había extendido. Pero lo que sí le puedo decir es que Nuria se llevaba a Mariano a casa siempre que venía a Madrid. Eso es cierto, porque yo y todo el barrio lo veíamos con nuestros propios ojos —confirmó Andrea con rotundidad.

—¿Crees que le tenía miedo? —Irene intentaba buscar una explicación al giro que estaba dando la investigación.

—¿A Mariano? ¡Qué va! Al menos al principio. Después del asesinato de Carla, puede que sí. Los padres dejaron de hablar a Nuria y Armando al final también decidió irse. No sé qué fue lo que pasó, pero Mariano también desapareció —recordó con dolor—. La familia lo pasó muy mal.

—¿Me estás diciendo la verdad, Andrea? —quiso asegurarse.

—Sí, le he dicho todo lo que sé. Pero no sé a qué se refería Carla con esa dichosa frase. No sé qué podría ser peor que una relación de su tía con un chaval del barrio… —pensó en voz alta.

—No te preocupes, porque lo voy a descubrir. —Irene se levantó—. Gracias, Andrea, si recuerdas algo más, llámame. Es importante.

—Por supuesto. Espero que saquen a David de la cárcel. Es inocente del asesinato de Carla. Si hubieran detenido al culpable en su momento, puede que Nuria siguiera viva —dijo con pesar.

—Lo sé. Voy a solucionar el gravísimo error que se cometió hace tantos años.

—Hablen con Armando. Creo que es el único que tiene las respuestas importantes. —La voz de Andrea denotaba el cansancio de no conocer la verdad y el dolor porque después de tantos años no hubiera salido a la luz.

La inspectora salió decidida de casa de Andrea. Le daba vueltas la cabeza. No sé le podía ocurrir nada peor que la relación

con un menor de edad. Debía hablar con Armando.

Hizo una videollamada a tres para que Joaquín y Adrián, que estarían de camino a hablar con Beltrán, y Marcos, que estaría en casa, estuvieran informados de lo que acababa de descubrir.

«No había ninguna relación entre Nuria y Mariano. Era solo un rumor».

Javier Castaño había confirmado también esa relación e Irene comenzó a pensar que todos los testigos habían mentido dando por bueno un rumor extendido en el barrio. Partían de una premisa errónea, como ellos mismos habían hecho en la investigación.

Capítulo 39

Adrián miraba por la ventanilla mientras el coche avanzaba lentamente por las calles. No estaba acostumbrado a salir de comisaría, y menos aún con Joaquín. Se sentía una persona importante. Sabía que era una tontería, pero le habían escogido entre todos los agentes de la comisaría. Había sido el elegido por el mismo comisario, y eso generaría asperezas, al igual que ocurría con la relación con Irene. El simple hecho de que Joaquín tuviera una relación más personal con ella y, por tanto, un trato de favor en cualquier situación, creaba envidias. Un cosquilleo le recorrió el interior del cuerpo al comprobar que estaba en una especie de misión con Joaquín. Era una mezcla de nervios y orgullo.

Joaquín conducía con gesto serio, pero a la vez pensativo. La conversación con Irene acerca de la nueva información que le había dado Andrea le había hecho recordar. No podía quitarse de la cabeza la culpabilidad de haber hecho tan mal la investigación del asesinato de Carla. Era consciente de que por su culpa Nuria había muerto y David había perdido veinte años de su vida en la cárcel. Le dolía en lo más profundo del corazón haber realizado una investigación chapucera. Sin embargo, se escudaba en la idea de que él no era quien había dictado la sentencia. El peso sobre sus hombros de todos los casos, y la responsabilidad de su puesto, cada vez era más denso y complicado de llevar. Repasó mentalmente las notas que Irene le había dado. Beltrán podía ser la pieza clave que uniera lo que sabían de Nuria con el presente y el caso de Carla.

El móvil les avisó de que estaban en la dirección adecuada. Joaquín no podía perder el tiempo, así que decidió llamar a Beltrán para confirmar que podían hablar con él esa mañana. Les estaría esperando.

—¿Listo? —preguntó Joaquín a su compañero improvisado.

—Sí, comisario, preparado —respondió, tratando de sonar seguro a pesar de que la garganta se le había quedado seca.

Beltrán vivía en un bloque de pisos modesto, lejos del barrio de Carla y donde Nuria había decidido instalarse hace años en Madrid. El lugar no llamaba la atención, una fachada más en un barrio cualquiera. Adrián se fijaba en todo para no perder detalle. Estaba realmente emocionado ante la oportunidad que le habían dado. Era solo un agente de apoyo, pero confiaban en él y eso era lo más importante y sincero, a su manera de ver la vida.

Subieron las escaleras y el eco de los pasos retumbaba en un portal vacío y sin ningún tipo de decoración. Era un barrio obrero en el que las florituras estaban de más. Joaquín tocó el timbre con decisión. Tardaron unos segundos en oír pasos al otro lado. La puerta se abrió lentamente. Beltrán apareció ante ellos. Les estaba esperando. Su rostro denotaba la tristeza y el cansancio que arrastraba desde el asesinato de Nuria. Las ojeras marcadas, el pelo despeinado y el pijama eran señales claras de que no estaba en su mejor momento. Los miró con desconfianza al principio, pero al reconocer al comisario relajó ligeramente el gesto.

—Hola, Beltrán. Soy el comisario Joaquín Requejo. Hemos hablado por teléfono. Él es mi compañero, Adrián Montoya. ¿Podemos pasar? —Se saludaron.

El hombre desaliñado dudó unos instantes, como si evaluara si aquello le convenía, y finalmente se hizo a un lado.

—Claro. Pasen.

El salón era pequeño, pero decorado con gusto y limpio. Sin embargo, la mesa estaba abarrotada de tazas y un cenicero vacío. Beltrán les señaló el sofá y él mismo se sentó en una de las sillas que había frente a ellos. Su postura era de abatimiento absoluto. En la época en la que asesinaron a Carla, ni siquiera conocía a Nuria, así que no tenía ningún motivo para estar nervioso.

Adrián abrió su libreta con las manos temblorosas, dispuesto a anotar cada palabra importante, como Irene le había enseñado.

—No se preocupe, no vamos a estar mucho tiempo. Necesitamos confirmar algunos datos con usted —empezó Joaquín, intentando sonar cordial—. Venimos a hablar de Nuria, como le comenté.

Beltrán no dijo nada, solo asintió, cruzándose de brazos. Le costaba prestar atención por la falta de sueño, pero intentaría dar la máxima información posible para que los policías dieran con la persona que asesinó a Nuria.

—¿Tenía una relación con Nuria Miret? —preguntó el comisario. Inclinó ligeramente la cabeza.

—Sí, desde hacía varios años. Pero cada uno vivía en su casa. No éramos novios de todos los días, por temas laborales. Quedábamos cuando queríamos, sin agobiarnos —explicó con un hilo de voz—. ¿Les importa que fume?

—No, por supuesto. Está usted en su casa —contestó Joaquín simpático—. ¿Se encuentra bien?

—Todo lo bien que se puede estar en una situación como esta —contestó con gesto de insuficiencia. Se encendió el cigarro y se acercó el cenicero.

—Nos interesa que nos cuente todo lo que Nuria le confió del asesinato de Carla. Creemos que el asesino es el mismo. ¿Sabía que Nuria iba a confesar la verdad? Mintió en el juicio de Carla y culpó a David Ruiz, que era el novio de su sobrina por aquel entonces —explicó lo más resumido posible.

Adrián aguardaba la respuesta con el bolígrafo en la mano.

—Sí, me lo contó. No todo, claro. Pero cuando le diagnosticaron el cáncer, cambió. Empezó a decir que tenía que decir la verdad, no podía irse de este mundo con esa gran carga a cuestas. —Dio una calada.

—¿Qué quería confesar exactamente? —indagó Joaquín.

—Quién mató a su sobrina. Nuria sabía quién lo hizo, y no fue David Ruiz. Le culpó porque no tenía otra opción. Al menos, es lo que ella me dijo.

Adrián anotaba con rapidez, levantaba la mirada de vez en cuando para no perderse ningún matiz de los gestos de Beltrán.

—Es raro que no le dijera quién fue, ¿no le parece? —insistió Joaquín, que no se creía que se hubiera llevado a la tumba la identidad del asesino. Se lo tenía que haber contado a alguien.

Beltrán dudó, como si no estuviera seguro de hasta dónde podía decir sin traicionar a Nuria.

—Le pregunté mil veces que cómo estaba tan segura de quién había sido y siempre respondía que lo vio con sus propios ojos —recordó con un brillo en los ojos—. Supongo que piensa que me lo dijo, pero Nuria no quería hablar del tema. Me dijo que todo el mundo lo sabría a la misma vez. Que solo protegió a su amiga de la infancia. —Se calló unos segundos para dar una gran calada—. Estaba decepcionada, esa es la verdad. Después de haberse jugado el cuello por su amiga, no respondió como Nuria esperaba.

Joaquín le observaba escéptico.

—¿No le dijo nada más?, ¿ni siquiera un detalle o un lugar? —insistió una vez más.

Adrián le miró de soslayo. Beltrán no parecía una persona muy estable en ese momento y presionarle podía ser contraproducente.

—Miren, agentes, yo tenía mucha curiosidad por saber la verdad, pero Nuria no tenía ninguna intención de decírselo a nadie. Decidió estar callada hasta el último momento. Solo repetía que cuando llegara el día lo contaría para irse tranquila. Por eso tomó la decisión de hacerlo cuando le dijeron que tenía metástasis. No le daban una esperanza de vida de más de un par de meses… Y parece que no se equivocaron —dijo con sarcasmo al apretar el cigarro contra el cenicero.

Adrián anotó «amiga de la infancia» y lo subrayó dos veces.

—¿Sabe con quién había quedado el día de su muerte? —preguntó Joaquín al acomodarse y colocar los codos en las rodillas.

—No, lo siento. Ojalá hubiera insistido más y lo supiera. Nuria era una mujer muy misteriosa en cuanto a su pasado. Solo me dijo que era importante y que tenía que ir sola. Incluso estaba contenta por el encuentro. —Apretó la mandíbula. Se sentía culpable por haberla dejado ir sola.

El aire pesaba cada vez más en el salón. Beltrán tenía la sensación de que no podía respirar bien. No sabía si era porque no ventilaba desde hacía días, el humo del tabaco o la cantidad de secretos que Nuria tenía. Después del asesinato, sentía que había estado con alguien a quien no conocía de nada en absoluto. Era una extraña. Con el interrogatorio se dio cuenta de que no podía aportar ningún detalle porque desconocía la vida pasada y presente de su supuesta pareja. Ya ni siquiera estaba seguro de que lo hubieran sido.

—¿Le suena el nombre de Andrea Herrera? —Joaquín volvió a la carga. No se iba a dar por vencido tan fácilmente.

—¡Vaya! Ese nombre sí que me suena. La llamó varias veces, pero Nuria no quería hablar con ella.

—¿Y sabe el motivo?

—Me dijo que no quería meter en problemas a nadie más. Que era mejor que supiera la verdad el día que se retractara. Eso es todo lo que sé acerca de la tal Andrea. —Suspiró con dolor.

—¿No hablaba con su familia? Nuria tenía un hermano, Raúl Miret, ¿sabe si tenían relación?

Adrián anotó el nombre.

—No tenían relación. Me dijo que ya desde pequeños se llevaban mal. No se entendían. Después de lo de Carla dejaron la relación para siempre —recordó moviendo los ojos a ambos lados—.

Bueno, hay una cosa que sí me dijo de él, que solo la empezó a llamar cuando le pasaba dinero. Pero que era un interesado.

Joaquín miró con rapidez y extrañeza a Adrián.

—Teníamos entendido que se llevaba bien con él y por eso venía a verlo a Madrid cuando ella aún vivía en Cuenca —recalcó el comisario con sorpresa.

—Ya, sí, pero era porque se llevaba bien con la mujer, creo que se llama Ariadna. —Beltrán comenzó a bostezar con la mano en la boca—. Lo siento, pero son las pastillas que me han mandado para los nervios. Me dejan un poco trastocado.

—¿Nos puede contar algo más de la relación con su hermano? No tardaremos mucho más. Lo siento —dijo Joaquín tratando de ser amable.

—No mucho más. Solo que le echaban la culpa de todo a ella. Con su sobrino, Armando, tampoco se hablaba. Me dijo que no quería saber nada de él, que todo era por su culpa. Como verán, era todo un sinsentido. —Se volvió a encoger de hombros con los parpados cada vez más pesados.

—¿Cree que el día que la asesinaron pudo quedar con su amiga de la infancia?

—Puede ser, pero no lo sé. A mí no me dijo con quién quedaba, solo que era alguien del pasado —insistió en su respuesta inicial.

Adrián apuntó en silencio mientras sentía que cada palabra daba lugar a otra nueva incógnita. No sabía qué pensaría Joaquín, pero él tenía más preguntas que al principio.

—Así que Nuria pensaba confesarlo todo —resumió Joaquín —. ¿Algo más que debamos saber?

—No, eso es todo lo que sé. Ojalá hubiera sabido más. Nuria iba decidida a arreglar lo que hizo, tenía esa fuerza que solo tienen los que saben que ya no les queda tiempo.

Joaquín se puso en pie y Adrián lo imitó enseguida, guardando el cuaderno.

—Gracias por su tiempo —dijo el comisario.

Beltrán le dio la mano, se quedó sentado, encorvado, como un hombre derrotado. Se despidió de Adrián con el mismo movimiento automático, sin fuerza.

—No hace falta que se levante. Conocemos la salida. Descanse —se despidió Joaquín antes de enfilar el pasillo que los llevaría a la puerta principal.

Al salir del edificio, Adrián respiró hondo. El aire fresco y sin humo de la calle le despejó la cabeza, pero el peso de lo que acababan de oír seguía con ellos. Miró de reojo al comisario, que caminaba con paso firme hacia el coche, y se preguntó si también estaría pensando en la identidad de esa «amiga de la infancia» que Nuria había protegido hasta el final.

Joaquín decidió no mencionar a Mariano delante de Beltrán, podía provocar que se retrajese. La información había podido ser útil si el pobre hombre supiera algo, pero no había sido así. Les había dado alguna pista y confirmado otras con la nueva declaración de Andrea, pero lo que le había contado acerca de la relación de Nuria y Raúl era lo que realmente le había sorprendido.

El caso no hacía más que enredarse.

—Hay que hablar con Armando ya. Es urgente.

—Vale. Puede que nos diga quién es la famosa amiga de la infancia de Nuria —recordó Adrián.

—Si alguien sabe quién es, solo puede ser Armando.

Capítulo 40

Joaquín había llamado a Berta la tarde anterior. Tardó un par de intentos en pulsar el botón de la llamada, como si su dedo pesara más que el resto del cuerpo. Hablar con ella significaba admitir lo que había ido aplazando durante años. Se había equivocado, había cometido un error garrafal y dejó a David en la estacada. Samuel estaba convencido de su inocencia, pero con su ausencia, él también dejó de creer en David y le sentenció con una investigación inacabada. Debía pedir perdón a los padres de David, mirándolos a los ojos. Cara a cara. No iba a arreglar nada, ya lo sabía, pero al menos su conciencia dormiría por primera vez desde hacía dos décadas.

—Voy contigo, no pienso dejarte solo. Creo que se merecen que estemos los dos presentes y que dejen de mirarme por encima del hombro como si yo tuviera la culpa de que David hubiera terminado en la cárcel —dijo Berta sin dudas cuando terminó de escucharle—. Les aviso ahora y quedamos mañana a primera hora en la puerta de su casa.

La decisión, una vez pronunciada, se hizo irreversible. Esa mañana, al poner un pie en la acera de enfrente del portal, Joaquín no era el comisario que tenía todo bajo control. Era un chico asustado que esperaba una reprimenda, y merecida. Iba a reconocer que había fallado y aceptaría la reacción de los padres. Notaba el latido en la garganta, un golpe sordo y regular que le recordaba cada error que cometió en el pasado.

Berta le esperaba junto al portero automático. Le sostuvo la mirada y le trasmitió la tranquilidad que necesitaba. Cuando llegó a su altura le acarició el brazo.

—Joaquín, este gesto te honra más que toda tu carrera al cuerpo de policía. Eres un buen hombre —le susurró con una media sonrisa antes de subir.

Dolores y Salvador estaban esperando que llegaran, así que no era ninguna sorpresa. La puerta se abrió antes del segundo timbrazo. Salvador, más encorvado que en los recuerdos de Joaquín, les cedió el paso con un gesto breve. Dolores apareció por detrás. Su rostro dejaba entrever que había llorado tanto que no le quedaban más lágrimas.

—Pasad —dijo Salvador sin más.

El salón conservaba la dignidad de las casas antiguas, pero limpias. Había multitud de fotos de David de todas las edades hasta que su vida se truncó por la declaración falsa de Nuria. Nadie ofreció café, estaba fuera de lugar. No era una visita de cortesía ni una reunión de amigos. Berta comenzó a sentirse incómoda, pese a que ella no había hecho nada mal. Se acomodaron frente a los dueños de la casa. Joaquín se humedeció los labios. Había repasado mil veces el discurso, pero, aun así, le costaba hablar.

—Lo siento. Lo siento mucho. Condené a vuestro hijo. No le di la opción de demostrar su inocencia. —Los ojos del comisario comenzaron a brillar. Contuvo las lágrimas. La culpabilidad de haber destrozado una vida le pesaba profundamente.

Dolores alzó el mentón y Salvador apretó la mandíbula con fuerza. Decidieron mantenerse en silencio.

—En su día cerré una investigación inacabada y David pagó las consecuencias. Mi compañero Samuel estaba convencido de la inocencia de su hijo, pero se suicidó durante la investigación. Me volví loco. Me convencí a mí mismo de que alguien del entorno de David le había asesinado porque estaba cerca de la verdad… —Meditó unos segundos—. Fue una estupidez, pero no estaba en mis cabales. La imagen de mi compañero ahorcado en la lámpara del salón de su casa me atormentó durante años. Hoy sé que fue un error mío, y le arrastré a mi desgracia. Bueno, os arrastré a todos. —Joaquín se frotaba las manos debido a los nervios que invadían su espina dorsal.

El silencio continuó. En este caso, las disculpas no arreglaban nada y llegaban tarde, demasiado tarde.

—Mi hijo ha pasado veinte años entre rejas por tu incompetencia —dijo Salvador, rompiendo el silencio—. No hay perdón que compense eso.

—Lo sé —admitió Joaquín—. No vengo a compensar nada, porque es imposible. Pero les prometo que no descansaré hasta sacar a su hijo de la cárcel. Estamos investigando el asesinato de Carla y de Nuria, están relacionados. Si consigo demostrarlo, podré reabrir el caso de Carla y demostrar la inocencia de David.

—Se están abriendo nuevas líneas de investigación —explicó Berta con suavidad—. Hay declaraciones que entonces no se escucharon, y nuevos testimonios. Pistas que hoy indican que el rumor de Nuria con Mariano no fue más que eso, un rumor. Nuria dejó que se extendiera.

—¿Y por qué iba a hacer eso? Nuria solo quería a Nuria —intercedió Dolores con desdén.

—Silvia Casas, la persona que lleva ahora el centro cultural, tenía envidia de Nuria porque le ofrecieron el trabajo que ella tiene ahora. Así que le pareció buena idea decir que estaba con Mariano para desprestigiarla en el trabajo. A partir de ahí, la gente se sumó al rumor de que tenían una relación —resumió Joaquín.

—Sigo sin entender. Nuria no era buena persona, solo se protegía a sí misma. ¿A quién iba a proteger? —insistió Dolores, dirigiendo una mirada escéptica a su marido.

—Bueno, la pareja de Nuria confirma que le dijo que lo hizo por proteger a su «amiga de la infancia» —añadió Joaquín, que se sentía en deuda con ellos y quería que tuvieran la información que habían descubierto hasta ese momento—. Además, creemos que es la misma persona con la que quedó el día que la asesinaron.

Dolores se quedó inmóvil durante unos segundos. Los ojos se volvieron hacia su marido, que también se había quedado petrificado

al escuchar las palabras. Joaquín los miraba con el ceño fruncido ante la reacción que ambos habían tenido al escuchar la nueva información por parte de Beltrán.

—Nosotros sabemos quién es esa amiga de la infancia —Dolores tragó saliva—. Es Ariadna, la madre de Carla.

Joaquín sintió cómo se le aceleraba el pensamiento. Ahora los hechos encajaban de una vez por todas. Mariano no estaba con Nuria, sino con Ariadna. Por eso, Javier Castaño, Armando y la propia Carla vieron a Mariano levantarse por las noches e ir a la habitación de sus padres. No era Nuria quien le esperaba, sino su propia madre.

Incluso lo que Andrea declaró que le dijo Carla: «La verdad es mucho peor». Y lo era.

—¿La madre de Carla? —fue lo único que fue capaz de decir Joaquín a la misma vez que las piezas le encajaban con el pequeño dato.

—Sí, fueron al mismo colegio. Ariadna y Nuria estaban en la misma clase. Después Ariadna comenzó a salir con el hermano de Nuria. Ella se mudó a Cuenca, pero estudiaron aquí. Venía a verla a ella. Se querían mucho. Todo lo contrario que con su hermano. Ellas eran las que parecían hermanas. Así que no me extrañaría que la encubriera hasta en una aventura con un menor y que no le importara lo que dijeran con tal de que Raúl no se enterara de nada y la amistad entre ellas continuara. —Dolores negaba con la cabeza y suspiraba con resignación. No daba crédito a lo que Nuria había hecho por Ariadna.

—Entonces ¿fue Ariadna quién mató a Carla? —preguntó Salvador, confuso.

—No es posible. Ariadna y Raúl se habían ido de viaje. No estaban en Madrid —respondió Joaquín con la mirada perdida.

—¿Está seguro de esa afirmación? —Se interesó Berta—. Según parece, ambas se encubrían, puede ser que eso también

fuera mentira, ¿no? No es algo tan descabellado.

—Tengo que llamar a la inspectora Vega. —Joaquín se levantó con urgencia—. No se imaginan lo que nos acaban de ayudar. Les prometo que intentaré que tengan a su hijo en casa lo antes posible.

—Gracias por venir hasta aquí y pedirnos perdón. Lo necesitábamos —dijo Salvador con sinceridad—. Solo espero que esta vez no nos falle.

—De eso puede estar seguro. Os mantendré informados, lo prometo. —Asintió con culpabilidad antes de desaparecer por el pasillo.

El comisario salió corriendo para coger el coche y llamar a Irene lo antes posible. Estaban cerca de conocer la verdad. Cuando salió del portal, el aire fresco de la calle le golpeó en la cara como si fuera la primera bocanada limpia que respiraba en años. Joaquín se detuvo un segundo en la acera, apoyó una mano en la barandilla y bajó la cabeza. Había esperado sentirse más ligero, pero lo que le embargaba era una mezcla extraña.

Había mirado a los ojos a Salvador y a Dolores y les había dicho lo que nunca pensó que podría pronunciar. No había excusas ni justificaciones. Solo una verdad: les había fallado. Sus ganas de disculparse habían traído la mejor de las consecuencias: escuchar a Dolores revelar la identidad de la amiga de Nuria. No iba devolverle a David los veinte años que le había robado, pero por primera vez desde que Samuel se suicidó se permitió pensar que todavía podía hacer algo útil, que no todo estaba perdido. David seguía vivo y él creía en la justicia. Ahora estaba en la obligación de conseguir las pruebas que no dejaran ni un resquicio de duda ante su inocencia.

Mientras marcaba el número de Irene en el móvil, Joaquín se sintió bien consigo mismo. El giro de la línea de la investigación era el adecuado. «Gracias, Dolores».

Capítulo 41

Joaquín acababa de colgar cuando Irene llamó a Marcos sin pensarlo.

—Necesito confirmación urgente, compañero —dijo, caminando hacia la salida de la planta con Adrián siguiendo sus pasos—. Revisa todas las llamadas de los móviles de Nuria. Necesito que repases tanto el personal como el de la ONG. La madre de David acaba de confirmar que Ariadna es la amiga de la infancia de Nuria.

Al otro lado sonaron las teclas del ordenador. Marcos las aporreaba a toda prisa.

—Irene —dijo Marcos con tantos nervios que se le notaban en la voz temblorosa—, en el móvil personal no hay nada, pero el de la ONG está repleto de llamadas del número de Ariadna. —Hizo un silencio inesperado sin dejar de pulsar las teclas—. He cotejado las fechas desde que se enteró de que estaba enferma. Todas las llamadas que se han hecho son a partir de ese día. Se llamaban casi a diario y las duraciones son bastante largas. El día del asesinato de Nuria también hablaron. Ella fue quien mató a Nuria.

—Perfecto. Muchas gracias, compañero. Vamos a ver a Armando. Creo que es el único que sabe qué ocurrió y por eso iba a visitar a David a pesar de lo que había pasado —resumió con el aliento entrecortado por la carrera.

—No lo entiendo —Marcos estaba confundido—, entonces, ¿quién mató a Carla?, ¿su madre?

—La verdad es que no estoy segura. Espero que hoy Armando nos dé esa respuesta. Luego te llamo. Con las pistas que tenemos, deberíamos ir pronto a la casa de Nuria, puede que la clave esté ahí. —Irene llegó al coche.

—Llámame cuando salgas. Os espero en retaguardia. —Sonrió.

—Lo sé, siempre cuento contigo.

Irene colgó sin dejar de apretar el móvil en la mano. Miró a Adrián. Estaba esperando a que abriera el coche con la libreta en la mano y vestido de paisano.

—Hoy va a ser un gran día, Adrián. Tengo el presentimiento de que la verdad oculta hace décadas por fin saldrá a la luz. Más de una persona se quitará un gran peso de sus hombros —reflexionó la inspectora.

El ruido de apertura del coche se escuchó y Adrián, sonriente por las palabras de Irene, se montó.

—¿A dónde vamos? —preguntó. Se había apuntado a la huida improvisada de Irene porque le llamó con un ademán de mano. Sin embargo, no tenía ni idea de hacia dónde iba. Tampoco le importaba, iría a donde fuera.

«Somos un equipo», pensó sosteniendo la mirada de la inspectora.

—A casa de Armando.

Durante el trayecto, Irene le contó los nuevos hallazgos en la investigación. Adrián sentía que formaba parte de un equipo excepcional y la sensación de haber sido uno de los elegidos del grupo de Irene le hacía sentir que había tenido una gran suerte.

Armando tardó en abrir. Cuando por fin giró el pestillo, se quedó apoyado en el marco de la puerta. El cansancio era evidente en su aspecto. El modo en el que miró la placa cuando Irene le dijo que eran policías hizo pensar que se alegraba de que estuvieran delante de la puerta de su casa.

—Pasad. Sabía que no tardaríais mucho en venir. —Se apartó y señaló el interior.

El salón tenía libros apilados en el suelo. La decoración era escasa. Se podría decir que solo tenía lo que necesitaba para vivir. La persiana estaba a media altura, por lo que dejaba entrar unos escasos rayos de luz. Armando la subió para que la estancia quedara iluminada de manera natural. Se sentó, aguardando a que fueran ellos quienes empezaran la conversación.

—No hemos venido a pelear —arrancó Irene—. Solo queremos saber la verdad de lo que ocurrió la noche del asesinato de Carla.

Armando sonrió y contestó sin dejar de hacerlo.

—La verdad —repitió—. Cómo os gusta esa palabra a la policía. La verdad siempre es relativa. A veces una mentira se convierte en verdad —hablaba con tono reflexivo, diciendo en voz alta los pensamientos que se había estado repitiendo durante años —. Eso fue lo que pasó en esta historia. La mentira de Silvia Casas se hizo realidad. ¿Quieren saber el motivo de que Carla y Nuria murieran? La envidia. La envidia de Silvia Casas a mi tía. —Se concedió unos minutos para meditar—. Solo vimos lo que quisimos ver, y no la realidad.

—¿Viste lo que ocurrió?

Armando asintió y se secó las lágrimas incipientes.

—Javier estaba dormido, pero yo no. Me desperté con las voces. No hablaban muy alto, sin embargo, no concilié el sueño porque sabía que Carla se marcharía con David en pocos días. Estaba muy triste. Deseé tanto que no se fuera que mi deseo se hizo realidad, pero no de la manera que yo quería.

Armando bajó la mirada hacia la mesa. Se frotó la cara con las manos para darse un respiro antes de poder articular palabra.

—¿Qué es lo que viste, Armando? Sabemos que Nuria iba a morir y quería confesar. Fue entonces cuando retomó el contacto con tu madre. Tenemos el registro de llamadas.

—Lo vi todo, si es eso lo que me está preguntando. —Se calló.

Adrián levantó la vista del cuaderno. Quería escuchar a Armando y saber qué es lo que ocurrió de verdad.

—Necesitamos que nos cuentes qué es lo que pasó, quién mató a Carla. Sabemos que tu madre quedó con Nuria para asesinarla y que no hablara, pero ¿por qué?

Cogió aire con los ojos cerrados antes de empezar a hablar.

—Mi padre se había ido de viaje ese fin de semana. Era viernes. Mi tía había venido a casa, como hacía cuando mi padre se marchaba. No se soportaban, pero con mi madre era otra cosa. Eran amigas desde el colegio y se adoraban. Supongo que nunca se imaginaron que una de ellas asesinaría a la otra. —Se aclaró la garganta—. Nuria dejó correr el rumor que extendió Silvia para proteger a mi madre. Ella era la que estaba con Mariano. Y ese día, también lo hizo. Nuria esperaba a Carla en la terraza, como hacía siempre, pero ese día mi madre estaba con Mariano en la calle. Nuria observó desde arriba que Carla iba a descubrir a mi madre con el chaval y bajó para evitar que se cruzaran. Fue un accidente.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo estaba en casa y no dormía. Nuria siempre esperaba a Carla en la terraza. Ella vio cómo David la dejaba en el portal. Mi madre no estaba en casa. Dijo que salía un momento. No dijo a dónde, obviamente. Después de que se fuera la policía, me mandaron a mi cuarto y mis padres y Nuria comenzaron a hablar.

—¿Qué escuchaste, Armando? —preguntó Irene con gran intriga.

—Ese día mi madre iba a dejar a Mariano. No quería que su familia se rompiera por una tontería. Así que bajó a hablar con él. La mala suerte quiso que fuera a la misma hora que Carla llegaba a casa.

—¿Nuria sabía que lo iban a dejar ese día?

—Sí, eso es. Por eso bajó para que Carla no lo viera. Cuando bajó, paró a Carla. David ya se había ido, y fue entonces cuando mi madre le dijo a Mariano que se fuera.

—¿Lo viste?

—Sí, lo vi por la ventana. Mi cuarto da a la calle principal, que es donde ocurrió todo.

—¿Tu madre mandó irse a Mariano? Es decir que él no vio nada, ¿es así?

Adrián apuntaba rápido para no perderse ningún detalle de la declaración.

—No lo vio, pero él sabe quién fue. No había nadie más.

—¿Quiénes estaban? —quiso confirmar la inspectora.

—Mi tía, mi madre y mi hermana. Fue una tragedia. Cuando Nuria bajó para impedir que Carla se enterara de todo, vio a mi madre y entonces lo entendió.

—¿Carla no lo sabía antes? A Andrea le dijo que era peor de lo que parecía.

—Mi tía fue a hablar con Carla al gimnasio. Discutieron y llegaron a las manos, fue entonces cuando le dijo esa frase a Carla, pero en realidad, todavía no le había dicho la verdad. Nuria no quería meterse. Mi madre dijo que le diría la verdad esa noche cuando llegara, pero Carla vio cómo Mariano se alejaba y no hizo falta que mi madre le dijera nada más. Carla se volvió loca. Nuria intentó separarlas, pero al empujarla se tropezó —la voz de Armando era temblorosa. Se frotaba las manos sin cesar.

—¿Me estás diciendo que fue Nuria quien empujó a Carla?

Armando asintió.

—Fue un accidente, como pone en la autopsia —confirmó en voz alta.

—Sí, eso es. Fue un accidente.

—Pero tus padres dijeron que estaban de viaje. La policía esperó a que llegaran y les tomó declaración. He visto en el informe antiguo cómo ambos dijeron que no estaban en Madrid.

—Lo sé. Cuando ocurrió, Nuria y mi madre subieron en silencio para no despertarnos a Javier y a mí. Escuché cómo planeaban la coartada. Mi madre se marchó para hacer como que volvía con mi padre.

—¿Tu padre accedió? —preguntó la inspectora muy sorprendida.

—Le chantajearon entre las dos. Nuria le amenazó con que si decía que había sido ella, contaría que mi madre llevaba años acostándose en su cama con un menor. Que era un cornudo consentido. La única opción que le dieron fue no contarlo a cambio de que él no dijera quién empujó a Carla. —Apretó los puños.

—¿Entre los tres decidieron buscar al culpable?

—Eso es. David fue quien la dejó en la puerta de casa y todo el barrio sabía que Nuria la esperaba en la terraza hasta que llegaba, así que no era descabellado echarle la culpa a la última persona con la que vieron a Carla durante esa noche, ¿no? Supongo que lo hicieron bien, ya que David ha perdido su vida en la cárcel.

—No entiendo, Armando, ¿cómo has podido dejar que David pagara por un crimen que no cometió? —Irene habló con impotencia ante lo ocurrido. No daba crédito a que hubiera consentido que un inocente pagara por un crimen del que él era testigo.

—¡No lo entiende! Tuve que elegir. Son mi familia. No podría decir que mi madre estaba con un menor al que veía meterse en su cama por las noches. —Resopló—. Javier y yo como idiotas pensando que se acostaba con mi tía. Me siento tan estúpido.

—Al final tu familia se rompió igual —concluyó, comprensiva.

—Lo sé, por eso me marché de allí. Cuando cumplí la mayoría de edad, me fui. No podía soportar ver a mis padres juntos. La imagen de mi madre con Mariano me atormentaba. El chaval con el que yo jugaba a la consola obligado por mi tía se estaba acostando por las noches con mi madre. —Negó con la cabeza—. Era humillante.

Armando rompió a llorar de manera silenciosa. Irene miró a Adrián, que era la imagen del desconcierto.

—¿Cómo sabes que tu madre mató a Nuria?

Armando cogió el móvil. Buscó lo que tenía que enseñarles y se lo entregó a Irene.

«Hoy acabará todo. No tendremos que seguir viviendo con el miedo a que nos humille más».

—¿Es un mensaje de tu madre?

—Desde que me fui, no volví a hablar con ellos. Por eso decidió mandarme un mensaje en clave. Solo nosotros sabíamos lo que ocurrió. Lo único que no sé es por qué lo ha hecho ahora —confesó Armando con los ojos entrecerrados.

—Nuria tenía metástasis. Había ido a hablar con David para decirle que iba a confesar lo que ocurrió. Nunca le dijo a nadie quién mató a Carla, y ahora entendemos por qué. Jamás hubo alguien a quien quisiera más que a ella, se protegía a sí misma y con ello el secreto de su amiga de la infancia —explicó Irene, que ahora sí entendía la sucesión de los hechos.

—Nunca me llevé bien con mi tía. A mí y a mi padre nos odiaba, y nosotros a ella. Pero con Carla y mi madre era diferente, daba la vida por ellas. Creo que ha quedado demostrado con lo que hizo. Protegió a mi madre hasta el final. Sin embargo, cuando vio el final de sus días, pensó en hacer justicia y sacar a David de la cárcel. Pero mi madre no iba a dejar que la hundiera y quedó con ella para matarla. Era la única manera de que el secreto siguiera guardado.

—Si Nuria moría, el secreto lo hacía con ella —resumió Irene.

—Exacto.

—¿Y Mariano?, ¿no sabes nada de él?

—Como comprenderá, para mí es una persona no grata. Se rio de mí en mi propia casa. Cada vez que pienso cómo mi tía lo traía a casa para que luego se metiera en la cama con mi madre… es asqueroso —Armando hablaba con odio y rencor.

—Necesitamos que haga una declaración por escrito y la firme para presentarla ante el juez. Si quieres ayudar a David a salir de la cárcel, la necesitamos. —Irene hablaba con tono tranquilo y pausado para que entrara en razón. Tenía que tomar la decisión que no tomó hacía veinte años.

—Está bien, lo haré. —Se levantó—. Vamos a comisaría antes de que me arrepienta. Creo que se lo debo a Carla y a David. —Tragó saliva con miedo en los ojos.

En ese momento, Irene recordó su promesa.

—Javier Castaño me dio un mensaje para ti, Armando. Aún es tu amigo. Le gustaría hablar contigo, y creo que deberías hacerlo. Es una suerte que hayas encontrado a una persona como él —le confesó con cariño.

—Lo haré. Creo que él también se merece una explicación del motivo por el que desaparecí sin mirar atrás —reconoció Armando con la culpabilidad en sus ojos.

Capítulo 42

El simple hecho de que Joaquín hubiera ido a disculparse en persona con los padres de David había hecho que les diera el dato relevante de la amiga de la infancia de Nuria. Ello había desembocado en que las piezas que parecían no tener relación entre ellas encajaran en la línea de investigación y todo cobrara sentido en conjunto.

Aquella mañana, Adrián se había quedado en comisaría redactando el informe de la declaración de Armando. Por eso, cuando Marcos llamó a Irene por la noche para decirle que podría incorporarse a la investigación de manera presencial, después de que fuera al médico con Nieves y les dijera que todo estaba bien, hizo que la inspectora fuera a buscarle a casa para cerrar uno de los puntos más importantes y que corroboraría la confirmación de Armando en que su madre y su tía iban juntas al colegio. Adrián se encargaría de llamar al colegio para que les pasaran el registro de alumnos de los cursos en que fueron a la misma clase. Pero no estaba de más ir a casa de Nuria por si encontraban algunas pruebas que le dieran más fuerza a la investigación y a las declaraciones que tenían en ese momento.

Marcos se montó sonriente en el coche. Su rostro era el fiel reflejo de la felicidad. Se pusieron al día de los sucesos en el trayecto hasta casa de Nuria. Parecía que la vida les sonreía tanto en lo personal como en lo profesional. Aún quedaba que Irene superara el trauma que le acechaba por la noche, pero estaba dispuesta a conseguirlo y eso era el primer paso para hacerlo. Era lo que le había dicho Patricia cuando habló con ella por teléfono después de que Armando firmara la declaración en comisaría.

La científica ya había ido al piso de Nuria, habían tomado huellas, revisando superficies y analizando posibles rastros. Sin embargo, no obtuvieron nada de utilidad. Tampoco era una escena del crimen, por lo que los resultados no sorprendieron a nadie.

Subieron despacio, casi en silencio. Irene abrió la puerta con la autorización judicial en el bolsillo.

—Parece un sitio en el que no ha pasado nada —comentó Marcos, mirando alrededor.

—Justo por eso hay que mirar con calma. —Irene sabía que, muchas veces, lo que parece banal es lo que confirma las pruebas de un caso.

Comenzaron a registrar los muebles. Los cajones solo contenían facturas ordenadas, recibos de la luz y cartas sin abrir. En los armarios solo encontraron ropa doblada y multitud de zapatos con diferentes tipos de tacón.

—Nuria era una persona muy ordenada —comentó Marcos al cerrar uno de los cajones de la habitación.

—Eso parece. Está todo meticulosamente archivado. Incluso algunos de los informes de los chicos de la ONG están por orden alfabético. También tiene algunos futuros proyectos. Nada que ver con Carla —dijo Irene, sentada en el sofá con varias carpetas con el logo de la ONG en los muslos.

El ambiente del piso era frío. No había nada personal en él. Ni una triste y pequeña foto de ella en ninguna estancia. Siguieron avanzando en busca de algún detalle que les fuera de utilidad. No tenían esperanzas en encontrar nada, pero no debían dejar escapar la posibilidad de entrar en el piso de Nuria. Nunca se sabía lo que podrían encontrar.

Fueron a la segunda habitación, en la que Nuria había montado un pequeño despacho. En el corcho había una planificación del mes. Nada personal. Al revisar las estanterías, encontraron una caja en donde la palabra «graduación», hizo que se detuvieran y se mirarán entre sí.

—Cógela —pidió Irene a Marcos, que era más alto y llegaría con más facilidad que ella.

El cartón estaba desgastado. Habrían pasado muchos años por aquella caja hasta el día de hoy. La tapa se resistió un par de segundos, pero al fin se abrió, dejando ver un desorden de fotografías en blanco y negro mezcladas con algunas de color, antiguas y dobladas por las esquinas.

Irene cogió una al azar. Era la imagen de un grupo de adolescentes en uniforme escolar. Al reverso, con letra cursiva, alguien había escrito «graduación». La inspectora localizó a Nuria mucho más joven y con una sonrisa tímida.

—Aquí está. —Señaló con el dedo índice en la fotografía.

—Es Nuria —confirmó Marcos.

—Y esta niña de al lado es Ariadna. Es igual que Carla, sin duda es su madre. —Asintió Irene.

—No hay duda, son ellas. Es cierto que eran amigas desde el colegio. —Marcos miró a Irene—. Tenemos una prueba más.

—Con estas fotos y el listado que nos mande el colegio, tendremos las pruebas que sostienen que se conocían desde que eran pequeñas.

Siguieron revisando el contenido de las cajas. Puede que encontraran fotos de la familia o alguna que revelara algún secreto. Pero no fue así. Nuria sabía guardar los secretos.

Adrián les llamó con buenas noticias mientras terminaban de hacer el registro.

—Ya lo tengo. He hablado con el colegio y me han mandado el listado de todos los cursos —les contó Adrián con tono jovial—. Lo tenemos.

—Ya tenemos lo que queríamos —contestó Irene.

—Con esto, confirmamos el vínculo que las unía y la relación que mantenían hasta el punto de ocultar los peores secretos tantos años —dijo Marcos de pie en el salón de Nuria.

Cerraron la puerta tras de sí. El pasillo volvió a quedarse en silencio, como si nadie hubiera estado revolviendo la casa hacía unos segundos. Bajaron las escaleras con la foto guardada en la carpeta. Fuera, el aire fresco de la calle les devolvió la sensación de movimiento, de estar avanzando. Habían vuelto al presente para dejar atrás el pasado de Nuria y Ariadna.

Por primera vez en días, Irene sintió que el peso que cargaba sobre los hombros se hacía más ligero. No era alivio aún, pero sí la certeza de que el caso estaba cerrado y podrían reabrir el de Carla. Demostrar que fue Nuria y que David por fin disfrutara de su libertad.

—Mañana veremos a Mariano —dijo al entrar en el coche para volver a comisaría y preparar el informe—. Con su testimonio podremos contar lo que de verdad ocurrió.

—Tarde o temprano, la verdad sale a la luz —reflexionó Marcos.

Capítulo 43

Era el día en que, quien había sido el principal sospechoso, se había convertido en simple testigo e iba a declarar. Había costado localizarlo. Se acercaba la hora en la que Mariano tendría que cruzar la puerta de la sala de interrogatorios para contar lo que vivió y lo que vio el día del asesinato de Carla.

Mariano llegó antes de la hora a la recepción de comisaría. Un agente le acompañó hasta la sala y se marchó. En la sala contigua, donde se le observaba detrás del espejo, se encontraban Irene, Marcos, Joaquín y Adrián. El equipo se había creado de manera natural y espontánea, y estaban contemplando los gestos de Mariano. Su aspecto denotaba que la vida no le había tratado con cariño.

—Vamos a ello —se animó Irene—. Entraremos Marcos y yo, ¿os parece?

—Por supuesto, yo veré el interrogatorio desde este lado. Adrián, ¿te animas a quedarte conmigo? —le preguntó Joaquín.

—¿Puedo? —Le sorprendió la invitación del comisario.

—Claro, perteneces al equipo de investigación que ha llevado este caso —confirmó Joaquín.

Adrián asintió. Irene y Marcos sonrieron antes de abrir la puerta para entrar en la sala de interrogatorios donde Mariano esperaba, nervioso. Se notaba que no quería estar allí. Los hombros tensos, la mirada baja y sus dedos, jugando con el borde de la mesa metálica denotaban lo inquietante que era la situación para él.

—Gracias por venir —comenzó Irene con tono neutro, procurando no cargar el ambiente desde el principio—. Ya hemos hablado con Armando. Nos ha contado lo que recuerda de la noche que murió Carla.

Mariano se movió en la silla cuando los inspectores se sentaron.

—¿Y qué dice Armando? —preguntó para tener toda la cantidad de información posible antes de empezar a hablar.

—Sabemos que no tuviste nada que ver. No eres sospechoso, estás aquí en calidad de testigo. Puedes estar tranquilo —aclaró Irene para que fuera lo más sincero posible en su declaración.

—¿Seguro que no necesito un abogado? —pensó que era una treta para engañarle.

—Te lo prometo. ¿Has matado a alguien? —preguntó Irene para romper el hielo.

—¡Por supuesto que no! —exclamó asustado.

—Lo dicho, entonces no tienes de que preocuparte —le volvió a confirmar Irene—. Armando nos contó lo que ocurrió aquella noche. Te vio irte por la ventana de su cuarto antes de que Carla muriera. Como ya te he dicho, no eres sospechoso. Solo testigo de lo que ocurrió momentos antes… Bueno, eres una parte fundamental de la historia, pero no el culpable, ¿vale?

Mariano movió la cabeza sin dejar de frotarse las manos. Marcos le miraba sin pestañear. Estaba intrigado por escuchar la sucesión de hechos desde la perspectiva de uno de los protagonistas. Al final todo lo que ocurrió fue por la relación que tenía con una mujer casada.

—Si te parece, voy a comenzar a hacerte las preguntas que necesitamos que confirmes hasta el día en que asesinaron a Carla, ¿vale? —La voz de Irene le trasmitía la confianza que Mariano necesitaba.

—De acuerdo.

—¿Tenías una relación con Ariadna, la madre de Carla?

—Sí, eso es. Al principio, era como un tonteo sin más. Cuando iba a por agua ella estaba ahí, me miraba y me preguntaba si tenía novia y cosas por el estilo. Como Nuria me llevaba cada vez más para que jugara con Armando y Javier, pues al final el tonteo era más frecuente. —Cogió aire—. Al principio, Nuria no sabía nada. Pero un día nos pilló en la cocina. Yo ese día me marché sin decir nada más, pero la relación no acabó.

—Después de aquello seguisteis con la relación, ¿no?

—Sí, Ariadna me dijo que Nuria lo entendía, porque su hermano no le hacía caso. Que Raúl tenía una amante en Cuenca y que por eso iba tantas veces por trabajo. Era mentira, pero a Ariadna ya le daba igual, porque estaba feliz conmigo. Supongo que Nuria no quería meterse en la relación siempre que sus sobrinos no se enteraran. —Se encogió de hombros.

—¿Quieres decir que a Nuria le daba igual que engañara a su hermano?

—Se podría decir que sí. Nuria quería a Ariadna, su relación con Raúl era nula. Además, creo que pensó que era algo pasajero y que tenía los días contados. —Cerró los ojos un segundo para calmarse—. Sin embargo, duró años. Cuando empezamos, era menor de edad, pero cuando acabó, ya no lo era.

—¿Qué día acabó? —Aquella fecha era importante.

—El día de la muerte de Carla, Ariadna me dejó. Por eso, cuando vio discutir a Nuria con Carla me dijo que me largara, que se había acabado. Y eso es lo que hice. No volver a acercarme a nadie de la familia —dijo Mariano contundente.

—¿Viste lo que pasó?

—No lo vi. Pero cuando Ariadna me gritó que me fuera y no volviera, solo estaban ellas tres. No había nadie más. Yo vi cómo David dejó a Carla y se marchó, por eso sabía que David no era el asesino.

—Pero no entiendo por qué nunca dijiste nada —intervino Marcos, entregado a descubrir los motivos de callarse algo tan grave.

—Miren, yo era un pieza de cuidado, peor que David. Al pobre chico le declararon culpable por tener malas compañías. En mi caso, hubiera sido mucho peor. Mi fama era pésima, y si salía a la luz mi relación con la madre de la chica asesinada, la sociedad me tildaría de asesino sin necesidad de juicio. Era el perfecto pringado para hacerle culpable de un asesinato —dijo Mariano con pesar por lo que le ocurrió a David—. Tenía que pensar en mí. Lo sentía mucho por él, pero sabía que iba a pagar porque a ellas les interesaba. Y así fue. Descubrí cómo eran las dos, estaban dispuestas a cualquier cosa por salir ilesas de la situación. No podía haber hecho nada sin salir perjudicado. No tenía otra opción que callarme. Debía evitar que pusieran su atención en mí para culparme con cualquier excusa.

—¿Cómo te enteraste de lo que pasó? —Volvió a preguntar Marcos después de mirar a Irene y que asintiera para que continuara con el interrogatorio.

—En el barrio no se hablaba de otra cosa. Además, yo ya estaba en boca de todo el mundo por la estúpida del centro cultural.

—¿Silvia Casas?

—Sí, eso es. Nuria dejó correr el rumor porque era mejor ese que la triste realidad. Un menor con una mujer casada —respondió cabizbajo.

—Entiendo. ¿Nunca más volviste a hablar con ninguna de las dos?

—No, solo me habían traído problemas. Ahora sé que eso no iba a ningún lado. Pero me enamoré de Ariadna. Ella no me trataba como un despojo social, nos queríamos. —Tragó saliva con vergüenza—. Bueno, al menos eso es lo que yo creo.

—De acuerdo, ¿hay algo más que recuerdes de esa noche? —preguntó Marcos para cerrar la declaración.

—Creo que no. Fue todo muy rápido y yo me marché en cuanto David se fue. Nuria bajó rápido. Estaba en la terraza, esperando a que Carla llegara.

La declaración cayó con un peso definitivo al confirmar la confesión de Armando. Marcos anotó con rapidez lo que hablaron, consciente de que ya tenían lo que necesitaban.

—Gracias por contarlo, Mariano. Sabemos que no es fácil.

Mariano bajó la cabeza.

—He callado demasiado tiempo por vergüenza y miedo, pero ha llegado el momento de que pague quien lo hizo.

Cuando por fin le dejaron marchar, Irene se quedó en la sala con Marcos. La carpeta estaba sobre la mesa con la declaración firmada de Mariano.

Joaquín entró con Adrián.

—Esta vez sí que tenemos una investigación en condiciones. Ya no hay sospechas, es una certeza. Tenemos que ir a buscar a Ariadna y detenerla —dijo el comisario.

Irene lo observó un instante antes de levantarse.

—Y esta vez no habrá manera de que se esconda detrás de rumores. —Notó cómo se le tensaban los músculos.

Salieron de la sala en silencio, cada uno con la misma sensación. El caso había llegado a su fin. Nuria había sido asesinada por Ariadna y la justicia divina se encargó de que pagara lo que le hizo a Carla.

El último movimiento que daría el caso por cerrado estaba cerca de hacerse realidad.

Capítulo 44

El día amaneció soleado, como un preludio de lo que iba a ocurrir. Adrián había hablado con los padres de Carla para citarle en comisaría. No les había dicho demasiado acerca del motivo por el que necesitaban que asistieran. Solo les informaron de que la investigación había avanzado y necesitaban confirmar algunos hechos. Eso fue lo que sugirió Joaquín y es lo que decidieron que era lo más prudente.

En la recepción de comisaría, el murmullo se convertía en la música de fondo. Raúl esperaba con las manos entrelazadas, clavado en la silla, sin atreverse a mirar la puerta de la sala de interrogatorios. Cuando Irene apareció, le sostuvo una mirada profesional. Marcos esperaba en la sala y Joaquín y Adrián detrás del espejo. Habían decidido que harían lo mismo que con Mariano. Era lo mejor.

—Señor —dijo Irene con tono calmado—, necesitamos hablar primero con su esposa a solas. Le avisaremos en cuanto terminemos.

El corazón de Ariadna comenzó a galopar tan fuerte como nunca lo había sentido. Raúl asintió con una docilidad y templanza dignas de un actor. Ambos sabían lo que habían hecho y las consecuencias que tendrían sus actos. Ya no eran tan jóvenes como hacía años. La vida y las malas decisiones habían ido consumiendo su vitalidad. Eran un matrimonio triste y pusilánime. Los errores y los secretos les habían obligado a permanecer unidos, pero eso llegaría a su fin aquel día. En cierto modo, estar allí era liberador para ambos.

Ariadna entró sin preguntar. Joaquín y Adrián observaban en silencio desde el otro lado. El gesto serio y los brazos cruzados escoltaban la escena con la gravedad de quien sabe que el final ya está escrito.

Ariadna avanzó un paso, dos, y se detuvo frente a la mesa metálica como si no supiera dónde sentarse ni dejar el bolso. Marcos, que esperaba más nervioso que ella con la libreta abierta, le indicó la silla. Ella se sentó despacio, cruzó los dedos mentalmente y se quedó mirando cómo Irene se sentaba frente a ella. Ninguno de los tres parpadeó.

Irene colocó la carpeta y dijo en voz alta la fecha, hora, lugar, nombre de los intervinientes y de la entrevistada.

—¿Desea declarar con un abogado? —preguntó Irene.

—No es necesario. Quiero contar lo que pasó y no quiero que haya nadie más delante —dijo Ariadna con la mirada puesta en un punto fijo de la pared.

—De acuerdo —retomó Irene después de confirmar con Marcos que continuaban—. Puede empezar cuando quiera.

Marcos cogió el bolígrafo. Irene no tenía prisa. Era un momento crucial. Le dejarían el tiempo que necesitara para abrirse y que contara lo que ocurrió. Joaquín miraba con temor a que se echara atrás en el último momento. La confesión de Ariadna sería la guinda del pastel para sacar a David de la cárcel lo antes posible.

—Ya sé que saben todo lo que ocurrió. No soy tonta, estoy aquí porque lo saben. —Ariadna hablaba con lentitud y calma—. Supongo que Armando lo vio y Mariano… Bueno, habrá dicho que nos quedamos las tres, ¿no es así?

—Nuria mató a Carla de manera accidental, ¿es así?

Asintió.

—Por favor, responda con un sí o un no —ordenó Irene.

—Sí, fue de manera accidental. Venía a por mí cuando se enteró de que yo era la persona que estaba con Mariano. Nuria la empujó para apartarla y que no nos peleáramos. La mala suerte estaba esa noche con nosotras y al caer se dio con el bolardo en la cabeza —resumió con los ojos brillantes.

—Mintió en su declaración de entonces. Dijo que no estaba en casa —le recordó Marcos.

—Sí, eso es. Pensamos que era mejor así. Lo siento por David, pero tampoco tenía nada que aportar a la sociedad. Era un chico con un futuro incierto —dijo con prepotencia.

—El futuro se lo quitó usted al culparle. —Irene sintió cómo la rabia le recorría el cuerpo.

—Tiene razón, lo siento. Estoy nerviosa. —Carraspeó con la mano en la boca—. Fue todo un error detrás de otro. El primer error fue Mariano, y ese hecho arrasó con todo —reconoció.

Se tomó un par de segundos para recapitular la sucesión de malas decisiones a lo largo de su vida. Los errores, como los había calificado. Los inspectores no la apuraron, esperaron pacientemente.

—Conocí a Nuria en el colegio. Siempre estábamos juntas. Cuando su hermano y yo comenzamos el noviazgo, nos convencimos de que era el destino. Que por alguna razón debíamos continuar juntas. —Entrelazó los dedos al colocar las manos encima del bolso que reposaba en sus muslos.

—Estuvisteis juntas hasta el final. Hasta que la mataste —añadió Irene.

—Exacto, hasta que la maté —reconoció sin expresión en el rostro—. Por su culpa, perdí todo. Si no se hubiera metido, Carla estaría viva, mi matrimonio no habría muerto y Armando me hablaría. —Respiró hondo.

Jugó un instante con la alianza para continuar.

—Mariano —se obligó a pronunciarlo de nuevo en voz alta—. No voy a justificarme. Fue una locura, fui una cobarde. Lo sé. Empezó como una tontería sin consecuencias, pero al final me enamoré. Parece una locura, pero ocurrió. Él era un crío en una familia desestructurada y sin cariño. Yo fui quien le enseñó lo que era el amor y se enganchó a mí como un cachorro sin hogar.

Siempre fiel —prosiguió—. No pensé en las consecuencias de lo que estaba haciendo y, cuando quise hacerlo, ya era muy tarde.

Los ojos de los inspectores miraban sin pestañear a la asesina de Nuria. Era lo suficientemente fría como para fingir el dolor, ya lo había demostrado.

—Nuria no lo supo desde el principio —dijo en voz baja—. Pero, cuando nos pilló, me advirtió de que estaba cometiendo un error. Si le hubiera hecho caso… Bueno, supongo que eso ya da igual. Le prometí que lo iba a dejar, que ese sinsentido se iba a acabar. Obviamente, le mentí, pero continuó encubriéndome. Era mi amiga.

—¿Por qué dejó correr el rumor de que era Nuria quien estaba con Mariano? —preguntó Irene con los ojos entrecerrados.

—Quiso ayudarme. Éramos amigas. Dijo «mejor que piensen que soy yo a que te devoren a ti». Al principio, pensé en decir la verdad, pero me aproveché de su amistad. —Hizo una pausa—. Como me aproveché el día que la asesiné en el Retiro.

Contuvo el llanto sin dejar de negar con la cabeza.

—La noche en que murió Carla, lo dejé con Mariano definitivamente. Pero tuve la mala suerte de que Carla llegó antes con David. Cuando la dejó en la puerta, me vio con Mariano. Nuria los vio de lejos y bajó para impedirlo, pero solo tenía que girar la cabeza para vernos, y es lo que ocurrió —reconoció con dolor la peor noche de su vida. La muerte de su hija.

—Declaró que no estaba en casa —añadió Irene.

—Lo sé, Nuria me siguió protegiendo. Raúl estaba con otra y cuando le llamé para contarle lo que había pasado… Bueno, ya se imaginaba que estaba con Mariano, pero como el rumor era con su hermana, él no quedaba como un cornudo. Aceptó no decir que Nuria era la asesina si guardaba el secreto de lo mío con Mariano. —Miró a los ojos a Irene y Marcos—. No había una solución mejor.

—Luego apareció con su marido como si hubieran estado de viaje, ¿no?

—Eso es. Nuria dijo que había visto a Carla discutir con David y… simplemente me callé. No la contradije, no podía hacerlo. Mi hija había muerto. No podía pensar. Soy una persona horrible, lo sé. —Se detuvo.

—¿Confirma que estaba presente cuando Nuria empujó a Carla?

—Sí, estaba presente.

—¿Confirma que David Ruiz es inocente y que ya se había marchado cuando ocurrió el accidente que llevó a Carla a la muerte? —quiso dejar claro Irene.

—Sí, Nuria se inventó que fue David, pero se había marchado minutos antes de que tuviera lugar la desgracia. Dejó a Carla en la puerta, le dio un beso y se fue —explicó con detalle para exculparlo del asesinato.

Irene revisó las notas.

—Gracias por aclararlo. Ahora necesitamos que nos cuente el motivo que la llevó a matar a Nuria —requirió la inspectora con calma.

—Pasaron los años y creía que la mentira dormiría para siempre. Pero Nuria me llamó y me dijo que estaba enferma y quería confesar. Al principio me enfadé muchísimo, porque iba a contar lo de Mariano. Ella insistió en que David no podía seguir pagando por algo que no hizo, que se merecía vivir en libertad los años que le quedaran—reconoció Ariadna, enfadada—. Después comencé a pensar en algo abominable. Me convencí de que Nuria iba a morir, su fin estaba cerca de todas formas, así que ya daría igual adelantar el tiempo que le quedaba. —Se quedó sin voz.

—Pensaste en matarla para que no contara nada, ¿no es así? Lo único que se te escapó fue que ella ya había hablado con David

para retractarse —intervino Irene.

—Me preparé el terreno durante un tiempo. Le hice creer que estaba todo olvidado, que éramos de nuevo las mejores amigas. Quedé con ella en el Retiro. Me convencí de que era lo menos cruel…

El bolígrafo de Marcos se detuvo. Irene, inmóvil.

—Apreté hasta que dejó de moverse. La coloqué un poco y después tiré sus cosas en una papelera lejos del Retiro. Eso es todo —terminó de confesar con tranquilidad.

No había gesto en su rostro que pidiera perdón. Ariadna estaba agotada mentalmente, solo quería acabar con aquello para descansar. Vivir con esa carga había sido abrumador.

—Quiero que conste —Ariadna apoyó ambas manos sobre la mesa fría— que Nuria nunca fue la mujer que el barrio dijo. Ella me protegió, me cubrió y se tragó ese veneno por mí. Mató a Carla por accidente, era la persona a la que más quería y lo pasó mal. Pero a mí me quitó a mis hijos y destruyó mi vida —añadió con rabia.

Marcos hizo un trazo final, subrayando la frase. La solidez de la confesión se sostenía sola. Cada una de las pistas encajaba con la autopsia, con las llamadas y con los testimonios.

—Ariadna —dijo Irene, ya sin formalismos—, ¿quiere añadir algo más?

—Sí, que lo siento por David. Sé que no existen palabras que lo arreglen, pero lo siento. —Ariadna, por primera vez, comenzó a llorar.

Irene miró al espejo y asintió. Era una mirada dirigida a Joaquín, que estaba al otro lado. Marcos cerró el cuaderno y colocó el bolígrafo encima.

La inspectora abrió la puerta y varios agentes entraron. El comisario esperaba en el pasillo con Adrián. Uno de los policías le colocó las esposas.

—Queda detenida por la muerte de Nuria Miret y por la participación en el encubrimiento de los hechos que derivaron en la condena de David Ruiz. Un agente le acompañará —anunció Irene con la serenidad que requería la detención de una asesina.

—¿Puedo ver a mi marido unos segundos? —preguntó con los ojos llenos de lágrimas antes de salir de la sala de interrogatorios.

Irene bajó la mirada. Sopesó el daño, la futura condena y la humanidad de la situación.

—Solo un minuto.

Raúl se levantó torpemente cuando la vio. Nunca hablaron de lo que había pasado. No hacía falta. Sabía que había matado a Nuria, pero no le importaba. Nunca hubo cariño entre ellos. Alargó la mano, le tocó los nudillos fríos y la retiró enseguida. El agente que acompañaba a Ariadna indicó el final del minuto. Ariadna caminó con pasos cortos, esposas discretas y desapareció por el pasillo.

La puerta de la sala de interrogatorios se quedó abierta un instante más y luego se cerró.

Joaquín se apoyó en la pared, exhausto. Marcos guardó su libreta en el bolsillo interior de la americana. Irene se quedó unos segundos en silencio. El eco de la confesión le vibraba en las sienes.

—Se acabó. La verdad ha salido a la luz, como lo hace siempre. Los secretos nunca mueren, ¿eh? —dijo al comisario.

—No, nunca lo hacen —respondió Joaquín.

Adrián se mantenía al lado del comisario, que le dio una palmada cariñosa.

—Habéis hecho un buen trabajo. Os felicito a los tres —dijo el comisario con orgullo en la mirada.

Irene había temido que este caso quedara enterrado bajo rumores y silencios, pero por fin todo estaba donde tenía que estar.

Miró a Marcos, que le devolvió la sonrisa, y supo que todo el esfuerzo, las dudas y las noches en vela habían valido la pena. David tendría una oportunidad de recuperar su vida, Carla descansaría en paz y la verdad quedaba escrita sin sombras. Por primera vez en mucho tiempo, Irene sintió que tenía un equipo con el que podía contar. Ya no eran Joaquín y ella contra el mundo. Por primera vez, se permitió estar orgullosa de su trabajo y de sus compañeros.

Capítulo 45

Debido a la dedicación de Irene al caso, había dejado su vida personal a un lado. Le debía una explicación a Elia acerca de la cancelación de la cena que había organizado con el compañero de trabajo de Juan, así que decidió ir a casa de su hermana para disculparse en persona y contarle que necesitaba su ayuda. Al principio pensó que era mejor no preocuparla, pero no podía seguir ocultándole más tiempo que los traumas y las pesadillas habían vuelto.

Elia abrió la puerta con gesto sorprendido. No esperaba a su hermana a esas horas y menos aún con esa expresión cansada y triste. Irene apenas la saludó con un murmullo y entró, como si la casa aún fuese un refugio donde pudiera soltar la armadura que siempre llevaba puesta. Elia no necesitó preguntar. Llevaban demasiado tiempo conociéndose para saberlo. Preparó dos cafés y esperó a que Irene hablara.

—Qué raro que hayas venido a estas horas. ¿Has comido? —preguntó Elia al dejar pasar varios minutos en silencio.

Se sentó en la silla junto a ella y le dio la mano por encima de la mesa.

—¿Qué pasa, Irene? Puedes contar conmigo para lo que sea que necesites —insistió Elia con las palabras ahogadas en la garganta.

—Necesito ayuda —dijo al fin, con la voz baja.

Elia le mantuvo la mirada y le apretó la mano con más fuerza por unos instantes.

—Por supuesto. ¿Estás bien?, ¿ha pasado algo grave?

Irene no sabía por dónde empezar. Podía hablar del caso, de los interrogatorios y de las confesiones, pero cuando se trataba de cualquier tema relacionado con su secuestro, se volvía muda.

—No puedo más con esto. Las pesadillas han vuelto, Elia. Pero ahora son todavía peor. No puedo ni salir de casa por la noche. Me está volviendo a pasar. —Se tapó la cara con ambas manos.

Elia se las quitó en el momento y los ojos acuosos de Irene la miraron fijamente.

—¿No puedes salir por las noches?, ¿han vuelto los miedos?

Irene asintió, frotándose los ojos.

—No quiero seguir así. No puedo seguir así —recalcó—. Si no lo supero, tendré que dejar la policía. Joaquín me ha dejado reabrir mi caso, pero necesito ayuda para superar la noche.

Elia parpadeó, incrédula.

—¿Reabrir el caso? No creo que sea buena idea. Puede que consigas lo contrario de lo que buscas. Remover todo lo que ocurrió solo te hará más daño, Irene. —Se levantó sin dejar de frotarse la frente mientras pensaba lo más rápido que podía.

—Tengo que hacerlo. Lo que me hace daño es callarme. Intentar hacer como si no hubiera ocurrido. Murieron niñas, Elia. No puedo dejarlo estar sin más. No me hice policía para mirar hacia otro lado. Aunque me duela, es mi obligación —replicó contundente. Se acercó la taza de café y comenzó a removerlo con la mirada perdida.

—No lo creo. Puede que sea peor, y así no ayudarás a las niñas que desaparecieron ni a nadie más. No podrás ayudar a más víctimas. Te centras en algo que te va a hacer más daño. ¿Por qué no me escuchas? —recriminó.

—¿Y por qué no lo haces tú? —preguntó sin entender su reacción.

Elia se volvió a sentar, igual de nerviosa que se había levantado.

—Irene, tu cerebro bloqueó muchos de los sucesos que ocurrieron por un motivo: protegerte. Sin embargo, tú te empeñas

en desenterrarlos. —La voz de Elia se tornó maternal—. Quiero ayudarte, pero no creo que el camino que estás escogiendo sea el adecuado.

—¿Y cuál es el adecuado?, ¿olvidarlo?

—¡Exacto! —exclamó Elia.

—Eso no ha funcionado durante varias décadas. Siguen ahí. Los recuerdos luchan por salir. Tengo que saber qué ocurrió, encontrar a quien lo hizo y encerrarle —dijo con ira en la voz.

La cocina se quedó en silencio. El único sonido era el tictac del reloj. Elia posó la mirada en el café, que se estaba quedando frío.

—Solo quiero que estés bien. Me da miedo que este paso te destroce más.

Irene bajó la mirada con los ojos humedecidos, pero contuvo el llanto.

—Lo único que me puede destrozar es no hacer nada. Sigo en ese zulo, aunque esté fuera. Tengo que salir de allí de una vez por todas. Hacer mi vida y no mirar atrás. Necesito saber que hice lo que pude… Necesito tener la libertad de salir por las noches y no sentir que en cualquier momento me van a meter en una furgoneta, ¿lo entiendes?

Elia respiró profundamente.

—Entonces, no lo harás sola. Quédate unos días con Juan y conmigo. Saldremos juntas todas las noches. Poco a poco lo conseguiremos.

—¿Como cuando volví y me dabas la mano todas las noches hasta que me quedaba dormida? —recordó Irene con una débil sonrisa mientras el labio inferior le temblaba de emoción.

—Por supuesto. Eres mi hermana y lo volvería a hacer todas las veces que hicieran falta. Te quiero.

—Y yo a ti —respondió Irene con un gran sentimiento de felicidad.

—Haremos lo que haga falta para que superes lo que ocurrió hace años. Con calma. No hay prisa, así que no intentes acelerar los procesos, ¿vale?

Elia la conocía y sabía que los nervios de no conseguir un avance rápido le harían abandonar. Pero esta vez no lo iba a consentir. Llegarían hasta el final.

—Gracias.

Las hermanas se levantaron para darse un gran abrazo con lágrimas de emoción. Cuando se separaron, Elia se secó los ojos.

—¿Vamos a por tus cosas? —preguntó.

—¿Seguro que a Juan no le molestará que me quede aquí sin que lo hayas consultado con él? —quiso asegurarse Irene.

—Por supuesto que no. Te adora, ya lo sabes. Pero tienes que contárselo a papá y a mamá, ¿vale?

—Claro, pero eso puede ser mañana. Hace días que no duermo. Me vendría bien una noche de descanso antes de enfrentarme a ellos para decirles que se reabre mi caso, ¿puede ser?

—Vale. Una última cosa…

—¿Qué pasa ahora? —Irene puso los ojos en blanco.

—Tienes que prometerme que, si te empieza a afectar el caso, lo dejarás. —Elia acarició su brazo con ternura.

—Lo prometo. —Asintió.

En el fondo, sabía que no iba a detenerse. Pero necesitaba que su hermana la creyera. Aunque solo fuera por esa noche.

Capítulo 46

Irene se despertó más tarde de lo habitual. Hacía días que no dormía de un tirón, pero la decisión de pasar un tiempo en casa de su hermana le había traído un extraño alivio. Juan estaba encantado de tenerla allí. Siempre se habían llevado bien. Su relación incluso había mejorado con el tiempo y la confianza. La quería como si fuera su propia hermana. Solo había sido una noche, pero los silencios de su piso y las sombras que la esperaban en cada esquina habían desaparecido para dar paso a un sueño reparador. Compartir mesa en el desayuno con su hermana y hasta discutir por nimiedades le habían devuelto una sensación que creía perdida. Se sentía segura. El miedo a la noche había desaparecido. Estar acompañada había sido un acierto absoluto.

Por primera vez en mucho tiempo, al mirarse al espejo no encontró un reflejo derrotado. Seguía cansada, sí, pero algo en su mirada había cambiado. Se encontraba más segura de dónde estaba y hacia dónde iba. Quizás no era el fin del miedo, pero sí un comienzo para aniquilarlo con fuerza.

Cuando salió hacia comisaría, sonrió antes de cerrar la puerta. Tenía la sensación de que era el primer día de su nueva vida. Cruzó el vestíbulo con paso firme, a pesar de los malos gestos de los compañeros de siempre. Parecía que sus logros les molestaban. Se centraban en ser felices solo cuando ella fracasaba. No llegó a avanzar demasiado cuando los vio. Tomás Aguilar y Héctor Lozano estaban apoyados contra la pared junto a la máquina de café. Ambos rieron por lo bajo, uno con los brazos cruzados, el otro con un vaso de plástico en la mano. No hacían falta palabras. Los gestos y la forma en que alzaron las cejas al verla y las risas discretas eran suficientes para saber que el incidente por la noche con Tomás no había llegado a su fin.

—Mira quién vuelve a pasearse como si nada —soltó Tomás con una sonrisa torcida.

Irene no bajó la mirada, la sostuvo en silencio y le sonrió con la misma ironía. Sintió la punzada incómoda en el estómago, el mismo desprecio, pero esta vez no le respondió con lo que quería, sino con firmeza y seguridad. Siguió andando hasta que, al pasar por la sala de reuniones, una voz la sacó de aquel instante cargado de veneno y envidia.

—Irene, pasa, estamos aquí —la llamó Joaquín desde el interior.

Volvió varios pasos atrás y giró la cabeza. Adrián, Marcos y Joaquín estaban sentados con una sonrisa. Se alegraban enormemente de verla. El contraste entre los compañeros que acababa de dejar atrás y ellos fue inmediato.

Marcos se levantó enseguida. Se le notaba cansado por la investigación y su situación personal, pero contento por estar disfrutando ese momento con sus compañeros. Le tendió un pequeño paquete envuelto en papel de regalo.

—Esto es para ti —dijo Marcos.

Irene arqueó una ceja.

—¿Nieves está bien? —preguntó, sorprendida de verle allí.

—Está mejor. Me ha dado permiso para venir a darte esto —insistió—. Es de parte de Nieves.

Irene abrió el paquete con cuidado. Dentro, perfectamente doblada, había una bufanda de lana con tonos suaves. La acarició entre los dedos y no pudo evitar sentir una emoción inesperada de agradecimiento. Jamás nadie del trabajo, excepto Joaquín, había tenido un detalle con ella.

—Dale las gracias de mi parte —dijo Irene dándole un abrazo —. Me encanta.

Irene se la colocó y dio una vuelta con varias poses para que observaran su regalo.

—Te queda fenomenal —intervino Adrián, que miraba la escena con ternura. Sabía que Irene llevaba años pasándolo mal con el resto de los agentes. Nunca se había sentido integrada en un grupo.

—Entonces, ¿le digo que te ha gustado? —preguntó Marcos.

—Por supuesto, me ha encantado. Del próximo antojo de Nieves me encargó yo. —Sonrió.

—Venga, chicos, sentaos. Vamos a empezar —dijo Joaquín con una carpeta en la mesa.

Irene se sentó donde el comisario le había indicado con la mano.

—Estoy orgulloso del trabajo en equipo que habéis hecho. Irene se está convirtiendo en una inspectora con todos los honores y virtudes. Así que, como lo prometido es deuda… —Movió la carpeta hacia Irene—. Aquí tienes el informe que hiciste de tu secuestro. Podéis empezar cuando queráis.

La inspectora apoyó una mano sobre la carpeta. Quería atesorar ese momento para siempre en su mente.

—Tened cuidado —añadió Joaquín—. Recordad que es confidencial, nadie puede saber que lo estamos investigando. No puede salir de esta sala, ¿de acuerdo?

Los tres asintieron.

—Gracias, Joaquín. Tengo que terminar con esto de una vez.

—No estás sola —dijo Adrián.

—Estamos aquí para ayudarte a resolver el caso. Encontraremos a quien lo hizo y averiguaremos lo que pasó con el resto de las niñas —confirmó Marcos con gran motivación.

—Quiero mi informe diario y que sigas yendo a terapia con Patricia, ¿hay trato?

—Claro que lo hay. —Estiró la mano.

—De acuerdo. Voy a seguir trabajando. —Se levantó el comisario—. Podéis quedaros aquí y repasar el caso antes de tomar ninguna decisión. Por cierto, sed lo más discretos posible. Tenéis enemigos cerca, y serán los primeros en enterarse si metéis la pata —recalcó en voz baja—. Me juego más que vosotros.

—Tranquilo, comisario, somos conscientes de ello —dijo Adrián, recolocándose en la silla.

—Nadie va a enterarse de que estamos metiendo las narices en este caso —confirmó Marcos.

—Por supuesto, jefe. Lo trataremos con discreción. Nadie se enterará de nada. Además, es lo mejor para encontrar a quien lo hizo. —Irene estaba nerviosa y contenta a la vez.

Joaquín asintió mientras apretaba los labios y abrió la puerta de la sala.

—Por favor, tened cuidado —repitió con una ligera sonrisa.

Asintieron a la vez y Joaquín se dio por satisfecho para cerrar la puerta.

—¿Preparado, equipo? —preguntó Irene.

Marcos y Adrián se miraron.

—Preparados —contestaron al unísono.

CONTINUARÁ…

Para los escritores es importante tener reseñas de lectores. Si puedes poner tu opinión en Amazon sobre el libro te lo agradecería mucho.

Otras de mis series publicadas:

«Serie Triana Castillo (Thriller policíaco)»

-Los susurros del pasado (Nº1)
https://www.amazon.es/dp/B0F7HZJYGR

-Los susurros del silencio (Nº2)
https://www.amazon.es/dp/B0FKZFGVLS

«Serie *Imposible de perdonar*»

–Lo pagaréis
https://www.amazon.es/dp/B08YK2282L
—El principio de la venganza
https://www.amazon.es/dp/B0C2Q3PJ2V

«Serie *El enigma*»

–El enigma masón

https://www.amazon.es/dp/B09SGHHGWX

–Un psicópata dentro de mí

https://www.amazon.es/dp/B08L7YMZPS

–El enigma de Toledo: La cueva de Hércules

https://www.amazon.es/dp/B0BN1X5W92

–El enigma de Botticelli

https://www.amazon.es/gp/product/B0CL935L71

–El enigma del cuadro de Sator

https://www.amazon.es/dp/B0D8H6DLTZ

Otras novelas:

–El juicio de Osiris
https://www.amazon.es/dp/B0DWLW3QDQ

–El secreto de Enzo
https://www.amazon.es/dp/B0DJFKCDL7

–El asesino de la capa
https://www.amazon.es/dp/B0C745C28X

–La tristeza del marinero
https://www.amazon.es/dp/B08C5DZX9X

Muchas gracias por leer mis novelas.

Un abrazo enorme.